

LUCÍA BLANCO



TU TIEMPO

TRILOGÍA



Con j de...

VOL.1



Tu tiempo

1ª Edición © 2018

Lucia Blanco

© **De esta edición:** Ediciones Besos de Papel

© **Cubierta e interior:** Munyx Design

© **Imagen cubierta:** fotolia I

ISBN: 978-84-949557-1-6

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Agradecimientos](#)

Dedicado a José, mi marido. Sin tu presencia en mi vida esta historia no hubiera sido posible. Eres mi Joseph particular.



Capítulo 1

¡Joder..., joder..., Julia..., joder...!

Me lo repetía a mí misma, una y otra vez, con la frente apoyada en el espejo del cuarto de baño. ¡Cuántas veces me había prometido no estar así nunca más! Demasiadas. Si no hubiera hecho... Si no hubiera ido... Si hubiera dicho... Si hubiese callado. Al final siempre la misma sensación de no valer para nada, de no saber nunca lo que debo hacer o de no atreverme a hacerlo, en resumen, de volver a sentirme como una mierda. Agotada, levanté la cabeza y contemplé la imagen que me devolvió el espejo. No podía ser peor, como lo había sido la noche anterior y como lo habían sido los últimos años de mi vida. Lógicamente, el día empezaba mal y, suspirando resignada, me lavé la cara. Para mi decepción, el agua no se llevó las huellas de lo vivido recientemente y volví a mirarme en el cristal. Unos ojos, que parecían los de un sapo, me devolvieron la mirada; ojos verdes de sapo rodeados de unas enormes ojeras. Los cerré y me desinflé por completo, no necesitaba ver más. Me duché por enésima vez ese fin de semana y me lavé los dientes también por enésima vez, sin conseguir hacer desaparecer la sensación de asco que me invadía. Para colmo, malditas las ganas que tenía de ir a trabajar.

«Ojalá pudiera quedarme en el sofá, hecha un ovillo, el resto de mi vida», pensé mientras me vestía como una autómatas.

Al ver imposible ponerme las lentillas con los ojos tan hinchados, busqué las gafas, me las puse y no pude evitar volver a mirarme en el espejo mientras me peinaba. Parecía un sapo con gafas; daba igual, además, ¿a quién le importaba? Desde luego a la que menos, a mí.

Al salir recordé que no había vuelto en coche.

—¡Mierda! —exclamé a punto de salir de casa.

Me asustaba solo el pensar en acercarme de nuevo al despacho de mi

abogado para recogerlo, así que cogí un bus para ir al trabajo. Por el camino intenté dejar la mente en blanco, solo quería dejar de pensar, dejar de sentir y, cuando quise darme cuenta, había llegado a mi parada, justo al lado del hospital donde trabajaba; me sentía tremendamente cansada y sin ganas de gastar las pocas energías que me quedaban.

Entré en el laboratorio y fui directamente a mi mesa a trabajar. Nadie hizo ningún comentario, los compañeros se habían habituado a verme así y ya no me decían nada. Las mismas palabras, repetidas cientos de veces empezaban a sonar vacías y llegaba un momento en que era mejor callar y hacer ver que no te dabas cuenta de nada. Por suerte, tenía bastante trabajo, era lo único que necesitaba.

—¿Quieres tomar un café? —Oí la voz de una compañera, detrás de mí.

—No, gracias, quizá más tarde —contesté secamente sin mirar.

No insistió.

Me quedé sola en el departamento y respiré aliviada; tenía que realizar un screening de las citologías que había preparadas para ver si valían para el estudio que se estaba llevando a cabo. Como técnico, colaboraba con el doctor Ihab en un trabajo sobre el HPV y su relación con el cáncer de cuello uterino; era muy bueno en lo suyo y sus publicaciones habían despertado el interés de varios hospitales en distintos países.

—¡Joder! —exclamé. Había olvidado que llevaba las gafas puestas y casi las estampo contra el microscopio.

—Otra mala noche, ¿no? —sonó otra voz a mis espaldas.

No me hizo falta volverme para saber quién se dirigía a mí; era mi jefe, Carlos.

—No más que otras —respondí con cierta desgana.

Al momento, fui consciente de que mi respuesta había sonado un poco descortés.

—De todas formas, gracias por preguntar. —Intenté arreglarlo consciente de que era el único que no había tirado la toalla conmigo.

Pobre Carlos, en ocasiones parecía mi padre. Siempre me buscaba para hacer cosas en el laboratorio y me animaba a participar en todo lo que se hacía con la clara intención de mantenerme ocupada, pero lo cierto era que, sin pretenderlo, estaba generando cierto malestar entre el resto del personal, sobre todo con la doctora Rayos y Centellas, como yo la había bautizado. Estaba convencida que le tenía el ojo echado y me veía como una rival; la verdad, nada más lejos de la realidad, pero me daba igual. Había llegado a un

punto en que me importaba una mierda caer bien o mal o intentar dar explicaciones a nadie de nada. Trabajaba, trabajaba y trabajaba y cuando acababa me iba para casa, así de simple.

Me centré de nuevo en lo que estaba haciendo. Ahora tenía que valorar una serie de cristales, debía haber la cantidad suficiente que permitiera hacer el buen cribaje necesario para otro estudio, uno que se estaba realizando sobre los resultados de los tratamientos oncológicos. Se intentaba conseguir que fueran los más eficaces posible, con la menor agresividad para los pacientes y que la posibilidad de futuras metástasis se redujera al máximo. Pero siempre surgía algún problema, sobre todo de dinero, y cuando la ansiada subvención no llegaba, se retrasaba o era menor de lo esperado, todo quedaba en suspenso y el trabajo se paralizaba hasta la siguiente «limosna». Era lo que le había sucedido al estudio del doctor Ihab y su única salida era conseguir que alguien, fuese de donde fuese, soltara el dinero necesario para que pudiera continuar. Todo eso me jodía, ya que me sentía especialmente implicada; estaba tan enfrascada en mi trabajo que ni lo oí acercarse.

—Para un momento —me dijo Carlos, poniendo su mano suavemente en mi hombro.

Lo miré enfadada, pero relajé el gesto al ver su expresión de tristeza.

—Ven, vamos a tomar un café. Tu cara me dice que estás en ayunas.

Iba a protestar, pero se giró y me dijo que, como jefe, era una orden.

—Además no tengo ganas de recogerte del suelo cuando te desmayes —bromeó.

Camino a la cafetería vi rayos y centellas saliendo de los ojos de la doctora ídem al cruzarnos con ella, aunque intentó disimularlo tras una gélida sonrisa.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó en tono paternal.

—Solo café, café con leche —contesté con desgana.

—¿Nada más?, ¿ayer cenaste? —prosiguió interrogándome con cara de preocupación.

La verdad es que lo tuve que pensar; ni me acordaba.

—Sí, creo que sí —respondí de manera poco convincente.

—Pero, Julia, no puedes seguir así —me habló desinflándose ligeramente.

No pude evitar un gesto de enfado, ya que me sentía incómoda con aquella situación. Si él supiera..., pero ¿para qué hablar...? Nadie me creería; además, si a mí me daba igual, ¿a quién cojones le podía importar? Lo miré, vi de nuevo su cara de preocupación e intenté sonreír.

—Tranquilo, Carlos, claro que cené —mentí—, pero tengo el estómago

algo revuelto y solo me apetece tomar un café. Más tarde ya comeré algo sólido —prometí.

—Pues lo vas a tomar doble —decidió por mí mientras movía su enorme cuerpo para ir a pedirlo a la barra.

Mientras esperaba, apareció el doctor Ihab.

—Julia, te estaba buscando. Recuerda que hoy, a las tres, tenemos una reunión con un posible patrocinador del estudio. Creo que tiene bastante interés y sería, como mínimo, un año de contrato.

—¿Dónde? —pregunté totalmente despistada.

Al momento recordé que me lo había comentado hacía tiempo y que le había preguntado para qué me lo decía a mí. Yo era técnico y esas ofertas solían ser únicamente para los médicos; su lacónica respuesta había sido que yo era parte de su equipo.

—Brasil, Julia, no sé en qué ciudad, pero será en Brasil —habló ligeramente exasperado por mi despiste—. Bueno, por lo menos acuérdate y déjate caer por la sala de juntas a las tres.

—Vale —respondí sin demasiado entusiasmo.

«Brasil, está tan lejos..., es tan grande, ¿y si la ciudad no tiene mar?» pensé desanimada. «Tranquila Julia», me dije a mí misma, «no vas a tener ese problema, seguro que se presentan más técnicos y no vas a ser tú la elegida».

En eso llegó Carlos con los cafés y, la verdad, al empezar a tomarlo me sentí un poco más animada. Me di cuenta de que él tenía ganas de hablar, pero, por suerte para mí, apareció la doctora Rayos y Centellas al rescate y se lo llevó, dejándome a solas con mi café. Volví a pensar en las palabras de Ihab y fruncí el ceño; tras los últimos traslados y jubilaciones, yo, con mis treinta y tres años, era la técnico de mayor edad en una plantilla joven.

«Seguro que se presenta todo Dios y preferirán a una persona con menos edad», pensé con la cabeza enterrada en la taza. «¡Qué más da!», exclamé para mis adentros y, suspirando resignada, volví a mi trabajo.



—Julia, hay que ir subiendo

—me recordó Ihab asomando por la puerta del laboratorio.

La mañana se había pasado volando y miré el reloj sorprendida.

—Ya voy, recojo, me cambio y voy para allá —hablé mientras me levantaba a toda velocidad.

Tenía que darme prisa. Eran casi las tres y tenía que cambiarme y subir hasta la última planta del hospital, pero, camino del vestuario, me encontré a una pareja algo mayor y con cara de perdidos; buscaban una consulta que estaba en la misma planta en la que nos encontrábamos, pero, lógicamente, en el edificio de consultas. Al ver que no habían entendido mis explicaciones decidí acompañarlos en el ascensor hasta la entrada principal y, desde allí, les indiqué hacia dónde tenían que ir. En vista de que ya llegaba tarde, sin cambiarme ni nada, pulsé la quinta planta, donde estaba la puñetera sala de juntas. Para colmo, el ascensor se llenó de gente y fue parando en todas, por lo que tardó una eternidad en llegar; durante el trayecto tuve tiempo de acordarme de la Ley de Murphy. Cuando por fin llegué salí disparada y, como todo siempre puede empeorar, al doblar la esquina anterior a la sala choqué con la secretaria que iba en mi busca.

Pues lo dicho, ¡me cagué en la puta Ley de Murphy! Chocamos, mis gafas salieron disparadas y, cuando la secretaria me las devolvió, ambos cristales estaban agrietados.

—Entra rápido, llegas tarde y tienes a todo el mundo esperando por ti — soltó presa de un más que evidente cabreo.

Cogí mis maltrechas gafas que, dado su estado, no tuve más remedio que guardar en el bolsillo y, medio cegata, entré en la sala. ¡Qué horror!, lo veía todo borroso. Mis cinco dioptrías me hacían andar muy insegura, así que, tan pronto distinguí varias siluetas sentadas en las butacas, me senté rápido unas filas más atrás. En una mesa central ligeramente más alta distinguí a mi jefe, fácilmente reconocible gracias a sus más de cien kilos, y dos figuras más que no supe identificar. Por pura lógica, deduje que una correspondería con el director del hospital y la otra sería la de nuestro ilustre mecenas.

Siempre me han irritado de manera especial ese tipo de persona. La mayoría van de altruistas y vienen restregando su poder y su dinero cuando lo único que en realidad pretenden es hacerse más ricos; lo malo es que nosotros tenemos que ganárnoslos a base de sonrisas y halagos.

«¡Joder, qué asco!», pensé torciendo el gesto.

Ya más calmada, entrecerré los ojos y logré distinguir en las filas de delante a la doctora Rayos y Centellas, al doctor Ihab y a varios médicos más del departamento, así como a la mayoría de mis compañeros técnicos. Estaban todos con ropa de calle, yo con mi uniforme de trabajo; todos veían lo que tenían delante, yo no.

«Estupendo, ¿qué más me puede pasar?», cavilé cerrando los ojos mientras

sacudía la cabeza.

Reconocí la voz del director del hospital, pero no le presté demasiada atención. Que si el trabajo que se hacía aquí era una maravilla, que si nuestros trabajadores conforman un equipo humano y técnico fabuloso digno del mejor hospital... En fin, lo que vulgarmente se dice «vender la moto». En realidad, cuando un ilustre mecenas aparece, parte de ese dinero se lo queda el hospital a modo de compensación por dejar ir a sus trabajadores. Suspiré, cansada; tenía ganas de irme y me revolví en mi asiento. Después le tocó el turno a mi jefe, que detalló nuestro trabajo desde un punto de vista puramente técnico.

«¿A quién le explica esto?», razoné mentalmente.

Nosotros ya lo sabíamos y dudaba que el ilustre mecenas se enterara de algo. Impaciente, miré el reloj; eran las tres y media y, entre que no había comido nada, y que no veía tres en un burro, me sentía algo mareada y mi eterno nudo en el estómago me lo estaba recordando. Cuando volví a la realidad, el director había tomado de nuevo la palabra y estaba presentando a un tal señor Marshall. A mi cabeza vino aquella famosa película, Bienvenido, Míster Marshall; me hizo gracia y no pude evitar sonreír mientras oía hablar de modo adulator al director. Un gran mecenas, un hombre comprometido con la sociedad y con el desarrollo de su país, interesado en mitigar el sufrimiento humano... y bla... bla... bla... Aburrida, fruncí el ceño.

«Estoy segura de que lo único que pretende es hacerse aún más rico vendiendo a precio de oro el fruto del trabajo de los demás», mascullé para mis adentros, aislada en mi nebulosa.

Absorta, como siempre, en mis pensamientos, ni cuenta me di de que el director se había callado y el ínclito señor Marshall había tomado la palabra. Ni me molesté en mirar, ¿para qué, si lo veía todo borroso? Pero lo cierto es que su voz me gustó; suave y cálida, pero a la vez enérgica y con esa cadencia especial que provoca el hablar en otro idioma. Era la voz de un hombre acostumbrado a mandar y a que todo el mundo lo escuchara; mi estómago protestó de nuevo y volví a mirar el reloj.

«¡Joder, las cuatro! Quiero irme ya», exclamé en mi interior. «¿Para qué cojones habré venido?», me pregunté aún con los ojos cerrados y cada vez más mareada.

Oí al doctor Ihab presentar su proyecto. Le gustaba hablar en público tan poco como a mí y respiré aliviada al no escuchar mi nombre; a él le hubiera gustado mencionarme, pero recuerdo no haber parado hasta que me prometió

que no lo haría.

Tenía claro que, aunque el proyecto del doctor Ihab fuese elegido, no iba a ser yo la seleccionada y cuando aterricé de nuevo me di cuenta de que estaba haciendo un breve repaso de nuestros currículos. Para colmo, cuando terminaba de leerlos le hacía a la persona interpelada unas cuantas preguntas. «¿Por qué cree ser la persona adecuada...? ¿Qué cree que puede aportar al proyecto...? ¿Cuáles son sus aspiraciones?». Incómoda e impaciente, me revolví de nuevo en mi asiento; odio hablar en público, odio hablar de mí y odio aún más que hablen de mí en público.

Si supiera que nadie se iba a dar cuenta me hubiera ido en este mismo instante. «¿Qué digo si me pregunta algo? ¿Que aspiro a poder respirar? O algo mejor, ¿que me quiero morir?».

«¡Qué aburrimiento!», suspiré con la vista clavada en el suelo, por aquello de ver algo con claridad.

Fue cuando me di cuenta que el cordón de una de mis deportivas estaba desatado.

«Era lo que me faltaba, levantarme, pisarlo y acabar en el suelo», pensé mientras, agachada, empezaba a pelearme con el cordón.

Mientras tanto, oía hablar a más compañeros, entre ellos a La Rímel. Le puse el apodo porque usa tanto que parece que las pestañas se le van a quedar pegadas de un momento a otro y daba por hecho que ella debía tener ese mismo temor, pues parpadeaba continuamente. Explicaba con su empalagosa voz su interés en ayudar a terminar con las enfermedades del mundo, que es una gran compañera y... bla, bla, bla. Volví a desconectar porque me resultaba vomitivo; en realidad, nadie la podía ni ver de lo insoportable que es.

Una vez solucionado el problema del cordón, me escurrí lo más que pude en mi butaca sin levantar la mirada, pensando que quizás así se olvidarían de mí. Evidentemente no fue así, y de repente oí mi nombre; quizá fue mi imaginación, pero tuve la sensación de que su tono de voz bajó y lo puso en «modo monótono» mientras leyó, sin mucho interés, mi historial laboral. El mismo que tenía yo en escucharlo.

—¿Le importaría ponerse en pie? Está tan lejos que casi no la vemos y sus compañeros tuvieron la educación de hacerlo.

¡A la mierda su voz suave y cálida! Esa vez sonó como un látigo y, como consecuencia, de repente se hizo un silencio sepulcral. Claro, por no mirar, ni me había enterado de que todos se habían puesto en pie para hablar. Estaba

claramente enfadado y la tensión en el ambiente se podía cortar mientras que en mi cara, de lo colorada que me puse, se podría freír un huevo. Me levanté y conmigo se levantó toda la mala hostia que se había ido acumulando por momentos.

—¿Me ve lo suficiente o tengo que acercarme más? —conseguí preguntar al cabo de unos segundos a una figura borrosa.

—Gracias, no hace falta, ya veo lo suficiente —respondió con sequedad.

Si hubiera podido ver la expresión de las caras de mis compañeros, seguro que mi jefe estaría estupefacto, Ihab apenado, Rayos y Centellas con una sonrisa de cruel satisfacción y La Rímel aleteando compulsivamente sus pestañas.

—Veo que tiene usted treinta y tres años, lleva trabajando aquí cinco y además presenta un certificado de discapacidad.

Habló con extrema lentitud o al menos así me lo pareció; si a ello le añadimos que, además de decirlo como quien da una receta de cocina, lo dijo con tono frío y distante, parecía tener una clara intencionalidad, y no precisamente buena. Me mordí el labio hasta que me dolió mientras maldecía la idea de haber metido ese puto certificado en mi currículum.

—¿Usted cree, señorita Torres —prosiguió tras una pausa deliberada—, que alguien incapaz de ser puntual, incapaz de mostrar interés por lo que aquí se está hablando y con... —volvió a hacer la maldita pausa— ciertas limitaciones está capacitada para realizar el trabajo que se espera de la persona que resulte elegida?

En esos momentos en mi cara ya no se freía un huevo, se podía hacer una tortilla entera. Por un instante, temí que mis orejas empezaran a arder por combustión espontánea. Para asegurarme de que no fuera así, me coloqué el pelo tras ellas, una tarea difícil para quien tiene el pelo tan corto, y tomé aire unos segundos mientras todos seguíamos envueltos en un incómodo silencio; el corazón estaba a punto de salirseme por la boca y, en voz bien alta, para ocultar mi temblor, comencé a hablar.

—Ni mi edad, ni mi... discapacidad —me atreví a decirlo, al fin— han sido ningún problema para estar donde estoy. Aquí he trabajado como el que más, me considero perfectamente capacitada para esto y no consiento que nadie, repito, nadie —insistí elevando aún más el tono—, y menos usted, lo ponga en duda.

Tuve que parar de hablar, una porque me había quedado sin aire de lo indignada que me sentía y otra porque estaba a punto de llorar. Las piernas

me temblaban tanto que me senté rápidamente mientras todo continuó sumergido en ese espeso silencio. Tras unos eternos segundos más en aquella incómoda situación, y tras un breve carraspeo y una leve tosecilla por su parte, siguió hablando como si nada hubiera sucedido.

—La sanidad es un tema pendiente en mi país —prosiguió Bienvenido Míster Marshall con un tono más cordial—. La gente que no tiene dinero tiene serios problemas en caso de enfermedad, ya que, si no se dispone de un seguro privado, lo que nos ofrece la sanidad pública vale más bien poco. Necesitamos buenos profesionales y gente preparada que venga a trabajar y a enseñar; ya me gustaría tener en mi país la sanidad pública que tienen aquí, pese a los problemas que seguramente padecen. Ustedes trabajan en varios campos que me interesan, alguno especialmente, y por eso estoy aquí. — Nueva tosecilla y carraspeo—. Se habrán dado cuenta de que no se ha tratado el problema que puede representar el trasladarse a un país con un idioma diferente; creo que cuando alguien quiere algo y sabe lo que tiene que hacer y lo que le va a costar, no hay mucho más que explicar.

»Muchas veces —prosiguió tras una breve pausa— la gente llega con una idea equivocada y se dan cuenta de que no es tan fácil cómo pensaban. Otro lugar, otra cultura, estar lejos de las personas queridas... Por ello tendrán un período de prueba de tres meses; quien lo supere, tendrá como mínimo casi un año de trabajo por delante. Eso sí, si alguien lo deja, conmigo no tendrá una segunda oportunidad.

»A mí no me van a volver a ver —continuó en un tono más seco tras una breve pausa—, pero créanme, pongo el dinero, pago bien y exijo buenos resultados. También aviso que me voy a enterar de si me equivoco o no, algo que quiero que los que sean seleccionados tengan claro. Se les comunicará mi decisión en un máximo de quince días, una vez hable con el director del hospital donde van a trabajar. Quiero que empiecen cuanto antes. Gracias y adiós.

Terminó de una manera tan tajante que, durante un momento, nadie supo qué hacer. Comenzó un confuso apretón de manos entre unos y otros mientras yo, desde mi nebulosa, decidí que ya había hecho todo el ridículo que podía hacer y salí disparada de la sala. Al cruzar la puerta, Carlos me alcanzó jadeando, es lo que tiene pesar más de cien kilos y tener que dar más de cinco pasos seguidos con rapidez. Parecía muy enfadado.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Encolerizado, me lo preguntó agarrándome del brazo—. ¿Estás loca o qué?, por tu culpa vamos a perder

una oportunidad que se nos presenta por primera vez.

Bruscamente, me zafé de su mano y me encaré con él señalándolo con el dedo. Tengo esa manía cuando mi enfado supera ciertos límites, cosa que, para mi desgracia, ocurre... casi nunca.

—¿Qué me pasa? —hablé lo más bajo que pude, pero mi tono debió de sonar tan agresivo y mis ojos cegatos debían irradiar tanto odio que mi jefe, asustado, dio un paso atrás—. ¿Qué me pasa? —repetí elevando más la voz—. ¿Acaso tú no lo has visto? —proseguí indignada—. ¿Hizo mención a la edad de alguien más? Y lo de mi... lo de mi... discapacidad, hay que joderse —bufé al decirlo—. ¿Quién cojones se cree que es para juzgarme sin conocerme de nada? —conseguí decir antes de tener que parar para respirar.

»Estoy hasta los mismísimos... de este tipo de gente —continué cuando recuperé el aliento—. Vienen a restregarnos sus millones y nosotros tenemos que babear ante ellos; pues que vaya Miss Rímel para satisfacer su ego y de paso el de su micropene, que debe tener el mismo tamaño que su cerebro. — Por si no lo había entendido, junté los dedos índice y pulgar hasta que casi se rozaron—. Que tengo treinta y tres años..., que tengo una discapacidad... — repetí imitando su voz—. ¿Por qué tiene que cacarearlo delante de todo el mundo?, ¿por si alguien no lo sabía? —Gesticulaba y daba voces como una loca, estaba fuera de control y no podía parar—. Yo te diré por qué —seguí vociferando tras coger aire—. Porque es un imbécil —volví a elevar el tono—; será todo lo rico, fabuloso y poderoso que quieras, pero es un im-bé-cil —repetí enfatizando cada sílaba.

Por aquello de que necesitaba volver a respirar, me callé de nuevo, pero, sin dar tiempo a mi jefe a abrir la boca, o mejor dicho a cerrarla, rematé:

—¡Ah! Y por si le interesa a Bienvenido Míster Marshall, dile que en el lote de falta de puntualidad, falta de interés, falta de capacidad, también va incluida la falta de ganas de vivir.

Sin más, di media vuelta y yo y mi nebulosa nos fuimos dejando a un boquiabierto Carlos que se quedó mirándome atónito. Tal y como iba, tuve el sentido común de no ir a buscar mi coche y volví a coger un bus, pero cuando llegué a casa estaba mareada, agotada, triste y un sinfín de sensaciones más, ninguna agradable.



Capítulo 2

No me gustaba reaccionar así y perder el control de esa manera. Desde aquella vez con Víctor... y con Castillo, mi abogado..., no quería solucionar los problemas de esa manera. Reconozco que, si en ese momento hubiera tenido una pistola, le habría pegado un tiro a esa figura borrosa. Pese a escocerme los ojos, no tuve más remedio que ponerme las lentillas y maldije las veces que estuve a punto de operarme la vista, pero no lo hice; por lo que me prometí a mí misma que de aquella semana no pasaba. En el espejo, la imagen que apareció no pudo ser más desoladora; tenía treinta y tres años, pero me sentía y me veía vieja, absurda y con una vida de mierda de la que intentaba salir una y otra vez, y a la que volvía una y otra vez.

Sin muchas ganas, piqué algo de comer y bajé a la playa. En los momentos en que estoy bajo mínimos el sol es, para mí, una fuente de energía que recarga mis agotadas pilas. Nadé hasta que me dolieron los brazos y me tiré al sol; cuando desperté, a las seis y media, ya se estaba poniendo, así que corrí un rato por la playa y, rendida, me fui a casa.

Desde hacía un tiempo, el deporte se había vuelto mi válvula de escape. Yo, que en mi vida había hecho nada en serio con relación al ejercicio físico, era consciente de que gracias a él me había mantenido a flote. Me lo recomendó un psicólogo del hospital y en aquel entonces pensé que era una soberana estupidez, sobre todo los primeros días, cuando estaba tan llena de agujetas que me dolía hasta parpadear. Pero, poco a poco, me di cuenta de que tenía razón. Empecé yendo a un gimnasio, pero después preferí el aire libre y la soledad para hacer deporte. Nadaba casi todos los días —ventaja de vivir en Canarias— y me pegaba unas tremendas carreras por la playa hasta caer rendida. Físicamente también me vino muy bien, ya que en algo menos de un año conseguí adelgazar los casi doce kilos que había engordado y estaba segura de que, de no ser por el deporte, pisaría mis caídas pieles al andar. Además, era una buena manera de llegar a casa exhausta, ducharme y

poder dormir, aunque a veces fuera con la ayuda de un somnífero. Para no variar, ese día hice lo mismo que el resto de los vividos en el último año; tras comer un yogur y una loncha de pavo que me costó tragar, me acosté y quedé dormida de puro agotamiento.



Al día siguiente, en el laboratorio fue todo un ejercicio de aquí no ha pasado nada; se habló poco y solo de trabajo. Me resultó extraño no ver a mi jefe, que no se acercara a decirme nada, y me figuré que esta vez estaba cabreado de verdad, por lo que fui a su despacho. Se encontraba con el doctor Ihab, ambos estaban serios y dejaron de hablar cuando entré, por lo que supuse que yo era el tema de conversación. Nerviosa, pero resuelta, tragué saliva; si había alguien a quien no quería perjudicar era a Ihab, había trabajado mucho, se había esforzado por integrarse y, si por alguien me pesaba el espectáculo del día anterior, era por él.

—Ihab, lo siento —me apresuré a decir—. Ayer no tuve un buen día, pero no quiero que tengas problemas por mi culpa; pon a otra persona como técnico y ya está.

Se levantó y me miró con seriedad.

—De eso nada, tú eres la que me ayudó y eres la que va a seguir en el proyecto conmigo. Si les vale bien y si no también.

Parco en palabras, como siempre, se fue y nos dejó a solas a Carlos y a mí.

—¿Podemos tomar un café? —pregunté a un silencioso jefe.

Llegamos a la cafetería sin cruzar palabra y me dirigí a una mesa un poco apartada. Lo miré y vi en su cara una expresión de gran tristeza y, tal vez, de cierto hartazgo; lo cierto es que yo también me sentía fatal.

Había hecho tanto por mí... Nunca me reprochaba nada, por no decir que era el único que no había tirado la toalla conmigo y, por un momento, pensé en contarle lo sucedido el fin de semana en el despacho del abogado... Pero no, al fin y al cabo, era su amigo y me lo había recomendado con la mejor de las intenciones. Además, ¿me creería? La verdad es que tenía serias dudas; así que, decidida, levanté la barbilla, me coloqué la melena imaginaria tras las orejas y, tras coger aire, solté:

—Lo siento Carlos, creo que ayer me pasé y espero no haber causado un daño irreparable al hospital. Si es así —proseguí nerviosa—, creo que lo

mejor será que me vaya de aquí.

—¡De eso nada! —soltó de inmediato—. ¡Y deja de decir tonterías! —Depositó una mano sobre la mía y me la apretó con fuerza—. No se te ocurra volver a pensar eso —recalcó muy serio—. De aquí no se va nadie y menos tú, pero lo cierto es que ayer te pasaste siete pueblos.

Iba a protestar, pero levantó la mano en un claro gesto que me pedía que lo dejara seguir hablando.

—Tengo que reconocer que él también se pasó, y me di cuenta de que solamente lo hizo contigo. Supongo que estaba molesto por algo, pero sabes de sobra que lo de tu edad fue una estupidez, así como lo de la discapacidad; aquí nunca nadie ha dudado de tu valía, ni como persona ni mucho menos como trabajadora, y mucho menos yo —puntualizó.

Mientras lo escuchaba me mordí tanto el labio que empezó a sangrar.

—Toma —me tendió una servilleta—, y deja de despellejarte el labio de esa manera, no te vayas a provocar una hemorragia —bromeó mientras se levanta a coger nuestros cafés.

Ya más tranquila, lo miré y no pude evitar sonreír. Le había puesto el apodo de Papá Noel y acerté de pleno. Su corpulencia, su barba y su pelo siempre revuelto poblado de canas, sus gafas redondas... Hasta su voz, profunda, pero cálida, hacía juego con unos grandes ojos marrones de mirada dulce, al menos siempre para mí. ¡Pobre Carlos!, yo sabía lo que sentía por mí, pero para mí siempre sería un buen amigo, nada más.

—¡Ah, por cierto! —exclamó posando las dos tazas de café con leche e interrumpiendo mis pensamientos—. No te he contado lo mejor, ¿o ya lo sabes?

Negué con la cabeza y lo miré con expresión interrogante.

—Pues que cuando me giré para volver entrar a la sala, tras oír tu disertación tan interesante sobre los tamaños de las cosas, llamar imbécil a alguien a todo volumen y hablar sobre los vivos y los muertos, Bienvenido Mister Marshall, estaba justo detrás de mí. Y, por la expresión de su cara, te puedo asegurar que oyó todo perfectamente y que no le gustó nada lo que dijiste.

El café que estaba tomando en ese momento salió disparado por mis dos orificios nasales, debido al tremendo atragantamiento que me produjo el empezarme a reír. «¡Increíble!, Julia riéndose». Hasta la cara de mi jefe expresó sorpresa mientras me tendía un montón de servilletas.

—¡No me digas que lo oyó todo! —exclamé cuando conseguí volver a

hablar tras reconducir el café por su itinerario habitual—. ¿Pues sabes lo que te digo?, que, por un lado, me alegro. Creo que a ese tipo de personas les viene bien que de vez en cuando les canten las cuarenta, pero ¡joder!, creo que me pasé un poco —rematé apenada.

Carlos suspiró profundamente y no pudo evitar sonreír.

—Julia —dijo suavemente mientras sacudía la cabeza—, no hay quien te entienda. Y para ya con las servilletas o nos van a pasar un plus por gastos de material de cafetería —bromeó—. Pero esto no puede volver a suceder, aunque espero que a estas alturas él ya no se acuerde de nada. —pidió con voz suplicante

—Bueno —tercié—, pues si no es así y tienes ocasión, pídele disculpas y dile que mi discapacidad también es mental, si es que no lo piensa ya

—No me tientes, no me tientes... —bromeó sacudiendo la cabeza como un perro.

Ambos nos reímos mientras volvíamos a nuestros respectivos puestos de trabajo.



A la hora de salir reuní el valor suficiente y, con el corazón en un puño, me atreví a ir a buscar el coche y, de paso, concerté una cita con el oculista para operarme el viernes de la miopía. No se lo podía creer, lo había pospuesto tantas veces...

Salvo esa novedad, el resto de la semana me dediqué a trabajar y por la tarde a nadar, tomar el sol y hacer ejercicio. Mi cuerpo lo agradecía, aparte de adelgazar, estaba más fibroso y nada tenía que ver con el de hacía un año. Conseguí volver a entrar en prendas que descansaban en el armario desde hacía tiempo, pero, pese a todo, seguía sin mirarme en el espejo.

Llegó el viernes por la tarde y con ello mi prevista intervención. Comparándola con otras por las que había pasado, no resultó especialmente complicada ni molesta y tenía la esperanza de que la operación sirviera para corregir tanto mi miopía física como la mental. Pasé el fin de semana echándome un montón de gotas en los ojos, pero había valido la pena; no se lo dije a nadie en el trabajo y nadie se enteró. Mejor.



El tiempo fue pasando lentamente, pero cuando quise darme cuenta ya estábamos a mediados de septiembre. Habían pasado quince días desde aquel infausto suceso con Bienvenido Míster Marshall, yo había dado por zanjado el tema y lo tenía olvidado por completo. Tenía muy claro que no iba a ser la seleccionada y, una vez asumido, aun sintiéndolo por Ihab, no volví a pensar en ello. Era viernes y estábamos a punto de irnos cuando Carlos nos llamó a todos a su despacho, estaba serio y no se anduvo con rodeos.

—Ha llegado un fax de Brasil —dijo sin más preámbulos mientras sacudía un folio que tenía en su mano.

Expectantes, se miraron los unos a los otros y un leve murmullo rompió el silencio reinante. Todos menos la menda que, en un claro gesto de «ya sé que no voy a ser yo la elegida», me dispuse a ojear una revista médica que había encima de su mesa.

—Julia, por favor, atiende —me increpó serio.

—El proyecto del doctor Ihab ha sido elegido para llevarse a cabo en Brasil. —Carlos levantó la mano acallando las felicitaciones que este empezó a recibir—. Julia, en calidad de ayudante, ha resultado elegida. —Sin apenas respirar, prosiguió hablando rápido—. Ahora os explico los trámites que tenéis que hacer, pero, para agilizar este tema, todo lo que tenga que ver con vuestra estancia en el país lo solucionarán allá; tenéis un plazo de quince a veinte días para incorporaros a vuestro nuevo puesto de trabajo, felicidades a los dos —concluyó sin demostrar mucha alegría.

Empezamos a recibir más felicitaciones mientras yo aún no había conseguido cerrar la boca.

—Carlos, ¿es broma no? —pregunté, una vez conseguí salir de mi estupor.

No hizo falta respuesta, su cara lo decía todo. Una vez nos quedamos los tres solos en su despacho, enumeró la lista de documentos que nos hacían falta, que resultaron no ser demasiados: pasaporte, certificados médicos, identificaciones... y poco más. Todo lo relacionado con nuestra estancia allá, como ya había explicado, lo tendríamos solucionado al llegar.

—Por cierto —prosiguió—, aunque nadie lo ha preguntado, el hospital al que os vais a trabajar está en Río.

—¿De Janeiro? —interrumpí.

—No, en el rio Amazonas, si te parece —bufó cabreado.

La verdad es que tanto Ihab como yo estábamos tan aturcidos que ni se nos había pasado por la cabeza preguntar dónde íbamos a trabajar. A mí, con tal de que la ciudad tuviera mar, me hubiera dado igual el lugar.

—¿Qué, contenta? —me preguntó Carlos al salir de su despacho, tan pronto Ihab se fue.

—Pues, la verdad, no lo sé —respondí dubitativa—. Lo cierto es que ni se me había pasado por la cabeza ser elegida y estoy un poco aturdida.

—Pues céntrate y espabila, ¿no es lo que querías? —me replicó.

Noté dolor en su voz.

—Carlos —contesté suavemente—, sabes que se me está haciendo muy difícil el vivir aquí. Creo que alejarme una temporada me vendrá bien para poder volver a respirar con normalidad, dejar de pensar siempre en las mismas cosas y poder disfrutar de lo que tengo.

Algún día se lo explicaría todo, pero no era el momento. Además no pude seguir hablando, se me había hecho un nudo en la garganta y noté que estaba a punto de llorar.

«¡No!, no vas a hacerlo», me ordené a mí misma y parpadeé fuerte un par de veces hasta conseguirlo.

—Además, tienes a la doctora Márquez —continué, intentando bromear—. Solo le faltó aplaudir con las orejas cuando oyó mi nombre. Estarás muy bien acompañado, y un año pasa pronto.

—Un año se me va a hacer eterno —farfulló.



Capítulo 3

Los siguientes días anduve de un lado para otro resolviendo el papeleo correspondiente. Identificación del hospital, pasaporte, temas bancarios... ¡Qué horror!, odiaba el papeleo. Me he dado cuenta de que, en esta vida, cuando tienes un problema en función de su calibre así será el papeleo que tengas que afrontar. Muchas veces es tan complicado que habría que hacer un máster para poder hacerlo, ya que siempre falta una firma, un sello, algún dato que quedó sin poner, una fecha... La burocracia pone a prueba la paciencia de uno, y yo de eso no andaba sobrada precisamente.

Otra sorpresa en la que no había pensado era que nos pagaban el viaje. La verdad es que no nos podíamos quejar y, para mi asombro, una vez asimilado el asunto, me sentía extrañamente tranquila.

«Ya está, no lo pienses más», me decía a mí misma cuando aparecía por el horizonte a la Julia de los ¿y si...?

A finales de septiembre me iba a pasar un año a miles de kilómetros de distancia y, para colmo, nada más y nada menos que a Río de Janeiro. ¿Qué podía salir mal?, ¿podría ser allí aún peor que aquí? No, la verdad, no lo creía; era mi oportunidad de volver a levantar el vuelo —nunca mejor dicho— y lo tenía que intentar.

«Se acabó llorar y lamentarse», me decía a mí misma en un desesperado intento por animarme. «Se acabó, nuevo país y nueva vida, aunque sea por un año», repetí rotunda.

El idioma no me preocupaba; ventaja de ser gallega y bilingüe.

Los primeros a los que les conté mi nueva oferta laboral fueron los dueños de mi apartamento, un matrimonio mayor, encantadores los dos. Vivían cerca y nos veíamos bastante a menudo. Aun sin saber nada de lo que me había sucedido, siempre me trataron como a una hija; quizá porque la suya vivía en

la Península volcaron en mí todas sus atenciones.

—Siento no haber avisado con más tiempo —les expliqué—, pero lo cierto es que nunca pensé que fueran a elegirme para este proyecto y me acabo de enterar.

—No te preocupes por eso —me interrumpieron—, no tenemos pensado alquilar esto a nadie más salvo a ti, si quieres, cuando vuelvas.

Me abrazaron y, al verlos llorar, no lo pude evitar y acabamos llorando los tres.

Quería despedirme de la menor gente posible, lo cual tampoco era difícil. Sabía lo que iba a pasar y estaba tan sumamente harta de llorar que ahora intentaba evitarlo a toda costa. Pero me quedaba pendiente una dolorosa despedida: la de mi única amiga y su marido. Los sábados que me tocaba estar de guardia siempre comíamos juntos y tenía motivos más que sobrados para que, con ellos, se me cayera la cara de vergüenza. Siempre habían estado conmigo, sobre todo Isabel, mi mejor amiga y siempre a mi lado. Tanto ella como John, su marido, se habían volcado en mí y yo no se lo había agradecido lo suficiente.

Estaba tan nerviosa que las manos me temblaban al llamarla y tuve que coger aire para poder hablar cuando oí la voz de ella al otro lado del teléfono. Sin embargo, se alegró un montón al hablar conmigo, y más cuando le pregunté si podíamos quedar para comer juntos el sábado, en su restaurante, como antes. Lo cierto es que, desde aquel infausto día, cuando todo pasó, nos habíamos visto en contadas ocasiones y les debía, al menos, una despedida.

De repente, fui consciente de que contaba con los dedos de las manos los días que quedaban para irme. Pese a que salía el viernes de la semana siguiente, aún no lo podía creer, y los nervios empezaban a apoderarse de mí. ¿Algo bueno para Julia? Me resultaba increíble contemplar esa posibilidad después de lo vivido durante los últimos años.

Al llegar a casa, abrí el correo y vi que tenía un email de Ihab; él ya se había ido la semana anterior y quedamos en que me mantendría informada de lo que allí se iba encontrando. Tras un breve y formal saludo explicaba y describía el lugar donde íbamos a trabajar. Hablaba de un hospital llamado Santa Ana, y decía que íbamos a trabajar en un edificio grande y de tres plantas anexo al mismo. En el primer piso estaban los laboratorios, despachos y oficinas, además de una sala de reuniones bastante grande. En la segunda planta había un comedor-cafetería, salón de actos y biblioteca, y en la tercera sería donde viviéramos: habitaciones dobles, todas con baño y muy bien

equipadas, veinte en total.

«A saber con quién me toca», protesté mentalmente mientras sigo leyendo.

Pero había un problema.

«¡Vaya por Dios!, sería raro que estando yo de por medio no hubiese alguno», pensé arrugando los labios.

Me contó que, al día siguiente de su llegada, tras recorrer el laboratorio detectó olor a gas. No pude evitarlo y sonreí delante del ordenador. La nariz del doctor Ihab para los olores era conocida en todo el hospital: sabía quién acababa de pasar por el olor que había dejado y en el laboratorio nos lo tomábamos muy en serio cuando empezaba a olfatear como un perro. Más de una vez nos salvó de una buena porque alguien se había dejado alguna llave de gas abierta.

Arqueeé las cejas, suspiré y seguí leyendo.

Tras una revisión, los técnicos detectaron varios fallos en la instalación — me consolaba pensar que ese tipo de cosas no solo pasaban en mi hospital— que estaban provocando las fugas y, como era lógico, el edificio estaba temporalmente cerrado, por lo que de momento nos iban a reubicar al laboratorio del hospital para que pudiéramos empezar a trabajar allí mientras se solventaba el problema, hasta que fuese seguro volver. Por lo demás estaba contento; me comentó que había un buen equipo con el que empezar a trabajar y no le pusieron ningún problema en caso de necesitar algo más. Me apresuré a contestar.

—Tú y tu nariz... Menos mal. ¡Era lo que nos faltaba! Ir a Brasil para salir volando por los aires. Por cierto, ¿dónde me tengo que presentar a mi llegada? Mis instrucciones eran ir directamente en el edificio, pero, si ahora está en cuarentena... —le pregunté.

—Ven directamente al laboratorio del hospital. —Su respuesta me llegó casi de inmediato—. Yo ya estaré allí. Pregunté por tu realojo y me dijeron que estaba todo solucionado y que mandarían a alguien a recogerte al aeropuerto. Por cierto, ¿Cuándo llegas?

—Salgo de Gran Canaria el próximo viernes por la noche para Madrid, y para ahí el sábado por la mañana, Creo que llegaré sobre las once de la noche hora local, más o menos.

Al instante llegó su mensaje.

—Como hasta el lunes por la mañana no empiezas, si quieres llámame cuando llegues. Si no, nos veremos el lunes; estoy deseando verte, ya sabes que esto de aprender idiomas no es lo mío.

Me hizo reír, debía estar realmente desesperado para hablarme así.

—No te preocupes, pronto estaré ahí. Por cierto... —Aquel tema me tenía algo inquieta—. ¿Has visto a Bienvenido Mister Marshall?

Crucé los dedos a la espera de su respuesta. Después de nuestro idílico encuentro lo que menos me apetecía era cruzarme con él.

—Tranquila —respondió de inmediato poniendo una carita sonriente—, no lo he vuelto a ver y, por lo que me he podido enterar, no viene aquí para nada. Se limita a poner el dinero, pero después dependemos del director del hospital.

Suspiré aliviada.

—Estupendo, hasta pronto — respondí a modo de despedida.

Delante del ordenador, me crucé de brazos y pensativa fruncí el ceño. Las cosas no empezaban bien.

«¿Seré yo la gafe? ¿Dónde tendré que vivir?», pensé torciendo el gesto.

Lo cierto es que no me agradaba la idea de compartir habitación con alguna joven llena de hormonas alborotadas, con ganas de jugar un día sí y otro también. Y en Río... podía ser mortal; y para colmo ahora ya no sabía ni a dónde iba a ir.

«Venga Julia, preocúpate de eso a su debido tiempo, ahora tienes otros asuntos que resolver», me dije a mí misma en voz alta tras un profundo suspiro.

Lo primero, la ropa; abrí el armario y me quedé un buen rato mirándolo. De él, dentro de una bolsa y tirado en el fondo, aún estaba aquel puto traje que, en ese mismo instante, fue directo a la basura. Había pensado en donarlo, como el resto de su ropa, pero tras ir a buscarlo a su oficina y ver lo que en él había, decidí que nadie se merece vestir nada con tan mal karma.

Ahora le tocaba el turno a mí vestuario, aunque lo tenía fácil. Aborrecía la mayoría de lo que tenía delante: trajes estupendos, elegantes pantalones, chaquetas carísimas, blusas de seda, bañadores de marca... Por no hablar de los zapatos, altísimos, de tacón de aguja y de punta estrecha. Justo todo lo que odiaba, al igual que odiaba la época que todo eso representaba para mí; al único que le gustaba todo aquello era a él.

No lo pensé más y metí todo en bolsas; seguro que en el centro de recogida de ropa iban a quedar encantados. Desangelada, repasé lo poco que quedaba dentro del armario, tanto como lo que quedaba de mí. Algunos vaqueros, un par de cazadoras, camisetas, un par de chándales y un pantalón corto que aún no había estrenado, al igual que varios bikinis junto con deportivas y

chancas, también con la etiqueta puesta. Desolada, me senté en la cama.

«Al igual que mi vida, todo cabe en una maleta», pensé mientras me desinflaba con un largo suspiro.

De mi ropa interior, mejor no hablar. Al contemplarla sacudí la cabeza, alicaída mientras pensaba que la de alguna monja podía ser más sexy que la mía.

Lo cierto es que me daba igual e, indiferente, sacudí los hombros, nadie me la iba a ver, y para lo que había que ver... estaba de más. Dejé aparte la ropa que pensaba llevar para el viaje. Serían mis mejores vaqueros, un par de camisetas y unas cómodas deportivas tipo botín, negras como los pantalones, y la fina cazadora de cuero que tanto me gustaba y que tampoco había estrenado. Al final quedé satisfecha; un tema zanjado.

En la mesita del salón ya tenía preparados todos los papeles necesarios para mi viaje y solo quedaba la odiosa tarea de vaciar los cajones. Aunque el piso no se iba a alquilar, no quería dejarlo lleno de mierda.

Metí en una bolsa recibos, facturas, revistas, y papeles inútiles que había ido guardando, sin saber bien para qué y no pude evitar acordarme de la anterior limpieza que hice en nuestra casa —mejor dicho, en la suya— cuando todo acabó. Me deshice prácticamente de todas sus cosas y envié por correo a su madre sus objetos personales, junto con todas las joyas que me había regalado. Cada uno de aquellos regalos correspondía a un momento que quería olvidar a toda costa. También le envié todo el dinero, incluso el obtenido en la indemnización. Un escalofrío me recorrió la espalda al recordarlo.

«Hijo de puta», lo insulté mentalmente.

Pero no me había pesado. No quería ni necesitaba quedarme con nada de él y me quedé contemplando la escueta nota de agradecimiento que ella me había mandado cuando lo recibió todo.

«¡A la mierda!», solté en voz alta mientras la rompía en mil pedazos y la tiraba a la basura, junto a los demás papeles.

Me quedé contemplando el último cajón. Aunque sabía lo que había allí lo abrí despacio, como si lo que hubiera en su interior fuera a saltar sobre mí. Pero no, esperándome, se quedó quieto e inmóvil. Lo cogí y me quedé mirándolo con la ridícula sensación de que si lo acercaba a la sien me podría pegar un tiro con él. Ridícula sensación, desde luego, dado que se trataba del pen drive que había encontrado en el bolsillo de su traje. Lo deposité sobre la mesa y nos quedamos mirándonos mutuamente. Él, indiferente a su propia

esencia y contenido, me apuntaba a modo de dedo acusador.

«¡Imbécil!», parecía decirme una y otra vez.

Y efectivamente, lo fui una y otra vez, como él se encargó de mostrarme. Con rabia, me lo metí en el bolsillo del pantalón y, aprovechando que iba a llevar las bolsas con la ropa al centro de recogida más cercano, paré en un ciber e imprimí solo las últimas fotos. No quería volver a mirar las demás, no lo necesitaba. Metidas en un sobre, las puse junto con el resto de los papeles de mi viaje cuando volví a casa.



Llegó el sábado y con él la correspondiente comida con Isabel y John. Acudí nerviosa, pero, afortunadamente, no hubo reproches, me querían demasiado. Recordé el día que comimos juntos por última vez y sentí vergüenza. Ellos estaban ahí, conmigo, y, como siempre, se desvivieron por ayudarme. Pese a ello, y conscientemente, me alejé de su compañía, quizás porque me hacía daño recordarlo. Por ese motivo hacía casi seis meses que no nos veíamos.

No hubo reproches ni preguntas, simplemente éramos tres amigos que se volvían a ver después de un tiempo y resultó muy bien. Además, me dieron la buena noticia de que estaban embarazados. Sabía que tenían muchas ganas y no pude evitar sentir una punzada de sana envidia ante su enorme felicidad. Contenta por ellos, los abracé; se lo merecían. Yo les conté lo de mi viaje e Isabel, que me conoce bien, se alegró y me animó.

—A veces, para olvidar algo, viene bien el alejarse, aunque solo sea físicamente —soltó, llena de seguridad, con su cantarina voz.

Asentí; quizás algún día les contaría por todo lo que había pasado, pues ellos solo eran conocedores de una parte. Pero no, aquel no era el momento; no quería estropear una estupenda comida con toda esa mierda.

Aparte de irme con el estómago lleno por primera vez en mucho tiempo, me fui colmada de besos, abrazos y lágrimas. Lo primero, culpa de John, su marido, inglés, un estupendo cocinero y una mejor persona que adora a su mujer, como debe ser. Les deseaba toda la suerte del mundo, porque se la merecían, y me gustó ver que tenían el restaurante lleno; mejor que mejor.

Por primera vez en mucho tiempo me fui contenta. Todo un logro en mí.



Capítulo 4

La última semana pasó volando. Por medio de un compañero del hospital, vendí el coche y, la verdad, el negocio me salió redondo; aunque estaba impecable, un año parado sería un desastre para un coche de segunda mano. Metí parte del dinero en mi cuenta y el resto lo dejé para el viaje.

Así, el miércoles ya tenía todo preparado. Los papeles sobre la mesa de la sala y mi maleta al lado, abierta y con mi ropa lista.

En el trabajo intenté estar como si no pasara nada, aunque era imposible no fijarse en la cara de Carlos. Estuvo todo el tiempo lo más cerca posible e insistió, casi hasta el enfado, en acompañarme al aeropuerto, pero me negué en redondo. Sabía lo que iba a pasar y no quería hacerle daño. Sin contar a Isabel, Carlos era la única persona que me importaba del hospital, y siempre seríamos buenos amigos, pero nada más. Era consciente de que le debía mucho, pero no iba a pagárselo fingiendo hacia él unos sentimientos que no existían. Además, aunque hubiera querido hacerlo, me hubiera sido imposible, mi capacidad de fingir se había agotado hasta quedar reducida a cero.

Llegó por fin el tan ansiado y a la vez temido viernes y, pese a todo, al acabar mi jornada laboral me dirigí a su despacho, pero no estaba; mejor así, más fácil. Me despedí brevemente de todos y una radiante doctora Rayos y Centellas me acompañó hasta la salida, aunque estaba segura de que lo hizo para cerciorarse de que, por fin, me iba.

El avión para Madrid salía a las siete, así que, recogí mis cosas y, sin mirar atrás, me fui. Camino del aeropuerto mandé parar el taxi y subí a la planta donde estaba la oficina de mi ex. Estaba nerviosa, pero lo iba a hacer. No le di tiempo a reaccionar e, ignorando su cara de estupor y vergüenza, le expliqué todo muy brevemente, le di las fotos y me marché. Sé que le hice un

favor, no merecía que nadie llorase por él y cuando salí de allí tenía la sensación de haber crecido unos centímetros —lo cual no me hubiera venido nada mal— debido al peso que me había quitado de encima; esperaba que ella también.

Una vez en Madrid me alojé en uno de los múltiples hoteles que situados junto al aeropuerto. Mi idea era dormir allí, pero en eso quedó, en una idea. Se apoderó de mí un miedo irracional a perder el avión, a quedarme dormida por tomar un somnífero, a no llegar a tiempo, a perderme y a un montón de ideas absurdas más que lo único que consiguieron es que no pegase ojo en toda la noche.

Así, a las ocho de la mañana ya había desayunado y estaba harta de pasear por el aeropuerto, y hasta las doce no salía el puñetero avión.

«Joder Julia, te vas a cansar de esperar», me reprendí a mí misma.

Aburrída, vi abierta una pequeña peluquería y entré. Al ser tan temprano, no había nadie y en unos minutos una simpática y guapa peluquera estaba dándole un nuevo aire a mi aburrido corte de pelo. Muy rebajado en la nuca —dijo que mi cuello era digno de verse—, centró el volumen en el flequillo, cortándomelo en capas desiguales, pero dejándomelo algo más largo. Le llamó la atención mi color: rubio, pero a tres colores. Como todo el mundo, creyó que eran mechas; ante su cara de escepticismo tuve que explicarle que mi color era consecuencia de haber tenido que llevar quimioterapia. La pobre se quedó tan cortada que no volvió a pronunciar una palabra. Pese a todo, salí satisfecha con mi nuevo look.

Finalmente, tras mucho, mucho andar, control aquí control allá, sello aquí, sello allá, estaba cómodamente sentada en mi asiento de primera. Me tocó ventanilla y, como salvo por dos pasajeros más, todo estaba vacío, podía disfrutar de un viaje tranquilo cómoda y sola —como me gusta estar—, sin tener que mantener educadas y forzadas conversaciones con gente que ni me iba ni me venía, y me acomodé satisfecha. Durante diez horas, más o menos, me iba a dedicar a descansar, a dormir, a no pensar y, sobre todo, a intentar dejar atrás algo más de seis años de mi vida que ojalá algún día pudiera olvidar. Incluido al hijo de puta de Víctor, mi pareja durante esos años —la única que había tenido— y también a mi abogado.

«Sí, señor, un par de hijos de la gran puta. La única diferencia entre ellos era que el primero estaba muerto y el segundo vivo», pensé mientras el avión despegaba.

«¡Joder, son muchas horas de vuelo!», me di cuenta al cabo de un rato.

Vi dos películas, comí algo, me descalcé, intenté dormir... Todo inútil. Para desentumecerme un poco fui al diminuto baño y me contemplé en el espejo mientras untaba mis labios con cacao; los tenía permanentemente secos y agrietados y, para empeorar el asunto, tenía por costumbre mordérmelos y relamérmelos, con lo cual se vuelven a agrietar y a resecar, en un bucle sin fin; como mi vida.

Puede que fuera el efecto de la altura, pero, por primera vez en mucho tiempo, la imagen de mi cara ante el espejo no me desagradó del todo y dejé escapar un leve suspiro de satisfacción. Morena, con mi nuevo corte de pelo y mis ojos verdes que, para variar, no estaban hinchados o enrojecidos, parecía otra Julia y esta me gustaba un poco más. Hice un mohín delante del cristal y sentí que volvía a crecer unos centímetros.

—Si sigo así, pasaré de no llegar al metro sesenta a poder jugar al baloncesto —bromeé conmigo misma en voz alta.

Cuando, ¡al fin!, aterrizamos era de noche y me notaba agotada. Con mi bolso, me encaminé a la zona de recogida de equipajes y, como en el de Madrid, pensé que no llegaba dadas las enormes dimensiones de este aeropuerto.

«Todo saldrá bien», me repetía mentalmente, una y otra vez, a modo de mantra, mientras recorría los largos pasillos. La Julia asustadiza e insegura había bajado conmigo del avión y ya no estaba tan segura de haber hecho lo correcto.

«Bueno, en el peor de los casos, tengo los papeles y dinero en el bolso», pensé intentando tranquilizarme ante la posibilidad de que todo acabase en un caos. Sorprendida, respiré aliviada cuando en la zona de equipajes vi a un hombre con mi maleta a su lado. Apreté el paso y lo observé mientras me acercaba; algo mayor que yo, bien vestido y con un rostro agradable.

—Hola, soy Julia —me presenté nerviosa, tendiéndole la mano.

—Señorita Torres, encantado de conocerla —respondió educadamente, con una leve inclinación de cabeza y una agradable sonrisa.

Me gustó lo de señorita Torres, nunca me habían llamado así.

—Mi nombre es Emerson, Emerson da Silva, —concretó—. Bienvenida a Río de Janeiro.

Hablaba en español-castellano, con un acento dulce que me gustó enseguida.

—Graças —contesté.

—¿Habla nuestro idioma? —preguntó en portugués gratamente

sorprendido.

—No, ventaja de ser de Galicia y hablar gallego, son idiomas bastante parecidos.

A mi alrededor, el resto de los pasajeros me miraban extrañados, quizás pensando que debiera ser alguien importante, por lo que volví a crecer un palmo más. Calculé que, a esas alturas, ya debía rondar los dos metros. Emerson se fue unos minutos con mi pasaporte y cuando regresó vi que nos encaminamos hacia otra salida.

«¡Joder!, ¡vaya recibimiento!», pensé gratamente sorprendida.

Francamente, estaba impresionada por la atención recibida. Anduvimos un poco hasta parar delante de un precioso y grande coche negro. Si algo aprendí con Víctor era a reconocer las buenas marcas; se trataba de un Lexus y se veía a las claras que valía una pasta. El maletero se abrió automáticamente y en unos segundos yo, mi maleta y el señor Emerson arrancábamos hacia mi nuevo destino. Como no hubo manera de convencerlo, tuve que sentarme atrás. Decidí recostarme en sus confortables asientos y... ¡me dormí!

Desperté al parar el coche y, medio adormilada, vi la sonriente cara de Emerson explicándome que habíamos llegado. ¡Llegué a Río de Janeiro dormida! Lo mío, desde luego, no era normal. Miré a mi alrededor totalmente desorientada; estábamos en un garaje y, tras salir del coche, entramos en un enorme ascensor, todo en madera y acero de buena calidad, otra enseñanza de Víctor. Había botones para doce plantas, pero, para mi sorpresa, no pulsó ninguno; sacó una tarjeta del bolsillo del pantalón y la introdujo en una ranura que a mí me había pasado completamente desapercibida.

—¿Cansada? —preguntó mientras subíamos a no sé dónde.

—No mucho, la verdad, y más después de hacer mi entrada en Río durmiendo. —Lo dije realmente apesadumbrada y el movimiento de mi cabeza lo corroboró.

—No se preocupe —comentó risueño—, ya verá como ahora lo va a ver desde otra perspectiva.

Le sonreí, la verdad es que me gustaba ese idioma y me sentía cómoda hablando en gallego, algo que no hacía desde algún tiempo. Ayudaba mucho el llegar y poder entenderte bastante bien con la gente, así que me acordé de Ihab; él no tenía esa suerte, aún recordaba lo que le costó aprender el castellano.

«Lo mal que lo debe estar pasando..., menos mal que siempre le queda el inglés», pensé. Tenía ganas de verlo, era la única persona que conocía en la

ciudad, pero, por muy extraño que pareciese, no me importaba; mejor así, todo nuevo para volver a empezar.

La apertura de las puertas del ascensor acabó con mi momento filosófico y un cortés Emerson, me indicó que pasase delante. Atónita, mire a mi alrededor; estaba en un impresionante salón, tanto por su tamaño como por su decoración, de escaso mobiliario, pero que parecía de gran calidad.

«Aquí no debe de vivir nadie», pensé al ver la ausencia total de objetos personales. Muebles brillantes, pero nada sobre ellos, y grandes sofás de buena piel que parecían no haber sido usados nunca; ni alfombras, ni cuadros y nada de lámparas. La iluminación procedía de varios puntos de luz en el techo. Nos paramos en el centro del salón y debía parecer tonta de tanto mirar de un lado para otro con la boca abierta.

«¿Será este el alojamiento que me tienen preparado?», me preguntaba, mirando todo una y otra vez. Francamente, si era así, me parecía excesivo.

—Espere aquí un momento, por favor —habló mientras desaparecía por el fondo del salón.

Me pareció oír otra voz, pero en vista de que me quedé sola no pude evitar fijarme en los grandes ventanales que me rodeaban; daban a lo que parecía una terraza y, dado que nadie venía, me decidí y salí al exterior. Aunque era de noche, hacía calor. Me asomé al borde y lo que vi me dejó sin respiración.

¡Qué vista más impresionante!, ¡cuántas veces la había visto en fotos! Pero, como siempre, la realidad superaba la ficción. A mis pies, majestuosa, orgullosa e impresionante, lucía Copacabana en todo su esplendor. En la oscuridad, brillaba llena de luz, llena de vida, y una leve brisa procedente del mar, pareció darme la bienvenida. Me apoyé en la barandilla y cerré los ojos, respirando con fuerza, intentando que aquella imagen y esa sensación se quedaran grabadas en mi interior para siempre.

—A veces uno queda sin palabras ante tanta belleza, ¿verdad?

Una voz sonó a mis espaldas, estaba tan abstraída que di un respingo del susto que me llevé. Me di la vuelta y cerca de mí pude ver la silueta de un hombre, aunque no su rostro porque estaba a contraluz. Pero, esa voz...

—Sí —contesté al cabo de unos eternos segundos de silencio—, lo cierto es que a veces las palabras no son necesarias.

Nerviosa, entré en la vivienda y ya en el salón, le volví oír a mis espaldas.

—Espero que haya tenido un buen viaje, señorita Torres.

Intentaba saber por qué esa voz me resultaba conocida, pero cuando me giré el mundo giró conmigo.

Tenía ante mí a un hombre que, en la época griega y en cualquier otra, sería un ejemplo de belleza y perfección. Alto y delgado, vestido con una camisa blanca de cuello mao que colgaba a la perfección por fuera de unos elegantes pantalones negros. Aturdida, no tuve tiempo de observarle más, ya que una mano pálida y fina agarró la mía, que ofrecí mecánicamente, para besarla con suavidad. Solo fue un leve roce, pero hasta el pelo de mi cabeza —y también de algún otro lado— se erizó.

Levantó el rostro y me miró.

—Señorita Torres, bienvenida a mi país, bienvenida a mi ciudad y bienvenida a mi casa —habló con ese tono que me resultaba familiar.

«¡Julia, reacciona!, debes parecer idiota», me grité a mí misma intentando reaccionar.

Mientras estrechaba su mano lo miré. ¡Menos mal que llevaba pantalones! Si no, como vulgarmente se dice, se me hubieran caído las bragas.

Su pelo era negro y brillante, como el ala de un cuervo, y lo llevaba perfectamente cortado. Su rostro era de tez inmaculadamente blanca y fina, una boca que, además de una espléndida sonrisa, mostraba unos dientes blanquísimos rodeados por unos labios... Instintivamente, me acordé de los míos, siempre secos y agrietados, e intenté humedecerlos disimuladamente. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos.

¡Qué ojos, Dios santo! En mi vida había visto unos así. Siempre había oído que los ojos negros en realidad no existen; pues no es cierto, yo me encontraba ante unos. Negros como la noche, no se distinguía el iris de la pupila; rodeados como estaban de unas enormes y curvadas pestañas negras, parecían dos pozos sin fondo.

«¡Reacciona, Julia, por Dios!, ¡pareces una quinceañera!», me volví a gritar a mí misma por enésima vez. Así que, tras unos segundos de silencio total y de atontamiento generalizado por parte de mi mente, conseguí volver a la realidad.

—Gracias —logré decir, o mejor dicho, balbuceé—, ¿señor...? —Me callé expectante.

—Ya veo que no se acuerda de mí —dijo entre perplejo y divertido—. Perdón, entonces me presento. —Calló unos segundos y su hermosa boca esbozó una leve sonrisa—. Soy Bienvenido Mister Marshall.



Capítulo 5

Si minutos antes mi mundo había girado, en ese instante estaba desapareciendo bajo mis pies, al igual que el aire de mis pulmones. El estómago pareció fusionármese con el cerebro y toda la sangre de mi cuerpo se me agolpó en la cara. Como consecuencia de semejante caos, las escasas neuronas que todavía me funcionaban, decidieron desmayarse todas a la vez.

Claro, como aquel día no veía un burro a tres pasos... ¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse! ¡Por eso me sonaba esa voz...!

Tras varios miles de segundos en desconectada de la realidad, conseguí que, aparte de abrir y cerrar la boca como un pez, mis cuerdas vocales volvieran a funcionar y logré, penosamente, volver a hablar.

—¡Oh, lo siento! —farfullé mientras retiraba la mano como si sufriera una descarga.

—No se preocupe, señorita Torres —dijo sonriendo abiertamente ante mi expresión de conmoción—. Creo que ese día estuve más que desafortunado, pero lamento que no me recuerde. A mí me ha pasado todo lo contrario con usted.

Habló ladeando la cabeza de una manera tan peculiar que me recordó a un pájaro. Me miraba sin pestañear... ¡Dios mío, qué ojos! De nuevo los órganos de mi cuerpo se cambiaron de sitio y no conseguía mantener la serenidad, aunque fuese solo en apariencia.

«¡Joder, Julia, esto es un auténtico desastre! ¡Pareces idiota!», volví a gritarme mentalmente, consiguiendo, sin saber bien cómo, que la Julia medianamente normal apareciera de nuevo.

—¿Ha dicho su casa? ¿Se puede saber por qué estoy aquí? —Mientras hablaba, intentaba poner un poco de orden en mi cabeza—. Francamente, señor Marshall... —Casi se me escapa lo de Bienvenido—. No entiendo nada

—rematé intentando que mi tono sonase un poco más sosegado.

—Perdone —interrumpió levantando una de sus elegantes manos—, soy un maleducado. ¿Nos sentamos?, ¿desea beber algo? —preguntó señalándome el gran sofá.

—Un poco de agua, por favor —contesté mientras me sentaba en una esquina de este.

Me hacía falta, ya que mis piernas estaban a punto de flaquear. Bastó con una simple mirada y Emerson desapareció para volver con una bandeja en la que traía dos vasos y una jarra con agua, dejándola en la mesita que teníamos delante. Como buen anfitrión, la vertió en ambos y me tendió uno que conseguí agarrar sin que se notara que me temblaba todo el cuerpo... ¿O no lo conseguí?

Estaba fresca y mi reseca garganta lo agradeció, esperaba que así me fuera más fácil el poder articular alguna palabra de nuevo. Él se sentó frente a mí, en el brazo del sofá y su sonrisa se desvaneció.

—Antes de nada —comenzó a hablar con gesto serio— debo explicarle algo, aunque supongo que estará al tanto. Ha habido un problema en el laboratorio y, por ese motivo, se encuentra temporalmente cerrado hasta que todo esté solucionado y sea completamente seguro. No tengo ningún interés en que todos ustedes salten por los aires.

—Sí —le interrumpí—, el doctor Ihab me envió un correo electrónico explicándome la situación. Me comentó que durante un tiempo vamos a trabajar en el laboratorio del hospital y que ya estábamos todos reubicados.

—Efectivamente —continuó—, es un contratiempo con el que nadie contaba, pero creo que no va a suponer ningún problema. Como le dije, trabajarán en el laboratorio del hospital, que ya ha sido acondicionado para que tengan su propio espacio y donde ya está el material que, según el doctor Ihab, necesitan de inmediato. Todo lo demás quedará en donde está a la espera de que, más o menos en un mes, todo esté arreglado. En cuanto a sus reubicaciones, el doctor Ihab decidió compartir piso con un médico del hospital y usted va a quedarse aquí, en mi casa. Espero que eso no le suponga un problema —concluyó tranquilo.

Tras una serie de tosecillas y carraspeos que me resultaron familiares y, sin darme tiempo a decir nada, prosiguió.

—Como puede ver, esta casa es muy grande y yo apenas paso tiempo en ella, si eso es lo que le preocupa. Además, en el peor de los casos, será por poco tiempo. Emerson la puede llevar e ir a buscarla a su lugar de trabajo,

aquí hay personas todo el día que la atenderán y le será más cómodo. De todas maneras, repito, durará poco y, si lo prefiere, cuando todo se solucione se va y listo.

Quedó en silencio, observándome expectante, y tuve que desviar la mirada para poder pensar. Esos ojos, fijos en mí, no me dejaban.

—Mire, señor Marshall —conseguí decir al cabo de un rato—, esto me ha descolocado un poco y la verdad es que no sé si es por el cansancio del viaje o por lo que sea, pero lo cierto es que no sé qué decirle. Además, no quiero ser una molestia...

—Por favor —interrumpió, levantando nuevamente su larga mano—, ni se le ocurra pensar eso. Fui yo quien decidió que se quedaría en mi casa y no sabe lo que me alegraría que aceptara mi oferta. ¿Estamos de acuerdo? —concluyó, alargando de nuevo su mano hacia mí.

Volví a desviar la mirada porque tenía la sensación de que adivinaba mis pensamientos y solo pude balbucear tímidamente.

—De acuerdo, de momento vale. —Y nos estrechamos la mano de nuevo.

Quizá fue impresión mía, pero me pareció más una caricia que un apretón de manos. A la vez que él se levantaba, tiró suavemente de mí y nos quedamos mirándonos unos nanosegundos.

—Pues todo resuelto. —Una gran sonrisa iluminó su cara—. Vamos, tendrá hambre, cenemos algo y después acuéstese, debe estar agotada.

Me había imaginado que se marcharía a atender sus asuntos y, sin embargo, me alegré de que se quedara. Me guio hasta la cocina que por sus dimensiones bien podría ser la de un hotel. Muy bonita, con muebles de color rojo oscuro combinado con todos los electrodomésticos del mundo de acero inoxidable, y un suelo blanco resplandeciente. En ella se encontraba una mujer algo más alta que yo, algo que no resultaba difícil, y francamente guapa: pelo castaño claro, tez algo morena y unos dulces ojos marrones.

—María, le presento a la señorita Torres.

Sonrió y me estrechó la mano.

—Encantada señorita Torres.

—Julia, por favor —me apresuré a decir.

—¿Qué le apetece tomar? —preguntó solícito—. Le aseguro que María es una excelente cocinera y cuidará bien de usted. Además, la comida de los aviones... —dijo arrugando la nariz de una manera muy graciosa.

—Bueno... —respondí vacilante—. La verdad es que tiene razón, pero es muy tarde y no quiero molestar... Un sándwich será suficiente.

—¿Un sándwich? —repitió divertido—. Por favor, no voy a consentir que su primera comida en Río sea un sándwich. ¿Come de todo?, ¿le gusta todo?

—Sí —contesté rápidamente.

—¿Cómo le gusta la carne? —preguntó María.

—Poco hecha.

—Estupendo —interrumpió él—, en eso coincidimos. La mayoría de la gente la toma demasiado hecha y le quita el sabor. Solo necesita cocinarse el tiempo justo, ¿verdad? —afirmó, ladeando la cabeza de esa manera tan especial mientras me observaba sonriente.

Por algún motivo tuve la sensación de que hablaba de otra cosa y, nerviosa, tragué saliva.

—Venga, tiene cara de cansada. —Me condujo ante una preciosa mesa de cristal del color de los muebles—, Aquí estará más cómoda.

Noté como desviaba la mirada de una pequeña barra en la que había unos taburetes bastante altos.

«Demasiados para mí», pensé disimulando una sonrisa.

—No le pregunto qué quiere beber porque yo solo bebo agua. De todas formas, si usted desea otra cosa, dígalo y se le traerá.

—No se preocupe —respondí algo más relajada—. Me muevo entre el agua y la Coca-Cola Light, o sea que me vale perfectamente.

—¿Fuma? —preguntó de repente.

—Pues no, pero si usted lo hace no me molesta lo más mínimo —mentí. No soporto el olor del tabaco.

—Estupendo, yo tampoco —respondió mirándome con cara de satisfacción.

Me sirvió un poco más de agua y le murmuró algo a María, que se puso a trabajar. Me hizo gracia ver cómo, solícito, ponía la mesa y en pocos minutos no faltaba nada.

—¿Qué le divierte tanto? —preguntó mientras doblaba cuidadosamente dos servilletas de un blanco immaculado.

—Oh..., ¿por qué lo dice?

—Porque se está riendo.

—¿Seguro?

—¿Tiene por costumbre contestar a una pregunta con otra pregunta? —Por la expresión de su cara se estaba divirtiendo.

—Es cierto, —Sonreí abiertamente—. Soy gallega y según dicen esa costumbre va impresa en nuestro ADN. La verdad —proseguí—, es que me

extraña ver a un hombre como usted trajinando por la cocina, pero me gusta.

—¿Con que gallega? —continuó divertido—. ¿Y le gusta que trajine —le costó decirlo— por la cocina? Pues me alegro de que esta faceta mía le guste; a mí todas las tuyas, por el momento, me encantan.

Menos mal que en ese momento María apareció con una gran fuente de ensalada y dos preciosos solomillos que tenían una pinta estupenda, así nadie se dio cuenta de lo colorada que me había puesto. Probé la carne, una delicia y como a mí me gustaba. Me sirvió una buena cantidad de ensalada que ya solo por su aspecto invitaba a comérsela. Lo observé mientras comía; lo hacía despacio, así que, por educación, frené el impulso de devorar lo que tenía en el plato. Para mi propia sorpresa, hacía tiempo que no tenía tanta hambre.

Mientras comíamos me fijé más en sus rasgos. Poseía una mandíbula potente, pero suavizada por un óvalo armonioso y delicado; su nariz era levemente grande y aguileña, pero el conjunto resultaba perfecto. Notó que lo estaba observando y levantó sus ojos del plato para mirarme fijamente; no lo pude evitar y el nerviosismo volvió a apoderarse de mí. Tal vez fuera por tener que darle alguna explicación sobre nuestro primer encuentro, pero lo cierto es que no sabía ni cómo empezar.

—Señor Marshall —comencé armándome de valor.

Continuó mirándome sin pestañear y pensé que no iba a ser capaz de articular palabra.

—Creo que le debo una disculpa por la reacción que tuve aquel día. Fue desmesurada y reconozco que fui bastante maleducada. Pero —continué levantando la barbilla—, creo que usted tampoco fue demasiado cortés.

Me miró con intensidad y, milagrosamente, conseguí sostener la mirada. Despacio, posó el tenedor en su plato y cruzó las manos a la altura de su boca.

—¿Algo maleducada? —Se puso serio y yo contuve la respiración, empezando a lamentar haber sacado el tema—. Si usted entiende ser algo maleducada por llamarme im-bé-cil —lo dijo tal cual yo lo había dicho— y decir que tengo un micropene —también imitó mi gesto—, pues sí, yo también creo que fue algo maleducada. Pero —prosiguió rápido, sin dejarme hablar—, creo que tiene razón en decir que fui descortés. Lo cierto es que no había tenido un buen día y su actitud lo terminó de empeorar.

—¿Mi actitud? —conseguí meter baza.

—Deje que me explique, por favor —me cortó mientras pensaba unos instantes lo que iba a decir—. Llegó tarde y a mí la falta de puntualidad me

irrita enormemente. La estábamos esperando y luego, cuando llegó, su comportamiento no me pareció apropiado. —Mi silencio lo animó a continuar—. Se sentó lejos de todo el mundo y observé como miraba el reloj varias veces, parecía no interesarle nada de lo que estaba pasando a su alrededor. Me enfadé y no reaccioné bien, por ello yo también le pido disculpas.

—Yo también reaccioné como el culo —reconocí.

—No, al contrario —respondió de inmediato—. Se enfrentó a mí con valentía y decisión y dijo lo que me merecía oír. Eso me gusta, señorita Torres, prefiero la gente que dice lo que de verdad piensa, me guste o no, y odio los halagos por sistema. Cuando hago algo bien quiero que se me reconozca, pero cuando hago algo como el culo —vuelta a imitarme— también me gusta que me lo hagan ver. —Calló, pero una tosecilla con carraspeo me indicó que iba a continuar—. Pero de micropene nada de nada —puntualizó, mirándome retador.

Noté como me ardía la cara, tuve la ayuda de un inoportuno sofoco, y no sabía si beber agua o tirármela directamente en el rostro. Tenía los ojos fijos en mí y eso seguía poniéndome nerviosa.

—Señor Marshall, por favor, olvide ese momento; yo tampoco tuve un buen día.

Sin entrar en demasiados detalles, le conté mi peripecia con las lentillas y las gafas voladoras, expliqué que no veía tres en un burro y volví a pedirle que se olvidara de ese momento.

—Prometido —comentó divertido tras saber el porqué de todo—. Pero tiene que cuidar más esos preciosos ojos verdes y procurar no perderse nada de lo que sucede a su alrededor.

Lo miré nerviosa, volviendo a tener la sensación de que en realidad quería decir otra cosa...

—Ya está solucionado, esa experiencia me valió para decidir operarme y solucionar lo de mi miopía de una vez —le expliqué.

—Me alegra que ambos hayamos sacado algo tan positivo de ese desafortunado encuentro —comentó, satisfecho mientras nos levantábamos de la mesa.

Otra vez se me escapaba algo...

—Se la ve cansada —comentó saliendo de la cocina—. Creo que es mejor que se acueste y, como mañana aún no tiene que ir a trabajar, si le apetece, haremos un poco de turismo.

Nos encontrábamos de nuevo en el salón, pero mi maleta ya no estaba. Subimos por unas modernas escaleras y, en un amplio distribuidor, abrió una puerta que dio paso a un impresionante dormitorio. Ni que decir tenía que era enorme, tenía de frente una gigantesca cama sin cabecero, pero rodeada por una estructura metálica a modo de dosel y la colcha que había sobre ella era de un blanco impoluto. Completaban el escaso mobiliario dos mesillas de noche en madera color oscuro, el mismo tono que el del suelo y, al igual que en el resto de la casa, paredes blancas, sin cuadros ni nada personal. Todo el lateral de la habitación era un inmenso ventanal y hacia la derecha me indicó un pasillo en el que se encontraba el vestidor que, a su vez, comunicaba con un no menos impresionante cuarto de baño.

Ahí también todo era excesivo, un jacuzzi que parecía una piscina, una cabina de ducha que podría pasar por una nave espacial y un lavamanos, todo en mármol negro y enmarcado por un gran espejo en el que me podría ahogar. Separado por un tabique de madera y acero, el váter, el suelo de un blanco resplandeciente.

—Su ropa ya está colocada —me explicó cortés desde la puerta—. Espero que le guste su habitación. Era la mía, buenas noches.

Sin darme tiempo ni a reaccionar, cerró la puerta y se fue. Ausente, me senté en la cama y durante unos instantes y así permanecí, sin saber qué pensar. Era la última persona que quería tener delante y, sin embargo, ahí estaba, sentada en su cama después de haber cenado en su casa, en su compañía. Y lo más curioso era que nada de aquello me había resultado desagradable..., más bien lo contrario. Suspiré, cansada, y decidí que ya tendría tiempo de pensar. Notaba que mis ojos se negaban a permanecer abiertos un segundo más y debía estar más agotada de lo que pensaba, pues a la mañana siguiente no recordaba haberme metido bajo las sábanas. Lo cierto es que hacía tiempo que no me dormía tan rápido y tan bien. Y la ropa de cama olía de maravilla.



Capítulo 6

Cuando desperté, el sol entraba a raudales por los amplios ventanales. La cama era de una comodidad exagerada, me notaba descansada y me estiré desperezándome.

En esto llamaron a la puerta; era María preguntando si podía entrar.

—Buenos días, señorita Torres. —Por lo visto ya se le había olvidado lo de Julia—. Espero que haya dormido bien.

—Buenos días, María —respondí sentándome en la cama—. Pues sí, he dormido y descansado como no lo hacía en mucho tiempo.

—Me alegro. —En su rostro se dibujó una amplia sonrisa—. El señor Marshall la está esperando abajo para desayunar.

Y, con la misma sonrisa, se fue.

Me puse en pie de un salto, fui disparada al baño y me miré al espejo. ¡Qué horror! ¡Los pelos de punta y los labios hechos un asco!, los tenía tremendamente secos. Al acostarme no me acordé de untármelos con cacao y ahora estaban resecos no, lo siguiente. Fui al bolso y me los unté como una loca para que se hidrataran a marchas forzadas. Mientras tanto, me coloqué el pelo lo mejor que pude y... ¡Mierda!, no había traído ni unas putas zapatillas. Pues nada, cogí unos calcetines y así, como si no hubiera un mañana, salí con mi pijama de pantalón corto y camiseta. Cuando bajé él estaba en el salón, de pie, mirando hacia el exterior y hablando por teléfono. No parecía muy contento y me pareció prudente esperar al pie de las escaleras para no interrumpir.

¡Hay que joderse!... ¡Menudo cuadro!, él vestido impecablemente y yo en pijama y calcetines.

Iba a subir a cambiarme, pero se giró, me vio y su cambio de expresión fue radical; una gran sonrisa le alegró el rostro mientras me recorría el cuerpo con la mirada. Menos mal que al estar algo morena no se me nota tanto

cuando me pongo colorada, sino habría parecido un semáforo. Aun así, estaba segura de que se había dado cuenta.

—Buenos días, señor Marshall, no quería hacerlo esperar —hablé nerviosa, intentando excusarme por mi aspecto.

—Buenos días, señorita Torres —contestó acercándose a mí—. Por favor, no se sienta incómoda, está guapísima. Creo que pocas personas pueden presumir de tener este aspecto tan radiante recién levantada.

Su mirada revelaba sinceridad, pero, inconscientemente, bajé la mirada hacia mis pies.

—Gracias, señor Marshall, sobre todo con estos calcetines, son de lo más glamuroso que hay.

Se aproximó aún más y los observó unos segundos antes de mirarme de nuevo fijamente.

—Me gustan sus pies, son los más pequeños que he visto en mi vida y me parecen preciosos —dijo sin apartar la vista.

Sonreí y tuve la sensación de que se ponían ellos solos a bailar.

—Será mejor que desayunemos, ¿le parece? —preguntó tras unos segundos de mutuo silencio.

¿Será mejor que qué? Otra vez esa sensación...

Cuando entré en la cocina me quedé sorprendida; aquello parecía un bufé, había de todo.

— ¿Le gusta el zumo? —pregunto solícito—. Le aconsejo el de papaya, está buenísimo —comentó llenando dos vasos.

—Tiene razón —contesté tras probarlo—, está muy bueno. Ya le dije que a mí me gusta prácticamente todo.

La mirada que me lanzó consiguió que, durante unos segundos, pareciera una estatua de sal, de lo inmóvil que me quedé.

El café con leche estaba riquísimo y, tras un succulento desayuno, con la segunda taza en la mano salimos a la terraza. La vista lo volvía a dejar a uno sin palabras; el día era espléndido y toda Copacabana era un hervidero de gente, tanto por la calle como en la playa.

—La de veces que he visto fotos de este lugar... —Callé unos instantes mientras lo recorría con la mirada—. Y, pese a todo, no le hacen justicia.

Quedamos un rato en silencio.

—¿Julia, puedo tutearla? —preguntó de repente.

—Por supuesto que sí, señor Marshall.

Agradecí su petición; cuando trato de usted a alguien o es porque no me cae

bien o por obligación.

—Puedes llamarme por mi nombre a mí también —replicó.

—Lo haría si lo supiera —contesté seria.

Parpadeó sorprendido y, ladeando de esa manera extraña la cabeza, me miró con esa sonrisa suya que me resultaba deliciosamente escalofriante.

—Perdón otra vez. ¿Lo ves?, haces que tenga reacciones nuevas. Vuelvo a empezar —prosiguió con voz ceremoniosa—. Joseph Levi Marshall —dijo tendiéndome la mano, como si nos estuviéramos presentando por primera vez.

—Julia Torres Rey —respondí, estrechándole la mano de nuevo y volviendo a sentir ese excitante hormigueo.

Se rio abiertamente y me fijé en sus dientes blancos, perfectamente alineados salvo los colmillos que sobresalían levemente. Quizás eso le daba ese aire tan especial a su sonrisa.

—Ayer prometí que hoy haríamos algo de turismo, ¿te apetece?

—Por supuesto, dame un minuto para ducharme.

—A ti, lo que haga falta —lo dijo en voz baja, pero lo suficientemente alto para que lo oyera.

El corazón se me puso a ciento ochenta pulsaciones por minuto y creí que sería incapaz de echar a andar sin que se me hicieran un nudo las piernas. Aun así, casi consigo cumplir mi promesa; una ducha rápida, vaqueros, camiseta, unas cómodas deportivas, mucho cacao, un poco de mi colonia favorita, que había vuelto a usar. En menos de quince minutos estaba lista y corriendo escaleras abajo.

Cuando llegué, me estaba esperando en el salón, de nuevo al teléfono, y seguía sin estar de buen humor ya que le colgó a la persona con la que estaba hablando.

Otra vez ese cambio de expresión cuando me vio, pero en el ascensor se mantuvo en silencio, pensativo. Supuse que era por la llamada, pero, me abstuve de hacer comentario alguno; evidentemente, no era asunto mío. Nos subimos en otro coche distinto al anterior, era un Porsche Cayenne, precioso y también negro. Asientos de cuero del mismo color, salpicadero de madera... En fin..., otro cochazo.

—Tremendo coche —pensé en voz alta.

—Sí, no está mal. Pero no deja de ser un coche —remató indiferente.

—¿No deja de ser un coche? —repetí con cierta sorna—. Eso se llama falsa modestia —respondí en tono jocoso.

—No juzgues tan a la ligera, Julia. Por lo menos dame el beneficio de la duda. —Para mi sorpresa, noté cierto dolor en su voz.

—¿A dónde vamos? —pregunté para romper un silencio que se me antojó algo incómodo.

—Primero vamos a ver a un amigo mío y después, como te prometí, haremos algo de turismo.

«Estupendo, ir a ver a un amigo suyo. ¡¿Y qué mierda pinto yo ahí?!», pensé, intentando que no se me notara que maldita la gracia que me hacía su idea.

Me dediqué a contemplar el paisaje que el camino me ofrecía, no sabía hacia dónde íbamos y, tras un recorrido de media hora, me señaló un gran hospital.

—Aquí es donde vas a trabajar —me indicó.

Después de andar unos minutos más, se paró frente a un edificio cercano al hospital y me dijo:

—Y aquí es donde están los laboratorios en los que trabajarás cuando todo sea seguro.

Con amplios ventanales, era de piedra, sólido y simple y se comunicaba con el hospital por medio de un amplio corredor acristalado. Aparcó el coche y, cruzando la calle, entramos en otro edificio que, por la estética de la fachada, parecía más antiguo que los demás. Me fijé que había varias placas en las que figuraban distintos nombres de médicos y fuimos directos a un despacho. Como era domingo estaba todo cerrado, en silencio. Abrió una puerta sin llamar y me di cuenta de que nos estaban esperando. Un hombre se levantó raudo y se dieron un apretón de manos; pese a que no podían ser más distintos, quedó patente que se profesaban un gran cariño.

—Marcos, te presento a Julia. Julia, te presento a Marcos Figueroa. Es cirujano y trabaja en el mismo hospital donde tú vas a estar.

Le tendí la mano, pero él correspondió dándome un fuerte abrazo.

—No sabes las ganas que tenía de conocerte —me dijo efusivamente.

Miró de reojo a Joseph, que se puso algo tenso.

—Gracias —respondí esbozando una sonrisa.

Reconozco que, para calibrar su reacción, le planté un par de sonoros besos y, satisfecha pude ver que conseguía lo que quería. Aparte de volverle la tosecilla, la cara de Joseph, cambió de expresión y me alegré. No sabía bien por qué, pero me alegré.

—Quiero que, si tienes algún problema en el hospital, recurras a él —

interrumpió más que molesto ante nuestra efusiva presentación.

—Gracias, pero no creo que sea necesario, espero poder arreglármelas sola. Lo que menos quiero es venir aquí a molestar —argumenté.

—Tranquila, si no lo hago por ti, lo hago por no aguantarlo —bromeó Marcos, señalando a su amigo con la mirada.

Los dos sonreímos y, ante la seria mirada de Joseph, nos reímos aún más.

Efectivamente no podían ser más diferentes, tanto en lo físico como en lo personal. Marcos irradiaba alegría, felicidad y no me costaba imaginármelo bailando samba. Era algo más alto que yo, con pelo castaño claro, ya en notable retroceso, y unos ojos pequeños y redondos de color avellana. Francamente, un hombre al que no miraría si me cruzase con él, no como me sucedía con Joseph.

—¿Nos vamos? —su voz sonó impaciente.

—¿Le has dicho a Julia que está invitada a la cena del próximo sábado? —comentó mientras nos acompañaba hasta la puerta.

Si las miradas mataran, hubiera caído fulminado.

—No, Marcos, aún no le había dicho nada —bufó, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, pues ya lo sabes —continuó mirándome e ignorando su enfado—. El próximo sábado a cenar en mi casa.

—Marcos siempre tan bocazas —protestó mientras arrancaba el coche tras una breve despedida.

—Joseph, ¿me quieres decir qué pinto yo en esa cena? —protesté—. No hace falta que me inviten tus amigos, entiendo que no me conocen de nada y es innecesario que los pongas en un compromiso. —Lo miré seria e incómoda con su enfado.

—No pongo a nadie en ningún compromiso. Me gustaría que vinieras y ellos están deseando conocerte, simplemente hubiera preferido habértelo dicho yo —respondió irritado.

—Marcos siempre tan bocazas —repetí, aliviada.

Por fin se ríe. Había notado que lo hacía poco, como yo, hasta en eso nos parecíamos. También me llamó la atención que, pese a tener en el coche equipado con lo último a nivel de radio y música, no la ponía.

—¿No te gusta la música? —le pregunté.

—No —respondió tajante.

—Mira que es raro, un brasileño al que no le gusta la música.

—Como ya te irás dando cuenta, soy distinto en muchos aspectos. Pero ahora vamos a ir a un lugar al que nadie puede dejar de ir, no quiero que te

quejes del guía turístico —explicó con una leve sonrisa.

Lo miré de reojo. Conducía relajado, con sus gafas de sol que le sentaban de maravilla; para no ser menos, hurgué en mi bolso y me puse las mías. Me miró con gesto aprobador y me dejó llevar. Salimos de la ciudad por una carretera ascendente rodeada de una espesa vegetación. Íbamos a ver el Cristo Redentor, el famoso Cristo de Corcovado, el sitio más visitado de Río junto con el Pan de Azúcar.

Como una niña pequeña, iba mirando por la ventanilla con los ojos abiertos como platos... ¡Qué distinto era todo! Por la ladera de la montaña se veían también las tristemente famosas favelas, y así se lo comenté.

—Sí —suspiró levemente—, por la noche, las luces de las chabolas parecen velas encendidas que tiene el Cristo a los pies.

—Debe ser un sitio duro para vivir —comenté—. Por lo que vemos en España, ni a la policía le gusta entrar ahí.

—No te quepa la menor duda, Julia. Vivir ahí es muy complicado.

—Como si tú supieras algo de eso. Seguro que tú ahí, como se dice en mi país, durarías menos que un telediario.

Mi intención era gastar una broma, pero por la expresión de su cara vi que maldita gracia le había hecho. Se giró levemente y, aún a través de las gafas, pude notar su mirada seria.

—No sabes lo equivocada que estás, das demasiadas cosas por hecho.

Quedé callada y un poco confusa, sin entender el porqué de su reacción.

—Perdona, Joseph, era una broma, no pretendía herirte —me excusé al ver la expresión de su cara.

—Lo sé, discúlpame tú a mí.

Esbozó una forzada sonrisa y siguió conduciendo en silencio. Yo decidí que era buen momento para cerrar la boca y esperé a que se fuera relajando mientras conducía. Cuando llegamos al Cristo, estaba atestado de gente. Subimos los diversos tramos de escaleras y al llegar arriba respiré hondo y el paisaje se apoderó de mí. La figura del Cristo era imponente, parecía tener el mundo a sus pies y a su lado me sentí insignificante.

—Me siento muy pequeña —dije mirando la impresionante figura.

—Eso no es muy difícil —se burló divertido—. ¿A que impresiona?

Lo miré y, lo cierto es que no sabía lo que me impactaba más, si él o el Cristo. Me quité las gafas y cerré los ojos, respirando profundamente, intentando grabar en mi interior ese momento; era maravilloso y me encontraba francamente bien. Cuando los volví a abrir, él me estaba mirando

fijamente. Sé que, cuando me da el sol en los ojos se ponen aún más verdes así que, coquetamente, le sostuve la mirada.

—Impresionante —susurró sin apartar la vista de mí.

—Impresionante —repetí yo mirándole.

—¿Quieres comprar algún recuerdo, o hacerte una foto? —preguntó visiblemente nervioso.

—No —contesté sonriendo—, odio las fotos y no soy de comprar recuerdos. Los recuerdos, si se tienen están aquí o aquí —contesté señalándome la cabeza y el corazón.

—¿Ves? A que tú también vas a ser un poco rara —comentó, sonriendo mientras me abría la puerta del coche—. Te voy a llevar a un sitio a comer y espero que te guste.

Seguimos carretera arriba y tomamos un desvío hacia la izquierda. El camino se abría paso entre la densa vegetación, pero se notaba que conocía bien el recorrido y paramos en un recodo que, si no fuera porque había dos coches más, ni cuenta te darías de que allí había un restaurante. Me extrañó el lugar; no era muy grande, se veía rústico, sencillo y parecía no pegar con su estilo. Sin embargo, cuando llegamos a su interior y fue directo a la terraza lo comprendí: daba al borde de un acantilado por el que caía una gran cascada realmente impresionante. Fue derecho a la mesa del fondo y se sentó dando la espalda a tan irresistible vista.

—¡Qué sitio tan precioso!, ¡es espectacular! —exclamé.

Mi excitación era más que evidente y debió gustarle, porque su cara se iluminó con una gran sonrisa.

—Sabía que te iba a gustar. ¿Puedo pedir yo la comida? —me preguntó cuando se acercó el camarero a nuestra mesa.

Asentí y lo observé mientras hablaba con el camarero. Lo hizo con tal rapidez que no me enteré de nada, pero estaba tan feliz que me hubiera dado igual que pidiera unos simples cacahuets. Evidentemente no fue así y la comida resultó riquísima; de primero sirí, una especie de cangrejo enorme, y después picaña, una carne deliciosa y poco hecha, como a mí me gusta.

Estábamos saboreando un rico café y, de repente, su gesto cambió; posó su taza y me miró circunspecto.

—Tengo que decirte algo. Mejor dicho, tengo que pedirte algo, Julia, y es importante.

Imitando su gesto, severa, yo también deposité mi taza.

«¡Mierda!», pensé. «Seguro que ya se arrepiente de su oferta y me va a

pedir que me vaya de su casa».

Lo miré y asentí.

—Me gustaría contar con tu palabra de que no le dirás a nadie, y digo a nadie —recalcó esta última palabra—, dónde vives. Casi nadie sabe mi dirección y quiero que eso siga así.

Lancé un suspiro de alivio y sin pensarlo exclamé.

—¡Uf!, menos mal, ahora que ya me había hecho a la idea, creí que te habías arrepentido y querías que me fuera —conseguí bromear pese al susto—. No te preocupes, no soy de dar explicaciones a nadie y tienes mi palabra de que, por mí, nadie se va a enterar de dónde estoy.

—¿Cómo se te ocurre pensar que te iba a pedir que te fueras? —dijo, realmente extrañado de que pudiera pensar semejante cosa.

Sin darme tiempo a reaccionar, me cogió una mano y, sin apartar los ojos los míos, se la llevó a la boca para besarme suavemente las puntas de los dedos.

Incapaz de respirar, en el interior de mi organismo se produjo tal conmoción que tuve la impresión de caer por la cascada mientras mi mente era un torbellino de sensaciones que en mi vida había sentido. Lo lógico en mí hubiera sido retirar la mano y huir despavorida, pero, paralizada, la dejé entre las suyas.

—No sabes lo feliz que me hace tenerte aquí —susurró lo que sus ojos decían a gritos.

Durante un momento no fui capaz de articular palabra, solo quería que su mano no soltara la mía y apenas logré balbucear:

—Gracias, yo también me siento igual.

¿Había dicho yo eso?, ¿qué estaba pasando?, ¿de que estábamos hablando? Hasta yo me sorprendía de mí misma. Menos mal que habíamos acabado de comer, porque el estómago se me puso del revés de lo nerviosa que estaba; sin soltarme la mano, volvimos al coche y arrancamos en el más absoluto de los silencios.

—Joseph Levi Marshall no es un nombre muy brasileño —aturdida, dije lo primero que se me ocurrió.

—No, cierto —de nuevo el silencio.

Lo miré curiosa en un claro gesto de «¿no me lo vas a decir?».

Carraspeo, tosecilla...

—La familia de mi padre era de origen sueco y la de mi madre de origen judío.

—Pero Levi... —callé dubitativa

—Aquí llevamos primero el apellido materno —explicó dándose cuenta de mi confusión.

—Levi-Strauss y Bienvenido, Mister Marshall... ¡Vaya mezcla! —bromeé.

—No lo sabes tú bien. —Por la expresión de su cara, noté que se había ido muy lejos.

—Entonces, ¿por qué te llaman por tu segundo apellido? Lo normal es que fuese por el primero.

Se encogió de hombros.

—La gente... Y por la empresa familiar, que acabó a nombre de mi padre —explicó con desgana.

—Pues, si no te importa, cuando tenga que hacerlo prefiero dirigirme a ti como señor Levi —sugerí decidida.

Me miró y su expresión cambió radicalmente; sonrió feliz.

—Completamente de acuerdo. Por cierto, antes de que me olvide, Emerson te llevará y te irá a buscar al trabajo —cambió bruscamente de tema— Yo salgo mañana de viaje muy temprano y no vuelvo hasta el sábado.

No pude evitar un gesto de desilusión del que se dio cuenta.

—Créeme, malditas las ganas que tengo de viajar. Y más ahora.

Con la mirada que me lanzó, casi me derrito en el asiento y, antes de soltar mi mano para poder conducir, volvió a besarme las puntas de los dedos. Mi corazón pareció expandirse por todo mi cuerpo, porque notaba sus latidos desde la coronilla hasta los dedos de los pies. Afortunadamente, le gustaba ir en silencio, cosa que agradecí para poder poner un poco de orden en mi cabeza; tenía una enorme sensación de irrealidad, la misma que otras veces, solo que por motivos muy diferentes. Entonces pensaba que todo era un maldito sueño del que quería despertar; ahora no me hubiera importado dormir el resto de mi vida.

Ya en el ascensor se limitó a entrelazar sus dedos con los míos y yo a conseguir que no me diera un infarto con la tremenda taquicardia que tenía, mientras seguía intentando entender el porqué de mi comportamiento. A fin de cuentas, nos acabábamos de conocer, yo había accedido a quedarme en su casa sin pedir explicaciones, iba a ir a una cena en la que no conocía a nadie y había dejado que me cogiera de la mano y me besara los dedos. Desde luego, esa no era la Julia que yo conocía, y quizás lo hacía para vengarse por los nefastos resultados que en mi vida había tenido el hacer siempre lo correcto. Las puertas del ascensor, al abrirse, interrumpieron mi debate interno; en la

casa parecía no haber nadie.

—Al final resulta que aún no te he enseñado tu nueva residencia. ¿Ves? Haces que me salte todas mis normas de educación —comentó sonriendo.

Donde estábamos, aparte del inmenso salón comedor y la cocina, había un espacioso cuarto de baño que estaba justo al lado de otra habitación que resultó ser su despacho.

—Así puedo trabajar sin necesidad de estar en la oficina —explicó.

Justo en frente abrió una puerta y entramos en otra habitación.

—Este es ahora mi dormitorio.

Era muy parecido al «mío/suyo». Todo de grandes dimensiones con un vestidor también enorme que conducía a un espacioso cuarto de baño con los mismos elementos que ya había visto. Su armario estaba algo abierto y pude ver que todo lo que había en él eran trajes negros u oscuros y muchas camisas blancas.

—¿Sabes que existen los vaqueros, jerséis, camisetas y cazadoras?... ¡Y de colores!, Parece mentira, llamándose Levi-Strauss —bromeé.

—Creo que ese apellido te iría mejor a ti, pero tienes razón. Lo cierto —continuó pensativo—, es que nunca me he planteado vestir de otra manera. Me encuentro cómodo y...

—Así marcas más las distancias, ¿no? —me adelanté.

—Muy inteligente, aguda y perspicaz, veo que no me equivoqué contigo.

—Al hablar me dio un toque con su largo dedo índice en la punta de la nariz, poniéndome de nuevo al borde del infarto.

En el piso superior, siguiendo el amplio pasillo que llevaba a mi habitación, llegamos a una sala en la que había un gimnasio con más aparatos de los que había visto en mi vida, y que se comunicaba con una gran piscina cubierta que, a su vez, desembocaba en una amplia terraza por donde se empezaba a poner el sol.

—Asombroso —respondí cuando pude reaccionar.

—Me alegro de que te guste. Va a ser para ti solita toda la semana.

No pude evitar un gesto de tristeza; lo cierto era que, aunque acabábamos de conocernos, no quería que se fuera. Me miró fijamente y, con suavidad, me rozó la barbilla.

—Esta semana se me va a hacer eterna. Solo espero que a ti te pase lo mismo.

Nos quedamos mirándonos. Yo sabía lo que quería oír, y era lo mismo que yo sentía. Pero ¿debía decírselo? ¿Era capaz de hacerlo?

—Puede ser —fue mi respuesta made in Galicia, aunque mi mirada hablaba por sí sola.

—Nos vemos abajo —dijo tras un leve suspiro, aparentemente conforme con mi respuesta—, me voy a dar una ducha. Tengo que acostarme pronto, mañana salgo muy temprano. —Volvió a poner cara de resignación y se fue.



Capítulo 7

Entré en mi habitación y durante un rato me quedé en off mientras mi cabeza no paraba de darle vueltas a lo absurdo e increíble de la situación. Me decía a mí misma que no fantaseara, que no me ilusionara, que a mí no me podía pasar algo bueno, que no había venido a Río para nada de eso... Todos los razonamientos del mundo, esos y más hice. Sin embargo, fue inútil y me resultó imposible aplacar el torbellino de emociones que estaba sintiendo.

Intentando serenarme un poco, también me duché. Me vestí con un pantalón corto, una camiseta, me perfumé un poco y, descalza, bajé. Lo oí hablar desde su despacho y volvía a parecer enfadado.

«¡Joder, que vida!», pensé sacudiendo la cabeza.

No quería que me cazara escuchando, así que me escabullí a la cocina a husmear; me apetecía cocinar. Hacía tiempo que no lo hacía para nadie y, decidida, abrí la nevera y empecé a sacar algunas cosas. Cuando la cerré me llevé un susto tan grande que casi se me cae todo lo que tenía en las manos; estaba apoyado en la barra de la cocina, con los brazos cruzados, observándome de arriba abajo y no ocultó su satisfacción. Yo decidí ponerme a juego con los tomates que llevaba en la mano e, instintivamente, me miré los pies.

—No te importará que ande descalza, ¿verdad? —pregunté nerviosa.

—¿Contesta esto a tu pregunta? —A modo de respuesta levantó uno de los suyos, también descalzos, y hasta sus pies me parecieron perfectos—. ¿Quieres que llame a María para que nos prepare algo de cenar? —me preguntó mientras empezaba a poner la mesa.

—No —dije rápidamente—. Si no te importa, me gusta cocinar. Había pensado en hacer una ensalada de tomate y unos huevos revueltos con champiñones. ¿Te vale?

—Seguro que me gustará todo lo que tú hagas.

Otra vez esa sensación de doble sentido....

—¿Te puedo ayudar? Me gusta participar —continuó tras acabar su tarea.

Quizá me estaba volviendo loca, pero no pude evitar el volver a tener de nuevo esa puñetera sensación...

—Lava los tomates. ¿Y dónde están los cuchillos? —pregunté nerviosa, para variar.

Me fijé en que fue directo a un cajón, pasó el dedo por un círculo marcado ligeramente en el centro y se abrió automáticamente.

—¡Joder, qué nivel! —no pude evitar exclamar.

—¿Podrías evitar soltar esas palabrotas? No te pegan, ni a ti ni a tu linda boca. Además, a mí no me hacen demasiada gracia —me pidió mientras lavaba los tomates con tanto brío que casi los deja sin piel.

—Lo intentaré, pero no prometo nada, cada uno tenemos nuestros recursos —repliqué mientras le quitaba el tallo a los champiñones.

En nada de tiempo, y en el más completo silencio, mi elaborado menú estaba casi hecho. Estaba terminando de cortar el último tomate y Joseph me miraba concentrado.

—Parece que te extrañe que sepa cocinar —comenté mientras nos sentábamos a la mesa y empezábamos a comer—. ¡Ah! Claro —proseguí—, seguro que tus amistades no se ponen a hacerlo, no sea que se les estropeen su cuidadas manos —dije extendiendo mis pequeños dedos en un claro gesto de broma.

—Pues, la verdad es que no lo sé —respondió serio.

—¿No sabes qué?

—Pues que no sé si saben cocinar o no porque, salvo tú, nadie ha estado aquí, en mi casa.

Casi me ahogo con el trozo de tomate que estaba tragando en ese momento y tardé tanto en volver a respirar que se me saltaron las lágrimas. Me dio unos golpecitos suaves en la espalda y, cuando me pude recuperar, vi que le daba la risa.

—Estás tomándome el pelo, ¿no? Pues no hace falta; en realidad, perdona, no tienes que darme ninguna explicación —hablé irritada; me había enfadado más conmigo misma que con él.

Paró de comer, me miró serio y mi corazón se empezó a acelerar por la sensación de haberme metido donde no debía. Me metí otro trozo de tomate en la boca con la esperanza de conseguir ahogarme, esta vez de verdad, por

idiota.

—No te he mentado —dijo al cabo de un incómodo silencio—. Ninguna mujer ha estado en mi casa y, por lo tanto, ninguna mujer ha cocinado para mí. Salvo María, claro —especificó—. Como ya te dije, contigo todo es una novedad para mí —remató con toda la naturalidad del mundo.

Ante sus palabras, me quedé paralizada. No así el cuchillo, que, cobrando vida propia, decidió ir directamente por a mi dedo. Afortunadamente, el instinto de supervivencia no me había abandonado y todo quedó en un leve rasguño, pero, en un segundo me había cogido la mano y con una servilleta me lo estaba limpiando.

—Si sé que te lo vas a tomar así, no te digo nada —soltó en tono burlón.

—Tienes que perdonarme —conseguí decir con, no poco esfuerzo—. No pretendía inmiscuirme...

Tan pronto me besó el dedo, por donde estaba sangrando, fui incapaz de seguir hablando. Su mirada, intensa y clavada en mí, me tenía hipnotizada.

«¡Por el amor de Dios!, ¡esos ojos no deberían estar permitidos!», pensé, intentando que la cordura volviera a mí.

Lo normal, cuando uno tiene una herida, es notar el corazón en ella. Pues el mío no estaba en mi dedo, había emigrado hacia una zona más baja y se refugió entre mis piernas. Quizás por eso no conseguía ni respirar, o quizás porque todo lo de Joseph era fuera de lo normal, mis reacciones también lo eran.

—Bueno, parece que has dejado de sangrar. ¿Salimos un momento? Creo que ambos necesitamos tomar el aire —sugirió mientras me soltaba la mano.

Salí como una autómatas, sin decir palabra. «¿Qué hago?, ¿pregunto algo?, ¿hago como si no pasara nada?». A mí jamás me había pasado nada parecido y no sabía ni qué hacer ni qué decir. «Para empezar, Julia, intenta tranquilizarte», me dije a mí misma.

Lo miré y vi que él también estaba nervioso.

«Menos mal, por lo menos no soy la única», me consolé.

—Esta semana se me va a hacer eterna —repitió pensativo.

—¿A dónde vas? —pregunté mientras nos apoyábamos en la barandilla y contemplábamos el magnífico panorama que nos ofrecía Copacabana.

—Sao Paulo —suspiro y pareció cansado.

—¿Por? —fue mi lacónica pregunta

Reflexionó unos instantes antes de empezar a hablar.

—Una de mis empresas de aquí es un centro comercial. Se llama J.L.M. y

en él tenemos joyería, zapatería, ropa, complementos, salón de belleza, perfumería... En fin, de todo tanto para hombre como para mujer.

Pensativo y serio, paró de hablar mientras yo, expectante, me mantuve en silencio.

—Tenemos todas las firmas importantes, prestamos un servicio exclusivo por el cual, si algún cliente necesita algo que no tenemos, se le consigue en 24 horas como máximo. Y, aparte, tenemos nuestra propia línea de moda.

Tras un largo suspiro, se sumergió de nuevo en el silencio mientras yo observaba su hermoso perfil. Ausente, su mirada se perdió en el horizonte y, salvo por el movimiento de sus largas pestañas, parecía una estatua de lo inmóvil que estaba.

—¿Y dónde está el problema? —me atreví a preguntar.

Frunció el ceño.

—Ahí, en Sao Paulo, en nuestra fábrica central, donde producimos toda nuestra línea de ropa y complementos.

—¿Por? —insistí intrigada

—Tengo que ir a despedir a la persona a la que puse al frente de todo esto.

—¿Por? —repetí ante su nuevo silencio.

—Por ser un auténtico...

—¿Hijo de puta? —más que una pregunta fue una afirmación.

—Pues, básicamente, sí —respondió sin mirarme— Me he enterado de que se estuvo aprovechando de su situación de poder de una manera intolerable, ilegal, inmoral...

—Vamos, lo que se dice un hijo de la gran puta de toda la vida —resumí.

—Sí, pero no aproveches para soltar tantas palabrotas —bromeó sin mucho éxito, volviéndose para mirarme.

—¿Y por qué te duele tanto el tener que echarlo? —me di cuenta de que ese era el problema que subyacía—. ¿Es amigo tuyo? —pregunté.

—Él no, pero su padre fue uno de mis mejores empleados y creí...

—Que el hijo sería igual que el padre —argumenté.

—Eso sería lo normal. Cuando tienes un buen padre no tienes excusa para ser una mala persona —razonó con total rotundidad.

—Ya. Eso sería lo lógico, Joseph, pero muchas veces no es así. Hay padres fabulosos con unos hijos que son para darles de comer aparte y padres que no se merecen los hijos tan fabulosos que tienen.

—Puede ser —admitió poco convencido—. En fin que me espera una semana horrible y justamente cuando menos me hace falta.

Mientras decía estas palabras me miró sin apenas pestañear.

—¿Dices que tenéis perfumes? —pregunté por salir de nuevo de un embarazoso silencio.

—Sí, ¿por?

—Porque el que uso no lo encuentro y a lo mejor lo tenéis ahí.

—¿Cómo se llama?

—Innocence, de Chloé.

Acercó la nariz a mi cuello y aspiró con fuerza, por lo que noté cómo se erizaba todo el vello de mi cuerpo. Todo.

—Pues hueles de maravilla —susurró aún con la nariz en mi cuello.

Levantó el rostro y quedamos muy cerca el uno del otro. Mi respiración se aceleró y lo miré sin pestañear; él también a mí. Entornó sus preciosos ojos, se acercó aún más y su boca quedó a unos milímetros de la mía.

—¿Puedo? —su voz sonó alterada.

Fui incapaz de contestar, estaba tan nerviosa que tenía miedo de decir o hacer cualquier estupidez que estropeará aquel mágico y único momento. Por ello, asentí levemente y sus labios se posaron con suavidad sobre los míos; sentí su aliento cálido y húmedo en el interior de mi boca y, cuando la punta de su lengua rozó levemente la mía, todo un aluvión de sensaciones, a cual más agradable, me inundó el cuerpo.

Cerré los ojos centrándome en sentir lo que nunca había sentido. Pero, tras ese suave beso, se contuvo y, apoyando su frente en la mía, mantuvo mi rostro entre sus manos, respirando igual de agitado que yo.

—Qué larga se me va a hacer esta semana... —susurró con voz ronca.

—A mí también —pensé en voz alta.

Ni yo creía lo que estaba diciendo. ¡Si lo acababa de conocer! ¡Por Dios!... ¿Dónde estaba la Julia pausada, calmada y cauta? Asustada de mí misma, lo miré a los ojos mientras él me miraba como jamás lo había hecho nadie, y lo creí. Lo conocía desde hacía un solo día, pero mi instinto me decía que adelante y, por primera vez en mi vida, decidí hacerle caso. Las veces que no lo había hecho había tenido que lamentarlo, y mucho.

Me acompañó hasta la habitación, pero sabía que no iba a pasar de ahí y así fue. Caballeroso, volvió a besarme las puntas de los dedos sin apartar sus hermosos ojos de mí.

—¿Puedo llamarte mientras estoy fuera? —preguntó.

—Todas las veces que quieras, ¿y yo?

—Por supuesto, Emerson te dará mi teléfono. Estoy deseando que llegue el

sábado —repitió cerrando los ojos un instante.

Y tras un fugaz beso se fue.

Aquello de quedarme en la habitación en estado de shock se estaba convirtiendo en una mala costumbre. De pie, en el medio y medio, no podía creer lo que me estaba pasando. A mí no, a la Julia que yo conocía no le sucedían estas cosas, y empecé a pasear de un lado para otro, quizá para tranquilizarme o quizá para terminar más nerviosa de lo que estaba.

«¿Será una cámara oculta? ¿Despertaré mañana y todo esto no habrá pasado? ¿Tendré alucinaciones?», llegué a pensar, presa de un delirio descomunal.

Pues, si lo eran, mis bragas se lo habían tomado en serio y tardé en dormirme de lo feliz que me sentía. Tenía ganas de saltar, de reír, de gritar... Pero, al momento siguiente no conseguía evitar el ser víctima de millones de dudas e interrogantes que me asaltaban la cabeza cual feroz tormenta. Así me dormí y, cuando sonó el despertador a las seis y media de la mañana, tuve la sensación de que habían pasado solo cinco minutos. Cuando bajé, Emerson ya estaba esperándome y tuve el tiempo justo para tomar un café.

—María, lo siento, pero no me ha dado tiempo a hacer la cama. A la vuelta la hago.

Tenía que decírselo, no quería que creyese que iba a estar en plan señorita. Además, nunca me había gustado que me la hicieran.

—Aquí se cambian las sábanas todos los días —respondió, mirándome sorprendida.

Y la sorprendida fui yo. Ni el quisquilloso de Víctor tenía esa manía.

—El señor Marshall tiene esa costumbre —se justificó.

«Pues yo no veo que sude tanto», pensé.

Arqué las cejas, pero me guardé el comentario para mí; no era plan meterme en lo que no me importaba o complicarle la vida a nadie.

—Como quieras, pero por mí no hace falta.

Y salí disparada.

Emerson me llevó al trabajo en otro coche distinto a los anteriores.

«¡Joder!, pero ¿cuántos coches tiene este hombre?», volví a pensar sin decir nada.



Capítulo 8

A aquella hora tan temprana Río era ya un hervidero de gente. Eran las siete y media de la mañana y parecía que todo el mundo estaba fuera de casa. Mucho bullicio, gente saliendo y entrando en el metro, en autobuses, en taxis o corriendo de un lado para otro. Parecía todo un caos, pero un caos repleto de vida, y me llamó la atención la cantidad de establecimientos pequeños donde la gente se tomaba algo de pie y en un minuto. Estaban todos llenos; zumos, cafés, bollería, bocadillos, sándwiches... Todo se servía rápido y a igual velocidad se tomaba.

—Aquí tiene el teléfono del señor Marshall. —Me dio el número despacio, para que lo pudiera grabar en el móvil—. Dijo que lo llame en un momento que tenga libre a lo largo de la mañana. A las cuatro vendré a recogerla.

Un sonriente Emerson me dejó a las puertas de mi nuevo hospital. Estaba en lo alto de una colina, era enorme y desde cualquier punto se podía ver el mar. Todo acristalado, parecía bastante nuevo y su interior era igual, amplio y moderno. Pregunté por el laboratorio y me indicaron que estaba en la planta menos uno; allí me dirigí. A la primera persona a la que vi fue a Ihab, que ya estaba pendiente de la puerta y se alegró tanto al verme que me abrazó, cosa rara en él. Se notaba que estaba deseando ver una cara conocida, y lo cierto es que yo también me alegré al verlo.

Me enseñó el laboratorio; era grande, con mucha luz natural y daba gusto tener unas ventanas por las que mirar y ver a lo lejos el mar y el cielo azul, como estaba en ese momento. De paso, fue presentándome al personal que se encontraba allí en ese momento. A nivel de material, vi que andaban un poco justos, sobre todo en cuanto a maquinaria. Algunos procesos que nosotros habíamos mecanizado, en Río aún se hacían a mano, y supuse que el volumen de trabajo sería menor, de lo contrario sería inviable. Ihab me dio la razón cuando se lo comenté.

—Aún están empezando, date cuenta de que hasta hace poco este departamento no existía. Pero, en caso de que haga falta, lo compensaremos con lo que tenemos en nuestro laboratorio —me explicó.

Después me llevó a unas oficinas donde firmé un montón de papeles, se me dio la credencial, la llave para la taquilla y mi nuevo uniforme de trabajo.

«Azul, bien, un color que me gusta y me sienta bien», pensé contenta.

No pudieron darme calzado, no tenían una talla tan pequeña; mejor, nunca me agradaron los zuecos, no me resultaban cómodos y prefería usar deportivas.

—Te veo distinta —comento Ihab cuando, ya cambiada, me vio entrar en el laboratorio.

—¿Por? —salió la gallega que llevo dentro.

—No sé... Te veo cambiada... mejor. Hasta tu mirada parece otra. —Me miró dubitativo.

—Será que el color de este uniforme me sienta bien. O quizá sea estar en Río, cuna de la samba, del sol y del calor —bromeé mientras me conducía a mi lugar de trabajo, que él mismo había acondicionado.

Cuando me di cuenta, ya era casi la una de la tarde. Había pasado la mañana cortando en el micrótomo para hacer una serie de cristales que hacían falta y recordé que Emerson me había dicho que llamara a Joseph; aproveché que iba a tomarme un café rápido y así lo hice.

Sonó una vez y oí su voz.

—Hola, Julia, buenos días. Creí que ya no llamabas.

—Hola, Joseph —respondí sonriendo como una idiota—. Me fue imposible hacerlo antes, Ihab tenía mucho trabajo pendiente y no he parado hasta ahora.

—¿Has visto a Marcos?

—Pues no, ¿por?

Tan pronto lo dije, me arrepentí. Iba siendo hora de dejar de hacer siempre la misma pregunta.

—Porque le he pedido que estuviera pendiente de ti —soltó enfadado.

—Joseph, no hace falta, de verdad. Te lo agradezco, pero no soy una niña. ¿Tú estás bien? —Cambié de tema para que no se cabreara más.

—Podría estar mejor si estuviera ahí —refunfuñó—, pero es lo que hay. Me espera una dura semana.

Estaba llegando de nuevo al laboratorio y no me apetecía entrar hablando por teléfono.

—Lo siento, pero tengo que colgar. —De verdad lo sentía—. ¿Hablamos

por la tarde? —sugerí.

—De acuerdo —suspiró—. Y, aunque no eres una niña, eres mi niña —colgó.

Me quedé mirando el teléfono como una idiota, se me puso un nudo en la garganta y creí que iba a empezar a llorar. Nadie me había hablado nunca así; no estaba acostumbrada a oír esas cosas, sobre todo, de una persona que acababa de conocer, y tuve ganas de empezar a saltar de alegría.



Para ser el primer día, no estuvo nada mal, y cuando salí Emerson ya me estaba esperando. Tan pronto llegamos, fui directa a la cocina muerta de hambre y dispuesta a comer.

—¿Por qué no va primero a su habitación mientras le voy poniendo la comida? —me aconsejó una sonriente María.

Con cara de extrañeza, subí las escaleras de dos en dos y entré en tromba en «mi/su» habitación. Por mi cabeza pasó la absurda idea de encontrármelo ahí, pero no. Lo que sí había era un precioso regalo sobre mi cama, con una tarjeta sobre él. Como una niña pequeña, me senté en la cama y la abrí intentando no romperla con la emoción, aunque ya sabía de quién era. Su letra era pequeña, pero muy bonita.

Querida Julia:

Espero que de momento sea suficiente. No te preocupes, hay más... Ah, por cierto, en realidad el regalo es para mí.

Un beso en tus preciosos dedos y en tu preciosa boca.

Joseph

Me abracé a la tarjeta como si se fuera a escapar; de lo contenta que estaba hasta tenía ganas de llorar. Miré dentro de la bonita caja; ¡mi colonia!, también en perfume, un gel de baño y una crema corporal —ni sabía que había todo eso—. ¡Ojalá hubiera estado aquí para ver la expresión de mi cara! Tenía una sonrisa tan grande que parecía que el rostro se me iba a partir en dos y volví a leer su nota. Cuanto más la leía, más me gustaba lo que quería decir. Que el regalo era para él... Todo mi cuerpo se aceleró pensando en el significado de esas palabras hasta que el sonido de mi móvil interrumpió mis

delirios.

—¡Hola, Joseph! —respondí, impaciente, al primer toque.

—Hola, Julia. ¿Llamo en mal momento? —Su voz sonó alegre.

—Ya sabes que no. Por cierto, gracias por el regalo; acabo de verlo y me ha encantado, pero la tarjeta más.

Durante unos segundos, ambos contuvimos la respiración.

—Te he puesto que el regalo es para mí porque el que lo va a disfrutar soy yo.

Su voz sonó profunda y pareció resonar en todo mi interior. Noté como mis mejillas empezaban a arder, pero me dio igual, no me podía ver.

—Bueno —respondí cuando recuperé el aliento—. Algo me tocará.

Ambos volvimos a contener la respiración.

—Te echo de menos —soltó de repente.

—Yo también —respondí.

Era cierto, lo conocía desde hacía dos días, pero era como si lo conociera desde siempre. Pese a que solo habíamos convivido unas pocas horas, la casa se me hacía vacía sin él.

—Te llamo mañana —suspiró cansado—, ahora tengo una reunión y no sé a qué hora acabaré. Hasta mañana, mi niña.

Oír aquello me encogió el corazón y, de haberle tenido delante, le hubiese abrazado sin duda alguna.

—Hasta mañana, mi niño. Tu regalo y yo nos vamos a hacer compañía —respondí dulcemente.

—Si no estuviera tan lejos te ibas a enterar —habló con voz profunda.

—Si no estuvieras tan lejos no hubiera tenido que decírtelo.

Una voz se oyó de fondo y tuvo que colgar.

Estupefacta, me quedé un buen rato mirando el móvil. No me reconocía a mí misma, hablando así, sintiendo así, deseándolo así y, sin necesidad de pensarlo más, tomé una decisión. Iba a hacer lo que mi cuerpo y mi mente pedían a gritos. Llevaba toda la vida haciendo lo que querían los demás, aceptando lo que los demás decían que era lo mejor para mí, comportándome como decían que debía hacerlo. Pues todo eso se acababa, iba a seguir lo que mi instinto dictara. Y este me decía que adelante, pasase lo que pasase, y que me agarrara con fuerzas a lo que yo creía que, por primera vez, suponía algo bueno en mi vida.

El resto de la tarde lo pasé como en una nube y comí poco y tarde de los nervios que aún tenía. Cuando me di cuenta, el sol ya se estaba poniendo y

solo me dio tiempo a un rápido baño en la piscina antes de irme a dormir. Ya en cama, me di cuenta de una cosa.

«¡Por Dios!, ¡aún no había pisado Copacabana!», pensé abriendo los ojos como platos. Me parecía increíble y un fallo que tenía la intención de subsanar.



El día siguiente ya fue más relajado, había proporcionado a Ihab un montón de cristales que él tenía que mirar al microscopio y me dediqué a ayudar al personal del laboratorio en todo lo que pude; lo cierto es que me habían recibido de maravilla y quería corresponderles de alguna manera. Además, tenía tal vitalidad que no era capaz de estar parada sin hacer nada ni cinco minutos. A media mañana decidí que me merecía un café y esperé a estar cómodamente sentada en la cafetería, dispuesta a paladearlo, para llama a Joseph. En la mesa de al lado, un grupo estaba hablando de los recién llegados al hospital; sonreí y puse la oreja. Lógicamente, salió el tema de la persona que ponía el dinero para la investigación.

—Es guapísimo y además está soltero. —Comentó una de las chicas del grupo.

Todas se rieron y, para mis adentros, yo, también. Estaba a punto de llamarlo cuando oigo decir a otra de las chicas del grupo:

—Pues será por poco tiempo.

Dejé de respirar al instante.

—Tiene una novia espectacular —prosiguió—, los vi en una cena benéfica. Guapísima, creo que es modelo.

Seguía sin respirar, el corazón se me paró y el mundo se hundió bajo mis pies mientras en mi estómago se hacía un nudo. Tuve que refugiarme en el baño entre arcadas y sollozos. Me sentía estúpida e imbécil por haber creído en él; ya me extrañaba que a mí me pudiera pasar algo bueno. Y pensar que lo había creído en todo...

Recordé el regalo del día anterior y el nudo del estómago se retorció. ¿Por qué lo había hecho? ¿Se estaría vengando por lo que había sucedido en nuestro primer encuentro? Visto lo visto, se había estado riendo de mí y no me quedaba otra que reconocerlo.

«Me lo merezco, por imbécil, estúpida y por creerme lo que no soy», pensé

intentando tranquilizarme.

De repente, todo se había venido abajo. Todo se había terminado antes de empezar y, para colmo, el teléfono empezó a sonar. Era él y, entre lágrimas, lo miré enfurecida.

—¡Hay que joderse! —pensé, furibunda, en voz alta.

No iba a montar un número en el hospital y apagué el aparato con manos temblorosas. Cuando salí del trabajo, de lo mal que estaba, era incapaz de recordar cómo había sido el resto de la mañana. Solo sentía que volvía al infierno del que pensaba haber salido.

—¿Se encuentra bien, señorita Julia? —Con cara de preocupación, fue lo primero que me preguntó Emerson al entrar en el coche—. El señor Marshall la ha estado llamando...

—No, no me encuentro bien —le interrumpí—. Y, si no le importa, no tengo ganas de hablar —continué, intentando no echarme a llorar de nuevo.

No volvió a decir palabra, pero tampoco dejó de mirarme por el espejo retrovisor.

«Tan pronto llegue a su casa, recojo mis cosas y me voy. Pero ¿A dónde? », pensé aturdida. Todo había sucedido tan rápido que ni había preguntado dónde tendría que alojarme en el hipotético caso de no haberme quedado en su casa.

Llegué y fui directamente a «mi/su» habitación, la cabeza me estallaba y no sabía qué rumbo tomar, pero me daba igual; ya me las arreglaría hasta averiguar dónde podía vivir. Empecé a hacer la maleta intentando mantener las lágrimas a raya, pero, cuando vi su regalo, me derrumbé sobre la cama y comencé a llorar. Llamaron a la puerta. Era Emerson; no dijo nada, pero no hacía falta, su cara y la mía lo decían todo.

Me tendió su teléfono.

—Cójalo, por favor —pidió serio

Y, dando media vuelta, se fue.

—¿Sí? —uve que coger aire varias veces para poder hablar.

—¿Julia, qué pasa? ¡Por el amor de Dios! ¡Te llevo llamando toda la mañana! —Hablabla a gritos y parecía realmente preocupado.

Me quedé tan perpleja que, por un instante, no supe qué hacer.

—¿Te estás riendo de mí? —conseguí decir. La Julia furiosa se había ahabía apoderado de mí y había conseguido que dejara de llorar.

—¿De qué hablas, Julia? Por lo que más quieras, explícame qué pasa, no entiendo nada. —Parecía enfado.

—¿Que no entiendes nada? —La que tenía derecho a estar enfadada era yo, ya estaba llevando su puñetera broma demasiado lejos—. ¡Soy yo la que no entiende nada! —grité—. O sea, que tienes novia, que estás saliendo con no sé qué modelo. Pero... ¿tú de qué cojones vas? —solté rabiosa.

Hubo unos segundos de silencio y, de repente..., ¡lo oí reír! En un segundo pasé de la rabia al estupor y de ahí al colapso total.

—Julia, por favor, no te creas lo que sale en Internet —habló entre risas.

—No lo vi en Internet, lo comentaban hoy en el hospital. Mira, Joseph... —Empecé a pasearme rabiosa por la habitación—. Ya he vivido bastantes mentiras y no paso por una más, así que será mejor que me vaya.

Me dolió lo indecible decir aquella frase, pero lo tenía muy claro: más de lo mismo, jamás.

—No, ¡Julia, no! —Más que un grito, fue un alarido—. Por favor, escúchame. No estoy saliendo con nadie, ni con una modelo ni con nadie. ¡Julia, por favor, tienes que creerme! —Suplicó ante mi silencio—. Mi vida es muy distinta a lo que la gente cree. No hagas caso a nadie, Julia. Por favor, créeme, no te estoy mintiendo, te lo juro —habló atropelladamente.

Todo mi cuerpo se relajó, al igual que toda la tensión acumulada se descargó. En ese instante, me senté en la cama y empecé a llorar de nuevo.

—Julia, por favor, no hagas eso. Te lo pido por favor —me rogó suplicante—. No llores, no estoy ahí y no te puedo consolar, pero, por lo que más quieras, confía en mí.

Quedó a la espera de una respuesta que era incapaz de dar, solo podía llorar.

—Julia, si hace falta dejo todo esto y voy para allá. —Su tono de voz sonó sincero.

—¿De verdad que no me mientes? —pregunté entre sollozos, deseando creerlo.

—Te lo juro, Julia. Hay cosas que me gustaría contarte, pero quiero hacerlo en persona. Por favor. —Su voz volvió a sonar angustiada—. Prométeme que vas a esperar a que vuelva y podamos hablar; prométemelo, por favor. —Se le quebró tanto la voz que me pareció que él también estaba a punto de llorar.

Respiré aliviada, estaba más tranquila y conseguí parar de llorar.

—Está bien Joseph, hablaremos. Pero solo te pido una cosa, no me mientas nunca. Ya he pasado por eso una vez y no estoy dispuesta a que se repita.

—Julia, por favor, cree en mí. No te estoy mintiendo y, por favor, no llores más. No sabes lo que me duele no poder estar ahí.

Se hizo el silencio unos segundos.

—Solo quiero que tengas clara una cosa. —Tosecilla y carraspeo—. En estos momentos, eres lo único que me importa.

Cerré los ojos mientras el suelo volvía a aparecer bajo mis pies. Mi estómago volvió a su sitio y todo el universo volvió a ponerse en orden. ¡Increíble! Hacía unos minutos estaba destrozada y de repente volvía a ser feliz.

—Está bien, Joseph —dije, sorbiéndome literalmente los mocos—. Ya estoy mejor.

—Lo siento —dije en voz baja—. Pero es que cuando lo oí me dolió tanto que... —Callé, avergonzada; de repente, me sentía como una niña pequeña que monta un escándalo por nada.

—¿Por qué no me llamaste para decírmelo? —me interrumpió—. No habrías pasado este mal rato, ni yo tampoco. Julia, de verdad, confía en mí —parecía dolido.

—Vale, ya está, tienes razón. ¿Cómo estás tú? —le pregunté para cambiar de tema.

—Pues agotado, aburrido y, hasta hace un momento, tremendamente preocupado. Pero ahora mejor —sonó más relajado—. Aunque, si lo pienso bien, me gusta que te hayas puesto así, es señal de que te importo.

—Demasiado para mi gusto —conseguí bromear.

—Mira, tengo una reunión, algunos trabajamos y no cotilleamos, ¿sabes? Pero, tan pronto acabe, te llamo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije mansamente—. Espero tu llamada.

Ya más calmada, me di cuenta de lo exagerado de mi reacción. Tenía que reconocer que apenas lo conocía, pero había desarrollado una especie de alergia hacia las mentiras, quizás por haber vivido tantos años entre ellas.



Capítulo 9

Tenía ganas de bailar, de cantar y, sobre todo, de comer. Eran casi las cinco y media de la tarde cuando entré en la cocina y le devolví el teléfono a Emerson que, al igual que María, me miró expectante.

—¿Todo bien? ¿Se encuentra mejor? —preguntó al fin.

—Sí, ahora me encuentro perfectamente. —Mi sonrisa de oreja a oreja no dejó lugar a dudas.

—¿Quiere comer? Tiene que tener hambre con lo tarde que es —habló María.

—Pues sí, la tengo, gracias —respondí con la misma sonrisa.

Ambos respiraron aliviados; yo también cuando vi ante mí un gran plato de espaguetis a la boloñesa.

Otro día sin pisar esa hermosa playa. «¡Qué herejía!», pensé mientras me daba otro relajante baño en la piscina. Cuando sonó el teléfono, salí del agua tan disparada que casi dejé el bikini atrás.

—¡Hola otra vez! —Sonreí de nuevo de oreja a oreja—. ¿Qué tal la reunión?

—Mal. —Se le notaba cansado—. Pensé qué no acabábamos nunca y no tenía ganas de hablar con nadie salvo contigo. Estaba deseando poder llamarte.

Un largo suspiro me confirmó su cansancio y me volvía a sentir un poco —por no decir bastante— ridícula por todo lo sucedido.

—Oye, de verdad, lo lamento. Me siento culpable de que ahora estés así.

—Julia. —Volví a oír un suspiro—. No sabes lo complicado que para mí es todo esto. Yo... —Tosecilla, carraspeo—, Bueno..., afortunadamente, va todo más rápido de lo que esperaba. Pero no me arrepiento de nada. ¿Y tú? —Se hizo el silencio.

—Tampoco —respondí al instante.

—No sabes lo bien que me sienta escuchar eso. —Su tono de voz reflejó una gran alegría—. Tenemos que hablar. Mejor dicho, tengo que explicarte algunas cosas, pero tendrá que ser cuando vuelva.

—De acuerdo, tranquilo. Y no voy a cotillear ni a husmear nada mientras tanto —prometí.

—Bien, seguro que tienes mejores cosas que hacer en las que gastar tus energías hasta que vuelva.

Su tono cambió, como el color de mi cara, y noté como todo mi cuerpo se empezó a acelerar. Cuando me hablaba así perdía el norte, el sur y todos los demás puntos cardinales a la vez.

—No me digas estas cosas por teléfono, que me pongo nerviosa —supliqué —, y después pasa lo que pasa.

—¿Y qué pasa, Julia? ¿Qué me estoy perdiendo? —habló con voz profunda y noté que él también se había alterado.

—Pues que ahora me voy a tener que volver a meter en tu piscina para poder bajar mi acaloramiento, y tengo miedo de que el agua empiece a hervir.

Empecé a reír descaradamente y, pese a no poder verlo, noté a través del teléfono como se abrían sus ojos, además de oír el respingo que dio ante mi descarada frase.

—¿Por qué me haces sufrir de esa manera? ¡Eres cruel!

Pese a todo, se estaba divirtiendo, al igual que yo, y sonreí como una tonta. Por teléfono era capaz de decirle cosas que a la cara me sería imposible hacerlo.

—Es un castigo por dar pie a esos cotilleos.

Y volví a reír como una quinceañera.

—No sabes las ganas que tengo de verte —habló profundo y sonó tremendamente auténtico.

—Yo también, Joseph, yo también. Pero ya queda menos para el sábado.

Intentaba animarlo y, de paso, animarme yo también.

—Vale —dejó caer con tristeza—. Mañana hablamos, ¿me vas a llamar?

—Te lo prometo. Hasta mañana, mi niño.

—Hasta mañana, mi niña. Piensa en mí.

Había en sus palabras un poso de tristeza tan grande que se me puso un nudo en la garganta y colgué con los ojos llenos de lágrimas.

«¡Ojalá pudiera estar con él!», pensé incapaz de dormir.

Sin poder contenerme, me senté en cama y abrí el ordenador; tenía varios correos de mi amiga Isabel y de Carlos a los que contesté con un breve:

«Todo bien».

Luego, en Google, tecleé el nombre completo de Joseph; no había demasiada información.

Se hacía referencia al origen sueco de su padre, Otto, al origen judío de su madre, Sara y se hacía un breve repaso de su historial familiar. Se nombraba a una hermana, Clara, que había fallecido a los quince años. Su madre había muerto de una larga enfermedad cuando él tenía diecisiete años, lo que me hizo comprender su interés por nuestra investigación. Y para rizar el rizo, su padre había fallecido víctima de un accidente aéreo.

Se relataba que Otto y algunos amigos se habían estrellado en una avioneta propiedad suya. El accidente había sucedido en el Amazonas, cerca de la frontera con Venezuela, cuando se iban de cacería, lo que dificultó el rescate de las víctimas. Para más inri, el padre de Joseph fue arrastrado por la corriente y tardó en ser encontrado casi seis meses.

«¡Qué horror!», —pensé con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

Aquello había sucedido cuando él tenía veintiún años y no me costó imaginar lo duro que tuvo que ser para él enfrentarse a todo solo; ahora que lo sabía sentí una pena infinita.

Sabía lo doloroso que era cuando alguien tenía que identificar un cadáver. Había ayudado en momentos puntuales en el Departamento de Medicina Legal y, por desgracia, me había tocado presenciar escenas tremendamente duras. Tener que reconocer a un ser querido fallecido hacía tiempo, o en circunstancias desagradables, es uno de los tragos más desgarradores que se podían vivir y no me costaba imaginar la huella que tantos acontecimientos familiares, todos tan dolorosos, podían haberle dejado.

Todo lo demás era exclusivamente sobre su vida actual. Dueño de varias empresas... bla... bla... bla... Ni lo leí, para mí era lo de menos. La información se completaba con varias fotos; la más antigua era de la familia de Joseph al completo, y en ese momento entendí el origen de su magnífico físico. Los rasgos faciales tan perfectos eran de su padre, pero suavizados por la mezcla con los de su madre. De ella había heredado esos increíbles ojos, su nariz y el color del pelo. Su hermana Clara era parecidísima a él, pero con un evidente problema de sobrepeso. Joseph aparecía sentado en el regazo de su madre y su hermana le daba la mano. Era un niño rollizo y precioso. De pie y detrás, su padre, rubio, de ojos azules. Era evidente que Joseph había heredado de él el porte, ya que era un hombre alto y musculoso; ambos progenitores dejaban claro su origen.

Un par de fotos más completaban el reportaje. En ellas aparecía Joseph, elegantemente vestido, saliendo de un par de fiestas acompañado por dos mujeres espectaculares, altísimas y guapísimas, en una se trataba de una morena y en la otra de una rubia. La de la rubia era la última, y se correspondía al mes de enero. Sin apartar los ojos de su larga melena, frunciendo el ceño me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio, porque noté el sabor de la sangre en mi boca.

—¡Mierda! —exclamé mientras me los untaba de cacao hasta que me cansé.

Con rabia, apagué el ordenador y me fui al baño, intentando no darle más vueltas al tema. Por lo pronto yo estaba en su casa, donde ni esa rubia ni esa morena habían estado; algo querría decir. Pese a todo, no me miré en el espejo, aún tenía la imagen de esas mujeres en la cabeza y me costó conciliar el sueño.

A pesar de ello, el día siguiente transcurrió de maravilla y volví a estar de un humor estupendo. En el laboratorio todo iba como la seda; se notaba que aún estaban empezando y me gustaba ver cómo el resto de los patólogos se dirigían a Ihab ante cualquier duda. Hacían bien, es un médico excelente y mejor persona. Sin ser consciente de ello, a mí me pasaba lo mismo, pero con los técnicos. Me hacían un montón de preguntas y me recordaban mis comienzos, cuando me veía asaltada por las dudas y los miedos, ya que una cosa es la teoría y otra muy distinta es la práctica, cuando lo tienes que hacer de verdad. Pero lo cierto era que estaba encantada de poder ayudar.

A media mañana, en la cafetería, volví a coincidir con el grupo del día anterior y tuve ganas de ir a su mesa y gritarles un «¡Ja!» tan alto que se oyera en todo Río y decirles que no tenían ni puta idea de nada. En un alarde de sensatez, me conformé con disfrutar mi café mientras hablaba con Joseph por teléfono, que parecía no estar bien.

—¿Pero... es todo tan complicado? Despide al cabrón ese y ya está —sugerí rápidamente, pese a no saber nada de esos temas.

—Es algo más complejo, Julia. Tengo que volver a organizar todo el equipo directivo de la empresa.

—No entiendo nada, de verdad —reconocí.

—No solo va a caer él —explicó enfadado—. También voy a despedir a los que lo sabían y lo permitieron; para mí son tan culpables los unos como los otros —argumentó.

—Pues, ¿sabes lo que te digo? Que tienes razón, que haces bien y no tienes

por qué sentirte culpable —respondí orgullosa.

—Gracias por tus ánimos. No sabes lo que daría por poder verte —habló tras un profundo suspiro.

Fue oír sus palabras y el puto nudo de los cojones apareció en mi garganta.

—Joseph, no me digas esas cosas, que me vas a hacer llorar. Yo también estoy deseando verte.

Me giré para que nadie viera que tenía lágrimas en los ojos; iban a pensar que era una chiflada. El día anterior me habían visto entrar disparada en el baño y ahora solo faltaba que me viesan llorar.

Una voz interrumpió nuestro momento tierno.

—Vale, voy —oí que hablaba con alguien.

—¿Quién es? —no pude evitar preguntar.

—Alberto, el pesado de mi abogado. Ya te lo presentaré. ¿Celosa? —preguntó tras un breve silencio en el que pude notar sonrisa al otro lado del teléfono.

—¿De tu abogado? Pues no; del género femenino a nivel mundial, pues sí —bromeé completamente en serio.

—Te llamo después, Julia, y gracias. —Por fin había conseguido que se riera.

—De nada —respondí orgullosa—. Por ti lo que haga falta y más.

Cuando colgué, ni yo me creía lo que acababa de decir.

«Francamente, ¿no habrá sonado ridículo? ¿Tengo yo edad para decir estas tonterías?», razonaba de vuelta al laboratorio.

Indiferente a mis propios pensamientos, me encogí de hombros. Nunca me había sentido tan bien y, camino a su casa, empecé a planear mi tarde de playa; comería algo rápido y después... ¡Hola Copacabana! ¡Julia está aquí!

Eran las cinco de la tarde cuando entré en la cocina.

—Tiene la comida en la terraza —María me lo dijo con una sonrisa tan grande que no supe cómo fue capaz de hablar.

—¿En la terraza? —repetí extrañada.

Ante la expresión de su cara, no necesité preguntar más y salí disparada. El corazón se me puso a cien en cero segundos.

«No puede ser... ¡Ojalá fuera!», —elucubré mientras entraba en tromba en la terraza.

La mesa estaba puesta... ¡para dos! Y, apoyado en la barandilla metálica, mirando hacia Copacabana, estaba él.

Mi corazón dejó de latir en ese momento y tuve ganas de lanzarme a su

cuello y comérmelo a besos. En vez de eso, me limité a conseguir acercarme a él todo lo rápido que mis temblorosas piernas me permitieron. En ese momento se giró, me vio y yo paré en seco, como el resto del mundo. Estaba tan nerviosa que era incapaz de articular palabra mientras, en silencio, me miraba como únicamente él lo había hecho, con esa mirada suya que conseguía que todo mi cuerpo se derritiera. Empezó a andar hacia mí, también en silencio, mientras yo dejaba de respirar. Se acercó, me tomó la cara entre sus manos y fue acercando la suya, lentamente, sin dejar de mirarme. Con esos increíbles ojos clavados en los míos, rozó mis labios con los suyos. Yo seguía conteniendo el aliento y solo pude dejar escapar un leve gemido cuando, despacio, su lengua se abrió paso en el interior de mi boca. Mi cuerpo era un caos total. Excepto por mis órganos sexuales, todos los demás parecían haber dejado de funcionar y una oleada de placer como nunca había sentido recorrió mi cuerpo hasta el último rincón.

—Julia, no puedo más, me estás volviendo loco —susurró jadeante sobre mis labios.

Su voz sonó profunda, grave, cargada de deseo, y no hizo falta que yo dijera nada, en mi mirada todo estaba escrito. Entreabrí los labios y, a modo de respuesta, esta vez fue mi lengua la que buscó la suya y el que gimió fue él. ¡Por fin nos besamos de verdad! Y fue increíble; su boca era cálida, deliciosa, intensa... como él. Húmeda... como mi sexo en aquellos momentos. Jamás me había sentido así, jamás había sentido así. Nuestras lenguas se juntaron, primero lentamente para acabar enredadas en un loco baile sin fin. Estaba tan excitada que creí que iba a tener un orgasmo ahí mismo. Él acercó su cuerpo al mío y comprobé que su excitación no era menor; notaba su miembro duro como una piedra. ¡Por Dios!, tenía la sensación de que me iba a marear... no tenía aire suficiente, pero me daba igual.

«Si hay que morir mejor hacerlo así, ¿no?», —decidí a escasos segundos de la asfixia total.

Supuse que a él le pasaba lo mismo, porque paró de besarme y me abrazó. Notaba su respiración agitada mientras me tenía entre sus brazos. Era un abrazo lleno de deseo, pero a la vez de ternura; sentí que estaba en el lugar más seguro del mundo y podría haberme quedado así el resto de mi vida. Lo malo es que seguía sin poder articular palabra, mi cerebro estaba tan ocupado en no entrar en estado de shock que no lograba atender a nada más y me limitaba a mirarlo, extasiada, incrédula, feliz. Me llevó a la mesa y nos

sentamos, en silencio, solo mirándonos.

—Dime algo, Julia, por favor. —Él tampoco sabía cómo seguir, estaba tan nervioso como yo.

En vista de que aún era incapaz de articular palabra, cogí una de sus manos y comencé a besarle la punta de los dedos, con calma, con suavidad, sin dejar de mirarlo, como me hacía él y toda su expresión cambió. Cerró los ojos unos instantes para volver a abrirlos y quemarme con su mirada abrasadora, se acercó y nos besamos de nuevo. Nuestras lenguas volvieron a unirse en otro interminable y placentero beso. Temía despertar y que, de repente, todo fuera un maravilloso sueño. Pero no, su boca era real, él era real y su deseo también lo era.

—¿Te vale esta respuesta? —dije en una milagrosa recuperación del habla.

—Por un momento... Con tu silencio... Pensé... ¡Qué miedo he pasado! —dijo respirando aliviado y agarrándome las manos.

—Es que cuando te vi aquí, me quedé sin habla... No sabía... Joseph, esto a mí jamás me había pasado —farfullé nerviosa; ni yo misma sabía lo que quería decir.

Creo que mis palabras resultaban innecesarias ante la expresión de mi rostro, que reflejaba todo lo que estaba sintiendo. Para mí era la situación más excitante que había vivido nunca. La forma en que me dijo que lo estaba volviendo loco, su entrega total en ese momento... seguía siendo increíble para mí. Y... quería decirle tantas cosas que no sabía por dónde empezar.



Capítulo 10

—¿Cómo es que estás aquí? —Fue lo más inteligente que se me ocurrió decir—. ¿Tus reuniones? ¿Qué ha pasado? —Hacía pregunta tras pregunta presa aún de un gran aturdimiento.

—Vine porque ambos lo necesitábamos. —Habló pausadamente, pero con rotundidad—. Yo no aguantaba sin verte y, dada la situación, creo que debo darte alguna explicación. Además, tenía miedo de que cuando volviera no estuvieras aquí —reconoció, mirándome asustado.

—Siento como me puse Joseph, pero no sabía que pensar y, francamente, creí que te estabas riendo de mí. Pero me sabe mal que, por culpa de mi histeria, hayas dejado lo que tenías que hacer. —Los papeles habían cambiado y era yo la que le miraba angustiada y avergonzada.

—Julia, vine porque lo deseaba, porque no aguantaba sin verte y, como te dije antes, porque me estás volviendo loco —repitió, mirándome con esos hermosos ojos llenos de sinceridad.

Me agarró la mano y me besó los dedos con el consiguiente efecto que obraba en mí.

«¡Ánimo, Julia!, ¡a este a este paso te vas a quedar pegada a la silla!», pensé y no pude evitar sonreír.

—Mira, todo esto es nuevo para mí —prosiguió serio—. Eres la primera persona que entra en mi casa y en mi vida.

Se hizo de nuevo el silencio y frunció el ceño, pensando y sopesando mucho lo que quería decir.

—Pero en Internet... —interrumpí sus pensamientos—. Hay fotos...

Levantó la mano y puso cara de fastidio.

—Ya te dije que no te fíases de todo eso. La gente no sabe nada de mí, Julia. —Me miró sin pestañear, pero su tosecilla y ese carraspeo indicaban que se acercaba un tema complicado—. Nunca he tenido una relación

personal con nadie, nunca me he sentido atraído por nadie y nunca he querido tener nada con nadie hasta que apareciste tú.

Ladeó de esa manera extraña la cabeza y me miró fijamente, a la espera de mi reacción; yo, para variar, no sabía qué decir.

—Joseph, ¿me quieres decir que nunca has tenido una pareja? —balbuceé al cabo de unos segundos—. ¿Tú? —pregunté incrédula.

—Nunca —contestó rápidamente.

—No entiendo nada, Joseph. Un hombre como tú, con tu posición, con tu físico... Bueno, con todo. ¿Nadie se ha interesado por ti? Vamos... ¡No me lo creo! —exclamé levantando los brazos.

—Sí, claro que sí. —Esbozó una leve sonrisa al decirlo—. Pero el que no tenía interés era yo. Y lo de las fotos... —Se encogió de hombros—. «Nueva novia del señor Marshall» —dijo a modo de anuncio publicitario—. ¡Qué más da! —exclamó—. La prensa, después un tiempo, se olvida de mí y la otra persona obtiene su beneficio.

Me quedé en silencio unos segundos, atónita por lo que acababa de oír.

—¿Y por qué yo? —pregunté de repente.

Me miró fijamente y, emitiendo un leve suspiro, volvió a cogerme la mano y la besó de esa manera tan especial.

—¿Por qué? —repitió mi pregunta—. Pues, la verdad, no lo sé y tampoco me importa. Solo sé que desde que te vi ese famoso día no pude dejar de pensar en ti. Me pareces la persona más maravillosa del mundo, la más hermosa, la más graciosa, la más... No sé qué más puedo decirte, Julia —concluyó abatido.

Volvió a sumergirse en el silencio mientras yo, para variar, y por culpa de mi puñetero nudo en la garganta, era incapaz de hablar. Como todo lo demás, aquello era nuevo para mí; en pocos días había recibido más halagos que en toda mi vida.

«Nunca tuvo novia, nunca quiso tenerla...», pensé recordando sus palabras hasta que, de repente, en un rincón de mi cerebro saltaron todas las alarmas.

—¿No serás... virgen?! —pregunté y exclamé a la vez.

—Claro que no —respondió molesto—. Pero...

De nuevo, volvieron la tosecilla y el carraspeo. Nervioso, se levantó y se apoyó en la barandilla; pese a estar de espaldas a mí, percibía su tensión y, girándose de repente, me miró serio y temeroso.

—Por favor, Julia, nunca le hables a nadie de esto, ¿vale? Prométeme que lo que te voy a contar jamás saldrá de aquí, sino esta conversación se ha

acabado.

Lo vi tan nervioso que consiguió ponerme a mí también.

—Joseph, por favor, habla —supliqué—. Claro que no se lo contaré a nadie, pero me estás asustando.

Lo estaba diciendo de verdad; mi imaginación se estaba descontrolando y ya estaba imaginando el tener que salir corriendo. Había recorrido miles de kilómetros, creía haber encontrado al hombre perfecto y ahora podía resultar un puto psicópata... ¡Era lo que me faltaba!

—Julia...

De nuevo la tosecilla y el carraspeo provocaron que estuviera a punto de gritar, pero no, cogió aire y se decidió.

—Mis relaciones sexuales han sido siempre... —Otra vez el puto silencio mientras que yo no podía enterrarme más los dientes en el labio— previo pago.

Tan pronto lo dijo pareció desinflarse, como yo. La cabeza me daba tantas vueltas que empezaba a sentirme mareada, y parecía que el resto del mundo había decidido quedarse en el más absoluto de los silencios.

—Di algo, por favor —me suplicó asustado.

—¿De putas?! —pregunté, exclamé y grité a la vez con los ojos abiertos como platos—. ¿Me quieres decir que siempre has ido de putas?! —Fue más un grito que una pregunta—. ¿De putas?, ¿tú? —repetí aún incrédula.

—¡Si, yo! —gritó a su vez—. ¡Y para ya de vociferar, no hace falta que toda Copacabana se entere de mi vida!

Se había enfadado y tenía razón, había pegado semejantes gritos que se me pudo escuchar a kilómetros. Se puso de nuevo de espaldas y, tenso, se agarró a la barandilla; tenía la certeza de que se sentía avergonzado y arrepentido por habérmelo dicho.

—Pero, Joseph —conseguí hablar un poco más calmada—, no entiendo nada. ¿Tienes que recurrir a eso?, ¿pagar por...? —No fui capaz ni de decirlo.

Se volvió de nuevo y me miró ceñudo.

—No pongas esa cara de asco, Julia, y, por favor, no me prejuzgues. No sabes nada de mí.

Él seguía enfadado, pero lo cierto es que la que no entendía nada era yo, y mucho menos lo que acababa de oír.

—Pues explícamelo, Joseph. —Yo también me había puesto seria—. Porque tienes que entender que, en estos momentos, me están entrando ganas de dar media vuelta y desaparecer.

—¡No! —gritó asustado, sentándose de nuevo a mi lado—. ¡Por favor, no!
Cerró los ojos, concentrado en buscar una explicación que, evidentemente, le iba a costar dar.

—Mira, Julia —comenzó a hablar tras coger aire—, por una serie de razones decidí que no quería a nadie en mi vida, no quería a nadie a mi lado, en mi casa y mucho menos en mi cama. ¿Eso lo puedes entender? —Me miró, expectante a mi reacción.

Asentí levemente con la cabeza a modo de respuesta. Sabía que la explicación aún no había acabado y aguardé en silencio.

—Bueno —prosiguió tras coger aire de nuevo—, pues decidí que, para cubrir ciertas necesidades, esa era la mejor solución. Vas, pagas por lo que quieres y por cómo lo quieres, y te vas.

»No me mires así —soltó al ver mi expresión, que no debía ser precisamente buena—. No sé si lo entiendes, pero para mí hay mucha más sinceridad y honradez en eso que en muchas relaciones basadas en el engaño o en mantener las apariencias. No le hago daño a nadie y no le debo explicaciones a nadie.

Suspiré, pensativa. Tenía que reconocer que en eso llevaba razón; yo de engaños, de mentiras y de mantener las apariencias sabía un rato largo.

—¿Y ahora qué? —La pregunta me salió sin pensar—. ¿Ahora qué, Joseph? —repetí mirándolo fijamente.

En sus ojos vi miedo, el mismo que yo tenía. Miedo de que todo acabara antes de empezar.

—¿Ahora? —repetió, agarrándome de la mano y llevándosela a la boca—. Ahora será lo que tú y yo queramos. —Frunció el ceño meditabundo—. Mira, Julia, he sido todo lo sincero que puedo ser en este momento. He vivido así y no me avergonzaba reconocerlo hasta el día que te conocí. Solo sé que, desde ese momento, no he vuelto a necesitar nada de eso porque no he podido sacarte de mi cabeza.

La mirada que me dedicó podía derretir los polos y yo estaba a punto de convertirme en un pequeño charquito de agua. Hizo ademán de besarme, a la espera de mi respuesta. Lo besé suavemente y dejó escapar un suspiro de alivio; yo también. Hasta que, de repente, su puta tosecilla y carraspeo volvieron a encender todas mis alarmas.

«¡Joder!, esto parece no acabar nunca», mascullé para mis adentros.

—Julia —prosiguió, visiblemente nervioso—, sé que esto no es para hablarlo con tanta rapidez, pero quiero serte sincero.

«¿Más?», pensé, agobiada por tanta sinceridad.

—Tengo una serie de... digamos, problemas... manías..., o condiciones, llámalo como quieras...

—¿Quieres hablar con claridad de una puta vez? ¡Joder, Joseph, di lo que tengas que decir! —exploté, pensando en voz alta.

En mi cabeza se formó una frase: un puto rico chalado. Se me revolvió el estómago por las imágenes que empezaron a desfilar por mi cabeza: orgías, gritos, látigos... Y sacudí la cabeza, espantada de mi propia imaginación, mientras una sensación de agobio se apoderaba de mí. Podía imaginar a cualquier persona en esas situaciones, pero no a él. Se debió de dar cuenta de lo que estaba pensando y me agarró la mano para tranquilizarme.

—No te imagines nada raro, Julia, no soy así. De pequeño tuve un accidente del que me quedaron ciertas secuelas que aún no he podido superar.

Lo miré, asustada ante su revelación.

—Sigue, por favor —lo apremié ansiosa.

Él se sumió en sus recuerdos y noté que le desagradaban profundamente. Tensó la mandíbula y echó la cabeza hacia atrás. Como un autómatas, se frotó la frente y, volviendo al presente, me miró; mis ojos debían ser dos platos, por lo que me sonrió, no sin cierta tristeza. Cogió aire antes de proseguir y lo noté deseoso de acabar con la conversación.

—Bueno, como consecuencia de ese accidente, aparte de cicatrices, tengo una especie de claustrofobia.

—¿Una especie de claustrofobia? —repetí—. ¿La de no poder entrar en un pequeño ascensor?

Aparentó no haberme oído mientras yo pensaba que, si armaba todo esto por no poder entrar en un puto ascensor, era para darle una hostia con la mano abierta.

—No soporto que me agarren los brazos, parece que me quedo sin aire. No aguanto que me abracen desde atrás y no quiero que nadie vea mis cicatrices ni me toque la espalda y, por una serie de motivos, no puedo dormir con nadie. —Me miró en clara señal de advertencia—. Ni se te ocurra hacer ninguna de estas cosas, y mucho menos sin avisar.

Lo soltó todo de carrerilla, como quien lee la lista de la compra y, tras su discurso, solo le faltó darme un libro de instrucciones. ¡Joder!, no era lo que yo temía, pero estaba llena de interrogantes.

—Entonces, ¿cómo cojones lo haces? —espeté alterada, enfadada e irritada.

—Muy simple, atándolas —contestó también irritado—. Y, por favor. — Levantó la mano ante mi gesto—. No grites y no digas más palabrotas.

«¿Atándolas?», pensé, algo desconcertada ante lo que me había imaginado.

Bueno, de entrada, no parecía ser tan malo; siempre había oído que era una de las fantasías más recurrentes. Pero... ¿sería igual en la realidad? Una cosa es con lo que uno fantasee y otra muy distinta el tenerlo que hacer por obligación.

Se me formó una imagen en la mente: yo atada y él, sobre mí... ¡Caramba!, mis bragas agradecían esos pensamientos.

Lo miré y me dio pena. Me observaba en silencio, asustado por mi posible reacción, y en ese momento fui consciente de que tenía que tomar una decisión: seguir adelante con todas las consecuencias o dar media vuelta e irme. Reconocía que todo era una locura, que nos conocíamos desde hacía apenas unos días, pero la atracción que sentíamos el uno por el otro era más que evidente. Quizás era el momento de dejarme llevar y de hacer las cosas sin pensar. En resumen, disfrutar de la nueva persona en la que me estaba convirtiendo y gracias a la cual me sentía feliz. Cerré los ojos, escuché a mi corazón, a mi cerebro y a lo que mi instinto me decía; de repente lo supe con total claridad.

—¿Eso es todo? —respondí desafiante—. Mi querido niño, te juro que vas a ser tú el que me pida que te abrace, te acaricie y deje que te metas en mi cama.

Mi respuesta lo pilló por sorpresa y, preso del estupor, ahora eran sus ojos los que se abrieron como platos. Le cogí suavemente la cara, lo besé con ternura y su respuesta no se hizo esperar. Toda su tensión se desvaneció y en un segundo me besó y me abrazó con tal intensidad que era incapaz de respirar.

—Sabía que no me equivocaba contigo. —Habló entrecortadamente con la cabeza apoyada en mi frente mientras ambos recuperábamos el aliento—. Pero durante un instante tuve un miedo atroz de que te echaras a correr.

Pese a mi aparente seguridad, mi cabeza y mi cuerpo eran un torbellino de ideas, sensaciones, interrogantes y dudas. Tenía la impresión de haber saltado al vacío y sin red.

—¿Qué accidente tuviste? —no pude evitar preguntarle.

—Por favor, de momento más no —suplicó, poniéndome el dedo índice sobre los labios.

Me besó de nuevo mientras todo mi interior se estaba derritiendo y mi

mirada expresaba mis deseos a gritos.

—Julia, por favor, no me mires así. En estos momentos debería estar en Sao Paulo, tengo a Alberto solo y debe estar de los nervios.

—Oh..., lo siento —mentí con gesto de tristeza—. ¿No habrás perdido el avión?

Intenté que mi cara no reflejara la esperanza que tenía de que así fuera. Me sentía culpable, pero estaba tan feliz que deseaba que no pudiera irse.

—Bueno, espero no haber perdido mi propio avión, eso sería preocupante. Pero, como de momento no es supersónico, el tiempo me hace falta —bromeó, ya más relajado.

Pese a mi deseo no cumplido, respiré aliviada, el ambiente se había distendido y ambos lo agradecemos; comimos un par de bocados de una comida fría, pero nos daba igual.

—Por cierto, antes de que me olvide. —Se sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta. Era similar a la de un banco y me la dio.

La miré: negra, con mi nombre grabado y, en una esquina, sus iniciales en relieve. Bajo mi nombre un número, el uno.

—Yo tengo el cero. —Fue su única explicación.

Lo miré sin comprender nada.

—Es para que compres lo que quieras en mi centro comercial, acuérdate de que el sábado tenemos cena.

—No hace falta —contesté tajante—. Puedo permitirme el lujo de comprar lo que necesite sin necesidad de que tú me lo pagues, lo que me faltaba —bufé, intentando devolvérsela.

—No te enfades —habló cariñoso—. Solo estoy protegiendo mis intereses. No quiero que te me vayas a la competencia, no sería nada inteligente por mi parte. Además, ya sabes que es puro egoísmo, porque espero disfrutarlo todo.

Oír aquello, y que mi estómago y mi vientre diesen un vuelco, fueron una única acción, a cuya fiesta mi corazón decidió unirse latiendo muy lejos de su lugar habitual...

—Pero eso lo vas a conseguir sin necesidad de pagarme nada —insistí—. Yo espero lo mismo de ti.

Si de sus ojos hubiera podido salir fuego, yo hubiera quedado reducida a cenizas. Me abrazó tan fuerte que dejé de respirar, y más cuando noté su tremenda excitación.

—Lo siento, Julia, me tengo que ir. —Miró su reloj, agobiado—. Me están esperando para una reunión que no sé ni a qué hora se podrá hacer.

De repente, me agarró y volvió a besarme de manera brutal e intensa. Cuando paramos me miró mientras me acariciaba el rostro con suavidad; sus manos, suaves y fuertes al mismo tiempo, me encendían con un solo roce. Sin poder parpadear, no acababa de entender lo que nos estaba ocurriendo; éramos casi unos desconocidos que, sin embargo, parecían conocerse desde siempre y, pasara lo que pasara, no nos queríamos separar.

—Hasta el sábado, Julia. Estos días se me van a hacer eternos —musitó sobre mis labios.

—A mí también. ¿Me llamarás? —Mi voz sonó triste.

—Por supuesto, esta noche te llamo.

Me besó tiernamente y, como salido de la nada, Emerson apareció y se fueron los dos juntos.

Me quedé sola en la terraza y me apoyé en la barandilla, donde minutos antes había estado él. Copacabana era siempre un espectáculo y contemplarla me relajó; volví a recordar que aún no la había pisado y suspiré hasta el infinito. Veía a la gente por la calle, en la playa. ¿Tendrían una vida tan complicada como la mía? No lo pude evitar y recordé mi enrevesada vida anterior.

—¡Y ahora esto! —solté en voz alta.

Empecé a pensar en todo lo que me había dicho Joseph y mi ánimo decayó. «No me abras por detrás, no me agarres los brazos, no me toques la espalda, necesito dormir solo...». ¡Joder! Iba a tener que llevar todo anotado para no olvidarme. Por fin entendía que nunca hubiera tenido pareja; le ibas a alguien con ese repertorio y lo más probable es que, antes de acabar, la persona ya se hubiera echado a correr. Aún no entendía cómo yo seguía aquí, lo lógico era que hubiera hecho lo mismo y que no me hubiera llegado toda Copacabana para correr. Pese a todo, no pude evitar sonreír; yo, que mi idea era venir a Río para perderme entre tanta gente y tanta playa, estar tranquila, disfrutar de mi trabajo, de un entorno tan privilegiado y que mis únicas preocupaciones fueran qué lugar conocer, a qué playa ir o, como mucho, qué bikini ponerme, me encontraba en un mar de dudas, de interrogantes y de incógnitas más grande que el que tenía a mis pies.

De repente, me sentía agotada; todo el subidón de adrenalina, de aturdimiento y de alelamiento me había dejado sin fuerzas, y las pocas que me quedaban las estaba gastando en pensar. Eso de que me atara... ya no me estaba pareciendo tan buena idea. ¿Tendrá que ser así siempre? ¿No podríamos dormir nunca juntos? ¿Y por qué? Un accidente... ¿Qué accidente

te puede afectar así?

Me senté de nuevo y hundí la cabeza entre mis manos. La Julia sensata había salido de su rincón y me estaba diciendo: «Lárgate de aquí, aún estás a tiempo. Manda a la mierda a este tío y sus paranoias..., si no lo conoces de nada. ¿Aún no has tenido suficiente? Me prometiste una vida tranquila y sin sobresaltos». Cerré los ojos y asentí; tenía razón, pero la cabeza me decía una cosa y el corazón la contraria.

En mi interior, la Julia intuitiva se abrió paso a codazos y me gritó: «Recuerda las decisiones que tomaste con la cabeza, recuerda a dónde te llevaron, recuerda cómo viviste y cómo te sentiste». De repente volví a abrir los ojos, contemplé de nuevo la maravillosa imagen que tenía delante, sabiendo que no había marcha atrás y que tampoco la quería. Respiré hondo; me sentía feliz, segura, con toda la energía del mundo, y me daban igual los problemas que tuviese, intentaría ayudarlo. Siempre se me había dado mejor ayudar a resolver los problemas de los demás que los míos.

Me levanté con decisión y miré el reloj. La tarde se me había vuelto a pasar volando.



Capítulo 11

Me prometí a mí misma que al día siguiente sí o sí yo, Julia, tenía que inaugurar esa maravillosa playa.

No fui capaz de cenar; aunque prácticamente no habíamos comido nada tenía el estómago revuelto. Fui a la cocina, abrí la nevera y volví a sonreír. Había Coca-Cola Light. Abrí una lata y me la tomé en pequeños sorbos; estaba sentada sola en la cocina y eso me trajo recuerdos de una época especialmente dura para mí. Debido al silencio, oí a María y a Emerson hablando en el piso de abajo, no podía entender lo que decían ni falta hacía. Desde el primer momento, me había dado cuenta de que eran pareja; me acababa de enterar de que vivían en el piso de abajo.

Ya en la habitación, no pude evitarlo y encendí de nuevo el ordenador. Sentada en la cama, volví a leer con calma la información que había sobre su familia y de él.

—Nada, no se dice nada de ningún accidente en su infancia. Pero, si tanto le ha marcado, no puede haber sido una tontería —razoné.

Leí lo referente a sus empresas. Se hablaba su centro comercial de Río de Janeiro de marcas de lujo al que posteriormente había añadido su propia marca. Miré la tarjeta que me había dado y la metí en el cajón de la mesilla de noche. Si algo había conseguido mantener en mi vida, era mi independencia económica —más bien, era lo único que había conseguido mantener—, mejor o peor, siempre me había arreglado con mi dinero. Tenía un sueldo y el dinero proveniente de la herencia que mis padres me habían dejado. Desde luego, no era millonaria, pero tenía más que mucha gente. Siempre me había llegado y eso no iba a cambiar.

Me tumbé y continué leyendo. Explicaban que había partido de la joyería familiar y que, tras fundar el centro comercial, había creado una empresa de

alquiler de coches de lujo; ahora entendía tanto divino coche. En la actualidad, también poseía una empresa de transporte aéreo privado; ahora entendía lo de su avión. En cierta forma, me sentí aliviada; no soportaba a la gente que hace exhibición obscena de su poder económico, me parecía una ordinarietà y demostraba una falta de madurez increíble.

Fruncí el ceño; era un tema del que podía hablar con conocimiento de causa, Víctor era un experto en eso. En el artículo no ponía nada más que me ayudara a entender el porqué de lo que me había contado. Pensativa, apagué el ordenador, pero, pese a que no había podido sacar nada en claro, mi determinación seguía intacta. Estaba en cama cuando sonó el teléfono y lo cogí al primer tono.

—Hola, mi niña. —Me habló con ternura.

—Hola, mi niño —respondí con una sonrisa idiota.

—¿Estás bien? —preguntó nervioso—. Me tuve que marchar tan rápido, y en un momento tan... Lo siento.

—Claro que estoy bien, Joseph, no te preocupes tanto por mí. ¿Por ahí qué tal todo? —pregunté con la intención de no volver al mismo tema.

Oí su suspiro antes de que empezara a hablar.

—Pues, teniendo en cuenta que acabo de despedir a ocho personas, no ha ido mal —explicó con voz cansada.

—Lo siento, ¿tan grave era la situación?

—Sí —respondió tajante—, pero no por ellos, sino por la situación que estaban sufriendo los trabajadores.

—Hijos de puta —solté de inmediato.

—Aunque sabes que no me gusta oírte hablar así, tengo que reconocer que tienes razón. Pero, en fin. —Volvió a suspirar—. Eso está ya solucionado. Ahora solo queda buscar a los que van a ocupar su lugar y listo.

—Te noto cansado y me siento culpable. —No pude evitar decírselo.

—No Julia, de verdad. No te imaginas lo contento que estoy de lo que he hecho y no sabes el peso que me he quitado de encima, ahora estoy más tranquilo.

—¿Qué pensabas, que iba a salir corriendo?

—Pues tenía ese temor, la verdad. Pero no me quedó otra y ahora no me arrepiento. ¿Y tú? —preguntó temeroso.

—Yo tampoco, Joseph, pero tienes que darte cuenta de que esto es un poco complicado de entender. Al fin y al cabo, no sé nada de tu vida. —Esa vez fui yo la que suspiré.

—Lo sabrás Julia, te lo prometo, te lo contaré todo. —Su tono era firme—. Solo dame tiempo, es lo único que te pido, tiempo y paciencia, por favor —rogó con voz suplicante.

Me dio pena oírlo hablar así; en realidad había sido más sincero que yo.

—Tranquilo, te prometo que esperaré lo que haga falta. Solo te pido que me prometas dejar que te ayude a resolver tus problemas, sean los que sean.

Tardó unos segundos en contestar.

—De acuerdo, Julia, pero ten paciencia —recalcó.

—Te lo prometo. Te juro que a mi lado el santo Job va a ser un manojo de nervios —bromeé para intentar darle ánimos.

Lo conseguí, lo oí reír al otro lado del teléfono.

—Gracias, Julia —habló emocionado.

—De nada. Por ti lo que haga falta y más —respondí contenta.

—Te echo de menos. Buenas noches, mi niña. Mañana hablamos.

—Yo también a ti. Buenas noches, mi niño. Te llamo mañana a la hora del café.

Colgué satisfecha. No sabía nada más, pero tenía su promesa de que me lo iba a explicar todo. Fuese lo que fuese y tardara lo que tardase, tenía claro que iba a esperar.



¡Qué bien me venía el ir a trabajar! Durante unas horas me veía obligada a aparcar mis problemas y preocupaciones para centrarme en lo que tenía delante. Y yo, en aquellos momentos, volvía a tener varias bandejas de cristales para hacer un primer screening. Eran citologías y solo valían aquellas en las que la presencia de coilocitos y sus halos paranucleares estuvieran bien definidos para así poder dar un claro diagnóstico de infección por HPV. La experiencia era un factor importante y por ello le estaba enseñando a mi compañera a reconocerlos con total seguridad; con calma, como Ihab me lo había enseñado a mí, viendo cientos de cristales una y otra vez. Estaba hablando con Joseph por teléfono en la hora de mi café mientras miraba desafiante al grupito de gallinas cacareadoras que, sin saberlo, tanta angustia me habían causado.

—Dile a Emerson que te acompañe —ordenó cuando le dije que iba a ir de compras.

—No hace falta, puedo coger un taxi o ir en metro; con saber la dirección me basta —argumenté.

—De eso nada —cortó tajante—. Él te lleva y esperará el tiempo que haga falta, ya se lo digo yo. —Por su tono me di cuenta de que temía que yo no se lo pidiera.

—Está bien, como quieras —accedí, elevando los ojos hasta quedar mirando el techo—. ¿Cómo va todo por ahí? —cambié de tema.

—Mejor —contestó más animado—. Aunque me temo que hasta el sábado no voy a conseguir acabar. Por cierto, ¿qué te vas a comprar? —Ahora, el que dio la vuelta al tema fue él.

—Aún no lo sé y, aunque lo supiera, no te lo diría, quiero darte una sorpresa —respondí picarona, intentando enroscarme mi pelo corto en el dedo, algo imposible.

Se hizo el silencio unos segundos y tuve la certeza de que estaba sonriendo.

—¿Me vas a sorprender... más? —habló juguetón.

—Vas a quedar boquiabierto, te lo prometo —solté desafiante.

—Eres cruel —bromeó—, pero me gusta.

—Lo sé, por eso lo hago; y para ya, después no soy capaz de concentrarme porque no sé ni lo que tengo delante —bromeé yo también.

Se rio y me reí; así era como me gustaba que fuera.

Comí rápido y no tuve necesidad de pedirle a Emerson que me llevara al centro comercial; Joseph ya se lo había solicitado.

—No se preocupe, tiene cafetería —fue su respuesta cuando le dije que no había necesidad de que me esperara.

El centro comercial estaba en la parte antigua de la ciudad y la estética del edificio estaba acorde con su entorno. Era precioso, todo en piedra, con enormes y elegantes ventanales, de madera finamente tallada. Emerson se quedó esperándome en la cafetería, que estaba a la entrada y destilaba tal riqueza que pedir algo ahí que no fuese un sofisticado combinado debía resultar una ofensa. El interior del recinto era enorme y todo respiraba lujo y sofisticación; los suelos de mármol y las señoriales escaleras de brillante madera le daban un aspecto majestuoso, y estaba iluminado por unas no menos impresionantes lámparas de cristal que reflejaban la luz en todas direcciones. Fui directamente a la planta donde estaba el centro de estética; necesitaba depilarme y era lo primero que quería dejar hecho.

Lo de la depilación... Buf... resultó una tortura. No sabía que la cera podía llegar a los rincones de mi vulva a los que llegó, pero cuando acabaron me

habían dejado una fina línea de vello púbico de lo más sugerente y todo lo demás estaba inmaculadamente limpio y sin rastro de pelo alguno.

A la hora de examinarme el rostro para cualquier repaso necesario, la dependienta me reprendió por el aspecto de mis labios. Los suyos eran de cine, como toda ella, una mulata espectacular, y no me quedó otra que contarle mi guerra particular con ellos.

—¿Cacao? ¿Nada más? —preguntó con cara de no me extraña que los tengas así.

Me trajo una barra de brillo.

—Te los pintes o no, ponte siempre esto.

Completé mi inexistente neceser con un perfilador, algo de maquillaje para pintarme los ojos y un rímel que, por lo que valía, debía poder cambiarte hasta su color.

De ahí fui directamente a mirarme algo de ropa. Quería sorprender a Joseph, que viera otra imagen de Julia, la misma que ansiaba ver yo, y busqué la tienda de su firma. Me di cuenta de que ahí era donde debía comprar toda su propia ropa, ya que su estilo sobrio, elegante y cómodo a la vez, respondía al aire general del lugar.

Me atendió una empleada que, sin ser tan guapa como la anterior, desbordaba amabilidad y entendió al instante lo que quería. Me decidí rápidamente por un vestido negro, sencillo, como a mí me gustaba la ropa. El tejido era precioso, un fino terciopelo con motivos de encaje, también negros, bordados en él; la cintura quedaba entallada por los mismos motivos, pero en color crudo, de media manga con cuello redondo y hasta de largo me quedaba perfecto. Había conseguido recuperar mi talla y estaba más que satisfecha con la imagen que me devolvía un enorme espejo. Muy acertadamente, la dependienta me aconsejó la necesidad de unos zapatos de tacón y me llamó la atención una especie de escáner por el que me hizo pasar.

—Para facilitar sus futuras compras sin necesidad ni de venir —me explicó.

Fingí entender a lo que se estaba refiriendo cuando, en una elegante tarjeta, me dio mi código de cliente y me indicó donde comprar los zapatos y un bolso, porque lo de llevar mi mochila quedó descartado. Ella misma avisó a la zapatería y, al poco tiempo, estaba sentada delante de un empleado que, sin contar a Joseph, te hacía mirar para todo menos para los zapatos. ¡Qué servicio!, ¡daba gusto! Incluso me tomé un café mientras decidía que par llevarme de entre los que me había enseñado. A mi cabeza vino la película de *Pretty Woman*, con la diferencia de que ni yo no era Julia Roberts, ni me

dedicaba a lo mismo que ella.

Mi talla treinta y cuatro de pie llamaba la atención, y al final me decidí por unos zapatos negros de cuña, con punta redonda que hacían que mis pies pareciesen aún más pequeños. Como único adorno tenían un pequeño lazo del mismo color crudo que el traje y que combinaba a la perfección con un pequeño bolso. Mejor imposible, aunque no pude evitar fruncir el ceño al recordar, tiempo atrás, lo sucedido por unos putos zapatos.

Para completar la locura temporal por las compras que me había invadido, entré en una tienda de lencería. Era mi talón de Aquiles, pero hoy debía ser mi día de suerte, porque en poco tiempo y sin demasiados apuros me compré un conjunto precioso de braguita y sujetador que combinaban seda y encaje, todo en negro y toda una provocación. A punto de salir, pasé por delante de una tienda de accesorios y una idea perversa y alocada cruzó por mi cabeza. Sin pensarlo más, entré; como se suele decir, «de perdidos, al río».

Cuando acabé, estaba más que satisfecha y me dirigí a la cafetería, donde me esperaba un aburrido Emerson. Parecía andar más ligera, quizás por la pérdida del peso del pelo tras la depilación, y también más segura. Además, lo había pagado todo con mi dinero. Sabía que Joseph iba a protestar, pero me daba igual. Acababa de llegar a su casa y estaba guardando las compras cuando sonó el teléfono; lo cogí disparada, como siempre.

—Hola, mi niña.

—Hola, mi niño, ¿cómo estás? —pregunté plácidamente, su voz ejercía un efecto balsámico sobre mí.

—Cansado, harto de reuniones y problemas y harto de estar tan lejos de ti.

Su tono denotó tal hastío que hasta se me humedecieron los ojos.

—No me hables así, Joseph, no estoy acostumbrada y me emociono como una tonta —murmuré, a punto de llorar.

—¿Me echas de menos? —preguntó, aún a sabiendas de mi respuesta.

—Más que tú a mí —respondí, mimosa.

—Imposible. Tengo momentos en que me dan ganas de dejarlo todo e ir contigo —remató quejumbroso.

—Venga, no te agobies; mañana es viernes y el sábado ya nos vemos — intenté animarlo un poco.

—¿Has ido de compras? —Tras un largo suspiro, cambió de tema.

—Pues sí, y salí muy contenta con ellas. Creo haber acertado en todo.

Hubo unos segundos de silencio en los que ambos contuvimos la respiración.

—¿En todo? —repitió bajando el tono de voz.

—En todo —repetí en un susurro.

—¡Julia, no seas cruel! —protestó soltando un largo gemido.

Me eché a reír como una tonta y seguimos hablando un buen rato, él de su día de trabajo y yo del mío. Seguía sin creerme lo que me estaba pasando. En los seis años que había estado con Víctor, no me preguntó por mi trabajo ni una sola vez.

—Buenas noches, mi niño. Hasta mañana.

—Buenas noches, mi niña. Piensa mucho en mí.

Cuando colgué, me ardía la oreja y algo más...



Capítulo 12

La mañana siguiente fue un completo desastre, tenía tal estado de nervios por la cercanía del sábado que no podía estar quieta ni un minuto. No había trabajo que me llegara y hasta un agobiado Ihab, ante mi insistencia en no parar de trabajar, me preguntó si me pasaba algo.

Por un lado, deseaba que el tiempo volara, pero por otro, estaba aterrorizada. Mucho hablar de él, pero yo no le había contado nada de lo mío. ¿Qué pensaría? ¿Cómo reaccionaría? Las dudas y pensamientos me torturaban. Él me había abierto parte de su realidad y yo no le había contado nada de la mía; Joseph me había hablado de unas cicatrices, pero... ¿y las mías? Yo exigiendo tanta sinceridad y, sin embargo, la mía había brillado por su ausencia.

Por la tarde más de lo mismo: agobiada, miraba y remiraba lo que había comprado y cada vez lo veía peor, tanto que no me atrevía ni a mirarme en el espejo. Si a mí no me gustaba lo que veía, ¿cómo le iba a gustar a él?

Decidí, por aquello de no volverme loca de tanto pensar, bajar por fin a la playa. Quería darme un chapuzón en la maravillosa playa de la bahía de Copacabana, que estaba esperando desde mi llegada, y me apetecía correr un poco. Tenía ganas de retomar esa buena costumbre y no limitarme a correr en una aburrida cinta. Cuando se lo comenté, Emerson y María me miraron como si les hubiera dicho que me iba a tirar sin paracaídas desde el Cristo de Corcovado.

—Al señor Marshall no le va a gustar —argumentó un serio Emerson.

—¿Por qué? —pregunté, extrañada al ver sus caras de preocupación—. Si estamos frente a la playa..., solo voy a darme un baño y a correr un poco.

—Puede ser peligroso para alguien como usted —insistió él ante la mirada

preocupada de María.

—¿Como yo? Que no soy idiota, ¿eh?! —exclamé enfadada—. Solo voy a la playa, no me voy a adentrar en las favelas a medianoche.

—¡Por favor! Discúlpenos —intervino María—, no pensamos que sea idiota, pero sabemos que al señor Marshall no le va a gustar, no quiere que le pase nada malo.

—Bueno, pues que nadie se preocupe. Asumiré las terribles consecuencias que me pueda acarrear el atreverme a correr el tremendo riesgo de cruzar la calle y darme un chapuzón.

Lo dije alzando los brazos y, claramente, en tono de broma, pero quizás aún no tenía la soltura suficiente en su idioma y no me entendieron, o su sentido del humor era más bien escaso porque, ante la expresión de sus rostros, vi que maldita la gracia les había hecho mi comentario.

Ignorando sus caras, subí a mi habitación, me cambié y bajé. Lo sentía por ellos, pero de verdad lo necesitaba y, cuando me vi en la calle, respiré con fuerza sin creérmelo aún. ¡Julia en Copacabana! Miré el suelo tan característico y tuve ganas de pellizcarme para asegurarme de que era cierto. Increíble, miré a mi alrededor: la calle estaba atestada de gente y, tras descalzarme y hundir mis pies en la caliente arena de la playa para asegurarme de que no era un sueño, empecé a correr. Lo cierto es que hacía mucho calor y al poco rato estaba sudando como un pollo, así que paré, dejé la toalla en la arena, junto a mi ropa, y me zambullí en el agua, ¡estaba deliciosa! Nadé hasta que, cansada y relajada decidí salir del agua. Nadie me miraba, la playa estaba llena de gente y yo era una más entre la multitud.

Chicas y chicos de infarto, gente normal y corriente, y yo. Me seguía pareciendo irreal; yo, bañándome en Copacabana. Me llamó la atención la cantidad de aparatos de gimnasia que había en la playa y que ninguna chica hacía toples. Algunas lucían unos bikinis minúsculos, pero ninguna enseñaba los pechos. Yo nunca lo había hecho y ahora menos. También había un montón de vendedores ambulantes que ofrecían de todo y me quedé con un soniquete. «¡Maracuyá..., tangerina...!», lo repetían una y otra vez.

Me encaminé hacia la toalla, cansada y dispuesta a tumbarme un rato al sol, pero la sonrisa se me congeló en la cara. ¡No me lo podía creer! Emerson estaba sentado en un banco, mirándome inmóvil, como una de esas estatuas de bronce que ponen en algunos sitios y que a mí me daban tan mal rollo. Tras darme cuenta de que no se iba a ir, resoplé mientras me envolvía en la toalla y me dirigí hacia él; cuando llegué, estaba hablando por teléfono.

—Ya está aquí, señor Marshall. —Pude oír—. Sí, no se preocupe, está bien. Volví a resoplar.

«¡Joder! ¡Vaya paranoia! Ni que esto fuera una zona de guerra», pensé cabreada.

Cuando colgó, su expresión indicaba que había sufrido una buena bronca.

—El señor Marshall la va a llamar en media hora. —Acompañando una tensa sonrisa con un amable gesto, me invitó a regresar de nuevo a casa.

Subimos en el más absoluto de los silencios, ambos cabreados, pero yo sin entender el porqué de su enfado. Fui derecha a mi habitación y estaba a punto de ducharme cuando sonó mi móvil.

—Hola —contesté seca.

Silencio total. No hubo respuesta y me senté en la cama, tratando de tranquilizarme.

—Hoolaaaa... ¿Joseph?, si no me contestas tendré que colgar —lo avisé.

—Hola —respondió serio.

—¿Estás bien?, ¿ha pasado algo? —intentaba hacerle ver que no entendía el porqué de la absurda situación.

De nuevo el silencio total.

—Joder, Joseph, me estás preocupando —hablé irritada.

—¿Cómo se te ocurre salir sola a la calle? Pero ¿en qué estabas pensando? Exponerte así...

No elevó el tono ni falta que hizo, podía percibir su enfado a través del teléfono.

—Pero ¿qué os pasa aquí a todos? ¿Qué paranoia es esta? —pregunté sorprendida—. ¡Por favor, Joseph! ¡He ido a correr un poco y a tomar un baño!, ¿me quieres decir dónde está el problema? —Hablabla intentando calmarme para no decir algo de lo que me pudiera arrepentir.

—Julia —siguió hablando con voz contenida—. No quiero que te expongas...

Otra vez la dichosa letanía de no exponerme...

—¿Exponerme? ¿Exponerme a qué? —interrumpí pensando en voz alta al volver a oír lo de la dichosa letanía—. ¿A una sobredosis de sol? ¿A un arriesgado cruzar la calle, correr por mortales arenas y sumergirme en un mar de aguas procelosas? —A medida que me desahogaba, el cabreo se me fue pasando y cuando acabé empecé a reír.

—¿Te estás riendo de mí? —Intentó seguir hablando serio, pero no lo consiguió—. Bueno, espero que mañana, cuando me tengas delante, tengas

tantas ganas de bromear como ahora.

Algo se movió en mi vientre al oír sus palabras y respiré tranquila; el enfado ya se le había pasado.

—No quiero que te pase nada Julia, no sé cómo no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, Joseph, y te lo agradezco. Pero, créeme, soy capaz de hacer bastantes cosas y entre ellas bajar a la playa. ¿A qué hora llegas mañana? —pregunté dando el tema por zanjado.

—Llegaré sobre las cinco. ¿Tendrás cuidado hasta que yo llegue? —preguntó, ya totalmente relajado.

—Por supuesto, te recuerdo que tienes que disfrutar el regalo que me has hecho.

Lo oí suspirar, sonreí y hablamos hasta que, como siempre, mi oreja estuvo a punto de arder.

—Buenas noches, mi niño, mañana nos vemos —me despedí con toda la ilusión del mundo.

—Buenas noches, mi niña, yo también lo estoy deseando. Y cuídate. —No pudo evitar decirlo y colgué el teléfono sonriendo como una idiota.

¿Mañana, qué? Tan pronto me metí en cama la pregunta empezó a retumbar en mi cabeza y mi alegría se desvaneció al instante, e incapaz de dormir por lo nerviosa que estaba, empecé a dar vueltas en cama como una peonza. Estaba deseando verlo, pero temblaba por tener que contarle ciertas cosas y temía que al día siguiente todo acabara en un mar de lágrimas.

Se me revolvió el estómago acordándome de Víctor y de su reacción, de cómo me miraba o, mejor dicho, de cómo no me miraba. De que no me volvió a tocar. En aquel momento fui consciente de que apenas habíamos hablado, teniendo en cuenta lo que ambos esperábamos del día siguiente. ¿Creerá que tomo anticonceptivos? ¿Deberíamos usar preservativo? Lo de las putas me tenía preocupada; no me lo imaginaba tan irresponsable, pero, visto lo visto...

«¿No será todo una locura?», pensé angustiada.

Me dormí no supe a qué hora de puro agotamiento, pero, pese a todo, me desperté temprano. Menos hambre, tenía de todo en el estómago: un nudo, mariposas, una banda de música y seguro que alguna cosa más. Volvía a no poder estarme quieta y me pasé la mañana nadando en la piscina y tomando el sol. No quería perder el moreno; así los putos sofocos pasaban desapercibidos al menos para los demás. Me extrañó que no me llamara a lo largo de la mañana, pero quizá no lo hizo porque ya regresaba o,

simplemente, por falta de tiempo. Lo cierto era que, para variar, ya no estaba segura de nada.

Al acabar de comer le pregunté a Emerson si iba ir a buscarlo.

—Por supuesto —solo le faltó decir que la duda ofendía.

—¿Puedo ir? —pregunté titubeante.

Me miró serio unos segundos, mientras lo contemplaba con ojos suplicantes hasta que, por fin, sonrió.

—De acuerdo, pero si no le importa, prefiero que cuando lleguemos espere en el coche.

Iba a preguntar por qué, pero decidí que lo mejor era no tentar a la suerte. Además, según su libro de instrucciones, no podía abrazarlo y menos sin avisar, con lo cual las posibilidades de un abrazo sorpresa habían desaparecido.

—¿Desde cuándo conoce al señor Levi? —me atreví a preguntar para romper el incómodo silencio camino del aeropuerto.

No sabía si lo que le había sorprendido más era que me refiriera a él de esa manera o mi curiosidad. Se lo noté por la mirada desconfiada que me llegó a través del espejo retrovisor.

—Desde siempre.

«Más breve imposible», pensé, pero no me iba a rendir.

—¿Desde cuándo trabaja para él?

—Desde siempre —respondió, frunciendo el ceño ante mi insistencia.

Me rendí y, tras un emitir un leve suspiro, me dediqué a mirar por la ventanilla y a mordirme los labios. Aparcamos en una zona reservada y, cuando ya había salido del coche, lo llamé.

—Emerson, por favor, no le diga que estoy aquí. Me gustaría darle una sorpresa.

Me miró serio y, por un momento, creí que me iba a llamar la atención. Pero no, abrió la puerta y me sonrió.

—Solo le digo que no encontrará otra persona como el señor Marshall.

Sin darme tiempo a decir nada, se fue a buscarlo y, mentalmente, repetí su frase. Tenía razón, me parecía imposible la existencia de alguien igual que él.

En el breve tiempo en que me quedé sola, la Julia paranoica volvió en todo su esplendor. No me había arreglado lo suficiente, así que me embadurné los labios como una loca con mi nuevo pintalabios y me atusé el pelo como si en algún momento se pudiera haber alborotado. Solo sabía que, de repente, tenía ganas de salir del coche pitando.

Pero le vi; venían hablando... y todo se me olvidó.

De traje negro y camisa blanca con corbata que, en un gesto que me pareció tremendamente sexy, se estaba aflojando. Llevaba un maletín en la mano y Emerson portaba una maleta. Los pude oír mientras se acercaban y él no parecía demasiado feliz.

—No digas tonterías, Emerson. No creo en las coincidencias, y justamente ahora, cuando menos ganas tengo de problemas —escuché que protestaba al aproximarse.

Ambos se pararon a hablar sin entrar en el coche.

—Tranquilo, señor Marshall, tendremos cuidado y no pasará nada.

Emerson intentaba tranquilizarlo, pero no lo conseguía.

—Hay que hablar con César de inmediato —ordenó—. No quiero que se nos pase nada, y menos ahora. ¡Joder! —exclamó furioso mientras lanzaba, con rabia, su maletín en el interior del maletero.

¡Dios santo! Vaya jaleo que tenían montado. No sabía el porqué, pero era la primera palabrota que oía salir de su boca. Lo dicho, si hubiera podido salir del coche sin que me viera, lo hubiese hecho; no era esa la idea del recibimiento que tenía en mente y su expresión al entrar en el coche era de ira total, por lo que ni me atreví a hablar. Tardó unos segundos en darse cuenta de mi presencia mientras yo permanecía en silencio, mirándolo sin pestañear. Cuando me vio, sus ojos enfocaron con expresión interrogante a Emerson a través del espejo retrovisor.

—Me pidió que no le dijera nada para darle una sorpresa, pero no se ha movido del coche —se apresuró a explicarle.

—Hola —conseguí balbucear con un hilo de voz—, quería sorprenderte. Pero, lo siento, no sé si he debido...

Tragué saliva y esperé, deseando que el mullido asiento del Lexus me engullera. Pero... ¡me abrazó! Y, cuando me vi rodeada por sus brazos, respiré aliviada. Su rostro se iluminó con una gran sonrisa y me besó con suavidad; mi respuesta fue instantánea y creí que me iba desmayar de lo que se relajó mi cuerpo. Rápidamente le expliqué que la idea de venir había sido mía, quería evitar que Emerson tuviera problemas

—No sabes lo feliz que me hace el que hayas venido a recibirme.

Su voz volvía a ser la suya, suave, sensual y, agarrando mi mano, la besó caballerosamente consiguiendo que todo el interior de mi cuerpo se empezara a revolucionar.

—Pues, por un momento pensé en salir del coche volando —respondí con

el poco aire que me quedaba dentro—. Os oí hablar y te vi tan enfadado... ¿Qué pasa, Joseph? ¿Puedo ayudarte?

Me miró en silencio y me conmovió su mirada. Denotaba un gran cansancio, una gran tristeza y, despacio, acerqué las manos a su cara.

—¿Puedo? —pregunté, acordándome de milagro de su libro de instrucciones.

Asintió levemente y acaricié su cara, con suavidad, rozando con las yemas de los dedos cada poro de su piel. Cerró los ojos y entreabrió ligeramente los labios, exhalando un leve suspiro. Cuando los abrió eran dos brasas que me hicieron arder por dentro.

—Tranquila, Julia, no pasa nada —dijo como respuesta a mi expresión interrogante.

Su voz volvió a sonar triste y cansada.

—Joseph, por favor, no pretendo inmiscuirme en nada. Simplemente me gustaría ayudarte si puedo —insistí preocupada mientras le cogía de la mano.

Volvió a cerrar los ojos y todo su cuerpo se relajó.

—Ya lo estás haciendo, créeme; con tenerte a mi lado ya es suficiente —dijo sonriendo.

Nos mantuvimos en silencio el resto del camino. Era evidente que algo había pasado y estaba preocupado, pero decidí no insistir, a veces es mejor. No me soltó la mano ni cuando cogió su maletín, y en el ascensor subimos callados junto a un taciturno Emerson que llevaba su maleta. No teníamos mucho tiempo y, tras un breve saludo a María y un rico café en la terraza, cada se fue a su habitación a prepararse para asistir a la famosa cena. Con cada prenda que me ponía mi seguridad se desvanecía y frases que había oído muchas veces en el pasado, volvieron a mi cabeza: «Tienes las piernas demasiado delgadas», «tus pies son muy pequeños», «si fueras más alta...», «eres demasiado huesuda», bla... bla... bla... Ya no recordaba la última vez que me había puesto una falda y, de repente, la angustia se apoderó de mí.



Capítulo 13

—Julia, ¿estás lista? —preguntó desde abajo.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, pero no lo medité más, no podía seguir haciéndolo. Me había perfumado, me puse un poco de rímel y de brillo de labios y bajé las escaleras con mi nuevo vestido, mis zapatos nuevos, mi ropa interior de estreno y mis miedos de siempre.

—Estás preciosa —me dijo, acercándose a la escalera y tendiéndome la mano, cosa que agradecí porque, entre el temblor de mis piernas y el andar con zapato alto, tenía muchas posibilidades de matarme.

—Gracias —respondí insegura—. ¿Seguro que voy bien?

—Estás preciosa —repitió acercándose más—. Y hueles de maravilla —susurró mientras rozaba mi cuello con la nariz, consiguiendo que un delicioso escalofrío me recorriera el cuerpo.

—Tienes que disfrutar de tu regalo —conseguí decir tras tragar saliva.

—Espero disfrutarlo más —volvió a susurrar, depositando un suave beso en mis hidratados labios.

Mi bajo vientre se retorció de gusto, pero mi cabeza estaba en otro lugar.

—¿Pasa algo, Julia? —pese a mis intentos por disimular, se había dado cuenta.

—¿Estamos solos? —pregunté nerviosa.

—Sí, Emerson y María ya se han ido —respondió preocupado—. ¿Qué pasa, Julia? Si no quieres ir...

—Joseph —interrumpí antes de perder el poco ánimo que tenía—, tengo que decirte algo. Creo que debo explicarte....

Callé mientras, nerviosa, retorció las manos. ¡Dios!, no sabía cómo empezar y se dio cuenta de mi agobio.

—Tranquila, Julia, dime lo que tengas que decirme —me animó, ayudando a que me sentara a su lado en el sofá—. ¿No querrás irte? —soltó de repente,

aterrorizado.

—No, Joseph, al contrario, por eso tengo miedo. Tú me contaste alguno de tus problemas y yo..., bueno, también tengo los míos.

Empecé a morderme los labios, quería decir tanto en tan poco tiempo que lo único que conseguí fue no poder hablar.

—Julia, tranquilízate, por favor —me animó cogiéndome la mano—. Dime lo que te preocupa, seguro que no es para tanto.

Me miró, expectante, pero sonriente, y aproveché para coger aire mientras ordenaba un poco las ideas.

—Tú me hablaste de cicatrices, yo también tengo las mías. —Aguanté la respiración y lo miré fijamente.

Su expresión no cambió y mantuvo mi mano entre las suyas. Respiré aliviada, por lo menos eso era una buena señal.

—Sigue —habló tranquilo.

—Estuve enferma, Joseph.

Un nudo se me puso en la garganta y bajé la cabeza, incapaz de hablar. Él me levantó el mentón con suavidad.

—¿Ahora estás bien? —preguntó con cara de preocupación.

—Sí —respondí, segura.

El que respiró aliviado fue él.

—Entonces, no hay ningún problema —dijo tras darme un dulce beso.

Fue oír eso y empezar a llorar con una sensación de liberación muy grande.

—Shhh, no llores, mi niña... —habló bajito mientras me sentaba en sus rodillas.

—Joseph... —intenté hablar, pero no podía.

—Mira, Julia. —Empezó a hablar serio, mientras me secaba la cara con sus manos—. Te aseguro que nada de lo que me puedas decir va a cambiar nada.

Frunció el ceño y continuó mientras yo me intentaba tranquilizar.

—Yo te he expuesto mis condiciones, que no son pocas... —Intentó poner algo de humor—. Y tú las has aceptado sin dudar; créeme, yo aceptaré las tuyas, sean las que sean. —Calló unos instantes y me miró, ladeando la cabeza de esa manera tan especial—. No quiero que te preocupes por nada, Julia —prosiguió tras un breve silencio—. No va a pasar nada que tú no quieras. Yo ya soy feliz con lo que tengo y, si tú no estás segura, esperaré el tiempo que haga falta. Hoy tenemos una cena con unas personas que me gustaría que conocieras, mis amigos, y con eso me conformo.

Tuve que contenerme para no abrazarlo en ese momento, con sus palabras

había conseguido que, de un plumazo, todos mis miedos se desvanecieran.

—Tuve cáncer de mama —solté de repente.

Respiró fuerte y volvió a besarme.

—Me tuvieron que quitar los pechos. —Volví a callar, intentando no volver a llorar.

—Te aseguro que lo siento. Pero ahora lo único importante es que estés bien —insistió con mis manos entre las suyas.

—Estoy tomando un tratamiento. —Seguí soltando perla tras perla—. De momento no puedo tener la regla. —Sellé mis labios a la espera de que las pequeñas bombas que había soltado, de un momento a otro, empezaran a explotar.

—Pues algo menos de lo que preocuparnos —dijo sonriendo.

Volvió a besarme con un beso dulce, tranquilo, cálido y esta vez se lo devolví con ganas; tuvimos que parar por quedarnos sin aliento.

—Ya me estoy arrepintiendo de tener que ir a esa cena —bromeó cuando nos levantábamos del sofá.

Incapaz de hablar, sonreí. ¡Con el miedo que había pasado! Me parecía insólito el haber superado el momento de una manera tan simple.

—Ahora vamos a ir a esa cena, te voy a presentar a mis amigos, a las únicas personas que he tenido en mi vida desde hace mucho tiempo y lo vamos a pasar bien —ordenó, tocándome la punta de la nariz con su largo dedo índice mientras entrábamos en el ascensor.

Asentí de nuevo. ¡Era increíble! ¡Un hombre que me acababa de conocer y me demostraba más apoyo del que había tenido nunca! Me mantuvo entre sus brazos mientras bajábamos al garaje, y yo pensaba que si se trataba de un sueño no quería despertar. Nos dirigimos a... ¡otro coche! Un impresionante y precioso deportivo.

—Es solo un coche —se adelantó a comentar al ver la expresión de mi cara.

—¿No sabes la teoría que dice que los hombres, cuanto más presumís de coche es que podéis presumir menos del... resto? —conseguí bromear.

—Me alegra que hayas recuperado el habla —comentó jocosamente, abriéndome abría la puerta caballerosamente—. En mi caso, te aseguro que nada más lejos de la realidad.

—Pues no sabes lo tranquilizadoras que me resultan tus palabras —respondí, melosa, entrando en el vehículo como una diva—. Ya me estaba empezando a preocupar.

Me encantó oír su risa mientras entraba.

—Por cierto, tú también estás muy guapo —comenté tan pronto como se sentó.

—Menos mal que mis esfuerzos han dado algún resultado. Cómo puedes ver, te hice caso y decidí hacer honor a mi primer apellido. —E inclinándose ligeramente me besó.

Era cierto; aunque todo de negro, con sus vaqueros y una fina camisa estaba para quitar el hipo. Viajamos en silencio, como sabía que le gustaba, mientras yo, como siempre, miraba por la ventanilla como una niña pequeña descubriendo nuevos horizontes. No sabía hacia dónde íbamos y excusaba preguntar, ya que mi sentido de la orientación era inexistente. Soy la única persona en el mundo que se perdería en una calle de sentido único, y Joseph se rio mucho cuando se lo comenté.

—Para eso estoy yo —fue su respuesta—. ¿Qué tratamiento estás tomando? —preguntó de repente.

Me di cuenta de que aún estaba pensando en nuestra conversación y, sin poder evitarlo, el nerviosismo volvió a mí.

—Tamoxifeno, tengo que tomarlo por lo menos un par de años más.

—¿Para qué? —volvió a preguntar sin despegar la vista de la carretera

—No puedo tener actividad hormonal en un tiempo —contesté, revolviéndome incómoda en mi asiento mientras un puto sofoco hacía acto de presencia—. Uno de los tumores era hormonalmente reactivo.

—¿Tuviste más de uno? —Esa vez sí que me miró.

—Sí. Bueno, el caso es que ahora tengo que tomar una pastilla al día para evitar que me vuelva la regla. Después dejaré el tratamiento y todo volverá a la normalidad en mi cuerpo, con todo lo que ello implica —apostillé.

Torció el gesto y, sin necesidad del puto sofoco de los cojones, me puse colorada, en medio de un breve silencio que se me antojó incómodo.

«Seguro que no le gustan los niños», pensé al ver su reacción.

—Emerson y María también van a estar —anunció, cambiando de tema rápidamente.

—Lógico, aparte de amigos y trabajar para ti, son pareja —razoné con rotundidad.

—¿Cómo te has dado cuenta tan pronto? —preguntó, mirándome de nuevo sorprendido.

—¡Ay, amigo...! El amor y la tos no se pueden disimular —contesté, mirándolo sonriente.

Pretendía hacer una broma, pero vi que, pensativo, frunció el ceño. ¿Qué

había dicho? ¿Por qué esas reacciones? Si el pensar destruyera las neuronas, en el tiempo que llevaba en Brasil medio cerebro se me hubiera ido a la puñeta.

Sin que me diera cuenta, habíamos parado delante de una verja enorme que cerraba un muro aún más grande. Joseph tecleó unos números en un panel lateral y lo hizo una segunda vez, cambiando la secuencia numérica. La verja se abrió y, despacio, fuimos por un camino de grava rodeado por un hermoso jardín con numerosos árboles. La casa, al final de este, era preciosa, de un refinado estilo colonial, y estaba rodeada, a modo de majestuosa cinta, por un porche espectacular. Lucía un aspecto impresionante a la par que acogedor, pero, a medida que nos acercábamos, no pude evitar el ponerme nerviosa.

«¿Serán muchos? ¿Les caeré bien?», me empecé a preguntar arrepentida de haber venido.

—Deja de fruncir el ceño. —Su voz me trajo a la realidad, y su fugaz beso antes de salir del coche me dio fuerzas—. Son mis amigos, bueno, mi familia. Espero que te gusten, estoy seguro de que tú a ellos sí.

Y, agarrándome de la mano, nos encaminamos hacia la casa. Marcos salió a recibirnos junto a una mujer exuberante, de tez morena, pelo oscuro y ondulado, y unos dulces ojos de color castaño que nos miraban sonrientes.

—Julia, esta es Ana, mi esposa.

—Encantada —respondí tímidamente, tendiéndole la mano.

—Y yo, no sabes las ganas que tenía de conocerte. —Me dio un cariñoso abrazo y una gran sonrisa apareció en su cara mientras me cogía de la mano y nos conducía al interior.

Me cayó bien, buena señal; cuando conocía a alguien la primera sensación que tenía solía ser la acertada. Las veces que no había hecho caso a ello tuve tiempo para lamentarlo.

—Me alegra que Joseph tuviera razón —me dijo, bajando el tono en una clara muestra de confianza.

La observé con cara de no saber de lo que estaba hablando e, instintivamente, miré hacia atrás. Él y Marcos venían hablando entre sí; Joseph me vio y me guiñó rápidamente un ojo, sonriendo para tranquilizarme. En mi cabeza escuchaba su voz que me decía: «tranquila, todo va bien».

—¿En qué tenía razón Joseph? —me atreví a preguntar. Tenía miedo de no haber entendido bien, ya que hablaban demasiado rápido para mí.

Me agarró del brazo y fue ella la que miró para atrás.

—Dijo que por fin había encontrado a alguien por quien mereciera la pena

vivir. Pero, por favor, no me descubras —me apremió hablando en voz baja—. Se lo dijo a Marcos, y ya sabes cómo son los hombres para estas cosas. Dejemos que crea que su secreto a voces está guardado.

Ambas empezamos a reír mientras yo, por dentro, daba saltos y me pellizcaba para cerciorarme de que todo era real, hasta que sentí que alguien me agarraba la mano.

—¿Qué pasa aquí? ¿A qué vienen tantas risas? —Era Joseph, que alzó mi mano para besarme los dedos.

«¡Dios, qué vergüenza!», pensé, colorada como un tomate. Ana y Marcos nos miraban sonrientes, agarrados el uno al otro.

—Joseph, compórtate. —Fingí enfadarme sin conseguirlo—. ¿Qué pensarán tus amigos?

—Mis amigos estarán encantados y alguno nos tendrá envidia —susurró mientras me miraba como solo él sabía hacerlo.

¿Cómo podía decirme tanto con una simple mirada? Me entraron unas ganas enormes de besarlo y abrazarlo, pero recordé su libro de instrucciones y que nos estaban mirando. Él también se dio cuenta.

—Pero no demos demasiada, ¿vale? —me susurró al oído.

Y sonreí tontamente.

La casa por dentro era igual que por fuera, preciosa y acogedora. Nos encontrábamos en un amplio vestíbulo rodeado por dos impresionantes escaleras y un brillante suelo de madera protegido por una mullida alfombra. Una gran lámpara de araña de cristal completaba la elegante y simple decoración. De una habitación situada a la izquierda salían voces y, nerviosa, crucé los dedos deseando que todo siguiese tan bien como hasta ahora. Ya estaban todos dentro y todas las caras se giraron hacia la puerta.

Agradecí que Joseph me llevara de la mano, me daba seguridad y eso hacía que mis miedos no fueran tan evidentes. Emerson y María estaban sentados en un amplio sofá con un guapo niño sentado entre ellos. La expresión de María era radiante. El niño nos vio, mejor dicho, vio a Joseph y, levantándose, corrió hacia él; se veía claramente que la intención del niño era abrazarlo y, asustada, recordé su libro de instrucciones.

—¡Hola, tío Joseph! —Una voz alegre y chillona interrumpió mis pensamientos.

Con los ojos abiertos como platos vi como Joseph se agachaba y el niño, pegando un salto, se enganchaba en su cuello. Si alguien se fijó en la expresión de mi cara debió pensar que, en vez de ver a un niño, estaba viendo

a un león abalanzarse sobre él.

—¡Hola, campeón!

¡Joseph estaba abrazando al niño! Este le rodeó la cintura con las piernas mientras Joseph daba vueltas con él, riéndose los dos. Lo vi tan contento y tan feliz que mi mandíbula no se descolgó de milagro, de lo aturdida que estaba. Paralizada, me había quedado rezagada. Intentaba volver a recuperar mi centro de gravedad, se había ido a tomar viento junto con mi cerebro, que no entendía nada.

—Julia, te presento a Alejandro. Alejandro —prosiguió con voz ceremoniosa una vez que el niño volvía a estar en el suelo—, esta preciosa señorita se llama Julia.

Era un pequeño hombrecito, calculé de unos cinco años. ¿Sus rasgos? Algo se me escapaba, pero no supe el qué. Me miraba serio y, agachándome para ponerme a su altura, le tendí la mano.

—Encantada de conocerle, caballero —hablé con voz solemne.

Visiblemente avergonzado, me dio su pequeña manita.

—También me gustaría un pequeño abrazo —susurré, guiñándole un ojo.

Tras unos segundos de vacilación, sonrió y me abrazó también. Ya perdida la vergüenza, nos cogió de la mano a los dos y nos llevó donde estaba el resto del grupo, dos hombres más que, en un lateral de la sala, estaban hablando entre ellos.

—César, Manuel —habló Joseph dirigiéndose a ellos—, os presento a Julia.

No podían ser más distintos. César era delgado, moreno de pelo muy corto y no demasiado alto. Manuel era rubio, ojos azules, con barba y pelo largo atado en una coleta; casi tan alto como Joseph —él era el más alto de todos— y bastante corpulento. Me hicieron recordar, por algún motivo, a los hermanos Zipi y Zape. Le di a ambos la mano y comprobé que hasta en el saludo eran muy distintos; César me la estrechó formalmente mientras me miraba con unos ojos oscuros, pero escrutadores, y me di cuenta de que me estaba analizando.

—Encantado, he oído hablar mucho de ti.

No tuve necesidad de volverme, y sonreí ligeramente al escuchar a mis espaldas un ligero bufido.

—Lo mismo digo. Como dice la frase, que hablen de uno, aunque sea... mal —contesté jocosa. Mi respuesta debió de gustarle, porque conseguí que sonriera.

Manuel pasó de formalidades y me dio un abrazo de oso seguido de dos sonoros besos, mientras volvía a oír otro bufido a mis espaldas.

—Por fin conocemos a la famosa Julia —se inclinó haciendo una simpática reverencia—. Eres guapísima —prosiguió—, podrías ser la musa de cualquier artista. —Lo dijo señalándose a sí mismo y me hizo reír.

—No le hagas caso —sonó una voz conocida a mis espaldas—. Es el artista del grupo y te quiere llevar a su terreno —me explicó Joseph algo irritado.

—Pintor, fotógrafo, escultor, diseñador y todo lo que se te pueda ocurrir —respondió un sonriente Manuel. Un día ven por mi local y verás mi dominio en muchos campos del arte —remató con un claro juego del doble sentido.

—Iremos, Manuel, iremos —repitió mi acompañante—. Cualquiera se fía de ti y de tus numerosas habilidades.

Claramente, todo era una broma, pero, pese a ello, me pasó el brazo por el hombro y se pegó totalmente a mi cuerpo. Riendo, volví a mirar a Manuel; tenía el típico aire bohemio de algunos artistas, vestía una camisa floja, completamente cerrada, y unos pantalones que parecía que se le iban a caer en cualquier momento de grandes que eran.

—Por cierto, espero que me dejes hacer una foto a esos ojos tan bonitos para que mi espíritu artístico quede satisfecho —me pidió mientras miraba a Joseph, burlón.

—¡Oh, no! La verdad es que odio hacerme fotos, me veo siempre horrible —respondí de inmediato.

—¿Tú horrible? —respondió incrédulo—. Imposible, eso tiene que ser culpa del fotógrafo —prosiguió sonriendo—. En todo caso, conmigo espero que hagas una excepción.

—Déjalo ya, Manuel, no la agobies, que la vas a asustar. —Era la voz de Ana—. ¿Qué os parece si empezamos a cenar?

Agradecí la interrupción; confiaba que Manuel olvidara el asunto de las fotos.



Capítulo 14

Aunque tenían empleados en casa, acompañé a Ana para intentar ayudar en algo. Emerson y María seguían con Alejandro y Joseph estaba hablando muy serio con César; supuse que sería de lo mismo que había hablado en el aeropuerto con Emerson. César lo escuchaba, también serio y concentrado, mientras Marcos y Manuel se reían no sé de qué. Tras una gran puerta corredera, accedimos a un pequeño office en el que, sobre una gran mesa, había varias bandejas y que, a su vez, se comunicaba con un amplio comedor presidido por una enorme mesa central ya preparada y adornada, con gusto exquisito, por unas delicadas rosas blancas. Me vino un pensamiento a la cabeza y miré a Ana, que se dio cuenta de mi cambio de expresión.

—¿Pasa algo, Julia? —pregunto curiosa—. ¿Es por lo de Manuel? —Sin darme tiempo a contestar, prosiguió agitando una mano en el aire—. No le hagas caso, es muy buena persona, pero a veces su vena artística le hace ser un poco pesado.

—¡Oh no!, aunque creo que tienes razón —respondí bajando el tono de voz—. Pero no, no es por eso. —Dudé un momento, pero proseguí—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto —contestó, dejando de nuevo en la mesa la bandeja que acababa de coger y mirándome expectante.

—¿Estás embarazada? —pregunté con timidez.

La expresión de su rostro cambió de repente y, al instante, me arrepentí de haber abierto la boca. Con los ojos como platos, me miró con cara de sorpresa y, agarrándome del brazo nos alejamos de la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó bajando la voz—. Yo me acabo de enterar y ni siquiera se lo he dicho a Marcos. Tenía pensado hacerlo esta noche.

—No lo sé —respondí también en voz baja—. Te vi y lo supe; a veces me

pasa. —Me encogí de hombros—. Por cierto —continué—, va a ser niña y será preciosa.

Me abrazó con fuerza y cuando me soltó vi que tenía los ojos húmedos de la emoción.

—Gracias, Julia —dijo sonriendo de oreja a oreja—, por lo que me acabas de decir. —Miró de reojo hacia donde estaban los demás poniéndose el dedo índice sobre los labios para que no dijera nada—. Pero sobre todo por estar aquí con Joseph, haciéndolo feliz.

Por suerte, antes de que se me escaparan las lágrimas, apareció el resto de la tropa y nos sentamos a cenar. Lo pasamos francamente bien y cada uno contamos anécdotas de nuestros respectivos trabajos. Así me enteré de que César era policía. Inspector de homicidios, puntualizó. Nos contó numerosas situaciones absurdas como cuando, al poco de empezar, en vez de desenfundar el arma para detener a un delincuente, sacó el mando a distancia del televisor de su casa que se había llevado por error.

—Aún no he podido olvidar la expresión de la cara del detenido y las carcajadas de mis compañeros —comentó serio mientras los demás llorábamos de la risa.

Manuel era un no parar de situaciones delirantes. Como cuando le desapareció la modelo mientras le estaba haciendo unas fotos en el borde de un acantilado o cuando, pintando un paisaje en una playa, no vio llegar la gran ola que lo arrastró. Me reí como solía hacerlo hacía mucho tiempo, tanto que ni recordaba la última vez. Y cuando me reía de esa manera, mis carcajadas no eran escandalosas, sino lo siguiente, algo que Víctor no soportaba.

Pero ahora tenía a Joseph a mi lado que, feliz por verme así, acompañó mis carcajadas con su potente risa que tanto me gustaba escuchar. Lo miré; sus colmillos, ligeramente sobresalientes, me provocaban escalofríos de placer. Cogí una de las rosas que adornaban la mesa y la olí; despedía un aroma delicioso.

—Me gusta más cómo hueles tú. —Era Joseph quien me susurraba las palabras al oído.

Miré a mi alrededor, nerviosa. Enfrente teníamos a Emerson y María con Alejandro entre ellos. Afortunadamente, salvo todo mi cuerpo, nadie había oído su comentario.

La cena fue una delicia con una cantidad de entrantes impresionante, pero, lo que más me gustó fue el pan de queso y unos camarones espectaculares

que, para mi sorpresa, comían con cuchillo y tenedor. Más adelante sirvieron bacalao al horno y para acabar una carne que ya fui incapaz de probar.

—Si como algo más, no sé cómo estará mi estómago mañana —tuve que explicar ante la imposibilidad de tragar un bocado más.

—Créeme, Julia —volvió a susurrarme Joseph al oído mientras ensartaba un trozo de carne en su tenedor y me lo ofrecía—, lo que suceda mañana es lo que menos me importa en este momento.

Abrí los ojos como platos y me tragué el trozo de carne sin pestañear.

Tras la copiosa cena fuimos a la terraza que había en la parte de atrás. El sol prácticamente ya se había ocultado, pero la zona en la que estábamos aún recogía sus últimos rayos. Yo estaba sentada frente a Joseph y el sol me daba en la cara hasta que, de repente, Manuel con una cámara se interpuso entre los dos.

—¡Oh, venga! —protesté tapándome la cara con las manos.

—Por favor. —Ante mi negativa, recurrió a Joseph suplicante—. Venga Joseph, ayúdame. ¡Mira esos ojos!

Todos los demás aguardaban, expectantes, mientras yo me moría de vergüenza.

«¡Joder, mis ojos no son para tanto!», pensé, incómoda con la situación.

Joseph ladeó la cabeza de esa manera extraña y me sonrió.

—Manuel tiene razón, Julia. Esos ojos se merecen una foto y algo más...

No acabó la frase ni falta hacía; tal y como lo dijo, me había desarmado por completo.

—Vale —accedí—, pero rápido.

Manuel me hizo mirar hacia el poco sol que quedaba hasta que casi no pude ver más.

—Ahora mira rápido para Joseph —ordenó.

Así lo hice. Me giré y en sus ojos vi felicidad, anhelo, deseo... Y así me sentí yo, feliz y deseada.

—Ya está.

Oí la voz de Manuel y volví al Planeta Tierra, ni había oído el clic de su fabulosa cámara.

—¿Otro café? —interrumpió, oportuna como siempre, Ana.

Se lo agradecí, ya que la mirada de Joseph me había dejado tan abrumada que no sabía qué hacer ni qué decir y, agarrados de la mano, entramos de nuevo en la casa. Me la apretaba con tanta fuerza que me llegó a doler, pero me daba igual; aquellos ojos me habían dicho que ambos sentíamos lo

mismo.

Para mi sorpresa, oí el sonido de un piano proveniente de un salón adyacente. Marcos se encontraba tocando ante uno de cola, enorme y brillante. Era una música alegre, suave, sensual, como todo en Brasil y me acerqué a escucharlo. Me encantaba la música, me gustaba cantar y me di cuenta de que no lo hacía desde hace tiempo, años incluso.

—¿Te gusta la música Julia? —preguntó un animado Marcos.

—¡Oh sí! —respondí sin necesidad de pensarlo—. Muchísimo, antes me pasaba el día cantando, pero de eso hace mucho —rematé melancólica tras dejar escapar un leve suspiro.

—Bueno, pues eso hay que remediarlo. ¿Qué te sabes? —Se quedó esperando mi respuesta.

«¡¿Qué?! ¡No, por favor! ¡Otra vez no! Ya pasé bastante vergüenza con lo de la foto», protesté mentalmente, pero todo el mundo me estaba mirando y yo no sabía qué hacer; cerré los ojos un momento y pensé en voz alta.

—Espera. Estuve poco tiempo en un coro, pero recuerdo que cantábamos una canción de aquí.

—¿Cuál? —Estaba intrigado.

—Creo que se titulaba Dindi o algo así —respondí insegura.

—¿Te sabes esa canción? —preguntó sorprendido—. ¿Te atreves? —Y posó sus manos sobre el piano, esperando.

—Sí, pero no os hagáis demasiadas ilusiones. No quiero crear un conflicto diplomático entre nuestros países —bromeé para disimular lo nerviosa que estaba.

Empezó a tocar, cogí aire y la voz me salió de no sé dónde. De repente, toda la canción me vino a la cabeza, como si todo aquel tiempo hubiera estado esperando, agazapada en un rincón.

Ai, Dindi, se soubesses o bem que eu te quero. O mundo seria, Dindi, tudo, Dindi, lindo, Dindi. Se um dia você fos embora me leva contigo, Dindi. Olha, Dindi, fica, Dindi....

No era capaz de apartar la mirada de Joseph, que me miraba sin pestañear. Estaba cantando para él y su expresión era de tal admiración que me empezó a temblar la voz y tuve que parar de cantar a raíz del nudo que se me puso en la garganta. ¿Le habría gustado? ¿Habría hecho el ridículo? Ya me había arrepentido de no haberme quedado callada cuando, de repente, todos empezaron a aplaudir y Marcos, tras levantarse, me dio un fuerte abrazo.

—¡Pero si cantas de maravilla, Julia! Tienes una voz preciosa.

Y levantando mi mano con la suya exclamó:

—¡Tenemos otra artista en la familia!

Manuel depositó su cámara y, haciendo otra reverencia de las suyas, me besó la mano.

—A sus pies, su más rendido admirador.

Joseph me miraba en silencio, pero, dada la expresión de su cara, no hizo falta que dijera nada.

—Alejandro, hay que ir para cama —dijo María con cariño a un cansado niño que se frotaba los ojos sin parar.

Me los quedé mirando; algo se me escapaba otra vez...

Le dio un beso y un abrazo muy fuerte a Joseph y sentí envidia, de la sana. Tal vez algún día yo pudiera hacer lo mismo, pero por lo pronto sabía que tenía que esperar.

—¿Vendrás otra vez? —me preguntó tímidamente.

—Por supuesto que sí, cariño —respondí mientras lo abrazaba—. Te lo prometo —le aseguré.

Emerson y María se lo llevaron. Joseph se había apartado junto con César y Manuel, los tres estaban serios y Marcos se unió al grupo, dejándonos a solas a Ana y a mí. Recogíamos la mesa en silencio, pero yo me sentía incómoda.

—Ana, por favor —hablé sin pensarlo demasiado—, no quiero que os hagáis una idea equivocada de mí.

—¿Equivocada? ¿Por qué dices eso? —preguntó, mirándome extrañada.

Lo pensé unos segundos, ya que ni yo misma sabía bien lo que quería decir.

—Lo de la foto, el cantar... No sé, Ana... No soy así, no suelo ser el centro de atención. No me gusta serlo y no quiero que penséis que he venido...

Me callé, frustrada por no saber explicarme mejor; solo quería caerles bien y sentirme aceptada, más por Joseph que por mí.

—¡Julia, por Dios! —exclamó sonriendo—, no pienses eso. Lo cierto es que nos has caído fabulosamente bien a todos.

La miré incrédula. ¿Me diría lo contrario de ser cierto? Debió de darse cuenta de mis dudas y, agarrándose las manos se puso seria.

—Mira, Julia, todos queremos tanto a Joseph y le debemos tanto que solo por ver lo feliz que está vale la pena. Esperábamos con ansia que algún día encontrara a una persona especial, y esa eres tú —continuó sin soltarme—. Solo te pido una cosa: hazlo feliz, tremendamente feliz. Se lo merece— remató con rotundidad.

La emoción me impedía hablar y solo pude asentir. De nuevo, el puto nudo

me impedía articular palabra.

«¡Joder! Parece que desde que llegué aquí no puedo hablar más de diez minutos seguidos sin estar a punto de llorar», me reñí a mí misma ante tanta ñoñez.

Marcos se unió a nosotras, estaba contento.

—Tocas muy bien —lo felicité señalando el bonito piano.

—Tuve un buen maestro. —Se volvió señalando a Joseph, que seguía hablando con César.

—¿Te enseñó Joseph? ¿Cómo? ¿Cuándo? Pero si en el coche... Pensé que no le gustaba la música. —Aturdida, callé pensativa.

Me miró sonriente al darse cuenta de mi sorpresa.

—Cómo: con paciencia; y cuándo: hace tiempo. —Fue toda su explicación.

Aproveché que César lo llamaba para ir al baño. Delante del espejo volví a hacerme la pregunta que me martilleaba la cabeza una y mil veces desde mi llegada. ¿Estaba pasando todo realmente? Tenía miedo de estar siendo presa de fuertes alucinaciones.

«Me dice que soy muy guapa...». Mentalmente, me repetía su frase una y otra vez para intentar convencerme y, de paso, olvidarme de las de Víctor.

¿Cómo podían dos personas tener una opinión tan diferente sobre mí? Uno mentía, pero... ¿cuál?; Y otra vez, todas mis dudas hicieron su aparición a modo de interminable desfile. «¿Qué va a pasar ahora? ¿Y si todo sale mal?, ¿y si...?». Mis nervios empezaron a tomar el control y me costaba trabajo mantener el ritmo normal de la respiración.

«Tranquilízate, Julia, confía en tu instinto y déjate llevar», me ordenaba lo poco que en estos momentos quedaba de la Julia decidida.

Respiré fuerte y volví a hacerlo hasta que conseguí retomar el control de mi cuerpo. Me perfumé y me unté los labios con la barra milagrosa que me había comprado; funcionaba y estaba consiguiendo mantenerlos presentables.

«Mejor así», me dije volviendo a echar un vistazo a la imagen que tenía delante.

Tras un profundo suspiro, me decidí a salir. Estaban todos juntos, incluso Emerson y María se habían unido al grupo y, para variar, Joseph no parecía contento.

«Estupendo, lo que faltaba», pensé arqueando ambas cejas mientras me acercaba.

Me quedé mirando para ellos y una imagen me vino a la cabeza; la de una manada de lobos...

—¿Nos vamos? —Su profunda voz arrancó esos pensamientos de mi mente.

Sonrió, me cogió de la mano y comenzó a besarme las puntas de los dedos como hace siempre, con sus ojos clavados en mí, a la espera de mi reacción, que siempre es la misma: conseguir que mi corazón se desplazase hacia unas partes en las que jamás había estado. Nerviosa, le devolví la sonrisa y nos despedimos de todos. Al salir me fijé en que, algo apartada, hay aparcada una gran moto.

—¿Te gustan las motos? —preguntó extrañado al ver mi interés.

—Sí, pero de este tipo no.

—Vaya... ¿Y de qué tipo te gustan? —volvió a preguntar con su ladeo especial de cabeza.

—Soy fan de las Harley y, sobre todo, me encanta la Fat Boy. Para mí un viaje ideal sería sobre una moto así. —Suspiré soñadora.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Eres una caja de sorpresas. Lo sabes, ¿verdad?

La noche era espléndida y, tras un rápido beso, entramos en el coche. A lo lejos se veía el Cristo con todas las luces de las casas encendidas a sus pies, a modo de velas. De cine.

—¿Qué pensabas cuando nos estabas mirando antes de irnos? Tenías una expresión un tanto rara en la cara —me preguntó, rompiendo el relajante silencio.

—Nada, tonterías mías, déjalo. Sin saber por qué, a veces, las personas me sugieren una idea o una situación —intenté zanjar el tema.

—¿Y qué te sugerimos en ese momento? —insistió tozudo.

Lo miré y estaba sonriendo. ¡Dios!... Podría matar por esa sonrisa.

—Una manada de lobos. —Lo quería saber y lo solté, sin más.

—¿Una manada de lobos? —repitió frunciendo el ceño—. ¿De lobos? —volvió a decir, como para asegurarse de que había entendido bien. Me miró fugazmente, pero su sonrisa había desaparecido.

—¿Tan malos te parecemos? —preguntó serio.

—No, Joseph —apresuré a explicarme—, no lo has entendido. Lo digo en el sentido de que los lobos son muy protectores los unos con los otros y siempre están alrededor de su líder, como vosotros. —Guardé silencio esperando no haberlo estropeado más.

—¡Ah..., bueno! Ya me quedo más tranquilo. Pensé que nos veías como bestias sanguinarias —diciendo aquello, inclinó la cabeza hacia mí y soltó un

fuerte gruñido.

Fue tan rápido e inesperado que pegué un grito del susto que me dio.

—Por cierto, ¿quién crees que es el líder de tu imaginaria manada? — preguntó cuando paramos de reír.

—Tú, por supuesto. Tú eres el macho alfa.

Me miró sorprendido, no sé si por el comentario o por la seguridad con que lo dije.

—Bueno, la verdad es que me han llamado muchas cosas, pero macho alfa jamás. Me gusta —dijo estirando el cuello orgulloso.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Fui yo la que rompió el agradable silencio pero, a medida que nos acercábamos a su casa, tenía una necesidad imperiosa de hacérsela.

—Supongo que sí —contestó con cierta desazón tras pensarlo unos segundos.

Tenía que meditar de qué manera hacerla bien, pero ya me estaba arrepintiéndome de la idea antes de realizarla

—¿Por qué decidiste vivir... así?

«¡Vaya mierda de pregunta, Julia! ¿Dónde están tus tres años de periodismo?», me reproché a mí misma. «¡Joder!», seguí echándome la bronca, «hasta Alejandro lo hubiera hecho mejor».

Nunca sabré si era porque ya se estaba habituando a mis preguntas incoherentes o porque tiene dotes de adivinación, pero lo cierto es que se mantuvo en silencio, a la espera de una mejor explicación.

—Una cosa es la claustrofobia y otra... —Intentaba arreglarlo de nuevo sin éxito—. Nadie se despierta un día y decide... todo eso.

Opté por callarme. Notaba cómo la tensión se estaba apoderando de él y, pese a estar de perfil, percibí la expresión de su cara endurecerse y sus manos se aferraron al volante con tanta fuerza que, por un momento, pensé que iba a tronarlo. Iba a volver a abrir la boca, seguramente para seguir metiendo la pata, pero, levantando la mano con gesto impaciente, me hizo enmudecer.

—Una vez —empezó a hablar tras un largo y tenso silencio—, le hice daño a una persona. Me prometí que nunca más volvería a pasar.

Un agujero pareció abrirseme en el estómago al oír esas palabras.

—¿Le hiciste daño a alguien?, ¿mucho? —Mi voz sonó aterrada.

Volvió a mirarme por un instante, serio y claramente incómodo con la conversación. Pero había entrado en un terreno que, para mi desgracia, me era conocido y al que no pensaba volver jamás.

—¡No! —exclamó, asustado al darse cuenta lo que estaba pensando—. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Apesadumbrado, movió la cabeza—. A veces a una persona se le puede hacer daño de muchas maneras.

No hablamos más. Estábamos llegando y temía haber jodido el resto de la noche.

Le tendí la mi mano y esperé; tras unos instantes me dio la suya. Respiré aliviada y le di un beso.

—Solo intento entenderte, Joseph. —Hablé más para mí misma que para él.

Volví a callar. Me sentía mal y, apesadumbrada, apoyé la cabeza en la ventanilla. Noté como agarraba mi mano y ahora era él quien me la besaba.

—Algún día lo harás, Julia, te lo prometo. Solo dame tiempo.

Su hermosa voz sonó más hermosa que nunca y, con la cabeza apoyada en el cristal, sonreí.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —fue mi respuesta.

Aparcó en el más absoluto de los silencios, me ayudó a salir cortésmente del coche y entramos en el ascensor. A medida que subíamos, mis nervios también aumentaban y noté que a él le pasaba lo mismo. Su mano, que se mantenía enlazada a la mía, empezó a sudar frío. Ninguno de los dos nos atrevimos a hablar y, en silencio, salimos del elevador, nos dirigimos al salón y llegamos a la escalera que, en aquellos momentos, marcaba el rumbo que ambos podíamos escoger.



Capítulo 15

Mi corazón estaba a cien, como todo el resto de mi organismo, y me costaba respirar. Nos miramos y vi que él estaba tan nervioso como yo, sus ojos buscaban una respuesta en los míos, al igual que todo su cuerpo, al igual que su boca que, lentamente, acercó a la mía.

—Nunca en mi vida había deseado tanto algo —susurró con voz jadeante mientras se acercaba aún más.

Notaba su aliento en mi cara de lo cerca que estaba y cerré los ojos para no ver los suyos, temerosa de entrar en colapso. El tono de su voz, su mirada... Todo giraba a mi alrededor en un torbellino de imágenes y de sensaciones.

—Estoy... tan nervioso —le oí decir tembloroso.

—Yo también —conseguí responder.

Fui incapaz de decir más. Al abrir los ojos, me encontré con los suyos, como dos pozos insondables, mirándome sin pestañear y en ese momento fui consciente de que no me importaba perderme en ellos, aunque no volviera a salir jamás. Sin saber cómo, conseguí subir un par de peldaños sin que las piernas me traicionaran. Él no me soltaba las manos, probablemente por miedo a que echara a correr, pero fui yo la que se acercó lentamente a su boca entreabierta..., esperando..., deseando, y posé mis labios sobre los suyos, acariciando el interior de su boca con la lengua, despacio, con suavidad. Escuché un gemido ronco salir del fondo de su garganta y que, a modo de ola de fuego, recorrió el interior de mi cuerpo, derritiéndolo todo a su paso. Me soltó y me abrazó con fuerza mientras la intensidad del beso aumentaba. Su lengua buscaba la mía y se introdujo en mi boca de una manera salvaje, descontrolada, y húmeda, como toda yo. Paramos porque nos quedamos sin aire, y lo miré sin pestañear; él también me miró conteniendo el aliento.

—Te deseo, Julia, te deseo como nunca he deseado a nada ni a nadie en esta vida. Te deseo hasta enloquecer...

Apenas fue un susurro, pero en mi interior resonó como una campana que, con su tañido, le dio la orden a mi cuerpo de prepararse para recibirlo, para sentirlo, para dejarse inundar por la sensación que tan solo sus palabras provocaban en mí.

—Yo también... —Fue lo único que conseguí decir dado mi estado de agitación.

De repente, me cogió en brazos y, sin esfuerzo, me llevó en volandas a «mi/su» habitación. Lo agradecí, porque a mí me hubiera sido imposible dar un solo paso de lo que me temblaban las piernas. Me dejó suavemente en el suelo, cerró la puerta y nos quedamos el uno frente al otro, de pie, mirándonos. Mi corazón latía a tal velocidad y con tal fuerza que estaba convencida que toda Copacabana lo estaba oyendo. Desde luego, si entonces no me daba un infarto, jamás me lo iba a dar. Empezó a besarme el rostro pausadamente: la frente, los ojos, la nariz, la barbilla, las comisuras de los labios, los labios... Lo hacía despacio, y con cada beso inspiraba profundamente mientras cerraba los ojos unos segundos, queriendo capturar para sí y para siempre cada momento.

—¿Sigo...? —me susurró al oído mientras me besaba.

—Sí... —solté con un hilo de voz.

—¿Segura? —volvió a susurrar mientras sus labios se deslizaban por mi cuello.

—Por favor. —Hablé deseosa, suplicante y sorprendida de haber podido articular dos palabras seguidas—. Solo quiero que esto sea especial... —pedí entrecortadamente.

Con aquellas palabras quería decirle que ansiaba sentirme deseada, que quería sentir lo que nunca había sentido, que me quería sentir como nunca me había sentido y que quería disfrutar como nunca lo había hecho. Pero era incapaz de hablar, mi mente estaba tan ocupada en lo que sentía mi cuerpo que me era imposible hacer algo más.

—Para mí ya lo es —murmuró mientras me giraba con delicadeza.

Me abrazó con fuerza y se pegó a mí. Notaba su respiración agitada en mi cuello, así como su excitación. Me besaba los hombros, deslizando sus labios sobre ellos, casi sin tocarlos, pero solo su aliento sobre mi piel conseguía que todas mis terminaciones nerviosas parecieran fundirse. Yo solo respiraba, gemía y sentía.

—Tienes una nuca preciosa, como toda tú —le oí decir mientras sentía sus labios sobre ella.

Un leve gemido volvió a salir por mi boca entreabierta y bajé la cabeza quedar totalmente a su disposición. En un acto de puro deseo noté cómo me mordisqueaba y sus dientes me rozaban el cuello, hasta llegar a los hombros. No noté dolor, sino unas descargas de placer como nunca había sentido.

—Te voy a desnudar despacio, muy despacio.

Lo dijo en un tono casi inaudible, pero su voz me recorrió todo el cuerpo hasta refugiarse en mi vientre. Su voz sonó profunda, cargada de deseo, pero me di cuenta de que me pedía permiso antes de dar el siguiente paso; no se había dado cuenta de que yo ya me había rendido a él. Cerré los ojos y me centré en respirar, ya que cada vez me costaba más hacerlo, como a él. Todo mi cuerpo parecía arder y, por unos instantes, creí reventar de placer. Me desabrochó el vestido muy despacio y, cuando acabó, volvió a preguntar:

—¿Sigo?

«¡Dios!, ¿qué pregunta es esa? Pues claro que sí», rogué mentalmente.

—Sigue por favor. Sigue y no pares.

Hasta mi voz pareció cambiar. Volvió a besarme la nuca y un delicioso escalofrío volvió a recorrerme el cuerpo. El vestido cayó al suelo y yo contuve la respiración mientras mi corazón latía con tal fuerza y a tal velocidad que, por un momento temí que se pudiera rompérsese dentro del pecho.

—No sabes cómo he deseado que llegara este momento —musitó mientras me desabrochaba el sujetador y lo dejaba caer.

Contuve la respiración; sus manos acariciaron mi espalda de arriba abajo y, abrazándome, las posó sobre mis pechos de plástico.

Pese a mis esfuerzos, no pude evitarlo y gruesas lágrimas empezaron a correrme por la cara.

«¡No, por favor! ¡Joder, Julia, no lo estropees!», me suplicaba a mí misma.

Si lo estaba deseando, ¿por qué mierda me ponía así? Él se dio cuenta y, agarrándome de los hombros, me giró con suavidad. Instintivamente, me llevé las manos a los pechos para tapármelos y, llena de vergüenza, bajé la cabeza; me sentía estúpida, una mujer adulta tan insegura y tan acomplejada. Levantó mi barbilla con la mano y me miró sin pestañear.

—No, Julia, no. Así no.

Hablaba con ternura y tenía la certeza de que, si en ese momento le hubiera pedido que parase lo hubiera hecho. Me besó con dulzura y secó mis lágrimas con sus labios mientras, con suavidad, bajó mis brazos; cerré los ojos muerta de vergüenza.

—Julia, por favor, mírame —habló en tono implorante.

Me agarró la cara con las manos y me besó los labios húmedos.

—Te deseo, Julia, desde aquel bendito día en que te conocí... —susurró suplicante—. Pero, si no me miras, me iré.

Ante esa posibilidad, abrí los ojos y lo miré entre lágrimas. Sonrió y me acarició la cara.

—No te escondas nunca, Julia, no para mí. No tienes por qué.

Me volvió a besar y esta vez le correspondí.

—¿Tú qué ves? —pregunté inquieta.

No hizo falta que le explicara nada más, se apartó un poco y miró mis pechos de plástico mientras yo lo miraba a él, esperando ver el mismo gesto de desagrado y la expresión de asco que había visto antes y que tanto daño me había hecho. Pero no, esa vez no. Me acarició las cicatrices con la yema de los dedos y su cara solo reflejaba preocupación.

—¿Te duelen? —preguntó mientras pasaba la mano delicadamente sobre ellas.

Negué con la cabeza.

—¿Tú qué ves? —volví a preguntar, conteniendo el aliento.

Siguió mirándolos fijamente unos segundos más. Levantó la vista y su mirada me derritió.

—Veo tu piel, noto su suavidad y su calor. Y te veo a ti bien, que es lo más importante.

Me miraba sin pestañear; sabía que no había mentido y, en un segundo, todo mi ser se relajó y conseguí volver a sonreír y a respirar. Había dado un paso enorme para mí y lo había hecho gracias a su ayuda. El ver que me deseaba de igual forma que antes de que las viera, consiguió hacer desaparecer el complejo que Víctor, con su rechazo, había generado en mí.

—¿Puedo? —pregunté llevando las manos hacia su cara.

Su respuesta fue un suspiro. Agarré su cara entre mis manos y fui yo la que lo besó con todas mis ganas mientras pegaba mi cuerpo al suyo. Respondió al instante, abrazándome con tal fuerza que apenas podía respirar; mi vientre se pegó al suyo y volví a notar su gran erección. Había conseguido que todos mis temores se desvanecieran de un plumazo y tenía ganas de abrazarlo, de besarlo y de echarme sobre él como una loca, pero recordé su libro de instrucciones y me limité a dejarlo hacer. Me levantó por sorpresa y me dejó sobre la cama, con las piernas colgando. Se agachó y, despacio, me quitó ambos zapatos.

—Me gustan tus pies. Tan pequeños, tan bonitos... Como tú.

Dejaba caer estas palabras mientras comenzaba a besarme las puntas de los dedos. Nunca me los habían besado —entre otras muchas cosas— y era una sensación sorprendente que iba directamente a mi entrepierna. Me excitaba ver aquel hombre a mis pies, acariciándome con esa veneración. Eché la cabeza hacia atrás, empecé a gemir y me aferré a la colcha para no moverme, temerosa de perder el control y ceder al deseo de tocarlo. Su lengua empezó a subir lentamente entre mis piernas hasta casi rozar mi sexo; primero una, después la otra y, de vez en cuando, sus dientes me rozaban la piel, clavándolos con suavidad, provocando la sensación de sentir mi cuerpo atravesado por unas descargas eléctricas. Aún tenía las bragas puestas y, cuando llegó a mi sexo, lo acarició por encima de la tela levemente con la nariz, casi sin rozarme. Yo ya no sabía lo que hacía, gemía y levantaba las caderas hacia su cara, pero él se apartaba sonriendo.

—Sin prisas, sin prisas. Quiero saborear este momento.

Lo oí hablar mientras ascendía por mi vientre y me pasaba la lengua por el ombligo; creí correrme en ese instante, ya que jamás había estado tan excitada. Cuando, beso tras beso, llegó a mis pechos me tensé, levanté la cabeza y lo miré. En ese momento solo vi la mata de su pelo, pero él levantó la suya y nuestras miradas se encontraron. Vi sus labios ligeramente entreabiertos y su respiración tan agitada como la mía, pero también vi sus ojos: sus pupilas estaban tan dilatadas que me sentí devorada por su deseo. Entonces supe que todo iba a ir bien y me abandoné a sus manos, a su boca y a lo que él quisiera hacer conmigo.

Me los empezó a besar, primero uno y después el otro, con suavidad, con ternura, sin importarle las cicatrices ni la diferencia entre ellos. Me lamió los pezones, tanto el mío propio como el reconstruido, sin diferencia y con el mismo deseo. Siempre los había tenido muy sensibles, pero después de la operación no lo sabía ya que nadie me había vuelto a tocar.

En ese instante entendí la preocupación de la doctora que me operó para intentar lograr que conservara la mayor sensibilidad; pues si no lo consiguió no me estaba dando cuenta. Cada vez que sentía su lengua acariciándome una descarga de placer me inundaba el cuerpo y, si algún temor quedaba, desapareció por completo. Con sensibilidad o no, ese hombre me hacía sentir como si nada hubiera sucedido. Tenía ganas de llorar, pero de felicidad, y así lo hice: dos lagrimones escaparon de mis ojos.

—¿Todo bien? —preguntó cariñoso.

—Como nunca —respondí ansiosa—. Como nunca —repetí—. ¿Y tú?
—Te deseo tanto que creo que voy a explotar —soltó apretando los dientes.
—Pues tú aún estás vestido, levántate —ordené.

Tras unos segundos de estupor ante el tono de mi voz, se levantó, y yo con él. Ya no sentía ningún pudor ni vergüenza y Joseph me miró expectante cuando me arrodillé en la cama. Lo miré intensamente y humedecí mis labios.

—¿Puedo? —pregunté llevando las manos hacia su camisa.

En su cara apareció una señal de alarma y retrocedió levemente.

—¿Puedo? —repetí—. Solo quiero tocarte el pecho —le expliqué.

Asintió tragando saliva y, cuando mis manos desabrocharon el primer botón, cerró los ojos y dejó escapar un leve suspiro. Lo besé lentamente y empecé a deslizar mis labios por su cuello, intentando que sintiera lo mismo que yo, pero, con cada botón que desabrochaba, abría los ojos alarmado.

—Shh, tranquilo, solo voy a besarte —le susurraba una y otra vez.

Y así lo hacía, besando cada centímetro de su piel que dejaba al descubierto. Tenía poco pelo en el pecho, muy negro, pero suave; suave y embriagador, como todo él. Agarré un poco entre los dientes y di un pequeño tirón, Joseph echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un ronco gemido. Cuando quedó al descubierto, le acaricié el pecho con las manos y, al besarle los pectorales, todo su cuerpo se tensó mientras en la habitación solo se oía el ruido de nuestra agitada respiración. Paré y lo miré, quería saber cómo se sentía y su mirada me lo dijo todo; ardía, como todo él, como toda yo.

Le desabroché el pantalón y lo dejé caer; tenía un cuerpo precioso con los músculos marcados, pero no en demasía. Sin dejar de mirarlo, le acaricié el abdomen y el ombligo levemente, casi sin rozarlo. Cada vez que paraba me agarraba la cara y nos besábamos hasta quedar sin aire hasta que, en todo un acto de osadía por mi parte, metí la mano en el interior de su bóxer. Abrió aún más los ojos, inspiró profundamente y su vientre retrocedió dejando sitio a mi mano. Cuando mi mano le rozó el pene los cerró, apretó los dientes y soltó un pequeño bufido; lo acaricié hasta que pareció estar a punto de reventar.

No me reconocía a mí misma. ¿Cómo era posible que fuera la misma Julia de no hacía demasiado tiempo? ¡Jamás se me hubiera ocurrido comportarme así!

Siguiendo con mi recién descubierta inusitada osadía, le bajé el calzoncillo y liberé su miembro impresionante. Lo apreté con la mano y ya no pudo más. Un sonido salvaje, gutural salió de su garganta y, agarrándome, me tendió en

la cama. Él jadeaba y yo no me quedaba atrás. En su mano vi un preservativo y nos interrogamos con la mirada durante unos segundos.

—Yo estoy bien —fue mi respuesta.

—Yo también —fue la suya.

No me hizo falta más, confiaba plenamente en él. Lo tiró y se puso sobre mí. Mi cuerpo agradeció el contacto de mi pecho contra el suyo y nos volvimos a besar. Yo mantenía los brazos quietos agarrándome a la colcha, pero cada vez que los movía lo más mínimo le podía su miedo y se echaba hacia atrás.

«Esto no va bien», pensé en los escasos momentos de lucidez que tuve y recordé lo que había comprado.

—Abre el cajón de esa mesilla de noche —pedí señalándosela.

Me miró sorprendido, pero obedeció y sacó la tarjeta de compras que me había dado. Me la enseñó extrañado.

—No, Joseph, eso no es, mira bien —insistí, sacudiendo la cabeza.

Las sacó y durante unos segundos no supo qué hacer ni qué decir. Eran dos de las cuatro cintas largas de terciopelo negro que había comprado en la sección de complementos de su centro comercial. Las miró y me miró con cierta vergüenza.

—Julia, ¿estás segura? —Le tembló la voz, violento por la situación—. Yo... lo siento... —prosiguió vacilante.

—Shh —Le puse un dedo sobre los labios—. Quiero que ambos disfrutemos de esto y si tú no lo haces, yo tampoco voy a poder. Además, esto es una de mis fantasías preferidas —murmuré a su oído.

¿Había dicho yo eso? Hasta mi cerebro abrió la boca, sorprendido por lo que acababa de oír.

—¿Una de tus fantasías preferidas? ¿Tienes más? —susurró ya más relajado.

—Por ahora, confórmate con esta —respondí excitada.

Vi como la expresión de su cara cambiaba. La seguridad volvió a él y cuando me miró sus ojos parecían arder. Sin decir palabra, anudó cada cinta a una de mis muñecas para luego atar la otra punta de la tela a la estructura metálica que rodeaba la cama, calculando la longitud que tenía que dejar. Cuando vio que la cicatriz, en el pecho derecho, me llegaba hasta la axila, frunció el ceño.

—¿Todo bien?

Estaba preocupado y asentí con la boca cerrada; tenía miedo de que el

corazón me saliera por la boca, pese a que la ausencia de saliva me la había sellado. A mi cabeza vinieron las noticias de mujeres muertas a manos de sus parejas y, por un momento, tuve miedo. ¿Y si me hacía daño? ¿Y si de repente se volvía loco? Notó el pánico en mi cara y se puso sobre mí, con los brazos apoyados a cada lado, manteniendo algo de distancia entre nosotros.

—Julia, antes muero que hacerte daño, te lo juro.

Y me empezó a besar. Su voz... su tono... me tranquilizó y lo dejé hacer. Su boca empezó a recorrerme todo el cuerpo; me besaba, a veces tierno, a veces fuerte, y yo no era más que un cúmulo de sensaciones y de deseo que, con cada beso, con cada roce de sus dientes, conseguía que todo mi vientre se contrajese. Al besarme, un líquido ardiente parecía derramarse por todo mi interior. No podía más, mis caderas se elevaban hacia las suyas, pero él retrocedía mientras me volvía a susurrar:

—Calma, calma... Disfruta.

Y cuanto más me lo decía, más lo deseaba, más intentaba tocarlo, y no poder hacerlo me excitaba aún más.

—Por favor, Joseph... —Perdí la cuenta de las veces que gemí y supliqué —. Por favor... —repetía sin parar.

—¿Qué quieres, mi niña? ¿Qué quieres que te haga? —preguntó mirándome. con esos ojazos negros entornados ligeramente.

Me quedé sin respiración ante su increíble belleza y, durante unos segundos, fui incapaz de hablar.

—Haz que me corra —pensé en voz alta, sin poder creer lo que me estaba pasando.

Se le abrieron los ojos como platos por lo que acababa de oír y noté como me ponía colorada.

—¿Con que esas tenemos...? —habló, juguetón, mientras volvía a besarme el ombligo.

—Por favor, Joseph —volví a suplicar.

Por toda respuesta apretó su miembro contra mi cuerpo y lo rozó contra él. Pensé que iba a estallar, pero no, se apartó y siguió descendiendo. Por unos instantes desapareció de mi vista y noté cómo lentamente me bajaba las bragas. Se detuvo y, cuando lo volví a ver, las tenía en la mano a modo de trofeo. Esta vez fui yo la que abrí los ojos como platos... ¡Las estaba oliendo! Aspiraba fuerte mientras cerraba los ojos y lo miré sin poder dar crédito.

—¿Sabes lo bien que hueles?

Su voz cambió; era cavernosa, profunda y primitiva.

—Ya lo comprobarás... —musitó, tirando la prenda a un lado.

Mi vientre rugió cuando volvió a desaparecer y noté su respiración en mi sexo. Hundió la nariz en él y mordisqueaba el poco vello púbico que me había dejado. Yo pensé que aquello no podía ir a más, pero me equivoqué.

—¡Qué bien hueles! —repetía una y otra vez

Cuando noté su lengua en mi clitoris creí morir. Me cogió tan de sorpresa que pegué un grito y más cuando, al mismo tiempo, introdujo un dedo en mi interior y noté cómo lo movía, aquello era demasiado para mí. Mientras tanto, no apartaba su boca de mi tan placentero punto: me lo acariciaba..., lo chupaba..., lo mordía..., tiraba con suavidad del vello con sus dientes mientras yo ya era incapaz de respirar. Mi corazón empezó a latir con más fuerza si cabe y parecía que en vez de sangre tuviera fuego recorriendo mi cuerpo hasta que, de repente, todo estalló. Mi cuerpo se arqueó y, a modo de fuertes espasmos, empecé a retorcerme al compás de intensas oleadas de placer que me inundaron el cuerpo y se mantuvieron a saber cuánto tiempo; el mismo que él empleó en seguir lamiendo mi sexo, bebiéndolo todo y haciendo que no pudiera parar. Sin darme cuenta, lo noté en mi boca, la tenía húmeda, pegajosa y salada, sabía a mí. Su pelo estaba alborotado y sus ojos ardían de puro placer cuando introdujo entre mis labios el dedo que acababa de estar en mi sexo. Lo chupé mientras clavaba mi mirada en la suya; gimió, cerró los ojos unos instantes y su boca se entreabrió ligeramente.

Lo besé y aún sabía a mí. Apoyó ambos brazos alrededor de mi cuerpo y, despacio, saboreando el momento, entró en él. Yo no sabía si era por la excitación del momento o porque nunca había sentido nada así, pero creí reventar de placer en ese instante.

—Mírame —repetía entre jadeos una y otra vez—. Mírame... —pidió tras lanzar un ronco gemido.

Cada embestida suya parecía atravesarme el cuerpo. Él mecía sus caderas, lenta muy lentamente, pero también con mucha intensidad y yo estaba otra vez al borde del orgasmo. Acababa de tener uno increíble, como en mi vida había tenido, pero mi cuerpo estaba deseoso de llegar otra vez.

—Por favor —conseguí decir apenas.

—Córrete conmigo, Julia. —Su voz sonó también a punto de estallar.

Su respiración... sus gemidos... los míos...; todo su cuerpo se tensó y él mío también. Del fondo de su garganta salió una especie de lamento que ahogó el mío y pensé que me iba a deshacer en mil pedazos en medio de una sensación brutal. Mi cuerpo acompañó sus movimientos hasta que ambos

conseguimos parar y, exhausto, se dejó caer sobre mi pecho, ambos empapados en sudor.

—Mi niña... mi niña... —repetía cuando su agitada respiración se lo permitía.

Me besó con tal ímpetu que nuestros labios chocaron y pude notar el sabor de la sangre. Era mía, y Joseph la limpió pasando su lengua por ellos.

—De ti me gusta todo, hasta tu sangre —habló entrecortadamente.

Yo era incapaz de pronunciar palabra; mi cuerpo aún no había recuperado sus ritmos normales y él seguía sobre mí, pero me gustaba. Lo único que sentía era no poder acariciarlo e, instintivamente, miré hacia los lados; no tuve que decir nada ya que se dio cuenta al instante.

—Perdona, es que creo que estoy soñando y aún no me he despertado... — Se apresuró a decir mientras me desataba ambos brazos.

Agradecí poder moverlos. Le agarré con suavidad la cabeza y metí los dedos entre su pelo mientras lo besaba con dulzura. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Salvo que sobraba su camisa, todo había sido perfecto y nos miramos el uno al otro sin decir nada. ¿Qué decir? Nada, la expresión de mi cara lo decía todo. Me sentía, agotada, pero feliz.

«¡Dos orgasmos seguidos!», pensé frunciendo el ceño.

—Estas frunciendo el ceño —dijo, sonriendo mientras acariciaba mi entrecejo con su dedo.

—Te debo uno —susurré a punto de dormirme.

Sonrió feliz y salió de mí.

—Efectivamente, me lo debes. —Sabía lo que había querido decir—. Pero no te preocupes —prosiguió mientras se tendía a mi lado—, me lo cobraré. Ahora a dormir —musitó con voz acariciadora.

Apoyé la cabeza en su hombro. Seguía con la camisa seguía puesta, pero yo le acariciaba el pecho con suavidad.

—¿Te quedarás? —me atreví a preguntarle.

Alcé los ojos, vi como su expresión se endurecía mientras, apesadumbrado, cerraba los suyos.

—Solo hasta que me duerma, por favor... No creo que tarde mucho —supliqué, mirándolo fijamente.

—Pues duerme, mi niña —aceptó con un deje de tristeza en la voz.

Sabía con certeza que él tenía las mismas ganas que yo de quedarse.



Capítulo 16

Me desperté con el sol que entraba a raudales por los ventanales del «mi/su» dormitorio y me giré rápidamente, con la absurda idea de que podía estar ahí. Mi adormilada sonrisa se esfumó antes de aparecer ya que, como era de esperar, estaba sola. Miré ese lado vacío y una sensación de tristeza se empezó a apoderar de mí mientras repasaba lo sucedido la noche anterior ¿Habría sido todo cierto o lo habría soñado? Buscando una confirmación miré hacia el inexistente cabezal de la cama. De la estructura metálica que la rodeaba aún colgaban las cintas que, hacía casi nada, tanto placer me habían dado. Sin embargo, esa mañana me parecían dos crespones negros. ¿Por qué esa tristeza? Ni yo sabía por qué me sentía así.

La Julia sensata se despertó y decidió hablar:

«¿Qué esperabas? ¿Que cayera rendido a tus pies desde el primer instante? Te lo dijo», prosiguió hablándome seria. «Te avisó, te lo dejó bien clarito, pero tú siempre tan soñadora». Me agarré la cabeza y la sacudí con la esperanza que se metiera una hostia y que así se callara. Lo conseguí.

¡Joder! Eran las doce del mediodía y me levanté de un salto. Había tomado la determinación de disfrutar del increíble momento que había vivido, lo demás, ya se vería. Era domingo, así que supuse que estaríamos solos. Me puse unas bragas, una camiseta que me llegaba por las rodillas y unos calcetines. Me asomé por la puerta, no se oía ningún ruido, y bajé. Fui directa a la cocina y me paré en seco al ver allí a María; no es que me molestara, pero no contaba con nadie. Se dio cuenta en seguida de mi contrariedad, una por mi cara de sorpresa y otra por mi pelo completamente alborotado. Me miró sonriendo mientras yo intentaba peinármelo con las manos lo mejor posible.

—Buenos días, señorita Torres. —Lo de llamarme Julia aún le costaba.

—Hola, María, buenos días. ¿Dónde está todo el mundo? —pregunté intentando aparentar falta de curiosidad.

—El señor Marshall y Emerson han salido —fue su lacónica respuesta.

—¿Hace mucho? —Intentaba, en vano, conseguir que no se me notase que me moría por saber algo.

—Ya hace.

Otra vez silencio.

«¡Me cago hasta en mayo con sus flores! A esta gente hay que sacarle las palabras a punta de pistola», pensé mordiéndome la lengua.

—¿Sabes, por lo menos, si el señor Levi ha desayunado? —No pude evitarlo y hablé irritada.

Me miró de reojo antes de responder; no sabía lo que la sorprendió más, si mi enojado tono de voz o que me hubiera referido a él como señor Levi. Cogí una taza e intenté calmarme; me hacía falta un café y este diálogo tan fluidito me lo estaba confirmando.

—Sí, el señor Marshall se ha levantado temprano y ya ha desayunado. Hace tiempo que salieron, no creo que tarden en volver —habló del tirón.

Se rindió, dándome todas las explicaciones por adelantado y se lo agradecí. Medio enfurruñada, fui a prepararme un café con leche, ya que había abrigado la esperanza de que desayunáramos juntos, pero María se había adelantado y empezó a prepararlo; me sentí incómoda, no era mi empleada.

—Por favor, faltaría más —se apresuró a decir cuando intenté protestar.

—¿No descansas nunca? Hoy es domingo —puntalicé.

—Claro que sí —se apresuró a contestar—. El fin de semana es distinto. Dejo preparado algo de comida y, salvo que el señor Marshall necesite a Emerson para algo...

No explicó más y, resignada, salí con mi café a la terraza; acababa de salir cuando los oí llegar. Joseph venía hablando por el móvil, o más bien discutiendo, y se me puso un nudo en el estómago. Estaba deseando verlo, pero ¿y a él?, ¿le pasaría lo mismo? ¿Y si, como decíamos en mi país, pasó el día, pasó la romería? Doña Inseguridad aprovechó para aparecer de nuevo y repasar mi atuendo, mis pelos, mis calcetines... Ya estaba decidida a ir corriendo a mi habitación para arreglarme un poco, cuando sus gritos me dejaron petrificada.

—¡Me da igual que sea domingo, Cristina!, ¡¿me oyes?! —siguió chillando—. ¡¿Sabes cómo está todo?! ¡No quiero verlo así, ¿entendido?!

Aunque bajó el tono ese «entendido» no dejaba lugar a dudas. Mientras

hablaba o, mejor dicho, chillaba por teléfono, se paseaba como una fiera enjaulada y se mesaba el pelo continuamente. Desde donde yo estaba lo podía ver, pero él a mí no y cuando colgó, zapateó el teléfono hacia el sofá; si le hubiera llegado a caer al suelo se hubiera roto en mil pedazos del viaje que le metió.

Me escabullí y me senté en uno de los sofás de la terraza, lo último que quería es que me viera espíandolo, e intenté tranquilizarme y olvidarme de lo que acaba de ver. Me había asustado, ya que su cara denotaba un odio irracional. Respiré hondo y me centré en el paisaje que tenía enfrente y que nunca dejaba de sorprenderme: Copacabana, siempre distinta pero siempre tan espectacular, era un hervidero de gente. Volví a coger aire, me coloqué frente al sol, cerré los ojos y dejé que hiciera su efecto de cargarme las pilas y llenarme de energía. Inspiré lentamente, intentando quedarme con toda la esencia y la energía que manaba de este lugar hasta que un suave beso me sacó de mi ensoñación y abrí los ojos, sorprendida.

—Hola, Julia, buenos días.

¡Ni lo había oído llegar! Lo miré expectante, entrando en taquicardia en cero segundos.

—Buenos días, Joseph —fue lo más interesante que se me ocurrió decir.

Estaba pendiente de su cara, de sus gestos, de su expresión. Quería saber si lo sucedido había supuesto para él lo mismo que para mí. ¿Habría cambiado algo? ¿Qué pensaría de mí? Todas esas dudas corrían por mi cabeza a la velocidad del rayo. Se acercó más, me miró fijamente y yo quedé sin respiración mirando sus ojos; los míos se habían olvidado de pestañear.

—No tengo mejor manera de empezar el día que viendo esos preciosos ojos verdes.

Y, agarrándome de la barbilla, me llevó lentamente hacia sus labios. Todo mi cuerpo se relajó y, a la vez que la daba una patada en el culo a doña Inseguridad, todos mis miedos se esfumaron. Me dejé besar y le devolví el beso con tal intensidad que tuvimos que parar para respirar; se abrazó a mí con fuerza y yo, aún con la taza en la mano, me dejé envolver por sus brazos. Suspiró con la cabeza hundida en mi cuello y noté su tensión disminuyendo.

—¿Has dormido bien? ¿Has descansado?

Ya no quedaba rastro de su enfado y su mirada empezó a cambiar a medida que me acariciaba los labios con el dedo.

—Dormí de un tirón y sí, he descansado perfectamente. ¿Y tú? —pregunté con una gran sonrisa.

—Yo también, la verdad. —Contestó extrañado—. ¿Has desayunado?

—Sí, estaba tomando un café. Pensé que íbamos a desayunar juntos... —
Dejé la frase sin terminar.

—Me levanté temprano y fui a tu habitación. Dormías tan profundamente... —Me miró y sonrió con un deje de tristeza mientras intentaba colocarme un mechón de pelo en su sitio—. No quise despertarte, pero tenía que salir —explicó mientras su mirada se oscureció.

—Pues no lo vuelvas a hacer, ¿vale? Me despiertas y ya está, ¿lo prometes?

—Lo prometo. —Lo rubricó con un beso, volviendo a sonreír.

—¿Tomaste la pastilla? —me preguntó mientras entrábamos en el salón.

—¿La pastilla?, ¿qué pastilla? —En ese momento no tenía idea de lo que me estaba hablando.

—Julia, por favor, la medicación que tienes que tomar. —Contrariado, sacudió la cabeza—. A partir de ahora me voy a encargar yo de que la tomes.

—¡Venga ya, Joseph! ¡Aún estoy a tiempo! —exclamé cuando me di cuenta de lo que estábamos hablando—. Te lo agradezco mucho, pero hasta ahora me las he arreglado yo solita para cuidarme.

—Ya, pero ahora me tienes a mí. Trae esas pastillas ahora mismo —dijo cruzándose de brazos en medio del salón.

—Está bien —intenté parecer enfadada, pero no lo conseguí—. Voy ahora mismo a por ellas.

Subí las escaleras riendo como una tonta. Era cierto, nunca había necesitado a nadie que me cuidase ni tampoco lo había tenido. «Ahora me tienes a mí para cuidarte». Recordé su frase y di un saltito de alegría al coger mis pastillas del fondo del bolso. Ahí estaba también mi amigo el somnífero, y me di cuenta de que desde que estaba en Río no lo había vuelto a necesitar. Cuando bajé, Joseph estaba en la cocina hablando con María y me miró pensativo mientras me tomaba el tratamiento con un sorbo de agua.

—Dámelas —me dijo extendiendo su mano—. He dicho que a partir de ahora encargo yo —repitió serio.

Arqueé las cejas y vi cómo María se giraba para que no viéramos que se estaba riendo.

—¿Qué te apetece comer? —me preguntó, mirándola a ella.

Me di cuenta de que María estaba esperando para prepararnos la comida y me daba rabia; era domingo y prefería que estuviéramos solos.

—Puedo hacer la comida yo, lo cierto es que me gusta cocinar —me atreví a decir intentando, que ella no se sintiera molesta.

Era cierto, me gustaba cocinar, pero hasta eso había dejado de hacer. Joseph me miró sonriendo y, levantando las manos en un gesto resignado, miró a María.

—¡Qué le vamos a hacer, tendremos que arriesgarnos! —suspiró—. Y en caso de necesidad tenemos un centenar de restaurantes.

Los tres nos echamos a reír, aunque yo sabía que estaba bromeando, puesto que ya había cocinado para él.

—Pues, por si no lo sabes, soy una excelente cocinera —seguí con la broma—, ya verás.

—Lo veré, lo veré.... —Me guiñó un ojo y, por su mirada, creí que se estaba refiriendo a otra cosa.

Miré a María que, afortunadamente, pareció no darse cuenta ni de su frase, ni de su tono, ni de que me puse colorada como un tomate. Trasteó un rato más por la cocina hasta que desapareció. Nunca sabía cuándo se iban, otro interrogante más; a tal paso iba a tener que hacer una lista para acordarme de todo.

Me quedé sola, ya que Joseph fue a ducharse, y empecé a husmear por la cocina para ver lo que podía hacer. Tras abrir varias puertas, descubrí una despensa tan llena de comida que se podría resistir un asedio de un año sin pasar hambre. En la enorme nevera tampoco faltaba nada y, para mi alegría, había un montón de verduras por lo que decidí hacer la lasaña de verduras que tanto me gustaba; esperaba que a él también.

Abrí varios cajones hasta encontrar los paños de cocina. Podía cocinar sin usar delantal, pero nunca sin tener colgado un paño a la cintura. Cuando lo cogí me di cuenta de la problemática que mi vestimenta planteaba. ¿Dónde puñetas me lo iba a colgar? Una camiseta y unas bragas por toda vestimenta no me dejaban muchas opciones.

«¡Al carajo, estoy sola!», pensé mirando a mí alrededor.

Rápidamente, me levanté la camiseta y me lo colgué en la cinturilla de las bragas; como el paño era muy ligero la susodicha quedó en su sitio. Me puse a ello y en poco tiempo ya tenía todo preparado: un delicioso relleno de verduras que olía divinamente, una bechamel casera que, con su toque de nuez moscada, estaba para chuparse los dedos y las planchas para la lasaña listas también. Monté todo, añadí alguna capa de jamón york y queso, por si no le gustaba solo de verdura, vertí la bechamel por encima y, tras pelearme un buen rato con el horno, conseguí encenderlo. Probé la salsa con el dedo antes de meterla; estaba deliciosa y sonreí satisfecha conmigo misma.

Cuando me di la vuelta, pegué un salto y di un grito. Estaba de pie, apoyado en la puerta, mirándome con los brazos cruzados. Recién duchado... Con ese pelo mojado..., esa sonrisa deliciosamente escalofriante..., ese cuello ladeado...

«Me cago en su puto libro de instrucciones», bufé para mis adentros.

Se acercó a mí. Olía a él, a limpio, pero me di cuenta de que no usaba colonia. Me quedé embobada mirándolo como una idiota y solo me faltó abrir la boca y empezar a babear.

—No pretendía distraerte —dijo en tono burlón.

—Hace falta algo más que tu aparición, recién duchado para que yo me distraiga —seguí con el juego mientras aparentaba limpiar algo.

Se sentó a observarme, recogí todo lo más rápido que pude pese al temblor incipiente de mis manos y, al final, me las lavé. Mecánicamente, cogí el paño que asomaba por la parte de debajo de mi camiseta y me dispuse a secármelas. Automáticamente, le cambió la expresión de la cara.

—¿Qué has hecho con las manos? —me preguntó despacio.

—¿Yo? —pregunté sin enterarme de nada—. Secármelas.

Se levantó, se acercó con lentitud y, nerviosa, tragué saliva.

—¿Dónde te las has secado? —volvió a preguntar, mientras no apartaba su mirada de mí.

—¿Te ha sentado mal la ducha? —Pensé en voz alta—. ¿Dónde me las he secado? —repetí su pregunta—. Pues en un paño, ¿dónde va a ser? No me las voy a secar en la camiseta, digo yo.

—Y me quieres explicar... —Calló unos segundos a unos escasos centímetros de mí—. ¿Dónde... está... enganchado... ese... paño?

Fue separando intencionadamente las palabras mientras, con su largo dedo índice, apuntaba hacia el lugar por donde asomaba el objeto de su preocupación. Bajé la vista siguiendo la dirección de su dedo. La alcé, lo miré y sonreí de oreja a oreja; ahora me tocaba a mí.

—¿Dónde va a ser? En mis bragas. —Osadamente, me levanté la camiseta hasta dejar el paño colgado al descubierto.

Sus ojos se abrieron como platos y sus labios se separaron formando una deliciosa «o».

—¿Por qué me tratas así? Di la verdad, pretendes volverme loco, ¿no?

Lo dijo en un susurro apenas audible, pero sus palabras resonaron en mi interior y todo en mi cuerpo se despertó.

—Me gusta tener las manos limpias, nunca se sabe lo que van a tocar. —

Hablé sosteniendo la mirada mientras deslizaba un dedo por su pantalón, por encima de su miembro. Un soplo de aire salió de su boca entreabierta, cerró los ojos y se inclinó buscando mi boca. Me besó tembloroso y, con cada caricia de mi dedo, todo él se estremecía.

—¿Estamos solos? —hablé bajito. No era plan que, de repente, Emerson o María asomaran por la puerta. Podría morir de la vergüenza—. ¿Dónde están?

—Sí, están en su casa —respondió imitando mi tono.

—Entonces ¿por qué estás hablando así? ¿Te estás burlando de mí? Pues ahora verás.

En otro acto de valentía, le desabroché el cinturón, el botón del pantalón y le empecé a bajar la cremallera despacio..., sin dejar de mirarlo. Una, porque me gustaba ver la expresión de su cara, y más siendo yo la causante, y dos, porque si miraba lo que estaba haciendo sería incapaz de seguir. Cerró los ojos y me besó. Cuando el pantalón cayó a sus pies, un gemido salió de su garganta y se refugió en mi interior. Le bajé el bóxer y noté la dureza de su miembro en la mano; estaba muy excitado, como yo. Mi sexo, al igual que mi pulso, andaba por libre y pude notar que se humedecía por momentos. La barra de la cocina quedaba a mi espalda y él se apoyó en ella, aprisionándome entre sus brazos. Cada vez que mi mano le acariciaba el miembro se inclinaba, buscando mi boca y solo paraba de besarme cuando ambos nos quedábamos sin aliento. Su respiración demostraba el estado en el que se encontraba y yo andaba a la par. Me excitaba verlo así, saber que yo tenía la llave su placer en mi mano —nunca mejor dicho— y ser yo la causante del mismo.

Le garré su miembro con fuerza y se lo empecé a masajear, él apretó los dientes y cerró los ojos, echando el cuerpo hacia atrás. Me agaché despacio y comencé a besárselo; primero en la punta, para después empezar a lamérselo. Nunca lo había hecho con otro, pero sabía lo que quería hacer y oí cómo aumentaba el ritmo de su respiración. Seguí lamiéndole el pene con calma, deslizado mi lengua desde su punta hasta sus testículos y, pese al temblor de sus piernas, consiguió mantenerse en pie. Apoyó las manos en mi cabeza y, sin más preámbulos, me lo metí en la boca para empezar a chupárselo; su gemido resonó en toda la cocina. Sus piernas se tensaban y tuvo que buscar apoyo en la barra que quedaba a mis espaldas mientras yo me mantenía con su miembro en la boca y lo acariciaba con mis labios una y otra vez, con movimientos deliberadamente lentos, prolongando su dulce agonía. Lo hacía

poco a poco, no quería que de repente me diera una arcada pese a que estaba deseando poder tenerlo todo dentro, por lo que, cuando él empujaba con las caderas hacia mí, yo me echaba un poco hacia atrás; así hasta que conseguí introducirlo hasta la garganta. Me protegía los dientes con los labios y, cuando veía que ya no podía más, paraba. Sus jadeos eran continuos y sus piernas, por momentos, parecían doblarse. Mantenía su miembro en la boca y lo notaba a punto de explotar.

—Por favor, por favor... —suplicaba una y otra vez entrecortadamente, intentando empujarlo hacia el interior cuando yo paraba.

Yo estaba igual de excitada que él y mis bragas pedían a gritos el auxilio del famoso paño. Estaba muy mojada y mi sexo parecía tener vida propia; notaba los latidos de mi corazón en él e incrementé el ritmo. Mis labios subían y bajaban hasta contener todo su pene en mi boca y sus caderas se movían frenéticamente empujándolo más y más, hasta el fondo de mi garganta. Al final, entre jadeos y espasmos, todo su cuerpo se tensó, estalló aún dentro y noté el sabor de su semen en mi garganta. Lo tenía tan adentro que me lo tragué directamente. Era la primera vez que lo probaba, me supo a él... Y lo mantuve en mi boca hasta que sus envites cesaron. Me incorporé lentamente y lo miré, tenía la frente perlada de sudor y sus ojos eran dos brasas ardientes. Lo besé, me besó e introduje mi lengua en su boca, con todo su sabor aún en ella y paramos cuando ambos necesitamos coger aire. Apoyó su frente en la mía; aún le costaba respirar y nos quedamos así un buen rato.

—Sabes bien —dije tras unos segundos de silencio—. Como habrás comprobado, siempre pago mis deudas... —Lo miré entornando los ojos.

—Y yo siempre cobro las mías —masculló con los labios sobre los míos mientras introducía rápidamente la mano dentro de mis bragas.

—Mi niña, cómo estás... —susurró.

Era cierto; estaba completamente mojada y tan excitada que solo con solo sentir sus dedos en mi interior y en mi clítoris también estallé. Todo mi cuerpo se convulsionaba, las piernas no me sostenían y tuvo que agarrarme para que no me cayera. Nos tuvimos que sentar y mantuvo mis manos entre las suyas mientras ambos recuperábamos el aliento. En mi vida me había corrido tan rápido. Bueno, en mi vida me había corrido así.

—Tú sí que sabes bien —dijo mientras paladeaba los dedos que había tenido en mi interior.

—Pues ahora tenemos lasaña —solté, demostrando así mi gran capacidad para decir lo más adecuado en el momento preciso.

Él se rio, yo también.



Capítulo 17

—Está deliciosa —comentó mientras daba buena cuenta de un trozo enorme de lasaña.

—Y pensar que dudabas de mis virtudes culinarias... —repliqué, mimosa, mientras me acababa el mío.

—Prometo no volver a dudar de tus virtudes culinarias... ni de ninguna otra.

Me miró de esa manera tan especial y empezó a besarme las puntas de los dedos. Sabía lo que estaba pensando.

—Harás bien en recordarlo —rematé, desafiante.

El ambiente se empezó a caldear y, pese al aire acondicionado, la temperatura pareció subir.

—Será mejor que te duches, después te quiero llevar a un sitio.

—¿Y el postre? —pregunté juguetona.

Negó levemente con la cabeza mientras sonreía.

—A la noche, quizás —susurró mientras me besaba dulcemente.

¡Sería cabrón! Sabía el efecto que me producía y lo hacía a propósito.

—Además, tengo que intentar mantenerme vivo, por lo menos... hasta esta noche —bromeó.

—Vale. Yo he cocinado, tú recoges la mesa —repliqué.

Me levanté y, más feliz que una perdiz, me fui a duchar tarareando una canción. Me vino de perlas, ya que con tanta actividad estaba un poco pegajosa. Antes de vestirme me paré desnuda ante el espejo y, por primera vez en años, la imagen no me desagradó. Me apresuré a peinarme y fue cuando lo vi o, mejor dicho, las vi. ¡Las marcas de sus dientes en mi hombro! Se podría hacer un molde de la impresión tan perfecta que habían dejado y fruncí el ceño. Una camiseta las tapó y un pantalón vaquero corto completó el

atuendo, no sabía a dónde íbamos, pero supuse que valdría. Unas cómodas chancas que aún no había estrenado, «mi/su» colonia, barra de labios y lista. Cuando bajé, volvía a estar al teléfono.

—Vale, Cristina, entérate y me lo pasas.

Colgó y me miró. Él también se había cambiado; vaqueros negros —de momento, de ahí aún no pasábamos—, pero lucía una juvenil camiseta blanca. Me fijé en sus pies: zapatos negros de cordón y, como siempre, brillantes.

«¿No usará deportivas nunca?», pensé mientras Joseph me miraba las piernas con aprobación.

—Oye, mira esto.

Con paso decidido fui hacia él y tiré del cuello de la camiseta para que pudiera verme las marcas. Serio e inquieto clavó la vista en mí; estaba intentando evaluar cómo me sentía yo.

—Lo siento, ¿te importa? —se quedó mirándome preocupado.

—No —pensé en voz alta—, la verdad es que no. —Sonreí.

Su expresión se relajó al instante y me dio un beso de agradecimiento.

—Estos son los problemas que tiene el estar con un macho alfa —murmuró sobre mis labios.

—Pues que vivan esos problemas —solté de inmediato.

Era cierto, hasta yo me sorprendía por sentirme así de feliz mirando las marcas. No tenían nada que ver con las que me dejaba Víctor...

—¿Dónde vamos? —Tenía curiosidad.

—A donde iba a comer cuando estaba solo y no tenía una cocinera tan buena como tú.

Me pasó la mano por el hombro y me besó el pelo mojado. ¿Se podía ser más feliz? Dios... lo dudaba mucho.

—¿Está lejos?

—No mucho, ¿por?

—Me gustaría poder ir andando, me apetece dar un paseo.

Quería pasear con él por Copacabana. Lo meditó unos instantes y me pareció que no le gustaba mucho la idea, pero cedió ante mi cara suplicante.

—Está bien. No queda demasiado lejos y hoy no te puedo negar nada. —Sonriendo, volvió a besarme el pelo mojado.

Salimos a la calle; hacía un calor de mil demonios y ambos nos pusimos las gafas de sol. Lo miré, admirada, ¡qué bien le sentaban! Pero, tan pronto estuvimos en la acera, retiró la mano de mi hombro y se las metió en los

bolsillos. Me sentí algo desilusionada. ¿Demasiado romántica?, ¿demasiado rápida?, ¿demasiado ilusa? ¿Se reduciría todo al piso?, ¿a su casa? Sacudí la cabeza para alejar de mí aquellos atribulados pensamientos.

—¿Quién es Cristina? —pregunté, en parte para romper un incómodo silencio que había aparecido.

—Mi secretaria —contestó seco.

Un piloto rojo se encendió en una esquina de mi cerebro.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja para ti? —intentaba aparentar que en realidad no me importaba, lo cual no era cierto.

Me miró frunciendo el ceño.

—Desde que me hizo falta una secretaria.

Más silencio.

«¡Joder!, ¡vaya mierda de paseo!», pensé.

—¿Y la tienes que llamar un domingo?

Nuevo y tenso silencio, ya estaba empezando a lamentar haber sacado el tema.

—Sí, si es necesario; me tiene que dar unos datos.

Se volvió a callar y, desconcertada, decidí no hablar más. Empecé a caminar como si estuviese sola, ya que así me sentía, y lo que no sabía era por qué me sentaba tan mal; debía estar acostumbrada, con Víctor era siempre así.

Empecé a pararme a mi antojo en escaparates y puestos de recuerdos y, cuando se dio cuenta, yo me había quedado varios metros atrás. Pese a la distancia, vi que me miraba serio.

«¡Que se joda!», pensé, enfadada al ver que miraba para todos los putos lados menos para mí. Me llamó la atención un puesto donde vendían pendientes y, ya que no me había traído ninguno, me paré a mirar. Me gustaron unos con forma de bolita que había en varios colores y tamaños. Escogí cinco en negro, de mayor a menor, y los mismos, pero en verde. Joseph se acercó a pagar.

—Ni se te ocurra —solté enfadada sin tan siquiera mirarlo—. No quiero que me pagues nada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó cabreado mientras yo metía mis adquisiciones en la mochila y lo volvía a ignorar por completo.

—Nada, ¿qué más da? —Me encogí de hombros y me callé.

¿Tenía que decirle que me gustaría que fuera igual de cariñoso en la calle como lo era en su casa? ¿Qué pensé que íbamos a pasear como una pareja

de...? Ya no quise ni pensar ni de qué y, sin hacerle caso, me adentré en la playa. Me descalcé y metí los pies en el agua. Estaba estupenda y me refresqué la cara y el cuello mientras él me contemplaba desde la acera.

—No sabes lo que te pierdes —pensé en voz alta—. Mejor dicho, no sabes la de cosas que te pierdes —rectifiqué volviendo a su lado.

En ese momento fue consciente de lo que quería decir.

—Julia, por favor, no malinterpretes las cosas. Es por tu bien, a mí me gustaría...

Suspiró y se calló sin parar de mirar hacia todos los lados.

—¿Por mi bien? ¿El qué? —le increpé alterada.

Pese a no querer estropear el día tan perfecto que había sido hasta el momento, con su extraña actitud había conseguido cabrearme. Iba a decirme algo, pero su puto teléfono volvió a sonar.

—Vale, Cristina, gracias. Mándame su nombre y su teléfono.

Furiosa, eché a andar. ¡Joder con la dichosa Cristina! ¡Pero si es domingo! Me la estaba imaginando: la típica secretaria explosiva, enamorada de su jefe y siempre pegada a él.

—No frunzas el ceño. —Lo tenía a mi lado y su voz se había suavizado—. No sé lo que estás pensando, pero ya te digo que no tienes razón.

Diciendo eso, se sacó una mano del bolsillo y me la tendió.

—Oye, no hace falta que te sacrifiques por mí —solté, arrogante.

Mantuvo la mano tendida en silencio y entre ambos se estableció un pequeño duelo que se resolvió tan pronto me miró por encima de sus gafas. Le agarré de la mano y me acerqué a él; sonrió... ¡Al sol y con esa sonrisa! ¡Dios!, me hacía falta volver a entrar en el agua...

—¿Falta mucho? —Hacía demasiado calor.

—¿No eras tú la que quería pasear? —bromeó, relajado por fin.

—Dime algo del sitio a donde vamos —le pedí contenta.

Suspiró, un halo de tristeza pareció cubrir su cara y me di cuenta de que no estaba conmigo; se había ido muy lejos.

—Cuando estaba solo...

La tosecilla y el carraspeo me indicaron que íbamos a entrar en un terreno delicado.

—¿Los domingos, por ejemplo? —intenté ayudar.

—Sí, sobre todo los domingos, no me gustaba demasiado estar en casa y me iba a comer por ahí.

Volvió a su silencio, pero me abstuve de hablar, era momento de escuchar.

—Un día, deambulando por aquí vi el sitio. Me gustó y paré. No había demasiada gente, entré y me senté en la mesa más alejada.

—¿Cómo se llama el restaurante? —interrumpí de nuevo, a mi pesar.

—Alcázar —contestó, irritado por mi interrupción.

—Perdón —balbuceé—, sigue contando.

Suspiró de nuevo y se volvió a ir lejos.

—No tenía un buen día y no sabía qué pedir. Alguien me preguntó qué quería comer y le dije que me daba exactamente igual. «Cualquier cosa valdrá y agua para beber, gracias», recuerdo que le dije.

Volvió a quedarse en silencio y lo dejé pensar.

—Ni tan siquiera le había mirado a la cara.

Habló como quien pide disculpas y sentí pena por él. En un intento por reconfortarlo, me acerqué y apoyé la cabeza en su hombro. Soltó mi mano y me rodeó la cintura con el brazo; recordé su libro de instrucciones y tuve que reprimir las ganas de hacer yo lo mismo.

—Volvió con el agua —siguió hablando, triste—, y al poco tiempo apareció con la comida. Cuando miré el plato levanté la vista sorprendido y lo miré. ¿Sabes?, no era el más caro ni el más sofisticado de la carta, era un plato enorme con huevos fritos, arroz y un gran cuenco con salsa de tomate, y recuerdo que lo miré con cara de asombro. «Cuando tengo el ánimo bajo, este es mi remedio» me dijo. Y se presentó Era el señor Andrés —evocó nostálgico.

Su voz tembló por la emoción mientras yo permanecía en un acertado silencio. No se me escapó la emoción con la que pronunció su nombre. Era la primera vez que le oía referirse a alguien de esa manera, con cariño, respeto y orgullo. Noté cómo me besaba el pelo mientras se me ponía un nudo en la garganta.

—Se sentó conmigo y empezamos a hablar. Era un hombre fabuloso... ¡Ojalá mi...!

No terminó la frase, pero pareció desinflarse por dentro y lo noté mal, triste, dolido... De nuevo esa tosecilla..., ese carraspeo... Me di cuenta de que iba a seguir hablando.

—Bajito, delgado, con algo de barriga, poco pelo y con unos ojos azules de dulce mirada. Siempre sonriente y contento pero, cuando te miraba, te dabas cuenta de que estabas ante una persona en la que podías confiar.

Hablaba lento, profundo, con una gran ternura, dejándose llevar por sus recuerdos. No cabía duda de que sentía por ese hombre un gran cariño.

—Fue una de mis mejores comidas —prosiguió tras unos segundos de silencio—. Habló de su otro restaurante, Le Coin... Incluso me dio su teléfono para que fuera a comer donde estuviera y comentó que, si iba un poco más temprano, podríamos comer juntos.

Un gran suspiro interrumpió su relato, yo estaba tan absorta escuchándolo que me había olvidado por completo de dónde nos encontrábamos.

—Desde aquella vez, comíamos juntos todos los domingos. Era muy hablador y me dio buenos consejos que fueron muy valiosos para mí. Insistía mucho en el valor de la palabra dada, en tener la conciencia limpia, en la honradez... Me dio tantas lecciones y tan buenas... Y me hice la promesa de no olvidarlas jamás. Ojalá...

Esa frase también quedó inconclusa y me miró sorprendido por haber empezado a abrir una puerta de su armario emocional. Yo sabía la importancia de ello; él también.

—¿Sabes? Eres la primera persona a la que le cuento esto —explicó adivinando mi pensamiento.

—¿Emerson, Marcos? —Fue mi única pregunta.

Todavía desconcertado por lo que acababa de hacer, negó con la cabeza.

—Gracias por confiar en mí y contarme esto. Es el mejor regalo que me has podido hacer.

Era cierto. Estaba emocionada y feliz y, el que me hiciera partícipe de algo tan personal, para mí tenía un valor incalculable.

—¿Me lo vas a presentar? —pregunté ilusionada.

—Ojalá pudiera, Julia. —Su cara se ensombreció—. Murió de un infarto. Justo cuando las cosas me empezaron a ir bien.

—Lo siento, Joseph, de verdad.

Le di un cariñoso beso en el hombro y volví a notar sus labios en mi pelo. Los mantuvo un rato, respirando con calma, pensando.

—Lo cierto —prosiguió tras un largo suspiro—, es que toda la gente a la que quiero o que me importa muere. ¿Te das cuenta lo que eso significa?

Me miró y, pese a sus gafas de sol, pude entender lo que con sus ojos quería decir. Me planté delante de él y lo agarré por ambas manos.

—¿Tienes ese miedo conmigo? —le pregunté a bocajarro.

No contestó, pero viendo la expresión de su cara, no hizo falta.

—Oye, he atravesado medio mundo para llegar a este lugar tan maravilloso. He conocido a una persona extraordinaria, soy tan feliz y me quedan tantas cosas por hacer que, créeme, no tengo tiempo ni ganas de morir.

No me dejó continuar, se soltó de mis manos y, agarrándome la cara, me besó con fuerza. Con ese beso quería borrar los pensamientos lúgubres que tenía en aquel momento. Mi lengua acarició la suya y su ritmo se fue relajando hasta convertirse en un beso dulce y tranquilo. Le mordisqueé el labio y soltó un gemido que llegó al fondo de mi vientre.

—Para, o te advierto que tendremos que meternos en el agua los dos —susurró entre mis labios.

—Umm, una cosa más que tengo pendiente —contesté enigmática.

—En esas cosas que tienes pendiente, ¿estoy en alguna? —siguió hablando sobre mis labios.

Parecíamos dos adolescentes hablando mientras se besuquean en plena calle. Yo estaba feliz. Me gustaba de cualquier manera, pero verlo así, relajado y exhibiendo su sonrisa deliciosamente escalofriante sin importarle el lugar, para mí tenía un valor especial.

—Estás en todas y cada una de ellas —susurré.

Volvió a gemir y algo en mi interior se aceleró de nuevo. Pero tendría que esperar, habíamos llegado.



Capítulo 18

El restaurante, que hacía esquina, era grande y tenía una enorme terraza. Justo enfrente había un coqueto hotel.

—¿Dentro o fuera? —me preguntó.

—Donde tú prefieras.

—Yo prefiero dentro. —Señaló hacia el interior.

—Pues vamos —respondí más que de acuerdo, fuera pegaba un sol de justicia.

El interior era espacioso y calculé, más o menos cuarenta mesas, atendidas con rapidez y eficacia por unos diez camareros elegantemente vestidos con una chaquetilla corta y blanca, tipo esmoquin, pantalón negro y en la cintura un elegante fajín. Me fijé en la decoración y me gustó; habían conseguido un efecto acogedor a la par que elegante. Seguí a Joseph, que se encaminó hacia la última mesa del local, situada en un rincón. Se sentó, como siempre de espaldas a la pared, y me di cuenta de que debía de ser su mesa, la de su anécdota; yo me coloqué frente a él, de espaldas al local. Me agarró una de las manos que tenía sobre la mesa mientras que, con la otra, se quitó las gafas, recorriendo el local con la mirada. Un aire de tristeza volvió a su cara y supuse que se estaba acordando de otros tiempos.

—¡Joseph, qué alegría volver a verte! —Una voz alegre sonó a mis espaldas.

Me volví y vi a un hombre moreno que, con gesto agradable, venía hacia nuestra mesa. Joseph se levantó y el saludo entre ellos fue especialmente cordial. Desde luego, el cariño que había entre ellos era palpable.

—Me estabas empezando a asustar, no es normal que pasaras tanto tiempo sin venir.

—Gracias por preocuparte —contestó un sonriente Joseph—, pero la

verdad es que he estado ocupado —explicó mirándome de reojo.

Yo sonreía en silencio. Me gustaba oírlo hablar en su idioma, sin contenerse, como hacía conmigo. Era cuando mejor se expresaba, incluso en el lenguaje no verbal; se soltaba más y se le veía cómodo y relajado. Me propuse el conseguir, lo antes posible, que pudiera hablar así conmigo; quizás lo hiciera todo un poco más fácil.

—¿No me la vas a presentar? Pero Joseph, ¿dónde está todo lo que te he enseñado? —bromeó con una gran sonrisa, haciéndonos reír.

—José María, te presento Julia. Julia, este es José María, el hijo del señor Andrés.

Un rostro francamente agradable me estaba observando. Tenía la cara llena de marcas, posiblemente como resultado de un fuerte acné, y una expresión picarona en sus pequeños ojos marrones. Tenía poco pelo y, aunque era algo más joven que Joseph, como supe después, aparentaban la misma edad. Tan pronto lo vi, me cayó bien, y más cuando me sorprendió con un cariñoso abrazo y un par de besos.

—Encantada.

Me miró con sorpresa antes de que pudiera decir algo más.

—Gallega. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—Pues sí, ¿tanto se nota? —contesté riendo.

—¡Ohhh! Joseph, una gallega... Con esa cara y esos ojos. —Divertido, chascó con fuerza la lengua—. Lo siento, chico, pero estás perdido.

Sonreí como una tonta y noté cómo me ponía colorada, sin sofoco de por medio.

—Me temo que tu advertencia llega tarde —respondió sonriente mientras me cogía la mano y me la besaba con suavidad.

Mis ojos se abrieron como platos, sorprendida por su reacción. Hacía un momento, en la calle, le costaba darme la mano y en el restaurante no le importaba tal demostración pública.

«¿Será porque con él tiene confianza?», me pregunté a mí misma.

—¡Esto hay que celebrarlo, Joseph! —exclamó, poniendo con cariño la mano sobre su hombro—. Ya iba siendo hora, y no sabes lo que me alegro.

Irradiaba energía, alegría y, por lo que Joseph me había contado, debía parecerse a su padre en su forma de ser. Pedimos, una Coca-Cola Light para mí y un agua para él.

—¿No me dirás que tú tampoco bebes alcohol?

Asentí.

—Y no fumo —me adelanté.

Levantó las manos en el aire y, volviendo a mirar a Joseph, repitió:

—Te lo dije, estás perdido —sentenció apuntándolo con el dedo. Parecía conocerlo bien.

Mientras esperábamos nuestras consumiciones pude observar la presencia de un piano en una esquina.

—José María lo toca —me aclaró Joseph al ver que lo estaba mirando.

—Vaya —comenté distraída—. ¿Está de moda tocar el piano? La verdad es que, hasta que llegué aquí, no había conocido a nadie que lo tocara —argüí.

—En los colegios siempre te enseñan a tocar algún instrumento —razonó encogiéndose de hombros.

—¿Tú también lo sabes tocar? —Dejé caer la pregunta con suavidad, a pesar de que Marcos me lo hubiera comentado, ya que sabía lo poco que le gustaba hablar de temas personales. La tosecilla y el carraspeo me dieron la razón.

—Pues sí, como en casa ya se tocaba, yo también elegí el piano —respondió incómodo.

Permaneció en silencio, con el semblante serio y sus labios convertidos en una fina línea.

—¿Y por qué no tocas algo? —Me envalentoné—. Me gustaría...

Callé; su mirada y el gesto de su mano fueron demasiado elocuentes.

—Ya tuve demasiada música de joven —me di cuenta de que él también había pensado en voz alta.

Apareció José María y la conversación volvió a los cauces de cordialidad deseados. Le conté el porqué de mi estancia en Río de Janeiro omitiendo nuestro primer encuentro... o desencuentro y Joseph sonrió maliciosamente. Él me habló del cariño que su padre le profesaba a mi acompañante, un cariño que él compartía.

—Para nosotros es como de la familia —continuó ante la mirada algo avergonzada de Joseph—. Cuando venía comía con nosotros y así yo aprovechaba para tener unas clases extras de piano —dijo señalando al que había en el local.

—Ah... ¿Y es buen maestro? —Sonreí con malicia yo.

—El mejor, no sabes lo bien que toca.

Uno de los camareros lo llamó y nos dejó a solas; aproveché para saborear mi cola light, fría y sin hielo, y me sentó bien.

—Te gusta, ¿no? —Se había dado cuenta de que era prácticamente lo único

que bebía.

—Pues empecé a tomarla por culpa de la quimioterapia y, ya ves..., ahora sigo. —Me encogí de hombros y, resignada, suspiré.

—Perdona, lo siento, no sabía... —Azorado, me cogió la mano y la apretó suavemente.

—No importa, de verdad —hablé tranquila—. La verdad es que la quimio me atacaba mucho al estómago y no era suficiente con las pastillas que me daban en el hospital para suavizar las molestias. —Paré de hablar y di otro sorbo—. Una mujer que también se la estaba poniendo me habló del remedio: beberla a pequeños sorbos cuando se tienen muchas náuseas. Y funcionó —aseguré, volviendo a beber otro pequeño trago.

—¿Lo pasaste mal? —Se había puesto serio y me miraba a los ojos casi sin pestañear.

Lo medité unos instantes y me vi, de nuevo en el laboratorio, hablando con Carlos. Había sido él el que me lo había diagnosticado.

—Me llamó Carlos, mi jefe, a su despacho. —Comencé a hablar casi sin darme cuenta—. Quince días antes me habían quitado un bultito que parecía no tener mayor importancia. Todas las pruebas indicaban que era un fibroadenoma, un tumor benigno. —Me apresuré a explicar ante su cara de no saber de qué estaba hablando—. Pero por mis antecedentes familiares me aconsejaron extirpármelo. —Suspiré y me fui muy lejos—. ¿Sabes?, no me di cuenta de nada, no me fijé en las caras de mis compañeros cuando Carlos me llamó a su despacho. Solamente cuando llegué allí y vi su expresión, lo supe.

—No sabes cuánto siento que hayas tenido que pasar por todo eso, Julia —dijo mientras me besaba la mano con cariño.

Enarqué las cejas y dejé escapar otro largo suspiro.

—No soy más que una de entre miles, con la diferencia de que yo estoy aquí para contarlo. —Le sonreí—. Y tú no sabes lo que me valió el tener que pasar por todo eso.

Hablé firme, segura de lo que estaba diciendo. Él guardó silencio, concentrado en lo que yo le contaba. Ladeó de esa manera tan peculiar la cabeza y fui consciente de que no había entendido mis palabras. Pensando en ello, los ojos se me humedecieron y, emocionada, tragué saliva.

Con gesto cariñoso, envolvió mis manos entre las suyas, pero tuve la reconfortante sensación de que me envolvía por completo y lo miré sin pestañear.

—El cáncer no solo me hizo luchar para sobrevivir, sino también para

intentar ser feliz. —No aparté los ojos de los suyos y cogí aire para proseguir —. Lo primero lo conseguí hace tiempo, lo segundo lo he logrado ahora.

—¡Hola, señor Marshall!, ¡cuánto tiempo sin verlo! —Una fuerte voz sonó a mis espaldas, sorprendiendo incluso a Joseph pese a que lo tenía de frente.

Alzó la vista, molesto por la interrupción, aunque consiguió disimularlo esbozando una rápida y educada sonrisa. Mientras ambos se saludaban, me encontré ante el hombre de color más guapo que había visto en mi vida. Muy alto, totalmente calvo y dueño de unos ojos increíblemente azules que contrastaban con el negro intenso de su piel y que lo hacían muy atractivo. Vestía de una manera muy parecida a la de Joseph, totalmente de oscuro y muy elegante. Una llamativa cadena, así como un gran reloj que parecía de oro, estropeaban, para mi gusto, el conjunto.

—Hola, Leo, ¿qué tal todo?

Noté que no hacía ademán de presentarme, pero ante la insistente mirada del tal Leo no le quedó otro remedio.

—Leo, te presento a la señorita Julia Torres.

«¡Vaya!, ahora ya no soy Julia a secas», pensé.

Antes de poder contestar, me agarró la mano y me la besó de forma galante. Gratamente sorprendida, le sonreí, ignorando la expresión hosca de Joseph.

—Mucho gusto —balbuceé.

Se hizo un incómodo silencio y, ante el mutismo de Joseph, me vi en la obligación de que lo invitara a que se sentara con nosotros. La mirada que le lancé debió de ser lo bastante elocuente ya que, con un gesto, le señaló la silla en la que se sentó de inmediato.

—Solo un momento —se apresuró a decir.

Tenía una voz fuerte pero agradable.

—La señorita Torres es una amiga muy especial —le soltó Joseph, agarrándome de nuevo la mano.

Leo nos recorrió con sus increíbles ojos y sonrió enseñando una reluciente y perfecta dentadura.

—Estupendo, entonces procuraremos cuidarla para que no le pase nada —respondió, mirándolo fijamente.

Algo se me volvía a escapar y odiaba tener esta sensación. Pero lo cierto era que, desde que estaba en Río, algo se me escapaba continuamente.



«¿Me estaré volviendo idiota?», razoné camino del cuarto de baño.

Me miré en el espejo mientras me lavaba las manos y pude ver que no solo había mejorado físicamente. Mi mirada había cambiado, mis ojos tenían un brillo que yo no recordaba haber tenido nunca e incluso andaba más erguida. Me embadurné los labios con mi barra mágica, un aire de «mi/su» colonia y lista. Cuando salí, se estaban despidiendo en la puerta.

—Dale saludos a tu madre —le decía Joseph.

—Serán dados; por cierto, tiene muchas ganas de verle —contestó un educado Leo—. Y gracias de nuevo.

Un gesto de Joseph lo hizo callar.

—Encantado de conocerla, espero que nos volvamos a ver —repetiendo su elegante gesto, me besó la mano y se fue.

A continuación, nos despedimos de José María con la promesa de que el próximo domingo vendríamos a comer. Tan pronto salimos, Joseph cogió el teléfono y marcó un número; lo oí hablar y me aparté. No quería que pensara que era una cotilla y cuando hablaba con los demás lo cierto es que apenas entendía nada. Mientras vi cómo Leo subía a un lujoso coche en el que un conductor lo estaba esperando. Por algún motivo, El Padrino me vino a la cabeza.

—¿Estás libre mañana a las seis de la tarde? —me preguntó de repente.

—¿Por? —solté mi típica respuesta.

—¿Estás libre mañana a las seis? —repetió como única explicación.

—Sí, supongo que sí —respondí vacilante.

Le oí decir algo más y colgó; lo miré con expresión interrogante, pero me tomó de la mano y seguimos andando en silencio.

—¿Qué? —pregunté intrigada.

Sonrió, pero permaneció callado.

—¿Qué? —insistí impaciente.

—Mañana a las seis tienes una prueba para entrar en un coro.

—¿¿Quéeeee?! —Me paré en seco y, mirándolo sin pestañear, lo repetí hasta quedarme sin aire.

—Te estás volviendo un poco repetitiva —bromeó, sonriendo de oreja a oreja.

—¿De verdad? —Había conseguido cambiar el discurso—. ¡No me lo puedo creer! —exclamé entusiasmada.

Ante su estupor, me planté delante de él y, agarrando su rostro entre mis

manos, le di un fuerte beso. Intentó apartarse, pero yo no desistí; eso no estaba prohibido en su libro de instrucciones. Cuando mi lengua acarició sus labios no pudo resistirse y, en plena calle, me abrazó y nos volvimos a besar como dos adolescentes.

—Me estás volviendo loco y lo sabes, ¿verdad? —susurró jadeante con la frente apoyada en la mía.

—Tú a mí también, y me encanta —respondí intentando recuperar el aliento.

Seguimos andando y me explicó, por fin, lo del coro. Me habló de la fiesta benéfica a la que asistía una vez al año, la causante del jaleo por culpa de las dichosas fotos, y me contó que se hacía para conseguir dinero para causas relacionadas con problemas de la infancia. Se recaudaba para escuelas, centros de acogida, hospitales infantiles y demás. El caso era que en esa gala siempre actuaba el mismo coro; previamente grababan varios cedés con las canciones de la actuación y los vendían ese día, era su manera de colaborar.

—¿Qué tipo de canciones cantan? —pregunté—. No vaya a ser ópera o algo parecido, porque me puede dar la risa.

—Tranquila, creo que te va a gustar. Son canciones conocidas, tanto de aquí como de fuera, pero les dan su toque especial, como tú. —Me miró sonriente—. La gala se hace en uno de los mejores hoteles de la ciudad —prosiguió—, y empieza siempre con la actuación de ese coro.

Se calló y me miró feliz. Yo debía de tener la misma expresión que una niña con zapatos nuevos.

—De momento es una prueba, tendrás que pasarla —me advirtió.

Estaba tan contenta que me sentía capaz de todo. ¡Me gustaba tanto cantar! Recordé lo que me había dolido el tener que dejarlo, pero con Víctor todo eran problemas: «Parece que te gusta dar la nota...», «no sois más que gente enferma dando lástima...», «canta en casa si quieres...». Y todo le iba mal, los horarios de los ensayos, los días de actuación... Al final conseguía que tuviera la sensación de estar haciendo algo malo y no era capaz de disfrutar nada pensando en la vuelta a casa.

—No me preocupa —contesté segura—. Y gracias, te debo una. —Mi tono cambió de modo sutil.

—De nada, pero recuerda que yo siempre cobro mis deudas. —El suyo cambió también.

Milagrosamente, pareció olvidarse de que aún estábamos en plena calle y me pasó un brazo por encima del hombro; con ese simple gesto sentí que

podía volar. Estaba tan eufórica que si, en ese momento, me hubieran dicho que la prueba era para La Escala de Milán me hubiera dado exactamente igual, y quizás por eso la vuelta se me hizo más corta. En el ascensor me abrazó en silencio; mientras subíamos notaba sus labios en mi pelo, pero también que estaba muy lejos. Sin moverme, le besé el pecho, oí un profundo suspiro y supe que había vuelto.

—Mañana te recoge Emerson a la salida del trabajo, yo te espero en mi oficina —me dijo ausente—. Quiero enseñarte el sitio donde trabajo y de paso quiero presentarte al pesado de mi abogado y a mi temible secretaria —bromeó al fin.



Capítulo 19

Estábamos cenando la lasaña que había sobrado y pude ver que no estaba muy hablador. Me di cuenta de que las confidencias hechas acerca del señor Andrés habían despertado sus recuerdos. De repente, ladeó la cabeza de esa manera tan particular y, en silencio, me sonrió; cuando me miraba así, no podía evitarlo y conseguía ponerme nerviosa.

—¿Dónde está tu oficina? —pregunté cambiando de tema.

—¿No lo sabes? —su cara expresó su perplejidad.

Negué con la cabeza mientras tragaba un trozo de lasaña.

—Mi oficina está aquí, en este edificio. En la planta doce.

—¿Y en el resto del edificio que hay?

—El resto de mis oficinas.

—¿Te hace falta todo el edificio?, pues ya te debe salir caro.

—Julia, todo el edificio es mío. ¿No te lo había dicho? —preguntó incrédulo.

—Pues no, aunque tampoco creo que tuvieras que hacerlo —lo disculpé.

—¿Ves lo que consigues? —Y esbozó su sonrisa deliciosamente escalofriante—. Consigues que me olvide de todo.

A este paso se me iba a quedar cara de idiota, pero no lo podía remediar. Nunca nadie me había hablado así y la emoción que me producían sus palabras continuaba bloqueándome a todos los niveles. Se me humedecieron los ojos y él se dio cuenta; me tomó la mano y acarició las puntas de mis dedos con los labios.

—Por cierto, si mal no recuerdo, dijiste que me debías una, y ya sabes que siempre cobro mis deudas.

Su mirada cambió y algo más que mis ojos se humedeció.

—Cuidado con las marcas —conseguí articular entre mordisco y mordisco

al entrar en «mi/su» habitación.

Con un gruñido por respuesta, volvió a rozar con los dientes mi hombro

—¿No soy el macho alfa? —Percibí su sonrisa—. Pues voy a dejar mi marca en ti. —Habló jadeante mientras me tumbaba en la cama.

Cerré los ojos y me dejé invadir por su voz, por sus caricias, por las sensaciones que estaba descubriendo y que no sabía que podían existir. Volvió a saborear los jugos de mi sexo, —el mejor sabor del mundo—, le oí decir con su cabeza entre mis piernas. Yo, nuevamente atada, apenas me podía mover y, cuando me penetró lo hizo con tanta fuerza que creí partirme en dos. Su boca buscó con ansia la mía y nuestras lenguas empezaron a moverse al ritmo que marcaban nuestros cuerpos. Cuando ambos explotamos no podíamos ni respirar y todo mi cuerpo se tensó bajo su peso mientras él descargaba el suyo en el mío.

—¿Todo bien? —preguntó inquieto mientras desataba las cintas.

—De maravilla, como siempre... —respondí pegándome a su cuerpo.

Me abrazó y nos quedamos así un buen rato. Apoyé la cabeza en su hombro y su respiración era tan suave que, por un momento, creí que se había dormido.

—Antes... —Habló de repente, pero, incapaz de acabar, la pregunta se calló.

Levanté los ojos y lo miré; no era necesario que dijera nada más. Sabía lo que quería decir y sabía lo que quería saber.

—No —rotunda, me apresuré a contestar—. Nada parecido a esto. —Fruncí el ceño—. Mejor dicho, nada de nada.

—Julia, perdona, no me debes ninguna explicación. Estás aquí y para mí es suficiente. Además, algo sé. —Se movió inquieto al decírmelo.

—¿Algo sabes? —pregunté nerviosa—. ¿Con quién has hablado? ¿Y de qué? —Me había puesto en pie y, molesta, hacía pregunta tras pregunta.

—Hablé con tu jefe; me llamó cuando dimos vuestros nombres.

—¿Qué te llamó? ¿Mi jefe? ¿Para qué?

Mi cabreo iba aumentando por momentos, ya que yo no me había enterado de nada.

—Julia, déjalo, no debí decirte nada. —Habló apesadumbrado.

—¿Me quieres decir lo que te contó? —pregunté tajante.

—No te enfades. —Me miró preocupado y, con un gesto, me pidió que volviera a la cama. Pese al enfado que tenía en ese momento, lo hice y él se

puso de lado, apoyando la cabeza en un brazo mientras, con la otra mano, empezó a acariciarme la cara—. Me dijo que habías tenido algunos problemas de salud, aunque no me dijo cuáles. —Se apresuró a aclararlo—. Y también me comentó lo que había ocurrido con..., bueno... con...

—Con Víctor, mi pareja por aquel entonces —interrumpí impaciente.

—Pues sí. Me vino a decir que, dado tu estado emocional, no consideraba que lo mejor para ti fuera este cambio; más o menos fue así —resumió, tragando saliva incómodo.

—Será cabrón —solté de inmediato.

—No te enfades, no lo consiguió —dijo mientras me acariciaba la cara—. Además, es comprensible; tú le interesas, lo sabes, ¿no?

—No... Bueno, sí —tuve que admitir—, pero eso no le da derecho... —Estaba tan enojada y sorprendida que no conseguía acabar las frases.

¿Cómo me había podido hacer eso? Precisamente, por cómo estaba, él sabía que tenía que salir de allí. Sin embargo, se me presentaba la oportunidad y, a mis espaldas, casi me la jode.

—Dime la verdad, ¿por qué diste mi nombre? —le pregunté de repente.

Me miró fijamente, me cogió la mano y, ausente, me besó los dedos.

—Ya te dije que yo ese día estaba especialmente mal, las cosas no me estaban saliendo bien y lo cierto es que no entraba en mis planes asistir a ese acto. Pero el director de tu hospital, por medio de mi secretaria, se enteró de que estaba en la isla, se puso en contacto conmigo y me insistió para que fuera. Bueno, pasó lo que pasó —continuó rápido—, pero entre las muchas cosas que dijiste, una me impactó de manera especial.

—¿Cuál? —La impaciencia por saberlo me devoraba.

Tardó unos segundos en contestar, los mismos que yo en respirar y en pestañear.

—Cuando dijiste que, aparte de todo lo demás, estabas muerta.

—¡Oh! —solté con pena.

—No lo entiendes, Julia, pero describiste exactamente como me sentía yo —continuó—. Y lo peor es que no era consciente de ello. Aunque no lo creas, esa frase me ayudó a entender muchas cosas de mí mismo.

—Lo siento Joseph, de verdad, siento haberte hecho sentir mal —me lamenté.

Me miró como solo él hacía y sonrió levemente.

—No, Julia, fue lo mejor que me pudo pasar. —Entornó sus preciosos ojos, se acercó a mi boca y me besó—. Pese a nuestro desafortunado primer

encuentro, solo quería volverte a ver. Tenía una oportunidad, pero también un miedo atroz de no conseguirlo. —En sus ojos se reflejó el miedo que le provocaba pensar en eso.

—Oye, lo de la fuga de gas en los laboratorios... No me dirás...

Su risa me impidió seguir hablando.

—No, eso es cierto. Pero no veas la alegría que me llevé cuando me enteré del problema. Me dio la excusa perfecta para traerte aquí. —Sonrió orgulloso—. Tuve el corazón en un puño hasta ver si aceptabas y, por primera vez en mi vida, pensé que, si había algún Dios, esta vez tenía que estar de mi parte.

—Pues bendito sea ese Dios y que esa avería tarde mucho en arreglarse —dije besándolo tiernamente.

—Por eso no te preocupes, de eso ya me estoy encargando yo —respondió sonriendo burlonamente.

Lo miré incrédula y me eché a reír.

—¿No me dirás...? ¡Joseph! —intenté que sonara a reprimenda sin conseguirlo—. Esto no es serio, ¡por favor!

—¿Y a quién le importa? —encogiéndose de hombros, respondió—. Los obreros están encantados, yo estoy encantado, ¿y tú?

Se quedó en silencio a la espera de mi respuesta.

—¿Yo?, más que encantada —respondí acariciándole la cara.

—Pues entonces, todos contentos. Además, vete haciéndote a la idea de que tú no te vas de aquí.

—Joseph, por favor... No hagas...

Tenía miedo, miedo de oír cosas que después no se hicieran realidad. Miedo de que un día ese hombre se cansara de mí, un miedo atroz a que un día quisiera volver a su mundo y a su vida de siempre. Y, lo peor de todo, era que a mí me aterraba la idea de tener que volver al mío. Mi cara debió reflejar toda la angustia que aquellos pensamientos me producían, tanta que empezó a costarme respirar.

Me acarició los labios con el dedo y me miró serio, intenso, con esa mirada que hacía que mis entrañas se derritieran y todo lo demás desapareciese.

—Julia —su voz resonó profunda—, haré lo que sea y todo lo que esté en mi mano para tenerte siempre a mi lado. Aunque para ello tenga que atarte, secuestrarte y encerrarte en esta casa el resto de tu vida.

—¿Serías capaz? —pregunté, casi sin voz de lo impresionada que me quedé.

—Sí —respondió rotundo—, pero espero convencerte de otra manera. No

sé si te das cuenta, pero te has convertido en lo único que me importa.

Noté el puto nudo en la garganta y las putas lágrimas en mis ojos. Seguía sin acostumbrarme a oír estas cosas y me bloqueaba.

—Pues ya somos dos —acerté a decir antes de besarlo apasionadamente, invadiendo su boca con mi lengua.



El fin de semana había pasado rápidamente y había resultado perfecto, tanto que todo me parecía un sueño. ¿Dónde estaba la Julia de antes? La adalid del «con calma», «hay que pensárselo bien», la del «paso a paso». ¿A dónde me había llevado todo eso? Pues a una relación que había sido un auténtico desastre; tanto pensar y tanto esperar al príncipe azul que al final se convirtió en rana, por decir algo suave. Quizás por eso quería ser completamente distinta o, al menos, no volver a cometer los mismos errores. Prefería vivir sola el resto de mi vida que sentirme sola al lado de alguien.

El teléfono de Joseph sonó interrumpiendo mis derivas mentales; se puso rápido el pantalón y salió a la terraza. Hablaba con alguien en inglés y, pese a que yo lo hablaba bastante bien, el suyo era tan fluido y lo hacía tan bajo que no me enteré de nada, salvo de que hablaba con un tal Mark. Incluso de espaldas pude darme cuenta de que se ponía tenso, con el cuello inclinado hacia delante y respondiendo con frases cortas. Cuando colgó, se quedó quieto, apoyado en la barandilla, mirando a la hermosa playa de Copacabana, pero pude ver que toda su felicidad y calma habían desaparecido. Me vestí y, en silencio, me puse a su lado. ¡La vista era impresionante! y a mí me seguía sobrecogiéndome, pero él tenía la mirada perdida, le agarré la mano; no me miró. No sé en qué estaba pensando, era evidente que le resultaba doloroso.

—Tanta belleza deja a uno sin palabras —repetí su frase intentando tranquilizarlo, sin saber de qué.

Suspiró con fuerza, me pasó una mano por encima del hombro y me apretó contra él. Despacio, moví un brazo con la intención de abrazarlo por la cintura. Al ver que cerraba los ojos y contenía la respiración, hice el ademán de retirarlo. Negó con la cabeza y, con su mano, agarró la mía para quedarnos así.

—A veces el odio también te deja sin palabras.

Habló pensando en voz alta, pero su voz sonó tan dura y tan fría que un

escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Mírame —pedí asustada.

Giró la cabeza rápido pero sus hermosos ojos ahora eran crueles y estaban llenos de odio. Aunque me miraba, me di cuenta de que no veía lo que tenía delante.

—Mírame, Joseph —repetí con ternura, acariciándole la cara.

Parpadeó, sorprendido y sí me vio. Lo besé con dulzura, su expresión se relajó y su mirada cambió. De dondequiera que estuviese, había conseguido que volviera.

—Déjame ayudarte, por favor —supliqué.

No dijo nada, pero me miró como si me estuviera viendo por primera vez.

—Déjame ayudarte —insistí sin apartar los ojos de él.

—¿Ayudarme? —repitió, abrazándose a mí.

Se apartó y, agarrándome la cara con la manos, me volvió a mirar, consiguiendo que mis entrañas se derritieran. Yo seguía sin pestañear.

—No eres consciente de lo que me has hecho, ¿verdad? —Pese a su amplia sonrisa su voz tuvo un toque de ansiedad.

—Yo... no sé... —consegui balbucear, completamente descolocada. ¿De qué hablaba?, ¿qué había hecho yo?

Mantuvo mi cara entre sus manos, con los ojos fijos en los míos; yo ya me había olvidado de parpadear e incluso de respirar.

—Lo has cambiado todo, Julia, has cambiado mi vida hasta un extremo que no puedes ni imaginar.

Se abrazó a mí mientras su tensión se desvanecía segundo a segundo. Para variar, no pude hablar y, aunque intenté evitarlo, dos gruesos lagrimones me rodaron por la cara y nos quedamos así un buen rato. Yo, entre sus brazos, sobre su pecho y oyendo el rítmico latir de su corazón; para mí, el lugar más seguro del mundo.

—Y eso... ¿para ti es bueno? —Con los ojos llenos de lágrimas, conseguí hablar mientras volvíamos a mi dormitorio.

—No llores, mi niña, no llores —murmuró con dulzura mientras hablaba y me secaba las lágrimas con los labios.

—¿Es bueno? —insistí tozudamente.

Me miró con esa sonrisa suya que me hacía girar en el aire.

—Bueno no, maravilloso. —Frunció el ceño mientras comprobaba que mi cara ya no estaba mojada—. Lo único que sucede es que tengo que cambiar el resto de mi futuro.

Lo dijo tan serio y tan seguro... ¡Joder! ¡A mí no se me podía hablar así y pensar que no voy a llorar a moco tendido!

—¿Te he dicho alguna vez que los ojos se te ponen preciosos cuando lloras?

—No, nunca, pero puedes decirlo cuando quieras —intenté bromear, tratando de parar de llorar.

Me besó con dulzura; de repente, me sentí agotada y lo miré. Sin decir nada, nos fuimos a la cama y, esperanzada, me tumbé en ella.

—Buenas noches, mi niña. —Su voz sonó melancólica.

—Buenas noches, mi niño. —Intenté que la mía no reflejara la decepción que sentía en esos momentos.

Nos besamos intentando disimular nuestro estado de ánimo; ninguno de los dos estaba bien.

—¿Puedo venir a despertarte por la mañana? —Era su manera de decir lo siento.

—Claro que sí, me encantaría.

Soltó un suspiro de alivio y, intentando contenerse, me besó con dulzura. Pese a todo, cuando se fue me sentí mal. Lo cierto era que me había dejado claras una serie de condiciones que yo había aceptado y, por lo tanto, no tenía derecho a exigirle nada; lo único que conseguía era que se sintiera culpable.



Capítulo 20

Juraría que no había pasado ni una hora cuando, unos besos en mi nuca y en mis hombros consiguieron despertarme. No era capaz de abrir los ojos; mejor dicho, no quería abrirlos. Sonreí e, intentando hacerme la dormida, me moví para dejarle sitio a mi lado, pero se sentó en la cama y permaneció quieto.

—Aún no estoy despierta —bromeé, abriendo un ojo.

—Pues, si te vieras en el espejo con esos pelos tan alborotados, te despertarías al instante.

Se echó a reír viendo mi cara de ofendida mientras intentaba, en vano, poner un poco de orden en el caos que era mi pelo.

—Parece que hoy nos hemos levantado galante, ¿no? —refunfuñé.

—Espera y verás lo que es galante.

Sin más, apartó la ropa de cama. Dormía con una camiseta y, al estar medio subida, mi sexo quedó completamente expuesto. Abrió la boca y suspiró.

—¿Qué? ¿Ahí también esta alborotado? —respondí sorprendida de mi poca vergüenza.

Se inclinó sobre mí y en silencio, empezó a olerme todo el cuerpo; entonces sí que desperté. Notaba el roce de su nariz por mi piel mientras aspiraba, una y otra vez, mi olor y escuchaba cómo su respiración se aceleraba a la par que mi pulso.

—Por favor, Joseph —conseguí protestar débilmente—, estoy sin duchar y ayer...

—Por eso me gusta —respondió, mientras lo seguía haciendo—. Hueles a ti y a mí.

¡Oh, no! Mi entrepierna empezó a notar el efecto de tal situación. Gemí y cerré los ojos cuando descendió hasta mi vello púbico y me lo acarició suavemente con la nariz.

—¿Ves?, no está nada alborotado —oí su profunda voz.

—Pues será lo único que no lo esté en este momento —volví a protestar débilmente.

—Pues habrá que comprobarlo —susurró ronco.

Sin más, introdujo sus dedos en mi sexo. Emití un grito de sorpresa y me noté mojada. Cuando los sacó, sonrió maliciosamente.

—Tenías razón.

Acto seguido se los metió en la boca y los saboreó; de la sorpresa, me quedé boquiabierta y aproveché para besarme. Aún estaba paladeando mi propio sabor cuando él se apartó, oliéndose los dedos.

—Ahora tengo tu olor para todo el día —dijo sonriendo feliz.

—Serás guarro.

Intenté decirlo en serio, pero no pude conseguirlo y me tumbé boca abajo en la cama para que mi amplia sonrisa no me delatara.

—Contigo sí, y me encanta —le oí decir a mis espaldas—. Ahora, a la ducha —ordenó dándome una leve palmada en el culo.

Me volví rápido para protestar; sonrió y me apuntó con el dedo.

—Si no quieres más, te espero abajo en cinco minutos para desayunar —amenazó sonriendo.

—Pues sí, quiero más —pensé en voz alta al mismo tiempo que notaba cómo me ponía colorada.

Su mirada cambió, entornó los ojos y se acercó a la cama. Por puro instinto, fui subiendo hasta quedar sentada en la almohada.

—Con que nos gusta jugar, ¿eh?

No fui capaz de responder, tenía su cara casi pegada a la mía y su mirada me tenía hipnotizada. Sus ojos parecían echar fuego y yo me sentía arder. Cerró los ojos unos segundos y me besó en la frente, intentando serenarse.

—A la ducha —repitió con firmeza—. Creo que te hace buena falta y, a este paso, a mí también. Pero lo de jugar queda en pie —me advirtió cuando salía por la puerta.

Me quedé sentada en la cama, con la cara a cuadros, y con la entrepierna recuperándose del nuevo despertador.

—¡Cinco minutos! —Le oí gritar mientras bajaba por las escaleras.

Me levanté a cien. Eran las 6.30 de la mañana, pero tenía que darme prisa si no quería llegar tarde, cosa que odiaba.

Cuando me vi ante el espejo hasta yo me asusté; tenía razón, cada mechón de pelo iba por un lado. Antes no me importaba, pero las cosas habían

cambiado. Cuando bajé me estaba esperando en la cocina; miró mi pelo mojado y sonrió.

—Así mejor.

Una gran sonrisa le iluminó la cara y lo miré embelesada. Con su pelo aún algo húmedo, su traje negro, como no, y una camisa blanca que parecía de estreno, estaba para morirse. Nos sentamos a la mesa y puso la medicación en mi mano, no sin antes olerse los dedos. Al hacerlo sus fosas nasales aletearon levemente y me pareció un gesto de lo más sensual, pero María andaba cerca y le di una patada por debajo de la mesa, mientras la señalaba con disimulo; hizo un gesto exagerado de dolor.

—Te has levantado muy ocurrente —bromeé tras tomarme la pastilla que me acababa de dar.

En ese momento María nos dejó solos. Me incliné hacia delante en la mesa y le susurré:

—¿Y si tienes que darle la mano a alguien?

—Hay que ser más observadora— respondió.

Y volvió a olerse los dedos... ¡de la mano izquierda!

—No soy zurdo —aclaró serio.

No pude evitar reírme a carcajadas.

—Oye, no tienes por qué esperar —mascullé tragándome el último bocado de tostada; me di cuenta de que él había acabado y aguardaba pacientemente por mí.

—De eso nada, no te voy a dejar sola en la mesa.

—Es igual, de verdad —insistí—. No me importa, estoy acostumbrada.

Fue decir aquello y, frunciendo el ceño, su mirada cambió y se endureció, así como su gesto.

—¿Te molesta que te espere? —preguntó visiblemente enfadado. Estaba claro que no le había gustado mi respuesta.

—No, al contrario —respondí al instante—. Pero no quiero que por mi culpa después tengas que andar corriendo.

—En tal caso, será mi problema ¿no?

Lo miré conmovida y apesurada por haber sido sincera, pero estaba acostumbrada a quedarme sola en la mesa ya que Víctor jamás me había esperado. Tan pronto acababa se levantaba y se iba sin importarle que yo aún no hubiera terminado.

«¡Serás idiota!». Hasta la Julia independiente me insultó, tirándose de los pelos.

Le agarré la mano derecha y, aprovechando que aún estábamos solos, le besé los dedos con suavidad. Cerró los ojos unos segundos y su expresión volvió a ser la que era.

—Perdona, Joseph —dije mirándolo a los ojos—. Lo único que pasa es que no estoy acostumbrada a que me traten tan bien como lo haces tú.

—Yo soy yo, ¿vale? No me compares con nadie —respondió dolido.

Se había dado cuenta y no le había gustado. Tenía razón, las comparaciones siempre son odiosas y yo lo había sufrido de manera especial, aunque en este caso él ganaba por goleada.

—Tienes razón, perdona —susurré mimosa—. Venga, no estropeemos este día que empezó tan bien.

Pasándome la lengua por los labios, miré su otra mano y todo él volvió a cambiar. Su mirada se volvió líquida, más oscura y una leve sonrisa apareció en su cara; su enfado había desaparecido por completo.

—Pues no será por lo bien que te estás portando...

Su tono fue bajo, susurrante, pero todo mi interior lo oyó. Él no había movido un solo músculo, pero a mí me empezaron a palpar todos, en concreto los del vientre.

—Pues ya sabes, tú mismo —respondí desafiante, mirándole fijamente a los ojos mientras le seguía besando los dedos.

Sin dejar de mirarme, entornó los suyos mientras soltaba el aire entre los dientes.

—Julia, no sigas por ahí o te juro que ninguno de los dos vamos a salir de esta casa.

Dubitativa, asentí con la cabeza; malditas las ganas que tenía yo de salir por esa puerta.

—La culpa es tuya, por tener esa manera tan peculiar de despertarme.

—¿Peculiar? —Arqueó las cejas divertido.

—Sí, peculiar, distinta, única, especial, erótica y... tremendamente excitante. Todo eso y más, ¿contento? —rematé

—Francamente, sí, mucho mejor, así da gusto irse a trabajar —suspiró, satisfecho mientras se volvía a oler la mano izquierda.

—¿De verdad hay que ir a trabajar? —preguntó con la frente apoyada en la mía tras un largo y apasionado beso.

—No sé tú —respondí también con dificultad—, pero yo estoy en período de prueba y, por lo que dicen, creo que mi jefe es un negrero —bromeé.

—Te espero en mi oficina; estoy deseando que pase la mañana. —

Resignado, fue su despedida.

Emerson estaba esperando en el salón y, tan pronto salí de la cocina, llamé al ascensor. Antes de entrar giré mi cabeza y vi que Joseph me seguía mirando. Volví atrás rápidamente y, sin darle tiempo a reaccionar, le agarré la cara con las manos y le di un beso fugaz. Cuando se cerraron las puertas del ascensor, aún seguía sonriendo y me marché con la sensación de flotar en una nube; solo me faltaba que me salieran un par de alitas y salir volando.

En el laboratorio trabajé sin parar, realmente me gustaban el sitio y su ambiente; hasta el taciturno Ihab parecía cambiado.

«¿Qué hará en su tiempo libre?», me pregunté en más de una ocasión.

Ni él me hacía preguntas ni yo a él, porque sabía lo mucho que valoraba su intimidad. Estaba convencida de ser la única persona a la que le había contado que estaba casado y que era padre de un hijo; lo que también sabía era que los echaba muchísimo de menos y que contaba los días para poder verlos.

Cuando salí, Emerson ya me estaba esperando y, de regreso a la casa, lo de ir a ver a Joseph a la oficina cada vez me parecía peor idea. ¿Qué pintaba yo ahí? La verdad era que no tenía ningún interés en conocer a nadie, y menos a su secretaria. ¿Y si resultaba encantadora y guapísima?

«¡Joder, joder y joder!», me reñí mentalmente. Tenía los labios reseco y me los unté rápidamente con mi barra milagrosa.

Tenía la esperanza de que Emerson se olvidase, pero se desvaneció tan pronto lo vi pulsar la planta doce.

«¡Mierda, mierda y mierda!», volví a protestar para mis adentros mientras me atusaba el pelo.

El ascensor daba directamente a la oficina y, tan pronto llegamos, vi que la decoración era una extensión de la de su casa: mucho espacio, pocos y buenos muebles combinando el blanco y negro.

A la izquierda, unos sofás de piel negros y una mesita auxiliar. Enfrente, tras un mueble que hacía las veces de mostrador, una chica detrás de una mesa llena de teléfonos y papeles; un poco más atrás, otra. Ambas saludaron a Emerson y la de delante me saludó cortésmente; la que estaba más atrás ni me miró. En el medio un gran pasillo que, supuse, conduciría a su despacho, ningún cuadro, ningún adorno, nada.

Me senté en el sofá y Emerson se quedó de pie, a mi lado, mientras me volvía a preguntar qué cojones hacía yo ahí. Para colmo, notaba el ambiente tenso y empezaba a pensar que serían figuraciones mías cuando, de repente,

empezaron a oírse voces. Sin duda era una discusión y la voz que más se oía era la de Joseph. ¡Dios santo! Estaba furioso y me acordé del día en el aeropuerto. ¿Con quién estaría hablando? Todo el mundo simulaba no haber oído nada y, de reojo, miré a las dos chicas que, pese a todo, parecían estar absortas en su trabajo.

«¿Cuál será su secretaria?», me pregunté realmente intrigada.

La de más adelante parecía simpática y, aunque intentaba disimularlo, se la notaba tensa por la situación. Tenía la cara redonda y enmarcada por un pelo corto y rizado que contribuía a darle un aspecto afable. La de detrás parecía un autómatas y me recordó a las amas de llaves de las películas de suspense. La señora Danvers, como la bauticé de inmediato, lucía una cuidada media melena de color castaño salpicada con algunas mechas. Lo demás quedaba oculto tras el mostrador. Me estaba poniendo nerviosa el nuevo silencio hasta que de repente...

—¡Nunca doy dos oportunidades! —Le oí gritar—. Por tu padre, voy a hacer el favor de no denunciarte. Pero ¡se acabó!, ¿entendido?

Pegué un bote en el asiento del susto que me llevé al oír gritar así a Joseph, su voz debía de haberse oído en todo el edificio. Agobiada, miré a Emerson, pero él aparentaba estar tranquilo. Se oyó también una voz de fondo, más pausada, que intentaba poner calma y hablaba algo de unos papeles. Supuse que sería su abogado.

—Acuérdate, esto lo vas a pagar. —Era una tercera voz y sonó claramente amenazante.

Me moví inquieta en el sofá. ¿Alguien estaba amenazando a Joseph?

El ruido de un fuerte puñetazo en una mesa me hizo pegar otro bote.

—¡Firma y lárgate de aquí! —Joseph volvió a chillar, colérico—. Y considérate un hombre afortunado, si no fuera por tu padre, por mí, irías a la cárcel.

Miré angustiada a Emerson y me levanté.

—Emerson, por favor —le supliqué—, dile al señor Levi que estoy arriba. —Casi no me salía la voz de lo nerviosa que estaba, las situaciones así me superaban y tenía el corazón en un puño.

—Por favor, señorita Torres, siéntese y tranquilícese. —Fue su única respuesta, aunque lo noté tenso.

De mala gana, me volví a sentar y justo en ese momento aparecieron dos hombres por el pasillo; ninguno era Joseph. El que iba delante me desagradó nada más verlo: actitud chulesca, cabeza levantada y paso deliberadamente

lento que contrastaba con su cara de nerviosismo y tensión, de estatura baja, poco pelo y, para colmo, engominado. No lo pude evitar y torcí el gesto. Odiaba a la gente que llevaba el pelo engominado, me traían malos recuerdos. Detrás de él otro hombre con cara de buena persona, más alto que el anterior, delgado y se veía muy nervioso. Supuse que era el abogado de Joseph, ya que intentaba calmar el ambiente.

—Ya vale, eh, tranquilicémonos todos. Mañana tendrás el dinero de la indemnización ingresado en tu cuenta. Y, repito, date por contento. —Le oí decir mientras yo, fiel a mi costumbre, intentaba desaparecer clavando mi vista en el suelo.

Tenía una voz suave y, dadas las circunstancias, era de agradecer. Ambas chicas trabajaban en sus mesas aparentando no haber oído nada mientras yo seguía en la misma posición. Solo la voz de Emerson saludando a Alberto rompió el silencio y confirmó mi suposición.

—Hola, Emerson —le respondió serio.

—Óscar, por favor, dame las llaves, tarjetas de identificación y todo lo demás —volvió a hablar el abogado.

Me pudo la curiosidad y levanté la vista; el tal Óscar y su gomina estaban arrojando las cosas sobre el mostrador y nuestras miradas se cruzaron. Tenía unos ojos marrones, acuosos y feos, al igual que su cara. Me miró y sonrió de manera desagradable.

—Vaya, hombre, si tenemos por aquí una cara nueva. Hola, rubia, ¿cómo te llamas?

Su voz, a juego con toda su persona, era igual de desagradable y lo miré enfadada; odiaba que me llamaran rubia y más con ese tono tan despectivo. Antes de poder contestarle, Emerson se interpuso entre él y yo.

—No es nadie por quien tengas que preocuparte y, mucho menos a quien debas molestar.

La voz de Joseph resonó en el pasillo, tenía las manos en los bolsillos, pero su tono fue claramente amenazador. Yo no sabía qué hacer, tenía la boca seca, el corazón en la garganta y solo quería verme fuera de esa situación. En dos zancadas se puso a mi lado y me tendió la mano para que me levantara. Lo miró desafiante y todo el mundo se dio cuenta de que la tensión aumentaba por segundos.

—Óscar, vete ya, no hay más que hablar. —De nuevo Alberto intentaba serenar un poco los ánimos mientras Joseph lo seguía mirando sin pestañear.

—Hasta luego, chicas. Hasta luego, rubia. —Desafiante, se volvió hacia mí

recalcando la puta palabra.

Joseph dio un paso hacia él, pero Alberto se interpuso y lo metió literalmente en el ascensor.

—Nos veremos, Marshall —se le oyó decir mientras se cerraban las puertas.

Fue una clara amenaza y un escalofrío me hizo estremecerme. Sin apartar la vista del ascensor, un serio Joseph me pasó el brazo por los hombros y me apretó contra él. A la empleada que estaba más cerca casi se le desencaja la mandíbula de lo que abrió la boca y Alberto esbozó una sonrisa tan grande que sus pequeños ojos casi desaparecieron. Solo la empleada del fondo, salvo por un leve parpadeo que delató su sorpresa, permaneció impávida. Joseph, sin retirar el brazo, hizo las debidas presentaciones:

—Gloria, Cristina, Alberto, os presento a la señorita Torres, Julia Torres.

Su voz transmitió un tono de satisfacción y orgullo que me gustó y ambas respondieron con una leve sonrisa y un diplomático «encantadas».

«¡Joder! ¿Cuál es Gloria y cuál Cristina?», intentaba averiguar mientras Alberto me tendía su mano.

—Un placer conocerla, créame —habló aún con la sonrisa en la cara.

—Igualmente —respondí con otra igual de expresiva.

—Ven, vamos a mi despacho —me dijo Joseph—. Alberto, ven tú también un momento. —Se dirigió a su abogado—. Cristina, quiero todo este papeleo arreglado hoy mismo. Alberto te dirá la cantidad que hay que ingresarle a Óscar —ordenó autoritario.

Solo hablar del tema lo había vuelto a enfadar.

Miré expectante, a ver si por fin me enteraba cuál de las dos era su secretaria. Para mi tranquilidad, fue la de atrás la que levantó la cabeza y con un inexpresivo «vale», zanjó el tema. Fruncí el ceño. Por un lado, estaba feliz de que no tuviera nada que ver con la imagen que yo me había montado, pero, por otro, hubiera preferido que me causara una mejor impresión. Nada más verla, y sin saber quién era, no me había gustado. ¿Y esa mujer era su secretaria? Meneé la cabeza con desaprobación mientras recorriamos el amplio pasillo que nos condujo a su despacho.

En cuanto a la decoración, más de lo mismo. Su oficina, su despacho, su casa... Todo parecía igual. En un lateral había un gran sofá de piel —negra, por supuesto— en el que me pidió que me sentara mientras zanjaba un tema con Alberto. Los dos se sentaron en su mesa y se pusieron a hablar, supuse del jaleo que acababa de haber. Yo aún seguía nerviosa y los observé

mientras discutían. Joseph permanecía serio, aunque, de vez en cuando, me dedicaba una mirada con ánimo de tranquilizarme, mientras Alberto estaba enfrascado en la lectura de unos papeles; supuse que lo estaría revisando todo. Joseph pulsó una tecla del teléfono de su mesa y, en menos de diez segundos, Cristina entró. ¡Madre mía! Esos tacones debían medir más de quince centímetros. Llevaba una ajustada falda negra, y una camisa blanca. Hacía juego con el despacho, con la empresa... y con Joseph. Ni me miró cuando entró. Yo repasé mi atuendo de vaqueros, camiseta y deportivas, y me sentí fuera de lugar.

«¡Que se vaya a la mierda!», pronuncié mentalmente.

Decididamente, sí, me caía mal y, tras coger unos papeles, salió con el mismo aire con el que entró. Cuando me di cuenta, tenía a Joseph sentado a un lado y a Alberto en otro.

—Julia, como ya te dije, este es Alberto, mi abogado.

Más relajado, me agarró la mano. En ese momento me vino a la cabeza la imagen de la señora Danvers tropezando y cayendo de sus altos tacones, sonreí mentalmente.

—Lamento que hayas tenido que presenciar esta escena —se disculpó—. Creí que iba a poder tenerlo solucionado antes de que tú llegaras.

—Déjalo, Joseph, no importa —mentí—. Lo importante es que todo quedara arreglado.

Intenté que mi voz sonara tranquila, pero el pulso aún no se me había normalizado y mi saliva volvía a salir poco a poco del escondite donde se había guarecido.

—Joseph, siento interrumpir —habló Alberto con su suave voz—. Si no me necesitas más, voy a revisar que todo el papeleo esté bien. —Diciendo aquello, se puso de pie y me volvió atender la mano—. Señorita Torres...

—Julia —le interrumpí.

—Está bien, Julia. —Miró de reojo a Joseph, algo indeciso—. Encantado de haberte conocido, aunque haya sido en estas circunstancias tan poco afortunadas. Esperemos que la próxima vez sean mejores.

Me gustaba ese hombre, miraba a Joseph con cariño y con respeto. Nos estrechamos la mano cordialmente y, al hacerlo, me fijé en ellas; para mí, las manos y los ojos dicen mucho de una persona. ¡Joder! No tenía prácticamente uñas de lo comidas que estaban y me dieron grima sus pequeños y carcomidos dedos.

—Hablamos —dijo dirigiéndose a Joseph al salir de su despacho.

Tan pronto nos quedamos solos me abrazo con fuerza y me besó suavemente.

—Qué ganas tenía de verte... —musitó mientras me besaba—. Esta mañana se me ha hecho eterna.

—A mí también —fue lo único que pude decir.

Empezaba a notar los efectos de sus palabras y sus besos en mi vientre. Cerré los ojos, gemí y, sin darnos cuenta, nos estábamos besando apasionadamente. Su lengua invadió mi boca y yo dejé que la invadiera mientras todo el cuerpo se me empezó a derretir. Conseguí apartarme un poco para poder respirar y para intentar tranquilizar la situación.

—¡Joder, Joseph! Estamos en tu despacho. —Pese a estar solos hablé muy bajito.

—¿Y? —respondió de la misma manera.

Aquella mirada me lo dijo todo, sus ojos ardían, su respiración era agitada y me siguió besando para acabar con mi débil resistencia.

—¿Aquí...? —Fue mi única pregunta con los ojos entornados.

—Es uno de mis deseos desde que te conocí —susurró mientras deslizaba los labios por mi cuello.

Un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo, mientras el sexo me empezaba a latir.

—Pero... —conseguí balbucear—, ellas están ahí... Emerson está esperando... —le recordé señalando hacia la puerta.

Se levantó, se acercó a la puerta y la cerró por dentro, después fue a su mesa y, de pie, pulsó otra tecla de su teléfono.

—Gloria —habló autoritario—, dile a Emerson que puede irse y avisa a Cristina, no quiero que nadie me moleste.

Mientras hablaba no apartó sus ojos de mí. Cuando terminó, en silencio, rodeó la mesa, se sentó en el sillón y se reclinó cómodamente en el mientras yo seguía sentada en el sofá.

—Ven. —Fue lo único que dijo.



Capítulo 21

Tanto mis piernas como todo mi cuerpo se pusieron despacio en movimiento, quería que él saboreara ese momento y yo necesitaba dejar de temblar. Me siguió con la mirada, pero no se movió lo más mínimo. Me acerqué a su mesa y la fui rodeando mientras pasaba distraídamente mi dedo por el borde. Él, inmóvil, seguía con su mirada clavada en mí. Cuando llegué a su lado, giré suavemente su sillón, me apoyé en los reposabrazos con ambas manos y, en silencio, lo empecé a besar. Cerró los ojos y de sus labios apenas entreabiertos salió un leve gemido. No le tocaba, apenas le rozaba la cara..., el cuello..., los labios..., cuando de repente me agarró y quedé sobre sus piernas, con las mías colgando por un lado del sillón. Tiro de mí hasta dejarme sentada sobre su entrepierna. Me aparté ligeramente para poder acariciársela con la mano por encima de la tela de su pantalón. Tenía una tremenda erección, pero mis bragas ya estaban pidiendo auxilio a gritos. Me soltó, se agarró con ambas manos del reposabrazos del sillón y resopló arqueando el cuerpo, intentando intensificar el contacto.

Una escena ocurrida en otro despacho vino de repente a mi cabeza. Cerré los ojos unos instantes y, sin dudarlo, la desterré de mi mente. Aquello había sido asqueroso y no tenía nada que ver con lo que estaba viviendo con Joseph.

—¿Todo bien? —Su voz profunda y llena de deseo me devolvió a la realidad. Me acarició la cara, en sus ojos había una sombra de preocupación.

Sonreí y le devolví la caricia al tiempo que le susurraba al oído:

—Todo perfecto... —respondí mientras acariciaba su duro miembro.

—Me vas a volver loco —susurró tras dejar escapar un breve suspiro.

Oír esas palabras fue el detonante que me hizo derretir. Con solo hablarme así conseguía que una intensa sensación de placer me inundara el cuerpo, en

especial el vientre que se alborotaba solo con verlo tan descontrolado. Pero, sobre todo, lo que más me excitaba era saber que únicamente yo obraba ese efecto en él.

—Vamos a ver si es cierto —le susurré de nuevo.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, a tientas y con mucha calma, empecé a desabrocharle el cinturón y le bajé la cremallera del pantalón. Todo estaba en el más absoluto de los silencios, salvo por el ruido proveniente de nuestra agitada respiración. Pese a todo, temía que fuera se pudieran oír los latidos de mi corazón de lo fuertes que eran.

Volvió a agarrarse al sillón mientras seguía mirándome casi sin pestañear. Lo empujé hacia atrás y me arrodillé delante de él; tanto sus ojos como su boca se abrieron un poco más mientras yo, entre caricias, conseguí liberar su miembro de los calzoncillos. Estaba tremendamente excitado, y no digamos yo.

Nunca había hecho semejante cosa, nunca me había visto en semejante situación, ni en ninguna otra, pero me notaba húmeda, fuera de control y, con suavidad, me introduje su pene en la boca. Pude oír un fuerte gemido y vi sus manos agarrarse con fuerza mientras se lo besaba con suavidad y deslizaba mi lengua con dulzura a lo largo del tronco. Él arqueaba las caderas intentando que entrara del todo en mi boca, pero yo me apartaba mientras se lo agarraba fuertemente con la mano y la deslizaba de arriba abajo, despacio y disfrutando del momento.

Mis nervios habían desaparecido y mi cuerpo, al igual que el de él, estaba invadido por el deseo y la excitación. Era una manera de descargar la adrenalina de la situación anterior y, cuando levanté la mirada hacia él a punto estuve de arder por combustión espontánea. Parecían llamas de fuego lo que salía por sus ojos.

—Julia, Julia... —murmuraba una y otra vez—, Julia..., por favor —suplicaba jadeante.

No esperé más y, de forma rápida y brutal, me introduje su pene hasta el fondo de la garganta; un quejido ronco salió de la suya. Subía y bajaba rozándole con los labios el miembro una y otra vez; aquello lo estaba volviendo loco, pero a mí también, tanto que pensé que iba a correrme de un momento a otro de lo excitada que estaba.

—Para —soltó de repente, agarrándome la cabeza con las manos.

En décimas de segundo me levantó, de un manotazo apartó los papeles que estaban sobre la mesa y, cuando me quise dar cuenta, estaba tumbada sobre

ella. Mis piernas colgaban del borde y rápidamente me empezó a desabrochar el vaquero. Le facilité la labor levantando un poco el culo; en instantes tanto mi pantalón como mis bragas salieron volando antes de caer a mis pies. Sin darme tiempo ni a respirar, se echó sobre mí y empezó a besarme como un loco mientras me metía las manos por debajo de la camiseta, que siguió el mismo camino que el resto de mi ropa.

No llevaba sujetador. Algunos días no me lo ponía porque, aparte de no hacerme falta, a veces me molestaba en las cicatrices; aquel era un día de esos. Durante unos segundos quedó mirándome sorprendido pero un «Dios...» que soltó hizo que a mi entrepierna solo le faltara gotear directamente en el suelo. Me besó los pechos y los acarició con la lengua. «Esto es el camino hacia el paraíso», le oía decir. Pasé a ser yo la que no podía más y arqueaba el cuerpo buscando intensificar su contacto. Menos mal que cuando introdujo un dedo en mi sexo me estaba besando; eso amortiguó el sonido de mi gemido, porque si no, se hubiera oído en todo el edificio. Cuando noté otro de sus dedos en mi clítoris creí estallar en mil pedazos.

—Joseph, no puedo más... ¡Por favor! —gimoteé.

—Shh...

Subió el dedo con el que estaba jugando hasta mis labios y me lo introdujo en la boca.

—Chupa —pidió con voz ronca.

Cerré los ojos y lo chupé con calma, paladeando mi propio sabor. Cuando los abrí, los suyos echaban chispas; eran de nuevo dos agujeros profundos y negros por los que yo caía una y otra vez.

—Por favor, no puedo más... —volví a gemir.

—¿Qué quieres mi niña? Dime qué quieres. —Su voz, entrecortada y sensual, no hacía más que aumentar mi excitación—. ¿Qué quieres? —insistió quedamente.

—A ti. —Lo dije rápido, sin necesidad de pensar—. A ti dentro de mí.

Un gruñido de satisfacción salió del fondo de su garganta y se fue directamente a mi entrepierna.

—Por favor, no te muevas —pidió temeroso.

Recordé su libro de instrucciones y puse los brazos en cruz, a lo largo de la mesa.

—Te lo prometo —lo tranquilicé.

Tiró de mí hasta que mi culo quedó al borde de la mesa y, con rapidez, sin más preámbulos, de un golpe seco introdujo su pene en mi interior. Su

embestida fue tan brutal que tuve que morderme el labio para no gritar. Si se pudiera morir de placer, en aquel momento, yo estaba muy cerca de hacerlo.

Levanté las piernas y las enrosqué alrededor de su cintura mientras él se dejaba caer sobre mí y empezaba a moverse dentro de mi cuerpo. Todo eran jadeos y gemidos, pero en ese momento me daba exactamente igual que, desde fuera, nos pudieran oír o no.

—Llega conmigo Julia, llega conmigo, mi niña. —Su voz resonó a modo de súplica.

Me perdí en sus ojos y él en los míos mientras ambos estallamos, el uno en el otro. Nuestros cuerpos latían a la par en convulsiones interminables hasta que se derrumbó sobre mí. Acaricié su frente perlada de sudor y permanecimos a la espera de que los latidos de nuestros corazones volvieran a su ritmo habitual. Yo estaba tan exhausta que hubiera podido quedarme dormida así.

Aún seguía sobre la mesa, relajada y feliz, cuando, despacio, salió de mi interior y se vistió. Sentado de nuevo en el sillón, se inclinó sonriendo y besó suavemente mi sexo; noté la punta de su lengua en el clítoris.

—¡Oh! —gemí quedamente mientras me estiraba perezosa—. Tú sigue así, que no salimos de este despacho.

Me levantó y me besó con ternura.; Sabía a mí, a él, a sexo.

—¿Qué es eso de andar medio desnuda por ahí? —preguntó mientras recolocaba sus papeles.

—¿Te gusta? —pregunté mientras me vestía.

Cerró los ojos, pensando la respuesta.

—Me encanta, mientras que sea solo para mí. —Se puso serio, recalcando sus palabras.

—Oye, ¿qué te crees...? —respondí, molesta, mientras me vestía.

Me abrazó y me besó impidiéndome acabar la frase.

—Solo para mí, solo para mí —repitió mientras sus dientes me rozaban el cuello.

Un nuevo escalofrío me recorrió el cuerpo, pero iba a protestar. ¿Quién se creía que era?

—Solo para ti, solo para ti.

¡Era mi voz!, había pensado en voz alta y ahora me parecía haber dicho una tremenda estupidez, de esas que se oyen en las películas y sentí hasta vergüenza por haberla dicho. Me apresure a mirarlo por si se estaba riendo. Pero no, me acarició la cara con ternura y asintiendo satisfecho. Salimos de

su despacho y me despedí sin mirar a nadie a la cara. ¿Habrían oído algo? La verdad, me daba exactamente igual. Creí que ya nos íbamos para su casa, pero, para mi sorpresa, paramos en el siguiente piso.

—Solo será un momento —comentó brevemente.

Salimos a un rellano en el que había dos grandes puertas. En cada una había un pequeño panel con números. Fuimos hacia la izquierda, tecleó rápido sobre el panel y la puerta se abrió con un leve clic. Me quedé quieta, a la espera.

—Ven quiero presentarte a alguien —dijo tendiéndome la mano.

Obediente, la agarré y, resignada, lo seguí, dejando escapar un largo suspiro. Por lo visto era el día de las presentaciones, cosa que no me apetecía lo más mínimo. Prefería conocer a la gente poco a poco; me gusta poder estudiarles con calma y ver qué sensaciones me transmiten. Volví a suspirar; además de cansada, tenía hambre.

—Será breve, Julia —explicó, adivinando mis pensamientos—, aún tenemos que comer y tú tienes una cita importante esta tarde —hablo contento, relajado y feliz.

—Vaaaale —contesté apretándole la mano con suavidad.

Tan pronto entramos, me llamó la atención el cambio de ambiente. Ya en el pasillo se veía la diferencia; numerosos cuadros, todos llenos de color, adornaban las paredes. Nada de fondos blancos y muebles negros. La pared estaba pintada de un suave color mostaza y el suelo cubierto por una fina moqueta en un color crema que le daban una calidez que desentonaba con el ambiente del resto del edificio. Iluminadas por unas pequeñas y originales lámparas, había varias mesitas arrimadas a la pared con ambas sillas a cada lado repletas de libros.

—Aquí sí se nota que vive alguien.

Lo dije sin pensar, pero era cierto; todo el resto, su casa, su despacho..., era totalmente aséptico.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con expresión dolida mientras llamaba a una puerta con los nudillos.

No pude contestarle, ya que un efusivo saludo me lo impidió.

—¡Joseph!

Lo miré sorprendida ya que parecía tener delante a un lord inglés. Sobre cincuenta años, pelo rojizo y bien cortado, así como una cuidada barba del mismo color. Unas pequeñas gafas sin monturas dejaban ver unos brillantes ojos azules. La piel muy blanca, pero mejillas algo sonrosadas y con

numerosas pecas conformaban un rostro agradable; un elegante traje aderezaba el conjunto.

—Mark, te presento a la señorita Torres.

—Julia, por favor. —Le tendí la mano, pero me sorprendió con un par de besos.

—Este es Mark, experto en informática —prosiguió Joseph algo molesto—. Trabaja para mí.

Lo miré, perpleja al ver que Mark se dirigía a mí en inglés. Empezó diciendo lo de todo el mundo, que estaba deseando conocerme, que había oído hablar mucho de mí... Me extrañaba que, con lo reservado que era Joseph, le hubiera hablado de mí a tanta gente. Él se dio cuenta de mi perplejidad y se apresuró a traducirme lo que Mark acababa de decirme, creyendo que era porque no lo entendía. Posé una mano en su brazo para que se callara y, en mi más que aceptable inglés, contesté:

—Yo también estaba deseando conocerte, lo oí hablar varias veces contigo por teléfono. —Por no decirle abiertamente que excusaba ponerlo siempre de mal humor.

Pero decidí callármelo y, arqueando una ceja, miré a Joseph con cara de satisfacción. Mark se echó a reír y, agarrándonos del brazo, pasamos a su salón. Muy educado nos preguntó si queríamos beber algo; ambos pedimos agua. Él, como buen irlandés —no me equivoqué mucho— que era, se sirvió un whiskey.

Me volvió a sorprender el lugar. Acogedor, cálido y con una refinada decoración, no coincidía para nada con la idea que yo tenía acerca de la gente de su profesión. Siempre pensé que vivirían recluidos en habitaciones caóticas, rodeados de latas de bebidas y de café, así como de ordenadores y artilugios raros por doquier. Nada más lejos de la realidad que se presentaba ante mis ojos, ya que me encontraba en un elegante, sofisticado y ordenado salón. Me preguntó por mi estancia en Río y hablamos de cosas sin importancia. Creía tener mi inglés más olvidado, pero me alegró el comprobar que no era así. Joseph escuchaba nuestra conversación en silencio, esbozando una media sonrisa, orgulloso de mí. Tras el breve repaso a mi inglés pidió disculpas y, haciéndole un gesto a Joseph, ambos abandonaron la habitación. Lo agradecí, el esfuerzo por hablar otro idioma me había agotado y decidí jugar con mi móvil mientras esperaba; borré mensajes que tenía yo no sé desde qué siglo. En eso estaba cuando volvieron y suspiré malhumorada. No hacía falta preguntar para ver que algo no iba bien; el

cuello de Joseph y su mandíbula, al igual que su mirada, se notaban tensos, y por unos instantes, nos vimos envueltos en un incómodo silencio. En un intento por romperlo, Mark empezó a meterse con mi teléfono; le parecía antediluviano y, cuando le dije que apenas lo usaba, me miró como si fuera un bicho raro, pero sin tiempo a nada más nos despedimos. Al salir, en el rellano miré la puerta que quedaba la derecha.

—Emerson y María —fue la lacónica explicación que un silencioso Joseph hizo a mi muda pregunta.

—¿Es el informático de tu empresa? —pregunté en el ascensor.

Me miró y pude notar que se puso en guardia.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Has dicho que trabaja para ti, no en tu empresa —expliqué.

—No se te escapa una. —Consiguiendo que volviera a sonreír, me besó cariñoso el pelo—. Pues sí, trabaja para mí, aunque también ayuda en la informática de la empresa cuando hace falta. Por cierto, él fue la causa de mi presencia en Las Palmas de Gran Canaria. Fui a buscarlo ahí para contratarlo, al final ese día me salió redondo, el aceptó y yo te conocí a ti.

—Pues algún día tendré que darle las gracias —hablé contenta cuando llegamos a su piso.

—¿Y qué hace? —decidí aprovechar la mejoría de su ánimo para seguir preguntando.

—Elabora programas de seguridad informática para los distintos departamentos de la empresa.

—Me refiero a lo que hace para ti —aclaré.

Un nuevo silencio entró en su casa con nosotros.

—Cosas. No sabes el hambre que tengo. —Fue su sutil manera de cambiar de tema.

No seguí insistiendo, lo cierto es que mi estómago llevaba protestando un buen rato y teníamos el tiempo justo para comer.

—No sabía que hablabas inglés —me comentó con curiosidad mientras comíamos.

—Tanto como hablar inglés... —Fruncí los labios—. Me defiende un poco, eso es todo. Además, de no practicar se me ha olvidado mucho —continué encogiéndome de hombros.

—¿Por? —preguntó ladeando la cabeza de esa manera tan suya.

—Antes de estudiar para técnico estaba haciendo una carrera en la que el saber inglés es fundamental.

Lo que acababa de decir le interesó tanto que dejó de comer y, apoyando una de sus manos en la barbilla, me miró atentamente.

—¿Qué estabas estudiando?

—Periodismo.

—¿Cuándo lo dejaste?

—Hice hasta tercero.

—¿Por qué lo dejaste?

Me revolví incómoda en la silla.

—Oye, esto parece un interrogatorio. —No lo pude evitar y, algo molesta, protesté. Al fin y al cabo, yo apenas podía preguntarle nada a él.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpó.

En silencio, volvió a interesarse por su comida e, irritada, me froté la frente llamándome idiota. ¡Para una persona que se interesaba por mí! Le cogí de la mano y se la apreté ligeramente.

—No, no me importa, lo que pasa es que no estoy acostumbrada a despertar tanto interés. —Esboqué una leve sonrisa y suspiré antes de seguir. Fue una época difícil —empecé a explicar ante su atenta mirada—. Mi padre murió de un infarto en mi primer año de carrera y..., bueno, a partir de ahí todo se complicó.

Tragué saliva y callé un rato. No me agradaba nada hablar de aquello, ya que me traía recuerdos demasiados dolorosos. Él continuó en silencio, pero no me soltó la mano y suspiré de nuevo antes de seguir hablando.

—Económicamente, las cosas iban un poco justas y no quería que mi madre, en esa situación se sacrificara por mí. El negocio no iba bien y...

—¿Qué negocio? —interrumpió francamente interesado.

«¡Joder con tanta preguntita! A este paso esta conversación no va a acabar nunca», protesté para mis adentros.

—Mira, te voy a hacer un resumen de mi vida y así acabamos con este tema, ¿vale? —Antes de que pudiera contestar, proseguí.



—Mis padres emigraron a Alemania cuando acababa de nacer y quedé al cuidado de mi abuela hasta que, cuando tenía diecisiete años, regresaron. Durante todo ese tiempo nos veíamos quince días al año, por Navidad. — Hablaba rápido y sin pensar—. Querían ahorrar lo máximo posible —

proseguí, cogiendo aire de nuevo— y, cuando volvieron, vendieron la casa en la que habíamos vivido mi abuela y yo y compraron un piso y un bajo para montar un negocio. Se decidieron por una lavandería, supongo que, porque era en lo que habían estado trabajando todos esos años, en la lavandería de un gran hotel —razoné, encogiéndome de hombros, indiferente.

—¿Y tú qué? —volvió a interrumpir.

Solté su mano, me recogí la melena imaginaria detrás de las orejas y lo miré seria.

—Yo odiaba todo aquello, incluido a ellos.

Mi tono debió ser lo suficientemente duro para que abriera los ojos a la par que la boca en una expresión de sorpresa.

—Los odiaba —continué de carrerilla—, porque para mí eran unos extraños, porque pensaba que se habían ido porque no me querían, porque habían vuelto a mi vida cuando yo ya no los necesitaba. —Empecé a hablar atropelladamente; se me estaba poniendo un nudo en la garganta y no quería llorar—. Porque para mí, mi familia se reducía a mi abuela y, cuando al poco de regresar ellos murió, sentí que me quedaba viviendo con dos extraños.

Callé, una para coger aire, y otra porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Por primera vez en mi vida había verbalizado todos esos sentimientos.

—Déjalo, Julia, no quiero hacerte hablar de temas dolorosos y que te hagan sufrir. —Diciendo esto, se levantó y se sentó a mí lado.

—Ya está, ya está. —Inspiré y me tranquilicé un poco—. Bueno, el caso es que ellos hacían su vida y yo la mía. Ellos trabajaban y yo estudiaba, a eso se reducía toda nuestra relación. —Mi vista se perdió en el pasado y guardé silencio unos segundos—. Recuerdo el día que murió mi padre. Se acababan de levantar para ir a trabajar y yo aún dormía porque me había quedado toda la noche estudiando. —Le cogí de nuevo la mano, necesitaba sentir su calor—. Me despertaron los gritos de mi madre. Corrí a su habitación y me la encontré envuelta en una toalla, recién duchada, sacudiendo a mí padre y chillando como una loca. —Volví a coger aire mientras él me escuchaba serio y sin pestañear—. Recuerdo que me quedé quieta, mirando a mi padre, bloqueada y sin saber qué hacer. —¡Joder! Tuve que parar para respirar por culpa de las putas lágrimas—. Pero ya no estaba, se había... —No fui capaz de decir la palabra—. Y yo lo único que hacía era preguntarme cómo alguien que hacía unos minutos iba a empezar un nuevo día podía haberse ido para no volver.

Sus besos en mis dedos me hicieron volver a la realidad y lo miré triste.

—¿Sabes lo más penoso? —continué—. Que en ese momento no fui capaz de llorar, no sentía nada y actué como una autómatas. Llamé a la ambulancia, arreglé el papeleo, su entierro... Pero me sentía ajena a todo lo que pasaba y solo quería volver a mis estudios, a mi rutina y que todo pasara rápido para poder olvidarme del tema. —Callé y lo mire avergonzada—. Suena tremendamente egoísta, ¿verdad?

Me miró con los ojos velados por una gran tristeza y una amarga sonrisa torció su bonita boca.

—A veces tenemos maneras de...—Hizo una pausa pensando en... ¿él?—. A veces —repitió con tono ausente—, solamente intentamos escapar del dolor como buenamente podemos.

Pese a sentirme plenamente identificada, ¡qué tristes me parecieron sus palabras! Quedamos envueltos en un frío silencio. Acerqué su mano a mi boca y la acaricié con los labios, consiguiendo que él también volviera a la realidad. Intentó sonreír, pero se quedó en una mueca.

Miré mi mano envuelta en la suya, las tenía tan pequeñas... con una uñas tan cortas... Ni recordaba la última vez que me las había pintado y me quedé sorprendida de la deriva que habían tomado mis pensamientos; de hablar de la muerte de mi padre a acabar pensando en mis putas uñas. Volví a coger aire. Definitivamente quería acabar con aquella conversación.

—Para colmo, el negocio dejó de funcionar y no quise que mi madre gastara más dinero en mis estudios. —Volví a tomar carrerilla para seguir hablando—. Terminé tercero y me propuse seguir estudiando algo que no le costara nada, pero me prometí a mí misma que, cuando pudiera pagármelo, acabaría la carrera. Cuando se lo dije, ambas tuvimos una acalorada discusión, pero yo lo tenía decidido.

Volví a callar con la esperanza de haber zanjado el tema.

—No entiendo —me miró perplejo—. ¿Qué tiene que ver el periodismo con trabajar en un laboratorio?

¡Dioooosss! La conversación parecía no tener fin y me estaba cabreando. Cerré los ojos unos segundos mientras intentaba tranquilizarme.

—Me apunté en todo lo que podía estudiar sin tener que pagar matrícula —seguí hablando ya un poco harta—, me aceptaron para poder ser técnico en anatomía patológica y citología y no me lo pensé. Quería seguir estudiando, fuera lo que fuera, pero..., ¿sabes? —Conseguí sonreír—. No me arrepiento. Sin tener nada que ver con lo mío, me gustó y, al terminar las prácticas, con el título bajo el brazo, ya tenía trabajo. Y fin del primer capítulo de la historia

de Julia —rematé esperanzada de que así fuera.

De repente, miró el reloj y se levantó tirando de mí.

—Vamos a llegar tarde —farfulló rápidamente mientras bebía un sorbo de agua—. Mejor dicho, vas a llegar tarde.

—¿A dónde? —pregunté frunciendo el ceño.

—¿No te acuerdas? Yo preocupándome por tu carrera musical y tú ya lo has olvidado —relajado, sacudió la cabeza divertido.

Abrí la boca sorprendida. ¡Con tanta clase de historia de Julia se me había olvidado por completo! Del susto la saliva desapareció de ella y, sin pensarlo, cogí su vaso y me bebí el agua que quedaba en él. Ladeó de esa manera extraña su cabeza y me miró sorprendido.

—¿Te importa? —pregunté con el vaso en la mano.

—No, todo lo contrario. —Sin más, me agarró la cara y me besó con fuerza. Su lengua invadió mi boca fresca y me dejé llevar. Pero paró tan bruscamente como empezó, dejándome con la boca abierta—. Vamos, o tu carrera musical no va ni a empezar—. Soltó con voz cargada de deseo.

Mi vientre se contrajo, imaginando esa posibilidad y, en aquel momento, decidí que la prueba me importaba una mierda.

—A lo mejor ni me cogen —murmuré coqueta, acariciándole la cara.

Cerró los ojos, suspiró con fuerza y cuando los abrió creí empezar a arder; levantó suavemente mi barbilla y sus labios acariciaron los míos con suavidad.

—Vamos —repitió sobre ellos.

Nos pusimos en marcha en silencio camino de... no sabía dónde. Sabía que a él le gustaba conducir en silencio y yo, después de tanto hablar, agradecía poder estar callada. Además, me estaba empezando a poner nerviosa; lo del coro ya no me parecía tan buena idea.

«¡Mierda, Julia!, para que meterse en más berenjenales». Arrepentida, moví la cabeza y fruncí el ceño.

—¿Nerviosa? —Pese a ir conduciendo, se había dado cuenta de mi estado de ánimo.

—Sí, bueno, más bien indecisa —balbuceé.

—¿Por? —preguntó intrigado.

Ni yo misma lo sabía. Lo cierto era que me había gustado impresionarle con lo de mi canción, pero empezaba a tener serias dudas.

«¿Y si algo sale mal?». La Julia de los «¿y si?» llevaba un buen rato martilleándome la cabeza con esa pregunta.

—Julia, no te calles, por favor. —Su voz interrumpió mi momento de angustia.

—Tengo miedo de que algo salga mal —solté tras un bufido—, de no hacerlo bien y que no me cojan, de que... —Mordiéndome el labio, me quedé en silencio.

—¿De qué? —me apremió a seguir.

—De que a ti no te guste.

Lo dije tan bajo que casi no me oí ni yo, y al momento sentí vergüenza por lo que acababa de decir. Parecía una adolescente insegura e indecisa. Aparcó el coche y se giró mirándome, muy serio.

—Julia, no tienes que hacer nada porque a mí me guste. Tienes que hacerlo porque te guste a ti —prosiguió, agarrándome de la mano—. Tienes una voz preciosa y te gusta cantar. Pues hazlo, inténtalo; además, te voy a confesar algo.

Sonreí como una idiota y asentí.

—Aunque cantaras como una rana afónica me gustarías igual —me susurró al oído sonriendo.

Antes de que arrancara, aproveché para abrir la puerta del coche y arrojar mis miedos fuera. Era increíble el efecto que sus palabras tenían en mí.



Capítulo 22

Aparcamos en una plaza pequeña con varias terrazas llenas de gente tomando algo. Me fijé en que había un grupo de moteros con sus respectivas motos aparcadas. En el grupo había dos Harleys y me acerqué a mirarlas, eran preciosas y las estuve admirando hasta que Joseph se acercó a mi lado.

—Te gustan, ¿eh? —observó divertido.

—Pues sí. Ya te dije que es uno de mis sueños por cumplir. Pero, en fin... —suspiré—. ¿Dónde tengo que ir? —pregunté nerviosa de nuevo.

—¡Rubia! —oímos gritar—. ¡Si quieres dar un paseo no tienes más que decirlo! — Varias carcajadas sonaron al unísono.

Ni miré, pero la cara de Joseph cambió por completo y vi que su intención era ir hacia los moteros. Lo agarré del brazo con fuerza.

—Por favor, déjalo, no tiene importancia —supliqué.

Así era, no eran más que unos imbéciles, seguramente bebidos. Serían unos ocho o nueve.

—¿Qué pretendes? ¿Pelearte con todos por una tontería? —razoné preocupada.

Me miró muy serio y resopló con fuerza, pero, dándoles la espalda, me cogió la mano y nos dirigimos hacia un pequeño edificio frente a una de las terrazas. Era una especie de centro sociocultural y parecía lleno de actividad por la cantidad de gente que entraba y salía de él.

—Pregunta por el señor Joao Gomes —me indicó cuando llegamos a la entrada, señalándome un pequeño mostrador.

—¿No vas a entrar? —Estaba nerviosa y mi voz lo demostró.

—Te espero tomando algo. Tranquila, lo vas a hacer bien, lo sé. —Me besó en los labios y me miró con una expresión de tal certeza que, en ese instante, supe que no iba a haber ningún problema.

—Gracias. —Sonreí, le devolví el beso y entré.

Le di el nombre a una chica que estaba tras una pequeña mesa y me señaló una puerta al fondo de un pasillo. Cuando me vi ante ella, cogí aire antes de abrirla y entré en un pequeño salón de actos con poco aforo, pero acogedor. En el escenario había un hombre y me dirigí hacia él. Con su barriga prominente, su barba y un gran fular en el cuello, me recordó a Pavarotti. Me presenté y me estrechó la mano afablemente; tenía una voz preciosa, grave, profunda y hablaba muy despacio. Pensé que lo hacía por deferencia a mi condición de extranjera. Como pude comprobar a posteriori, me equivoqué, era su manera de hablar con todos. Unos ojillos pequeños, oscuros y vivaces me escrutaban mientras le contaba mi breve experiencia en el otro coro y, tras una pequeña charla informal, comenzó la prueba.

Me pidió que empezara entonado la escala musical, después la repetí de acuerdo con el tono que él me daba en un pequeño piano y después tocó varias notas seguidas que yo tenía que repetir. Me di cuenta de que quería valorar que tipo de voz tenía y hasta donde podía llegar, tanto mis agudos como mis graves. Al final, me pidió que cantara alguna canción, y a mi cabeza volvió la que había cantado en casa de Marcos. Empecé a cantar Dindi y su cara reflejó la sorpresa por mi elección. Me escuchaba atentamente, noté que me ponía colorada con la inestimable ayuda de un puto sofoco y, con los nervios, se me olvidó parte de la letra; acabé tan rápido que temí mandarlo todo al traste. Quedé callada, igual que él y lo miré expectante.

—Ensayamos los jueves de seis a ocho —comenzó a hablar, con su modulada voz, tras unos angustiosos segundos de silencio—. Exijo que la gente se tome esto muy en serio. Con nuestras actuaciones recaudamos fondos para muchas causas benéficas y también para cubrir nuestros gastos. Tendrás que trabajar duro y avisar si no puedes asistir a algún ensayo, cosa que espero que suceda lo menos posible. Y ya te aviso de que, cuando se acercan las actuaciones, a veces hay que ensayar más días. Como ya te he dicho, yo me lo tomo muy en serio y espero lo mismo de los demás. —Paró de hablar y me volvió a escrutar con la mirada—. Tienes muy buena voz y muy buen oído. Si te interesa, te enseñaré a cantar.

Paró de hablar y me tendió la mano. Cogí aire y se la estreché; me di cuenta de que durante toda su charla había estado sin respirar.

—Bienvenida a nuestro coro, te espero el jueves. —Sonrió abiertamente.

Me dio su número de teléfono y fui consciente de que había superado la prueba. Salí aún sin creérmelo de todo y, de repente, me pregunté si Joseph habría influido en algo, pero en seguida lo descarté; eso no hubiera sido

propio de él.

Ya en la calle, lo busqué con la mirada. Estaba sentado en una de las terrazas tomando un café y pude ver, mientras me acercaba, que hablaba por teléfono apurando la conversación. Cuando llegué, colgó, me agarró de la mano y me sonrió. Me senté en silencio y conseguí que mi gesto serio no delatara la alegría que sentía en ese momento.

—¿Qué? —soltó impaciente.

—Pues... bueno —balbuceé fingiendo estar apenada.

—¿No me dirás que no...?

Él tampoco acabó la frase, con gesto serio, se quitó las gafas de sol y se quedó mirándome sin pestañear. No pude aguantar más y empecé a reír.

—Empiezo este jueves, tengo que estar aquí a las seis.

Le estampé un sonoro beso y me quedé mirándolo sonriendo; tardo unos segundos en reaccionar.

—¿Te estás riendo de mí? —me preguntó serio.

Se me cortó la risa. ¡Joder!, pero si era una broma. Me quedé petrificada e intenté explicárselo. De repente fue él el que se echó a reír y solté un suspiro de satisfacción. ¡Cómo me gustaba oír su risa!

—¿Se está riendo de mí, señor Levi? —pregunté después de que me devolviera el beso.

Era la primera vez que lo llamaba así directamente y me gustó; a él también, porque esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Donde las dan, las toman —me susurró rápido al oído—. Y cuando volvamos a casa me vengaré de tu tremenda burla —remató tras besarme rápidamente

—¡Ohhhh!, miedo me das... —Fue lo único que conseguí decir mientras, en mi interior, todo se ponía en marcha.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó burlón. Ni cuenta me había dado de que el camarero estaba esperando.

—Café con leche, con hielo, por favor.

Ambos me miraron como si acabara de pedir una Coca-Cola a punto de ebullición.

—Sí —repetí a un boquiabierto camarero—, café con leche y un vaso con hielo, gracias.

Mientras esperábamos, miré al alrededor, las motos ya no estaban.

—¿Se han ido?

—Sí, al poco de sentarme se fueron —respondió tras terminar de tomar su

café.

—¿Pasó algo? —pregunté.

Había contestado demasiado rápido, pero antes de que me pudiera dar una respuesta, llegó el camarero.

—¿Está bien así? —preguntó aún sin perder su cara de asombro.

—Pues sí, café con leche normal y un vaso con hielo aparte, gracias —expliqué, señalando cada cosa como si de una clase de Barrio Sésamo se tratara.

Joseph pagó y, seguramente, debió de darle una buena propina, porque dio las gracias un ciento de veces.

—¿Nunca lo has tomado así? —le pregunté mientras observaba atento como volcaba el café en el vaso con el hielo.

—Pues no. —Con fuerza, meneó la cabeza de un lado a otro por si no me había quedado claro.

—Pruébalo, está buenísimo —le dije ofreciéndole el vaso.

A mí y a todo mi interior nos pareció que hablábamos de otra cosa. Lo paladeó unos instantes y, de un trago, se lo bebió todo; aún relamiéndose, me devolvió el vaso con los restos del hielo.

—Tienes razón, buenísimo. —Volvió a reír ante mi cara de asombro.

—Muy bonito, ¿y ahora yo qué? —Crucé los brazos intentando hacerme la ofendida, sin conseguirlo.

Su manera de responder fue besándome. Su lengua entró en mi boca, estaba fría y sabía a café y la inundó con su sabor, al igual que todo mi interior, incluyendo mi entrepierna. Cuando se apartó, nos costaba respirar a los dos.

—Pues sí que estaba bueno —dije mientras me relamía golosamente.

—Primer asalto de mi venganza ganado por K.O. —comentó divertido mientras nos dirigíamos al coche.

—¡Ufff..., qué miedo! Mira como tiemblo —respondí jocosa, manteniendo firmes mis manos extendidas ante él.

—Temblarás, temblarás... —me susurró al oído y todo en mi interior se contrajo.

Ya en el coche, mis pensamientos volvieron a lo ocurrido en su oficina. Parecía que había pasado un montón de tiempo cuando, en realidad, solo habían sido unas pocas horas. Me vino a la mente la mesa de su despacho y lo que en ella pasó; no pude evitar sonreír.

—¿En qué estás pensando? —preguntó de repente.

—En nada concreto —mentí.

—No mientas, te estabas riendo.

Lo miré sorprendida, juraría que no había apartado la vista de la carretera.

—Bueno, la verdad es que estaba pensando en la mesa de tu despacho — contesté suavemente.

Entonces fue él el que me miró sorprendido.

—¿Y qué tiene esa mesa que te hace reír? —intentó hacer la pregunta serio, pero no pudo impedir que su tono de voz lo delatara.

Apoyé la mano en su rodilla.

—No es la mesa, sino el uso que hemos hecho de ella.

Mientras se lo decía, subí la mano hasta su muslo y, a modo de suave caricia, me dirigí despacio hacia su entrepierna, parando cuando estaba a punto de tocársela. Entreabrió la boca ligeramente, pero no hizo ningún movimiento.

Con la misma lentitud, volví a deslizar la mano hasta que estuvo de nuevo en su rodilla. Me mantuve quieta, pero pude ver como desviaba la vista de la carreta unos segundos para mirarme de tal forma que una ola de calor recorrió mi cuerpo. Se agarró con fuerza al volante cuando volví a hacer lo mismo, solo que esta vez llegué al final y lo acaricié con la punta de los dedos. Entreabrió los labios y dejó escapar leve gemido que rompió en mil pedazos el silencio reinante en el coche; la dureza de su miembro me confirmó su grado de excitación. Con una sonrisa de satisfacción, aparté la mano y se la puse de nuevo sobre la rodilla, apretándosela suavemente.

—Esto va por lo del café. —Me crucé de brazos sin dejar de sonreír.

Sacudió ligeramente la cabeza, me sonrió y yo suspiré feliz; estaba deseando llegar a su casa. Por varios motivos, me notaba cansada y necesitaba una ducha. Lo cierto es que el día había sido intenso y prometía serlo más.

—Pareces cansada —comentó después de un suave beso en el ascensor.

Desde que estaba con él había recibido más besos que en toda mi vida. Lo miré arrobada y todo mi cansancio desapareció. Su mirada, tan dulce, fue como un bálsamo relajante y, a la vez, revitalizante.

—Nada que no se solucione con una buena cena, una buena ducha y... — acaricié sus bonitos labios con los míos— con un buen café.

Me agarró la mano, se metió uno de mis dedos en la boca y lo chupó lentamente. Ambos cerramos los ojos a la vez. Cuando me mordió la uña un relámpago de placer me recorrió el cuerpo y todo se volvió húmedo, intenso, sofocante; como el ambiente del ascensor en ese momento.

—Vaya por Dios... —protesté jadeante cuando las puertas se abrieron.

—Sí, vaya —protestó también con voz cargada de deseo—, creo que ambos necesitamos una ducha.

Una sonrisa enorme apareció en mi cara ante la sugerente idea de ducharnos juntos. Una sonrisa que, en ese mismo instante, se congeló al ver su expresión de miedo, tristeza e incluso de vergüenza. Todo eso y más decía su mirada y todo eso me hizo sentir culpable.

—Julia, yo...

Extendió la mano, sabía que se iba a disculpar, pero yo estaba demasiado avergonzada para escuchar nada.

—Tienes razón, me voy a dar una ducha. —Y corrí escaleras arriba.

Estaba furiosa, pero conmigo misma porque calibraba mal mis posibilidades y eso no me gustaba, ni por él ni por mí. Sabía que él estaría sintiéndose mal cuando en realidad no había hecho nada. Constantemente tenía la sensación de que, de un momento a otro, iba a conseguir romper su libro de instrucciones, lo malo es que siempre me equivocaba.

—¡Joder, joder, joder y mil veces joder! —Furiosa, me lo decía una y otra vez, bajo la reconfortante ducha.

Estuve bajo el agua hasta que la mala hostia conmigo misma se fue por de desagüe. Tardó un buen rato en irse, porque cuando salí, tenía las yemas de los dedos arrugadas como pasas. Aún hacía calor, así que me puse un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Me embadurné los labios con mi barra mágica, me puse un poco de colonia, me atusé el pelo y baje sin mirarme en el espejo. Aún me asaltaban un montón de dudas cada vez que me miraba en él y más estando enfadada.

Fui directamente a la terraza y, apoyándome en la barandilla, suspiré con fuerza. Jamás me cansaría de esas vistas, sobre todo de noche; pese a estar envuelta en la oscuridad, Copacabana parecía irradiar una luz propia y especial que me seguía dejando sin palabras. Aquella noche era especialmente calurosa y agradecí la frescura que me daba tener el pelo mojado.

—Hola.

¡Mierda! Nunca lo oía llegar y pegué un respingo del susto.

Me giré y ahí estaba él, en todo su esplendor. Con su pelo mojado y vistiendo un pantalón muy fino tipo chándal, de color negro, por el que asomaba un cordón en la cintura que colgaba desatado; una camiseta del mismo color completaba un atuendo que yo pedía a los dioses que se

volatilizara.

—Siento haberte asustado.

Su voz y su mirada reflejaban todo lo que yo había temido que pasara. Se sentía mal, pero estaba más preocupado por cómo me sentía yo. En ambas había una mezcla de pena y miedo que me desarmó por completo. Levanté los brazos y lo miré en una petición silenciosa de permiso. No se movió. Despacio, le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé. Noté como se relajaba y se abrazó a mí con tal fuerza que casi no podía respirar.

—Qué bien hueles... —susurró mientras besaba mi pelo mojado.

—Es la colonia —contesté, apoyando la cabeza en su pecho. Me gustaba oír los latidos de su corazón y me encantaba estar entre sus brazos. Estaba convencida que, entre ellos, nada malo podía pasarme.

—No, eres tú —dijo, levantándose la cabeza para que lo mirase—. Julia, antes...

—Shh... —interrumpí con un suave beso—. Antes era antes y ahora es ahora.

Nuestros cuerpos se volvieron a encontrar cuando me miró y me besó como solo él sabía hacerlo. Cuando paramos, a punto de la asfixia, me agarró la cara entre las manos; las tenía tan largas que me llegaban a las orejas. Yo permanecía con los ojos cerrados, intentando que aquel momento no se escapara del interior de mi cerebro, al igual que el resto de los vividos con él.

—Mírame —pidió apremiante.

Así lo hice y tuve que contener el aliento al enfrentar la intensidad de su mirada. En silencio, me acarició mis labios con el pulgar; estaban suaves y agradecí el haber echado el cacao maravilloso.

—Dame tiempo, por favor. Solo te pido un poco de paciencia. —Su tono era suplicante y dejaba traslucir un dolor y un miedo muy profundos—. No sabes las ganas que tengo de...

No fue capaz de terminar la frase y tampoco hacía falta; tenía las mismas ganas que yo de que todas estas barreras desaparecieran, pero aún no era el momento.

—Por ti, lo que haga falta y más —fue mi inmediata respuesta que hasta yo misma agradecí.



Capítulo 23

—¿Qué tal en mi oficina? —preguntó mientras cenábamos tranquilamente. No me escapó su tono jocoso.

—¿A qué te refieres, a lo que pasó en tu oficina o a lo que pasó en tu despacho? —puntalicé entornando los ojos.

—Me interesa más lo de mi despacho —aclaró, juguetón.

—En cuanto a la decoración —empecé tras una deliberada pausa—, francamente, se puede mejorar.

A modo de respuesta, me agarró la mano y empezó a besarme las puntas de los dedos.

—El tema de la decoración de mi despacho me importa muy poco —respondió, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Prefieres hablar de la actividad que se desarrolló en él? —pregunté, poniendo cara de inocente.

—¿Algo que objetar sobre esa cuestión?

Sus ojos se volvieron de un negro todavía más profundo mientras me chupaba lentamente el dedo índice antes de mordisquearlo. Mi boca se entreabrió, al igual que otra parte de mi cuerpo y dejé escapar un leve gemido mientras mi vientre había empezado a latir.

—No...—conseguí decir con un hilo de voz—, al contrario, estoy deseando volver para retomar la actividad desde otros ángulos.

—¿Otros ángulos? —soltó mientras ladeaba su cabeza de esa manera tan especial.

—Sí —respondí ufana—, desde el ángulo del sofá, del sillón, del suelo...

Entonces fue él quien resopló. El ambiente se estaba caldeando tanto que estaba a punto de empezarnos a salir humo de un momento a otro.

—Tomo nota de tu petición y la atenderé a la mayor brevedad posible. ¿Y

lo demás? —preguntó poniéndose serio.

—¿Lo demás? —pregunté, fingiendo no saber a lo que se refería.

—Venga, sabes de sobra de lo que te estoy hablando —dijo impaciente.

—¿La verdad? —aclaré.

—Sí, siempre —respondió con vehemencia.

—Bien. —Cogí aire y empecé—. Alberto, tu abogado, me pareció encantador, te aprecia y respeta mucho, pero lo tienes al borde de un ataque de nervios.

Me miró interrogante.

—¿Te has fijado en sus uñas? Mejor dicho —rectifiqué al instante—, ¿te has fijado en la ausencia de ellas? Uno de estos días empezará a comerse los dedos.

Un leve estremecimiento me recorrió el cuerpo al recordar sus pequeñas manos sin uñas.

—El que salió disparado de tu despacho...

—Óscar —interrumpió seco.

—Ese —continué—. Me pareció repelente, peligroso y de vicios caros. Gloria —proseguí ante su cara de sorpresa—: buena gente, solo le falta un poco de seguridad en sí misma y Mark —proseguí, tras pensarlo un rato—, auténtico, genuino, especial y también te aprecia.

Me miró asombrado, en cinco minutos, había visto cosas que a él le habían pasado completamente desapercibidas. Guardé silencio, no había nombrado a una persona, yo lo sabía y él también.

—¿Y Cristina? Supongo que no te habrás olvidado de ella... —pretendió bromear, pero se le notaba una cierta inquietud.

Lo pensé unos instantes, al fin y al cabo, era su secretaria. ¿Mejor callar?, ¿mejor decir lo que pensaba?, ¿y si en el fondo todo eran celos?

—¿Y Cristina? —insistió, devolviéndome a la realidad.

—Oye, mira —respondí nerviosa—, no es más que mi opinión. Si a ti estas personas te valen, ¿qué importa lo que yo piense?

—A mí me importa lo que tú pienses —recalcó lo del tú y esperó mi respuesta, mirándome serio.

—No me gusta —solté de repente.

Quería mi opinión y se la di, ¡ya estaba! Lo miré recelosa y supuse que se iba a enfadar, pero no, no me soltó la mano, lo que me pareció buena señal.

—¿Por? —Fue su única pregunta ladeando ligeramente la cabeza y mirándome con una extraña expresión.

—No sé Joseph, no es nada en concreto, déjalo —sugerí, relajada al ver que no estaba enfadado. Tenía miedo de que pensara que era la típica celosa—. Es alguien que acabo de conocer y simplemente es una sensación —razoné, quitándole importancia al asunto.

—Es muy eficiente —arguyó pensativo.

—¡Vamos, no le des importancia! —Le cogí de las manos yo—. Es mi opinión, no estoy poniendo en duda su eficiencia.

Siguió mirándome extrañado.

—¡Joder, Joseph! ¡Cambia la cara! —exclamé impaciente—. Solo te digo que no me cae bien, eso es todo. Pero, si te vale de consuelo, te diré que el sentimiento es mutuo.

—¿¿Qué?! —exclamó y preguntó a la vez; parecía que le hubiera dicho que yo antes vivía en Marte.

—Por favor, ni que fueras un niño pequeño —hablé más tranquila—. Estas cosas pasan, no me cae bien y yo no le caigo bien, ambas nos dimos cuenta y ya está.

—Es imposible que no le gustes a alguien, Julia. —Lo dijo tan serio y tan seguro que no pude evitar reír.

—No soy la Coca-Cola para gustarle a todo el mundo, Joseph —razoné, sonriendo de oreja a oreja.

Pese a mi broma, continuaba serio y me di cuenta de que seguía sin creerse lo que le había dicho.

—Lo sé —hablé con suavidad, mirándolo a través de mis pestañas entornadas—, soy consciente de mis innumerables encantos —bromeé—. Pero, créeme, hay por ahí algunas personas que no guardan precisamente un buen recuerdo de mí.

—Imposible —terqueó, exhibiendo su sonrisa deliciosamente escalofriante.

—Pues sí —asentí—. Y, por cierto —continué poniendo morritos—, creo que alguien me debe un café.

Su expresión cambió radicalmente y respiré aliviada.

«¡A la puta mierda su mitad secretaria, mitad siniestra ama de llaves!», exclamé para mis adentros, harta del absurdo tema.

Empezó a besarme las puntas de los dedos y su mirada cambió. Era increíble que unos ojos negros pudieran cambiar tanto, pero era así. A veces líquidos, a veces ardientes, otras veces insondables... En ese momento volvían a ser esos pozos negros por los que yo deseaba caer una y otra vez.

—Es cierto, te debo la segunda parte de mi venganza —susurró mientras

me mordía levemente la punta de mi dedo pulgar, que ahora tenía en la boca.

Debido a algún tipo de conexión que, desde luego, yo desconocía, noté ese mordisco en otra parte de mi cuerpo bastante alejada de dicho dedo.

—Me he aficionado al café con leche y con hielo —susurró mientras me acariciaba los dedos con las lengua.

De repente, sentí que con mi calor se podían derretir los polos. La saliva huyó de mi boca y escapó, junto al corazón, para refugiarse en mi sexo.

—Ven. —Se levantó y me tendió la mano.

Solo su voz conseguía poner en marcha todo mi cuerpo, que se llenaba de un mundo de deseos y sensaciones hasta entonces desconocidos para mí. Subimos a «mi/su» habitación en silencio; el corazón me iba a mil y las piernas me temblaban tanto que fue un auténtico milagro que consiguiera llegar por mi propio pie. Tan pronto entramos, me agarró la cara con las manos y me besó. Cerré los ojos y me dejé llevar por su magia profunda, la misma que dejaba sin aire mis pulmones, pero mi cuerpo lleno de deseo. Me besaba con calma, pero con intensidad y, entre gemido y gemido, mi ropa acabó en el suelo, a mis pies.

—Túmbate en la cama, boca arriba —susurró mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Antes de hacerlo, me giró con suavidad, me acarició la nuca con los dientes y un escalofrío de placer me recorrió la espalda. Al mirarnos de nuevo, todo en él había cambiado. Su mirada era líquida y caía sobre mí, ardiendo, quemándome la piel hasta dejarme sin respiración. Envuelta en una increíble sensación de dolor y deseo, contuve el aliento al sentir sus dientes en mi hombro. Recordé las marcas, pero, en ese momento, todo me daba igual y, para ser sincera, era feliz viéndolas sobre mi piel. Tras otro largo beso, me cogió en brazos para dejarme, con suavidad, en la cama.

—Dónde están... —No remató la frase, arqueó una ceja y sonrió de una manera muy sexy.

Le señale el cajón y lo abrió. Para mi sorpresa, vi que quitaba las cuatro cintas que yo, de modo previsor había comprado, así como mi fular azul, el único que había traído. Al verlo, recordé que en Río nunca me lo había puesto; sin embargo, en España no salía de casa sin envolverme en alguno.

Lo miré atónita mientras mi mente funcionaba a mil, ¿para qué las cuatro cintas?, ¿para que el fular? Tenía el pulso tan acelerado que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no empezar a hiperventilar, mientras los latidos de mi corazón resonaban como un tambor en el interior de mi pecho. Incapaz de

articular palabra, lo miraba con los ojos abiertos como platos y sin pestañear. En silencio, me situó en el centro de la cama y, tras anudar las cintas a las cuatro esquinas de la estructura metálica que rodeaba la cama, me ató las muñecas y los tobillos, dejándome totalmente inmovilizada. Estaba completamente desnuda, pero, por increíble que pareciese, cada vez me sentía menos cohibida.

—¿Estas cómoda? —preguntó ronco.

Asentí.

—¿Te molesta el brazo?

—No —conseguí decir. ¡Milagro!, el don de la palabra había vuelto a mí.

—¿Seguro? No quiero hacerte daño

Su voz llena de deseo me parecía llegar desde otra galaxia.

—Estoy bien —insistí.

Cogió el pañuelo y me miró sonriendo. Se acercó despacio a mi cara y me estremecí.

—Bueno, pues ahora una sorpresa —dijo al tiempo que deslizaba un dedo por mis labios—. Y para que sea sorpresa no se puede ver.

Hizo el ademán de ponerme el pañuelo en los ojos, pero mi expresión de alarma lo paró en seco.

—¿No creerás que te puedo hacer daño? —se había puesto serio.

—No, no es eso —respondí confusa—. Pero entiéndelo, Joseph..., yo nunca...

Entre mi respiración agitada y que mi cerebro estaba a punto de colapsar, no era capaz de coordinar los pensamientos con mi voz.

—Yo tampoco, también para mí es la primera vez —dijo mientras depositaba suaves besos en mi rostro.

—¿Pero qué...? —fue lo más inteligente que se me ocurrió decir de lo estupefacta que quedé al oír esto.

—Shhh, tranquila... —continuó ignorando mi cara de estupefacción—. Si algo no te gusta, me lo dices y paramos. ¿De acuerdo?

Asentí mecánicamente, ya que mi mente se había quedado colgada con esa frase. Con cuidado, me levantó la cabeza y, tapándome los ojos, me lo ató. De repente, no veía nada, no me podía mover... Mis nervios me traicionaron, mi respiración se volvió un jadeo continuo y volví a tener la desagradable sensación de estar a punto de hiperventilar.

—Sh... —repitió con dulzura—. Tranquila Julia, confía en mí.

Lo sentí levantarse de la cama y le oí salir de la habitación, mientras los

latidos de mi corazón parecían retumbar por toda la casa. Notaba la boca seca, los labios agrietados y, de los nervios, empecé a mordisquearlos. Después de lo que a mí me pareció una eternidad, volvió a entrar. Comprobé que es cierta la teoría de que cuando te falta un sentido se agudizan los demás, porque enseguida me llegó un olor conocido...: ¡café!, no me lo podía creer, ¡había ido a por un café! Dentro de mi oscuridad, moví la cabeza incrédula y, sin poder salir de mi asombro, mientras oía cómo depositaba algo en la mesilla de noche. Desde luego, lo que menos me esperaba era que se hubiera tomado la broma tan en serio.

—Como ya te he dicho, ahora voy a culminar mi venganza —explicó mientras andaba con no sabía qué.

Intenté sonreír, pero estaba tan nerviosa que mis músculos faciales no respondían. Él estaba jugando y se notaba que se lo estaba pasando bien, pero yo nunca había hecho nada parecido, mejor dicho, nunca había hecho nada. ¿Me gustaría?, ¿me sentiría incómoda? No lo veía nada claro, y no era precisamente por tener los ojos vendados; tenía serias dudas sobre mi posible reacción.

—Está impresionante —susurró a mi oído.

Pegué un respingo del susto que me llevó. Sabía lo que se sentía estando atada y me había gustado, pero ahora, entre que no veía absolutamente nada y estaba completamente inmovilizada, no podía evitar sentirme indefensa. Oí el ruido de la cucharilla dentro de una taza.

—Prueba, espero que te guste —le oí decir mientras me levantaba un poco la cabeza—. Con cuidado, está caliente —explicó solícito.

—¿El qué? —pregunté atropelladamente, de lo nerviosa que estaba.

—El agua de mar —respondió burlón. Pese a no ver nada, percibí su sonrisa.

«¡Seré idiota!», me reprendí a mí misma. Lo cierto es que, en esos momentos, mi cerebro bastante hacía con mantener mis constantes vitales en funcionamiento y no daba abasto para atender a nada más.

—Prueba —repitió.

Lo probé, estaba muy bueno. Era un café con leche muy rico y aproveché el momento para intentar calmarme un poco.

—En su punto —contesté cuando acabé de paladear el café que había depositado en mi boca.

—¿El qué? —sonó excitado.

—El agua de mar —conseguí decir.

Milagrosamente, mi cerebro empezaba a funcionar y estaba empezando a disfrutar con la situación. Como consecuencia, los nervios empezaron a desaparecer.

—¿Con que esas tenemos? La próxima vez no dejaré ni que hables — murmuró sobre mis labios con sabor a café.

Todos mis músculos se tensaron con sus palabras; gemí y mi cuerpo empezó a responder por lo erótica que resultaba la situación. Noté que se levantaba de la cama y escuché el tintineo de unos cubitos de hielo en un vaso. Mi respiración desapareció, junto con mi capacidad de pestañear, algo innecesario en aquellos momentos.

De repente, sentí sus labios sobre los míos. Estaban fríos y de ellos salió, directamente a mi boca, un poco de café, que alivió la sequedad que sentía.

—¿Más? —susurró, jadeante.

Asentí con la cabeza. Tenía tal cúmulo de sensaciones dentro que no podía atender a más. Volvió a hacer lo mismo, pero estaba preparada. Estaba frío, como su boca, pero en mí hacia el efecto contrario. Si en aquel momento hubiera acercado una cerilla a mi sexo, prendería al instante. Así, poco a poco, entre besos y caricias, me lo fue dando. Podría tomarlo así el resto de mi vida y, si esa era su venganza, me apuntaba a ella sin dudar.

—¿Te ha gustado el café? —oí de nuevo su voz entrecortada.

Volví a asentir. ¿Esto era todo? No estaba mal, pero esperaba algo más para toda aquella parafernalia.

—Pues prepárate, que ahora viene lo mejor —continuó, susurrándome mientras me recorría el cuello con sus labios aún fríos.

No necesitaba verlo para saber que él también estaba muy excitado. Se sentó a horcajadas sobre mí y volví a oír el tintineo del hielo. Seguro que aún estaba vestido y yo estaba totalmente desnuda y atada de pies y manos; sin embargo me sentía... a gusto. Se echó hacia adelante y apoyó las manos a ambos lados de mi cara. Moví la cabeza nerviosa; pese a mi total oscuridad, notaba la intensidad de su mirada, su agitada respiración, su pulso acelerado y todo ello me resultaba endiabladamente excitante. Una gota fría cayó en mis labios y sentí el roce de los suyos mientras me los acariciaba con un cubito de hielo. ¡Con que era eso!... Un «oh...» se me escapó a la vez que un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Él se mantuvo en silencio y dejó que el hielo se fuera derritiendo en nuestras bocas. Cuando terminó, pese al frío del hielo, me notaba acalorada y su nariz me recorrió el cuello y los hombros. Me resultaba muy sensual sentir como me olía, inspirando con fuerza, como

quien quiere quedarse con el olor de un rico perfume.

—Me encanta tu piel, tu olor... —musitó sobre mi hombro.

—Joseph, por favor... —acerté a decir—. Esto es demasiado.

No me podía mover, no podía ver y quizás todo ello me parecía sentir más el resto. Me notaba ardiendo, con la sensación de que mi temperatura corporal estaba a cuarenta grados como mínimo.

—Sh, calma... —volvió a susurrar—. Esto acaba de empezar.

Gemí de nuevo y se me arqueó todo el cuerpo. Él estaba inclinado sobre mí y sentí la tremenda erección que no le cabía en el pantalón, mientras oía de nuevo el tintineo de los cubitos de hielo.

—Si no te gusta, avisa —me murmuró al oído.

Tuve la sensación de que no hubo una parte de mi cuerpo a donde no llegara ese murmullo; me ardía la cara y el ritmo de mi respiración estaba llegando al límite. Entre sus labios, deslizándolo por mi cuello, hombros y pecho, tenía un cubito de hielo. Un escalofrío de placer recorrió de nuevo mi cuerpo cuando llegó a mis pechos. Se lo introdujo en la boca y solo los rozó sutilmente ante el temor de hacerme daño. Toda yo me volví a tensar. Sentía la humedad y el frío de su boca, pero el hielo parecía evaporarse al contacto con el calor de mi piel; un largo y profundo suspiro salió de entre mis labios.

—Sigue, por favor... —gemí.

—¿Segura? No quiero...

No le dejé acabar la frase.

—Sí, por favor... —Mi tono de voz fue suplicante, ya que me notaba a punto de estallar.

Me pasó suavemente los labios sobre el ombligo y me acarició mi vientre con otro cubito que volvió a meter en su boca. Sus labios estaban fríos, pero parecían quemarme la piel. Oía sus gemidos ante mis reacciones y, cuando no podía más, frotaba su pene, preso de una gran excitación, contra mi sexo. Cuando llegó ahí creí morir. Noté el frío del hielo en mi vello púbico, a la vez que sus labios me lo besaban con suavidad y un ronco gemido salió de lo más profundo de mi garganta. Lo estaba sintiendo todo como nunca lo había sentido.

—¿Sabes cómo estás, Julia? Estás empapada. —Habló entre jadeos mientras introducía un dedo en mi sexo.

No tenía necesidad de decirme cómo estaba y, si no fuera porque él sabía cómo retener mi orgasmo, me hubiera corrido hacía tiempo.

—Quiero correrme, por favor, déjame llegar... —gimoteé y supliqué, lo

necesitaba de verdad.

—Sh, calma.

Pero en su voz había de todo menos calma. Sacó el dedo y, pese a no poder ver nada, sabía que lo estaba chupando.

—Sabes de maravilla, ¿quieres probar? —habló ronco.

—No. Quiero llegar, por favor...—volví a suplicar.

—No seas impaciente —me pidió mientras volvía a oír el tintineo del hielo.

—¿Quedan muchos? —pregunté sintiéndome a punto de correrme ya.

Noté su sonrisa en mi sexo.

—¡Oh,... Dios...! —exclamé de repente al notar que rozaba mi inflamado clítoris con un hielo que mantenía entre los labios.

Aquello era demasiado para mí e intenté moverme, a sabiendas de que mis esfuerzos serían en vano. Frenéticamente, me chupaba y lamía el clítoris mientras su errática respiración sobre mi sexo conseguía que la humedad del hielo se mezclara con la mía, convirtiéndolo todo en una espiral de deseo que parecía no tener fin. En esos momentos tenía la sensación de que podía sentir por los dos y, cuando introdujo de nuevo sus dedos en mi interior, creí enloquecer de placer. Me notaba arder por dentro y por fuera y mi única obsesión era llegar, llegar y llegar de una puñetera vez. Pero, para mi sorpresa, de repente paró.

—¿Y si no sigo? —preguntó con la boca aún en mi sexo.

Levanté la cabeza lo que pude, como si lo pudiera ver.

—Te mato —amenacé sin dudar.

Noté su risa entre mis piernas.

—Cuánta violencia... —murmuró mientras jugueteaba con la nariz en mi vello púbico.

—¡Por Dios! —grité echando la cabeza hacia atrás.

—Cuánta violencia... innecesaria —volvió a murmurar, juguetón—. Solo tienes que pedirlo por favor

Volvió a introducir los dedos en mi goteante sexo y mi cuerpo se arqueó mientras que, del fondo de mis entrañas, emergió un sonido gutural.

—Sería una pena... estando tan a punto —se volvió a burlar con su lengua en mi clítoris.

Sabía que estaba a punto de estallar, pero volvió a parar.

—Por favor, Joseph, por favor... —jadeé hasta que mi voz se fue apagando y acabó en un susurro.

—Córrete en mi boca, córrete para mí —murmuró con fuerza.

Empezó a chuparme el clítoris de nuevo, con tal intensidad que parecía querer arrancármelo. Sus dedos entraban y salían de mi interior hasta que no pude más y, en un sinfín de espasmos, creí romperme en miles de pedazos. Mi cuerpo se arqueaba y convulsionaba en torno a su boca..., sus dedos..., su voz... hasta que, de repente, paró y noté su cuerpo sobre mí. Envuelta en la más completa oscuridad, me besó apasionadamente y saboreé mis propios jugos al chupar los dedos que introdujo entre mis labios.

—Qué bien sabes, mi niña —me murmuró entrecortadamente al oído.

Me incorporó para desatarme el fular y, deslumbrada, parpadeé varias veces.

—Mírame —ordenó.

Y lo miré, miré esos ojos de los que, una vez más, parecía salir fuego. Apoyó los brazos a ambos lados de mi cuerpo y me derretí bajo la fuerza de su mirada. Salvo por la camiseta, estaba desnudo y con su erecto pene me rozó el sexo, logrando que intensas olas de placer volvieran a recorrer mi cuerpo.

—Por favor, por favor... —volví a susurrar.

Introdujo su pene en mi interior y comenzó a moverse intercalando fuertes embestidas con movimientos suaves y envolventes. Todo en él era entrega y pasión hasta que, de repente, cerró los ojos y un sonido indescriptible le salió de la garganta. En ese momento su cuerpo se tensó para dejarse llevar por una serie de sacudidas que volvió a llevar al mío a la cima del éxtasis y lo enlazó con sus movimientos, hasta acabar ambos exhaustos.

—Mi niña, mi niña... —repetía una y otra vez mientras se dejaba caer sobre mí.

Rápidamente, liberó mis brazos y piernas y, sudando, se tumbó a mi lado. Apoyé la cabeza en su pecho. A través de la camiseta, podía notar los acelerados latidos de su corazón. En silencio le acaricié el pelo, le besé el hombro y suspiró satisfecho. Pero una frase volvió de repente a mi cabeza.

—Oye, Joseph, antes dijiste que... —Dudé un rato antes de seguir—. Bueno, dijiste que para ti también...

—Mañana hay que trabajar, ¿sabes? —fue su manera de cortar el tema.

—No me lo recuerdes... —Yo también decidí dejarlo.

Me besó con ternura, tiró de la sábana para taparnos y, de nuevo, extendió un brazo para que me apoyara en su hombro.

—Por cierto, el café muy bueno —bromeé para alejar esa sensación de tristeza que se estaba apoderando de mí.

—Gracias, tuve una buena maestra —respondió con su cara enterrada en mi pelo—. Y ahora a dormir.

—Buenas noches, mi niño. —Lo besé dulcemente—. Hasta mañana.

—Buenas noches, mi niña, hasta mañana —contestó devolviéndome el beso.

Cerré los ojos con ganas de llorar, pues sabía que, tan pronto me quedara dormida, se iría de la habitación. Si a ello se le sumaba que cada día tenía un interrogante más. Con que cada uno pesara un gramo ya era suficiente para que, de un momento a otro, muriera aplastada.

«Algún día lo conseguiré», me intenté consolar. Pese a todo, me dormí con la sensación de tener una losa encima.



Capítulo 24

Algo me despertó bruscamente y, desorientada pero consciente de que estaba sola, me senté en la cama. Permanecí así buen un rato, pero al ver que reinaba el más absoluto de los silencios me volví a acostar pensando que todo había sido fruto de una pesadilla. Me estaba quedando dormida cuando lo oí; era una voz.

¿Habría entrado alguien en el piso? ¡Joseph estaba abajo! Asustada, el corazón empezó a latirme con fuerza y, sin pensarlo, me levanté de la cama y salí disparada escaleras abajo. La casa, únicamente iluminada por la pálida luz de la luna que pasaba a través de los amplios ventanales, parecía algo lóbrega. Me paré en seco en medio de la sala, esperando oír algo, aunque tenía serias dudas de poder hacerlo por culpa de los latidos tan fuertes de mi corazón. Por ello, intenté tranquilizarme y que mis niveles de adrenalina volvieran a la normalidad dado que, de nuevo, me envolvía el más absoluto de los silencios. ¿Habría oído mal?

Empezaba a subir las escaleras para volver a mi cuarto cuando lo escuché de nuevo. Era un murmullo y provenía de la habitación de Joseph. Un escalofrío me recorrió y me notaba palidecer a medida que me acercaba a su puerta, mientras en mi cabeza se desataba una feroz tormenta de ideas. Miré el reloj, eran las cuatro y media de la madrugada ¿Estaría hablando con alguien en su habitación? Esa posibilidad y los posibles porqués me aterrorizaban por lo que, delante de la puerta, y con mi corazón estaba a punto de estallar, acerqué el oído. Si en ese momento hubiera abierto, sin lugar a duda, me hubiera dado un patatús. Oía frases inconexas..., palabras balbuceantes..., algo parecido a sollozos, pero reconocí su voz. No lo pensé más e intenté abrir. ¡Joder, estaba cerrada por dentro!

—¡Mierda! —pensé, dando con rabia una patada en el suelo.

Volví a oír lo mismo un «no» y algo parecido a un «por favor» En ese momento lo tuve claro, estaba teniendo una pesadilla y a mi cabeza vino su libro de instrucciones.

—Joseph, Joseph —repetí, intentando que me oyera sin tener que gritar—. Joseph, soy yo Julia —susurré dando suaves golpes en la puerta con la mano.

Vuelta a oír esa letanía.

—Joseph, ¿estás bien? Soy yo —insistí.

Me acurruqué en el suelo, al lado de su puerta y más de lo mismo. Resultaba desesperante. Tentada estuve de llamar a Emerson, pero temía que no le gustara. Volví a intentar abrir la puerta, nada.

—Sh, tranquilo, mi niño, solo es una pesadilla. Háblame, soy Julia —dije levantando un poco la voz.

Escuché con el corazón en un puño. De repente, se había hecho el silencio.

—Joseph, ¿me oyes? —insistí quedamente.

Pese a sentirme ridícula en esa situación, no estaba dispuesta a dejarlo así.

—Por favor, contéstame si me oyes —supliqué con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, estoy bien...

Habló entrecortado, pero no pude evitar cerrar los ojos y dejar escapar un suspiro de alivio.

—Tenías una pesadilla... —le expliqué como si él no lo supiera.

—Vete a la cama, por favor —habló del otro lado.

—Abre la puerta.

—Julia, te lo agradezco, pero, por favor, vete a dormir. Ya estoy bien.

Parecía cansado. La voz le temblaba y no tuve el valor de insistir.

—De acuerdo.

Acepté de mala gana. Se me puso un nudo en la garganta y, con los ojos llenos de lágrimas, me fui. ¿Por qué le pasaba todo aquello? ¿Qué accidente había tenido de pequeño que tantas secuelas le había dejado? ¿Podría ayudarlo en algún momento? No sé el tiempo que tardé en dormirme, pero me pareció una eternidad.



Me despertó un reguero de besitos en la nuca y abrí los ojos sobresaltada. Lo noté pegado a mi espalda y pensé que lo sucedido por la noche había sido un

mal sueño. Me giré, lo miré y unas grandes ojeras en sus preciosos ojos me indicaron lo contrario. Pese a todo, estaba, como siempre, increíblemente guapo. Entornó sus largas pestañas, me besó con suavidad y dejé de respirar.

—Buenos días. —Sonó cauteloso.

—Buenos días... —Le sonreí.

—Tus labios están muy suaves —murmuró sobre los míos, al tiempo que respiraba aliviado.

—Será que el hielo me sentó bien —respondí con mi boca pegada a la suya.

Su respiración se aceleró y me besó con todas sus fuerzas. Me levantó sin esfuerzo y se abrazó a mí, respirando profundo, con su cuerpo pegado al mío. Noté su excitación y supongo que él la mía, porque de repente noté sus dedos en mi interior, que ya era todo líquido. Y tan rápido como los metió, los sacó.

—Me cago en todo lo que se menea —protesté, mientras se reía con los dedos en la boca—. Ya verás la próxima vez —dije, amenazándolo con unas peligrosas bragas.

—Mira como tiemblo —repitió mi frase y mi gesto del día anterior mientras se reía—. Te espero abajo.

No dejé de sonreír mientras me duchaba. Cuando bajé, estaba en la cocina, esperándome y volví a recordar la diferencia entre mi pasado y mi presente. Mi cerebro frunció el ceño, cortando de raíz esos pensamientos, ya que no quería perder el tiempo pensando en una época tan vacía y lejana.

Joseph estaba de pie, hablando con María. Me acerqué y le toqué el brazo con suavidad. Noté el bote que dio y, al momento, recordé su libro de instrucciones. Se giró rápido y pude ver su cara de enfado.

—Lo siento —mascullé rápido mientras me sentaba.

Cuando se sentó, aún no había conseguido relajar el gesto. María se dio cuenta y, tras un precipitado «buenos días», nos dejó a solas.

—Lo siento, me olvidé —musité tras tragarme la pastilla.

Bajé la vista, incómoda con la situación. Si algo quería evitar era que se sintiera mal por mi culpa. Su expresión se relajó y, agarrándome la mano, comenzó a besarme las puntas de los dedos. Esa deliciosa sensación empezó a recorrerme de nuevo.

—Tranquila, no tienes nada que sentir. Es solo que no estoy acostumbrado a todo esto, a esta situación —consiguió explicar sonriendo.

—¿Te molesta? —pregunté nerviosa.

Abrió mucho los ojos y me miró como un niño pequeño, con una expresión de sinceridad sin límites.

—¡No, Julia! No pienses eso —dijo rápido—. Al contrario, nunca he sido tan feliz. Por favor, sigue intentándolo —remató aún con mi mano en la suya.

Mi sonrisa se salió de mi cara como mi sentimiento de felicidad parecía salirseme del cuerpo. Desayunamos en silencio y no hizo referencia a lo ocurrido por la noche. ¿Y si no se acordaba? Decidí que yo tampoco iba a decir nada.

—¿Te puedo llevar yo al trabajo? Aún tengo algo de tiempo —preguntó con cara de ansiedad.

—Pues claro, me encantaría —fue mi respuesta rápida.

¿Cómo me podía hacer ese tipo de preguntas? Lo malo era que, cuando iba con él, tenía la sensación de llegar demasiado pronto a los sitios y, cuando quise darme cuenta estábamos ante el hospital.

—Te recojo a las cuatro, ¿vale? —Me miró sonriendo.

—De acuerdo. —Yo lo miré feliz.

—Gracias, muchas gracias —murmuró, inclinado sobre mis labios mientras me besaba.

—¿Por...? —susurré sobre los suyos.

—Gracias por lo de anoche y gracias por no sacar el tema.

Su voz sonó tierna y emocionada, al igual que su mirada. Se me puso un nudo en la garganta y tragué saliva, intentando no llorar. No conseguía dejar de emocionarme cuando me hablaba así. Le agarré la con las manos y lo besé dulcemente.

—De nada, por ti lo que haga falta y más —susurré una vez más.

En un intento por no empezar a llorar, salí disparada del coche y me fui a trabajar.

La mañana, como siempre, pasó volando. Aunque en nuestro proyecto íbamos a medio gas, todo iba bien. Al compartir laboratorio, las cosas se ralentizaban un poco, pero aprovechábamos para ayudar en todo lo que podíamos. Aportábamos nuestra experiencia y el conocimiento de algunas técnicas que para ellos eran nuevas. A cambio nos daban un trato de confianza, amistad y respeto que generaba un ambiente de trabajo fabuloso. Yo estaba feliz y me sorprendía a mí misma canturreando y siempre de buen humor.

Incluso a Ihab se le veía mucho mejor. De haber podido tener a su familia con él, habría sido el hombre más feliz del mundo. Como lo conocía, sabía que cuando estaba preocupado, intentaba hablar más de lo normal, algo inusual en él. Era palestino y toda su familia vivía allí, por lo tanto, era

comprensible su preocupación al ver, prácticamente todos los días, noticias inquietantes de su país mientras él estaba en el otro extremo del mundo sin poder hacer nada. Cuando lo veía así, me limitaba a preguntarle si todo iba bien, ya que sabía lo poco que le gustaba hablar de su vida personal. Quizá por eso nos llevábamos tan bien y nos apreciábamos tanto, porque ambos siempre habíamos sabido respetar los límites del otro.

Desde mi llegada, aprovechaba el camino a la cafetería para ir conociendo el hospital y, dado que mi sentido de la orientación se fue un día y nunca más volvió, me costaba un poco, pese a que en realidad pasaba lo mismo que en todos. Dependiendo del ascensor en el que te metieras, pulsando la misma planta, acababas en lugares completamente diferentes. Y la gente, sobre todo la de más edad, no se fijaba y andaban de un lado para otro, desorientados y confusos. Aquel día, cuando me dirigía a tomar mi café, una señora mayor, muy perdida, me preguntó por dónde tenía que ir para hacerse una ecografía. Francamente, me sentí orgullosa de mí misma al poder indicarle por dónde se iba. Estaba en la menos uno, pero había que tomar el ascensor adecuado y al final la acompañé. Lo malo es que aprovechó la ocasión para contarme toda su vida, por lo que solo tuve tiempo para tomar el café a toda prisa. No me importó; vivía sola y me di cuenta de que simplemente tenía ganas de hablar.

Cuando me di cuenta, eran las cuatro y aún tenía que cambiarme. Salí disparada y Joseph salió del coche a recibirme. Guapísimo, como siempre; una mujer casi se rompe el cuello de lo que lo giró para poder mirarlo mejor. Fruncí el ceño y, con fuerza, solté el aire por la nariz.

«¿Por qué no miras a tu puta madre?» pensé en un arranque absurdo de celos mientras la Julia psicópata estaba cargando la recortada para liarse a tiros con quien hiciera falta.

Él ni se enteró, mejor así.

—Hola. Qué ganas tenía de verte. —Me saludó cariñoso, haciendo ese extraño gesto con la cabeza mientras me miraba como solo él sabía hacerlo.

Pese a todo, no hizo ademán de besarme y me limité a sonreír, quedándome quieta frente a él. Me había dado cuenta de que las muestras de afecto en público lo ponían nervioso y tenso. Supuse que sería por timidez y, digo yo, que también por falta de costumbre. Entramos en el coche y entonces sí que se inclinó para darme un beso.

—Hola —respondí acercándome a su boca—. Yo también estaba deseando verte. Tan pronto te dejo de ver ya te echo de menos —le confesé.

Un gruñido de satisfacción le salió de la garganta mientras nos besábamos.

Era cierto; nunca me había pasado con nada ni con nadie. A veces pensaba que me iba a volver loca y que se trataba de una especie de obsesión, lo tenía en la cabeza las veinticuatro horas del día.

—Pues no sabes lo que me alegra que te pase exactamente lo mismo que a mí —musitó.

Me empezó a besar lenta y sensualmente, su lengua me acarició los labios antes de introducirse en mi boca con suavidad, y cerré los ojos mientras que mi entrepierna los abría al instante.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Abrí los ojos y ahí estaban los suyos, mirándome tan de cerca que sus pestañas parecían tocar las mías. Me quedé sin respiración, ya que no tenía muy claro a qué tipo de hambre se refería.

—Sí —contesté, rápido, mirándolo sin pestañear.

—Estoy hablando de comer. —Sonrió aún con su boca pegada a la mía.

—Ah, bueno. —Puse cara de decepción—. Pues de esa también.

—Te voy a llevar a un sitio que espero que te guste —explicó, todavía sonriendo.

—¿No comemos en tu apartamento? ¡Oh, no! —exclamé preocupada.

—¿Qué pasa? —me miró con expresión interrogante.

—Venga, Joseph... Tú estás... Bueno, yo estoy... —Hablé de manera inconexa.

—¿Se puede saber de qué hablas? —Estaba realmente intrigado pues, lógicamente, no se había enterado de nada.

—Joseph, por favor, mírame.

Con las manos, me recorrí el cuerpo desde la cabeza hasta los pies.

—¿Qué? —No conseguía entenderme.

Sacudí la cabeza muy despacio, tan listo para unas cosas y para otras...

—¡Joder, Joseph! Tú tan elegante y yo voy como voy..., con estas pintas.

—¿Vas cómo vas? —repitió—. Vas cómo vas siempre, guapísima. —Con su sonrisa deliciosamente escalofriante, me agarró una mano y me la besó—. Tú no necesitas ponerte nada especial porque lo eres siempre. En vaqueros. —Me besó un dedo—. Con falda. —Me besó otro—. Con camiseta. —Otro—. Y sin nada —remató mordiéndome suavemente el dedo índice que, misteriosamente conectado con mi sexo, le dio la orden de babear de gusto.

Arrancó el coche con una sonrisa de satisfacción tan grande como la mía.

Para variar, no sabía a dónde íbamos hasta que vi el nombre del restaurante, Le Coin. Hacía esquina, parecía pequeño y allí estaba José María

recibiéndonos con su cariñosa sonrisa.

—Joseph, Julia, un placer volver a veros. Vuestra mesa está preparada. Espero que este lugar te guste —habló dirigiéndose a mí.

Nos encaminamos hacia el fondo del local, a una mesa ligeramente apartada y, como siempre, él se sentó con su espalda pegada a la pared. El lugar tenía una decoración exquisita y, como me pareció desde fuera, era pequeño y con muy pocas mesas que, en ese momento estaban todas ocupadas.

—¿Tenemos algo que celebrar? —pregunté mientras nos traían las bebidas.

Agradecí el estar de espaldas, así no veía los elegantes modelitos que lucían la mayoría de las mujeres que allí estaban.

—Pues sí —respondió, apretándome la mano que me tenía agarrada.

—¿El qué? —pregunté temerosa. «¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse! Seguro que está de cumpleaños y yo sin enterarme», pensé.

—Que estás aquí y estás conmigo. —Lo soltó con toda la naturalidad del mundo, como quien celebra la salida del sol todos los días.

Para variar, el puto nudo apareció en mi garganta y durante un rato fui incapaz de hablar.

—Pues entonces estamos los dos de celebración y tendremos que brindar, aunque sea con agua y Coca-Cola Light —bromeé intentando mantener a raya los límites de mi emoción.

—He pedido por los dos, ¿te importa?

—No, en absoluto; pero no hacía falta nada de esto —dije señalando el elegante local.

—Pues yo creo que sí. Es todo tan maravilloso y me siento tan feliz que quería celebrarlo aquí. —Ladeó la cabeza de esa manera tan peculiar y sonrió expectante.

—En estos momentos, tengo unas ganas enormes de besarte hasta dejarte sin aliento —pensé en voz alta, sonriendo de oreja a oreja.

—Pues me lo debes. ¿Brindamos? —sugirió levantando su copa de agua en el aire.

Hice lo mismo con mi cola light reserva del noventa y ocho y esperé a oír lo que decía. Tras su consabida tosecilla y carraspeo, no tuvo dudas.

—Por ti Julia, por ser como eres, por cómo me haces sentir y por que estés a mi lado para siempre.

Me miró emocionado mientras yo, para variar, me estaba peleando con mi puto nudo de los cojones. Desde luego, iba a tener que hacérmelo mirar e,

incapaz de hablar, fui yo la que tuvo que carraspear varias veces.

—Por ti, Joseph —empecé y rogué acabar sin llorar—, por cómo eres, por todo lo que me haces sentir y por que estés a mi lado para siempre.

Mis últimas palabras salieron medio estranguladas y tenía los ojos llenos de lágrimas. Todo lo que estaba sucediendo me resultaba más increíble que la posibilidad de descubrir vida en otros planetas.

Por suerte, antes de que todo acabara en lágrimas, apareció José María con dos enormes langostas a la plancha partidas por el centro; mejor imposible.

—Espero que todo sea de vuestro agrado. Os voy a traer también una ensalada, pero, si no es suficiente, ya sabéis que hay más.

—Por mí llega. A este paso, en menos de nada voy a recuperar los kilos que perdí —respondí al instante viendo semejantes platos.

Ambos miramos a Joseph, que estaba totalmente ausente con los ojos fijos en mí. Cuando se dio cuenta del silencio nos miró con expresión interrogante.

—José María dice...

Le empecé a hablar muy despacio, como cuando hablas con alguien que no entiende tu idioma y, por una razón absurda, crees que por deletrearle las palabras lo va a hacer.

—Que-si-no-nos-llega-con-una-langosta-y-ensalada-hay-más, yo-he-dicho-que-no. Cambio-y-corto. —Para colmo me había tapado la nariz, como si fuera una máquina la que hablaba.

Empezó a reír y la cara de José María reflejó la sorpresa que le causaba el verlo así; acabamos riendo los tres.

—De acuerdo —pudo responder al fin.

Estaba tan feliz que tenía ganas de gritar. Verlo así, riendo, tranquilo y feliz, hacía que me sintiera igual y me daba igual comerme una langosta o un huevo frito mientras lo hiciéramos de esa manera. Pese a estar deliciosa, fui incapaz de acabarme la langosta y la ensalada por miedo a reventar. Él, sin embargo, comió como una lima y, cuando acabó la suya, miró lo que quedaba en mi plato.

—¿Puedo? —la señaló.

—Pues claro.

Sonreí satisfecha mientras lo veía comer de mi plato. Me gustaban esas muestras de total confianza. En cierta forma, paliaban las otras carencias existentes en nuestra relación.

—¿Postre? —preguntó arqueando una ceja.

Tuve la sensación de que pensaba en otra cosa...

—Solo si lo compartimos —respondí de igual forma.

Una gran copa de fresas con nata quedó entre los dos. Con los dedos, cogió una hermosa y jugosa pieza de fruta, la untó bien en la nata y, sin dejar de mirarnos, me la acercó. Abrí la boca y, sin darle tiempo, cerré los labios sobre ellos antes de que pudiera retirarlos. Noté como contenía la respiración mientras, nervioso, recorría el local con la mirada. No pudo reprimirse y, cuando se los lamí, soltó un gruñido que fue a refugiarse a mi entrepierna.

Ajena a lo que ocurría a mis espaldas, repetí su gesto y esta vez fue él el que acarició mis dedos con la lengua mientras paladeaba su rica fresa. Por toda respuesta, cerré los ojos y suspiré profundamente.

—Para o vamos a montar el numerito aquí mismo —suplicó—. Pero la idea de darnos de comer me ha gustado mucho y quiero repetirlo... —susurró inclinándose hacia mí.

—De acuerdo... —Fue lo único que pude decir ante la intensidad de su mirada.



Capítulo 25

Cuando salimos, hacía un calor sofocante y agradecí la agradable temperatura que había dentro del espacioso Cayenne..., que duró poco ya que, tan pronto entramos en él, me agarró la cara y me besó con intensidad para después mirarme como si no acabara de creerse lo que estaba pasando. Su mirada parecía exteriorizar una especie de miedo o temor a que yo fuera a desaparecer de un momento a otro.

—Shh..., tranquilo —le hablé despacio mientras lo besaba—, estoy aquí y no me voy a ir.

Nos volvimos a besar hasta que tuvimos que parar para respirar y él, en un esfuerzo por controlarse, echó la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados, apoyó las manos en el volante, intentando calmar su agitada respiración. Con las yemas de los dedos le acaricié con delicadeza su rostro y fui descendiendo muy despacio por su cuerpo hasta llegar a su entrepierna, cuyo pantalón ya no conseguía ocultar una gran erección. Se la acaricié y, pese a que permaneció inmóvil, pude ver como sus nudillos de ponían blancos de la fuerza con la que se aferró al volante hasta que, de repente, se giró y me miró, consiguiendo que me quedara paralizada. Sus hermosos ojos parecían tener dentro el fuego del infierno.

—¡Por Dios, Julia, me vas a volver loco! —habló en medio de un gemido que sonó cargado de deseo, pero con cierto matiz de dolor.

Me quedé atónita. Si algo no quería era que se sintiera así, y el sentimiento de culpa empezó a invadirme; temía haberme pasado o haber olvidado algo de su libro de instrucciones.

—Perdona si te... —conseguí balbucear.

No pude acabar la frase. Soltó el volante, y me interrumpió con un beso de tal fuerza e intensidad que nuestros dientes chocaron y nuestras lenguas se

buscaron, una y otra vez, hasta que tuvimos que parar. Sin soltar mi cara, apoyó la frente en la mía, a la espera de que todos los ritmos de nuestros cuerpos recuperaran su normalidad.

—Siento si... —volví a intentar hablar.

—¡Oh, no, Julia! —se apresuró a decir en voz baja y, mientras me acariciaba la cara con los pulgares, su sonrisa, deliciosamente escalofriante, le iluminó la cara.

Yo lo miraba sin parpadear, harta de que siempre pasase lo mismo; primero me lanzaba y después tenía miedo de lo que pudiera pensar de mí, de cómo podría reaccionar o que, de repente, algo saliera mal. Si a todo ello le sumábamos mi gran inseguridad e inexperiencia en todos los órdenes de la vida y los miles de interrogantes que tenía sobre la suya el resultado era una persona que vivía en un estado de inquietud permanente.

—No, no, mi niña —volvió a hablar con sus hermosos ojos clavados en mí—. No me has entendido. Me estás volviendo loco —repitió mientras continuaba acariciándome la cara—, pero bendita sea esa locura si es por ti.

Todo mi interior se derritió al instante al oír palabras que nunca en mi vida había oído. ¡Dios santo!, no podía decirme eso y esperar a que yo mantuviera la compostura. Pese a mis esfuerzos, noté que los ojos me ardían y unos lagrimones me resbalaron por la cara hacia sus dedos. A duras penas conseguía respirar y mucho menos hablar.

—¡Eh, mi niña! Por favor, no llores... —susurró cariñosamente—. Shhh... —volví a hacerlo mientras me limpiaba las lágrimas con los labios.

Suspiré aliviada y me deje mimar hasta que, tras mirar el reloj, arrancamos; volvíamos a su casa y noté que tenía prisa.

—Quedó en venir César a las cinco y media. Llegamos tarde —sentenció.

Efectivamente, ya era la hora y aún no habíamos llegado. Desde mi llegada, era la primera persona que iba a su casa y fruncí el ceño.

—¿César? —pregunté extrañada.

—César, mi amigo, el policía —explicó, pensando que no me daba cuenta de quién estaba hablando.

—Ah, vale —disimulé.

Me quedé en silencio. Era su amigo y yo no tenía nada que preguntar.

—Vamos a repasar nuestros conocimientos de krav magá —explicó, adivinando mis pensamientos.

—¿Krav qué? —pregunté claramente intrigada.

—Ya lo verás —respondió con aire misterioso.

Una vez que llegamos, aprovechó que subíamos en el ascensor para abrazarme con gran ternura.

—Gracias por la comida.

—Gracias a ti, la has pagado tú —respondí mientras le daba un suave beso.

—No digas tonterías, sabes a lo que me refiero —susurró sobre mis labios.

—Yo no sé nada —contesté coquetamente sobre su boca—. ¿Te refieres al gusto de darnos de comer? ¿A de meternos mano en el coche?, ¿A que me digas las cosas más bonitas que nadie me ha dicho nunca? ¿A qué te refieres, Joseph?

Y dejé que su nombre acariciara mi boca y la suya. Su respuesta fue un gemido suave, lento y profundo y su abrazo cambió, al igual que el ambiente del ascensor.

—Ya te contestaré a todo eso más tarde —murmuró rápido a mi oído al vernos interrumpidos por la apertura de las puertas.

Emerson se acercó, pero solo con esas palabras había conseguido que una ola de placer recorriera mi cuerpo.

—Señor Marshall, César ha llamado para decir que se retrasa un poco y Mark quiere hablar con usted cuando pueda —explicó un sonriente Emerson tras un cordial saludo.

—Gracias, Emerson. Por cierto —se apresuró a decir antes de que diera media vuelta—, a partir de ahora soy el señor Levi.

No sé cuál de los dos quedó más sorprendido, si Emerson o yo, pero a ambos se nos dibujó una gran sonrisa en la cara.

—Estupendo, señor Levi —se apresuró a corregir un feliz Emerson.

—Este César... —enfadado, apretó los labios—, siempre igual. Julia, ¿te importa? Voy a hablar con Mark.

—Claro que no, pero ¿no tienen tu móvil? —pregunté desconcertada.

—Sí, claro, pero cuando voy conduciendo nunca lo atiendo, y mucho menos si estoy contigo.

Podría parecer una tontería, pero me lo hubiera comido a besos. Me puse de puntillas y le di uno bien sonoro. Ladeó de esa manera tan peculiar la cabeza y me sonrió.

—Ahora, si no te importa, me voy a dar un refrescante baño en la piscina, que buena falta me hace. —Y, tras repetir el fuerte beso, me fui a cambiar.

Podía notar su mirada y su sonrisa mientras subía las escaleras e, intencionadamente, moví con exageración las caderas; escuché un resoplido a mis espaldas y sonreí. Fui a «mi/su» habitación, me puse un bikini y, en

menos de nada, estaba dándome un reconfortante baño. Recordé que tenía a dos pasos la preciosa playa de Copacabana, a la que había ido una sola vez, y también recordé la que se había montado. Otro interrogante más que añadir a mi interminable lista. Satisfecha, salí del agua y, tumbándome al comfortable calor del sol del atardecer, cerré los ojos... ¡Qué bien se estaba!

Me dejé llevar por un leve sopor hasta que, de repente, oí las voces de Joseph y César, que venían hablando.

—¿Estás seguro? —Le oí preguntar.

—Ya sabes cómo trabaja Mark. —La voz de Joseph denotaba enfado y preocupación.

«¡Joder! Estoy por prohibirle que hable con ellos. Cada vez que lo hace acaba enfadado y preocupado», pensé, intentando que no se notara que los estaba oyendo.

—Nunca dice nada hasta que está completamente seguro —remató serio.

—Vale, tranquilicémonos —interrumpió César—, intentaré averiguar algo.

Aparecieron los dos. Joseph se había cambiado y estaba... para tener que volver a meterme en la piscina. ¿Cómo podía estar tan guapo, con un simple pantalón de chándal y una camiseta negra? Le miré sus pies, iba descalzo, suspiré y elevé la mirada hacia el cielo. Se dio cuenta de mi gesto y me sonrió cómplice. César venía con una bolsa de deporte colgada al hombro y, aunque era un poco más bajo que Joseph y tenía una complexión más fuerte, parecían los dos un par de modelos. Me levanté a saludarlo.

—Hola, Julia, me alegra volver a verte.

—Hola, César, igualmente —respondí un poco nerviosa ante su escrutadora mirada.

—Te veo distinta —soltó con tono burlón.

Se había dado cuenta tanto de mi incomodidad, como de la de Joseph, que lo miró serio.

—Venga, déjate de tonterías, ve a cambiarte y empecemos de una vez. — Su tono no dejó lugar a duda.

César se fue a cambiar y quedamos los dos solos. Lo miré inquieta; estaba nervioso, preocupado, enfadado. ¿Sería por hablar con Mark o por la tontería de César? Tenía la mirada clavada en un punto muy lejano y me acerqué a él.

—¿Estás bien? —pregunté desasosegada.

Me miró y volvió de dónde quiera que estuviera.

—Sí —respondió, pero ese sí no llegó más allá de su boca.

—¿Seguro? —insistí cogiéndole las manos.

—Seguro —contestó mientras, ausente, empezó a besarme las puntas de los dedos.

¡Sería cabrón! Sabía cómo me afectaba ese gesto. Cerré los ojos unos segundos y cuando los abrí vi como recorría mi cuerpo con la mirada. Era la única persona que había conseguido que ese gesto no me resultara incómodo, ya que sabía que mi cuerpo le gustaba, tal cual.

—¿No tienes sed? —su pregunta me extrañó y lo miré desconcertada.

—Digo yo que, si tienes sed, de paso que traes algo para beber, te puedes poner una camiseta. —Y diciendo aquello, ladeo la cabeza de esa manera tan particular.

—¡Hay que joderse! —exclamé sonriendo—. ¿No estarás celoso?

—Contigo siempre y sobre todo con la exquisita visión de tu cuerpo, del que solo yo quiero disfrutar. Además, lo hago por puro egoísmo —prosiguió bromeando—. Si estás así voy a estar más pendiente de ti que del capullo de César.

—¿Qué dices de mí? —interrumpió César nuestra conversación.

—Que te voy a machacar por capullo —remendó Joseph, totalmente en serio.

—Lo sé, para eso vengo —respondió burlón.

Decidí que ese era un buen momento para ir a buscar un vaso de agua y echármelo directamente sobre la cabeza. Cuando volví, con el vaso y una camiseta puesta, Joseph se acercó y bebió un sorbo del vaso.

—Gracias —aprovechó para decirme.

—De nada, por ti lo que haga falta y más. ¡Machácalo! —bromeé, imitando su tono mientras lo besaba rápido.

—¿Empezamos o qué? —sonó impaciente la voz de César.

«¿Empezar qué?», pensé.

—Ahora vas a ver lo que es el krav magá —respondió Joseph a mi pregunta no formulada.

Me senté en la tumbona a observarlos y, tras realizar una serie de ejercicios de estiramiento e intercambiar un breve saludo, comenzaron. Era un tipo de arte marcial que me recordó al kárate, pero lo que hacían no era ninguna broma. De repente, me parecía estar viendo una película en la que los actores se llenan de golpes y patadas que parecen no hacerles daño, pero, cuando vi a Joseph volar por los aires, casi me caigo de la tumbona y me llevé la mano a la boca para reprimir un grito. Lo cierto era que, tanto uno como otro, caían y rodaban de tal manera que se levantaban como si nada.

Estaban tan enfrascados en la pelea que se habían olvidado por completo de todo lo que estaba a su alrededor. Solo estaban ellos dos y, por culpa de sus fuertes gritos, estuve a punto de acabar en la piscina en más de una ocasión por los botes que pegaba a consecuencia de los sustos que me daban. Ya solo verlos resultaba agotador, el sudor les caía a chorros por las caras y les pegaba la ropa a los cuerpos, pero se notaba que con cada grito, con cada golpe y con cada caída descargaban una gran tensión. El combate duró más de una hora y acabó porque un exhausto César lo pidió. Agotado, fue directamente a cambiarse mientras Joseph se acercaba a mí. Se sentó en la tumbona, a mi lado; respiraba entrecortadamente y tenía un poco de sangre en el labio.

—¿Estás bien? —pregunté mientras se la limpiaba con mi dedo.

—Sí, bien, más que bien. —Me abrazó con fuerza. Olía a sudor, pero me daba igual, era su olor, era su sudor. Me metí el dedo manchado con su sangre en la boca y lo chupé.

—Ehhhh, eso lo hago yo —protestó débilmente.

—¿Qué le vamos a hacer? Las malas costumbres son las que primero se pegan —me burlé.

—Si molesto, me voy.

César había vuelto y ni nos habíamos enterado.

—¿Por qué no te quedas y tomamos algo?

Lo dije sin pensar y al momento, miré a Joseph arrepentida. Después de todo, era su casa, pero él asintió sonriendo.

—Julia tiene razón, quédate.

»Mientras te pones algo más de ropa me doy una ducha rápida —murmuró, contento al pasar por delante de «mi/su» habitación.

Al final cenamos los tres juntos y, al terminar, salimos a la terraza a disfrutar de su privilegiada vista.

—Nunca había estado aquí. Esta vista es espectacular. —Asombrado, César no apartaba los ojos de Copacabana.

—¿Nunca habías venido? —pregunté incrédula ante lo que acababa de oír.

—No, Joseph es... era un poco ermitaño.

No se me escapó el cambio de tiempo verbal y el tono con el que había hablado, denotaba un gran cariño; no era un reproche, simplemente lo conocía bien. Miré a Joseph, que se había puesto tenso. Como a mí, no le gustaba ser el tema de conversación.

—Pues sí, tiene razón. Soy..., bueno, era un ermitaño —dijo encogiéndose

de hombros, repitiendo su tono y su frase.

Habló más para sí mismo que para los demás. Tampoco se me escapó su cambio de tiempo verbal y carraspeé fuerte. Uno para decirle a mi puto nudo que podía irse a la mierda, otro por el silencio tan embarazoso que nos envolvió. Intenté disimular un bostezo y miré el reloj; era bastante tarde y mi cara lo debió reflejar.

—¿Cansada? —Joseph me estaba observando.

—Pues sí. Creo que de veros hacer tanto ejercicio he acabado agotada yo.

—¿Te gustaría aprender? —César interrumpió mientras entrábamos en la sala—. Te puedo enseñar algo cuando venga aquí a darle una paliza a este —bromeó, señalando a Joseph con la mano.

—¿A mí? Ni se me había pasado por la cabeza —respondí sorprendida—, pero no sé si...

—César, Julia tuvo un problema de salud y tiene que tener mucho cuidado con su brazo derecho —interrumpió preocupado.

Lo miré sonriendo, agradecida por lo mucho que se preocupaba por mí. Eso me gustaba y seguía pareciéndome una maravillosa novedad.

—¿Qué te pasó? —César se había puesto en modo policía y quería saber.

Joseph frunció el ceño.

—Ya, César —cortó en seco, molesto por la pregunta.

—Es igual —tercié.

La verdad es que no me importaba decirlo. No lo andaba cacareando, pero tampoco era un tema que rehuía, para eso ya tenía otros. Lo miré tranquila.

—César, tuve cáncer de mama y me extirparon los ganglios del brazo derecho.

—Julia, no tienes... —interrumpió Joseph suavemente, agarrándome la mano.

—No pasa nada. —Sonreí—. Lo único es que tengo que tener cuidado y procurar no llevarme golpes o pinchazos, ni hacerme heridas o cargar peso con él —le expliqué.

—Julia, perdona, no sabía... —César miró de reojo a Joseph, avergonzado. Si las miradas mataran hubiera caído fulminado.

—No pasa nada, de verdad —repetí decidida—. Es algo que pasó y que superé, pero que debo tener presente, en cierta manera, el resto de mi vida. Pero, de todas maneras, gracias por tu oferta. Si averiguo que puedo hacerlo, no lo descarto. Así, podré mantener a raya a este o defenderlo, si hace falta —bromeé intentando conseguir que el ambiente se relajara; lo logré y nos

reímos los tres.

Ya en cama, no me sacaba de la cabeza el hecho de que César nunca hubiera estado en la casa, me tenía intrigada.

—¿Es verdad lo de César? Siendo tu amigo, ¿cómo es que nunca ha estado aquí?

Estaba de acostada de lado, mirándolo fijamente mientras él deslizaba una mano por el contorno de mi cuerpo con suavidad, casi sin rozarme, pero consiguiendo que todo el vello de mi cuerpo se erizara.

—Es cierto —contestó distraído con las caricias.

Su mano subió hasta mi cara y me repasó los contornos con delicadeza. Suspiró brevemente mientras me miraba como solo él hacía.

—Claro que es mi amigo, incluso durante un tiempo vivimos juntos. Ahora él tiene su casa y yo la mía y ya está —remató intentando zanjar la conversación.

—Pero entonces, dónde practicabais ese rollo del krav no sé qué —insistí, agitando la mano en el aire.

—Krav magá —corrigió mientras depositaba un suave beso en mis labios—. Iba yo a su casa —continuó a sabiendas que no iba a parar—, pero ahora tú estás aquí y no me quiero separar de ti.

¡Joder! Seguía sin acostumbrarme a oír esas cosas y tomé aire antes de que mi famoso nudo hiciera acto de presencia. Pero, por más que lo intenté, no pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—Eh, mi niña, mi dulce niña, no llores. —Empezó a limpiarme la cara con sus besos—. Ya sabes que soy tremendamente egoísta —continuó mientras me posaba un dedo en la punta de la nariz—. Lo hago porque solo a tu lado soy feliz.

En un segundo estaba sobre mí. Me agarró las manos mientras me besaba, hundiendo su lengua en mi boca con desesperación. Cuando siguió con mi cuello y me acarició el hombro con los dientes, yo ya hacía tiempo que me había perdido en sus ojos. No tuve que decirle dónde estaban las cintas...



Capítulo 26

El jueves por la tarde, camino de mi primer ensayo con el coro, estaba nerviosa y volvía a ser presa de los mismos temores de siempre. No caer bien..., que no me cayeran bien..., hacerlo mal... Iba mordiéndome el labio mientras Emerson me llevaba. Joseph tenía trabajo y había quedado en recogerme luego. Me había explicado que tenía en mente adquirir una empresa que le interesaba, una constructora, y estaba en plena vorágine de estudios de mercados, cifras, balances, y mil conceptos más que a mí se me escapaban.

A todo se unían además numerosas reuniones con Mark de las que siempre salía tenso, pensativo, y a veces, angustiado. Pero todos mis intentos por averiguar algo eran vanos. Al final acabamos siempre igual, me abrazaba, me besaba y todo lo demás quedaba pendiente.

Afortunadamente, el primer ensayo fue de maravilla. Contando conmigo, éramos veinte personas, once mujeres y nueve hombres; me dio la sensación de que todos eran mayores que yo y que eran la alegría personificada. El señor Joao me los presentó, aunque a los cinco minutos ya no recordaba el nombre de ninguno.

—Tranquila, ya te irás quedando con todo —me dijo una mujer aún más bajita que yo, que ya era decir, pero con una voz increíble.

Empezamos con media hora de calentamiento de voz y después... ¡A cantar! Cosas que creía olvidadas volvieron a mi cabeza. Pero no, ahí estaban, esperando poder salir de nuevo a la luz; lo único que me costaba era que, además de cantar y bailar, gesticulaban sin parar, lo cual me daba muchísima vergüenza. Tenía la certeza de que les debí parecer un pato de madera. De todas formas, el balance final fue más que positivo. Pese a todo, debí estar más tensa de lo que pensaba ya que cuando salí me dolía todo el

cuerpo, pero me daba igual, estaba feliz.

Tenía un mensaje de Joseph; venía de camino y me decía que lo esperase en la cafetería de la vez anterior. Así lo hice y me senté a esperarlo en la terraza. El sol ya no calentaba tanto, se estaba de maravilla y volví a pedir mi complicado café con leche y con hielo, esta vez sin tantos problemas. Cuando se iba el camarero, tras dejar todo en la mesa, se giró.

—Por cierto, tengo que darle las gracias a su... —Quedó callado esperando una aclaración que no llegó—. A su amigo por lo del otro día.

—¿Por lo del otro día? ¿Qué pasó el otro día? —le pregunté frunciendo el ceño.

—¿No le contó nada? ¡Pues vaya! —exclamó, arrepentido de haber hablado.

—¿Qué pasó? —pregunté ansiosa.

—Pues, la verdad, fue tan rápido que ni yo mismo lo sé. El caso —continuó tras una espera que a mí se me hizo demasiado larga—... es que ese tío, el que se había metido con usted, siguió en sus trece y continuó molestando a su amigo. Estaba bastante bebido y ni sus amigos consiguieron que se callara.

—¿Y? —volví a interrumpir impaciente. Sabía que si aparecía Joseph no me iba a enterar de nada más.

—Pues su amigo se sentó sin hacerle caso, pero el otro se levantó y fue hacia él y... —volvió a callar pensativo.

¡Dios! Cerré los ojos y respiré fuerte, intentando controlar las ganas de cogerlo por los hombros y sacudirlo.

—¿Y...? —seguí preguntando con impaciencia hasta quedarme sin aire.

—Pues la verdad, no lo sé. El otro se acercó por atrás...

«¡Joder!», pensé recordando su libro de instrucciones.

—Fue todo tan rápido que en realidad no vi nada —prosiguió—, solo sé que de repente su amigo estaba en pie y el otro estaba en el suelo completamente K.O.

Lo mire atónita, con la boca abierta. ¡Había que joderse y agarrarse bien para no caerse! Y no me había dicho nada...

—Por si no lo veo, dele las gracias de mi parte. Se metía con todo el mundo y me espantaba a los clientes, pero tengo la sensación de que, por suerte, no le quedaron ganas de volver por aquí.

Tomándome el café pensaba en lo sucedido. Cerré los ojos y me dejé llevar por la gloriosa sensación de ser una princesa defendida por un apuesto príncipe. Lo cierto era que tenía motivos más que sobrados para que no me

gustasen las peleas y no me hacía gracia el pensar que a Joseph pudiera pasarle algo, pero tenía que reconocer que me sentía orgullosa.

—Pareces un gato relamiéndose después de haberse comido al canario.

Abrí los ojos y volví a la realidad. Estaba delante de mí, de pie, sonriendo, con la cabeza ladeada. Resumiendo..., arrebatador.

Se sentó y vio los restos de mi café.

—No me has esperado —fingió enfadarse.

—Es que hoy quería tomármelo yo, señor Bruce Lee.

Arqueó una ceja sorprendido.

—Sí, no te hagas el sorprendido. Me acabo de enterar de que la vez anterior que estuvimos aquí hiciste algo más que esperarme.

—Ah, eso, no fue nada —sacudió la mano en el aire con gesto indiferente.

—¿Que no fue nada? ¿Dejar a un tipo K.O. no es nada? —Me puse seria—. ¿Y si te llega a pasar algo? —Dejé mi miedo en el aire.

Me cogió la mano y empezó a besarme la punta de mis dedos; su gesto se había suavizado y su sonrisa apareció de nuevo.

—¿Con que te preocupas por mí? —susurró mientras me miraba fijamente.

—No cambies de tema. —Intenté hablar enfadada sin conseguirlo y sonreí—. Claro que me preocupo por ti, eres lo único que me preocupa y, por lo tanto, no quiero que te pase nada, y mucho menos por mí —recalqué enfadada intentando soltar mi mano.

—Era un borracho, Julia, y un imbécil. Además —continuó serio—, si hay alguien por quien no me importa lo que me pase, es por ti.

Rubricó su firme declaración con un leve mordisco en mi dedo meñique, el cual transmitió la orden a mi bajo vientre y a mis ojos para que se pusieran en marcha. Obedientes, ambos se humedecieron al instante.

—Eres un tramposo —protesté débilmente.

—Lo sé —contestó sobre mis labios—, pero contigo seré lo que haga falta.

Y empezamos a hablar de mi primer ensayo.



¡Qué bien! Estaba despierta, pero era sábado y no había que madrugar. Intenté volver a dormirme y me acurruqué de nuevo en «mi/su» cama. Él aún no había venido, pero sabía que no tardaría en hacerlo y aproveché para dar un repaso en mi cabeza a todo lo vivido, cosa que solía hacer un día sí y otro

también; me seguía pareciendo un sueño del que no quería despertar. Lo malo es que, a medida que pasaba el tiempo, lo único que hacía era añadir nuevos interrogantes a una lista que se estaba haciendo interminable

Recordé sus palabras de que él y César habían vivido juntos. ¿Cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué? A ciegas, elaboraba una teoría tras otra, a cada cual peor. Lo único que tenía claro era que algo malo le había pasado y tenía que ser ese accidente que había tenido de pequeño. No poder ver su espalda, dormir solo, esas pesadillas, su claustrofobia... En fin, su libro de instrucciones. ¡Joder!, no hacía falta ser Sigmund Freud para darse cuenta de que algo muy doloroso lo había dejado tremendamente marcado, y no solo físicamente.

Me acurruqué de nuevo y suspiré triste, ya que, pese a mis intentos, no había manera de entrar ahí y rehuía todos los temas que tenían que ver con su pasado. Además, era evidente que nunca estaba totalmente relajado; parecía vivir, de modo permanente, bajo una tensión subyacente que se disparaba al intentar tocar ciertos temas. Por lo tanto, decidí no presionarlo y callar, confiando en que, en algún momento y por la causa que fuere, surgiría la oportunidad de hacerlo hablar.

Estaba tan absorta en mis pensamientos y Joseph era tan silencioso, que solo me di cuenta de que había entrado cuando noté su peso al meterse en la cama; se pegó de inmediato a mi espalda.

—¿Duermes...? —susurró muy bajito, acariciándome la nuca con la boca.

—Sí... —susurré yo también.

Me giró y vio mi cara de risa.

—Buenos días. ¿Te estás riendo de mí? —preguntó mientras me besaba con suavidad.

—Buenos días. Pues sí —contesté todavía riendo.

En un gesto de mudo permiso, extendí los brazos hacia él. Se refugió entre ellos y lo abracé por el cuello; pude notar la dureza de su miembro en mi vientre al apretarse contra mí.

—Ya veo que son buenos días —seguí susurrando, apretándome contra él.

—Contigo siempre. —Aún sonreía cuando me empezó a besar.

Mi cuerpo empezó a temblar, ¡cómo deseaba a ese hombre! Y lo más increíble... ¡él me deseaba a mí! Sin dejar de mirarme, se colocó sobre mí y comenzó a besarme mientras el pulso se me aceleró en cuestión de segundos, al sentir su agitada respiración en el oído. Bajo su peso no podía moverme y lo único que podía hacer era arquear mi cuerpo en busca del suyo.

—Quieta Julia, quieta... —repetía entre beso y beso—, déjate hacer.

Fue decir esas palabras y, al momento, retumbaron por mi interior, mientras su voz, a modo de ola de fuego, lo invadía todo despertando hasta el más recóndito de los rincones. Él apretaba su miembro contra mi sexo y solo ese contacto conseguía volverme loca y que mi respiración se volviera tan errática como la suya.

—Vamos a quitarte esto. —Señaló mi camiseta.

Aún no me la había sacado cuando noté su boca en mis pechos y solté un gemido tan profundo que mis pulmones se vaciaron de aire por completo. ¡Y pensar que por aquel entonces lo que menos me importaba era conservar la sensibilidad! Lo que no sabía aquella doctora tan maravillosa, la doctora Lago, era que yo no sentía nada desde hacía mucho tiempo. Temeroso de hacerme daño, me los besaba con suavidad y chupaba mis pezones controlando la intensidad. Pero esa contención obraba el efecto contrario sobre mi sexo; cada caricia suya era una descarga directa a mi entrepierna y cada mordisco, por muy leve que fuera, me ponía al borde de un abismo por el que yo ya estaba deseando caer. Con la mano izquierda fue bajando por mi cuerpo hasta llegar a mí sexo y no tuvo más que tocarlo para ver cómo estaba. Alzó su mirada y temí arder.

—Oh, mi niña..., cómo estás —susurró de nuevo en mi oído.

—Por favor, por favor..., Joseph... —hablé entrecortadamente.

—¿Qué quieres, mi niña? Dime, ¿qué quieres? —repetía continuamente, inundando mi cuerpo con ese sonido que provocaba un torbellino de sensaciones que no lograba controlar.

Incapaz de hablar, tomé su cara entre mis manos y lo miré fijamente. Nos quedamos en silencio, jadeantes; él a la espera de mi respuesta.

—Dime qué quieres —repitió con voz ronca, cargada de deseo.

—A ti —me oí responder a mí misma.

No supe ni de dónde salió mi voz, pero se oyó con tal intensidad y rotundidad que sus hermosos ojos parpadearon unos instantes, sorprendidos por lo que acababan de oír. Solo fue capaz de lanzar un gruñido de satisfacción mientras se lanzaba sobre mi boca. Se levantó, tiró de mí hasta dejar mis piernas colgando de la cama y se arrodilló en el suelo.

—¿Estarás quieta? —preguntó inquieto.

Sabía lo que quería decir, la necesidad de tener que atarme siempre le estaba empezando a doler tanto como a mí.

—Te lo prometo —respondí tajante.

—Bien. —Respiró tranquilo.

Noté cómo me levantaba la pierna derecha y sentí sus labios en mi empeine. Deslizó la lengua sobre cada uno de mis dedos y cuando llegó al dedo gordo, le clavó suavemente los dientes. Por un misterio más de mi anatomía, ese mordisco pareció hacerlo directamente en mi sexo, que se retorció por completo. Repitió lo mismo con el otro pie y fue ascendiendo por mis piernas y mis muslos en una lenta y deliciosa agonía a la vez que acariciaba mi húmedo sexo con los dedos para después llevárselos a la boca. Pese a no verlo, sabía que cerraba los ojos mientras los saboreaba con deleite.

—Cómo estás, mi niña, cómo estás... —repetía excitado una y otra vez.

Me aferraba a la colcha para reprimir las ganas que tenía de abrazarlo, mientras mi cuerpo se retorcía con esa dulce tortura que sus caricias me proporcionaban. Cuando, con su boca, llegó a mi sexo, lancé tal gemido que me tapé la boca con la mano ante el miedo de que se pudiera oír en todo Copacabana, notando cómo hundía su nariz en él y aspiraba con fuerza.

—Qué bien hueles, mi niña, este es el mejor olor del mundo.

Hasta a él le costaba hablar y, cuando con su lengua, rozó mi clítoris, todo el cuerpo se me tensionó. Intenté abrazarlo con mis piernas. De hacerlo lo hubiera ahogado allí mismo, pero con sus manos me las separó al máximo.

—Quieta o te ato —amenazó, prosiguiendo con su delicioso tormento.

Me chupaba y mordisqueaba el clítoris mientras sus dedos tocaban en mi interior todos los puntos imaginables de placer. Me dio la sensación de que yo, aparte del punto G, debía tener el resto del alfabeto porque, tocara donde tocara, conseguía llevarme hasta estar a punto de estallar.

—Por Dios, Joseph..., por favor... te lo pido... —dije sofocada.

—¿Me pides... qué? —susurró mientras mordisqueaba mi vello púbico.

—Hazme... déjame... —No era capaz de decir dos palabras seguidas—. Haz que me corra —conseguí decir al fin.

Mi respiración era tan agitada que me costaba hablar y noté su sonrisa en mi sexo.

—Está bien, tus deseos son órdenes para mí... —habló entre mis piernas.

Intensificó esa dulce tortura con su lengua en mi clítoris y sus dedos en mi interior. Me mantenía las piernas muy separadas y yo me agarraba a la colcha de la cama como si fuera una tabla de salvación. Todo mi interior parecía arder y me dejé llevar por una lenta e intensa descarga de placer que me recorrió mi cuerpo.

—Para, por favor, no puedo más... —supliqué a la vez que me sentaba en la cama como un resorte.

Él también se apartó y se puso en pie, con los labios brillantes de mis propios jugos y sus enormes ojos convertidos en dos bolas de fuego. Sin más dilación, le bajé el pantalón y su pene erecto quedó ante mí. Lo cogí con ambas manos y se lo empecé a acariciar con la lengua, desde sus testículos hasta llegar a la punta del glande mientras oía sus gemidos y cómo el aire salía de entre sus dientes apretados. Cuando apoyó las manos en mi cabeza, abrí los labios y me lo introduje en la boca. Tenía la punta algo húmeda y noté su sabor. Tenía las manos sobre las rodillas e hice ademán de agarrarlo por las caderas.

—No me toques, quédate así, por favor —consiguió decir.

Aunque sabía que no iba a parar para atarme, quería que estuviera tranquilo, así que eché mis brazos hacia atrás y me los agarré. Ahora solo mi boca le tocaba el cuerpo y él, agarrándome la cabeza, marcaba el ritmo, arqueando las caderas e introduciéndolo hasta el fondo de mi garganta. Mis dientes acariciaban su miembro y, cuando me los protegí con los labios, el ritmo se aceleró. Él estaba a punto de estallar y lo más increíble era que yo también, pero, de repente, con sus manos me apartó.

—Para —gruñó—, quiero llegar dentro de ti.

Sin más, gateé en la cama hasta quedar en el centro de la misma y me tumbé. Coloqué los brazos en cruz y me volví a agarrar a la colcha. Él se dio cuenta, sonrió tranquilo y se hundió en mí y sobre mí. Con una fuerte embestida entró en mi sexo y creí reventar en ese momento del gusto. Se hundió hasta el fondo de mis entrañas, acompañado de un sonido gutural que resonó en todo mi cuerpo. Despacio, levanté los brazos.

—¿Puedo? —conseguí preguntar antes de hacer ningún movimiento.

Acerqué las manos a su cara; al instante su gesto cambió y se puso tenso, pero, tras un leve suspiro, se relajó y asintió. Entonces lo besé. Él comenzó a aumentar el ritmo de sus embestidas mientras dejaba escapar el aire entre mis labios hasta que yo no pude más. Le solté la boca y arqueé el cuello mientras unos sonidos descontrolados marcaban las convulsiones que volvían a salir de mi sexo.

—Julia, Julia, Julia... —repetía balbuceante una y otra vez.

Por fin, él también estalló y, enterrando la cabeza en mi hombro, juntó sus descargas con las mías hasta que ambos conseguimos parar. Sin movernos, quedamos en silencio el uno sobre el otro, intentando normalizar el ritmo de nuestra respiración.

Me miró y me besó con tal ternura y amor que no pude evitar que se me

llenaran los ojos de lágrimas.

—Eh, mi niña, ¿qué pasa? —preguntó con una expresión de alarma en su cara.

—Nada, no es nada. —Intenté esconder mi cabeza, avergonzada por tal oleada de sentimientos.

Se sentó en la cama y tiró de mí de tal forma que quedé sentada sobre él, uno frente al otro y apoyé la cabeza en su pecho cubierto por su camiseta. No quería que me viera así, pero unos gruesos lagrimones se escaparon y rodaron por mi cara.

—Julia, por favor, ¿qué te pasa? ¿He hecho algo mal? —Alarmado, lo preguntó mirándome con ojos asustados y tan abiertos que las pestañas le llegaban a las cejas—. Julia, por favor... —repitió mientras secaba mis lágrimas con sus besos.

—Es que... esto es... —Paré y suspiré dejando caer mis brazos, vencida.

Levanté los ojos y conseguí mirarlo; tenía que explicarle lo que me estaba pasando porque me miraba asustado.

—Es tan intenso lo que siento que a veces tengo miedo.... Sí, tengo miedo, Joseph —expliqué ante su expresión interrogante—. Tengo miedo de... —Mi voz se quebró y tuve que carraspear para poder seguir hablando—. Tengo miedo de despertar un día y que todo esto se haya acabado, de que todo sea un sueño, un hermoso sueño, pero que nada sea real.

—Mi niña, mi dulce niña... —Ya más tranquilo, me sonrió y comenzó a susurrar, con voz ronca, mientras me besaba por toda la cara—. Te aseguro que esto es lo más hermoso y real que he tenido en toda mi vida y, si es un sueño, yo pido no despertar jamás.

Nos fundimos en un apretado abrazo y así nos tumbamos de nuevo. Un apasionado beso alejó mis temores y todo volvió a ser felicidad.

Cuando desperté, me estaba mirando y, feliz, me estiré de una forma muy poco femenina.

—Debí quedar dormida... —sugerí tontamente.

Sonrió burlón.

—Eso parece. Me gusta verte dormir.

Iba a decirle que a mí también, pero no era cierto; yo nunca lo había visto dormir.

—¿Y tú, dormiste? —pregunté sin pensar.

—Un poco —respondió cortante y rápido, a la misma velocidad con la que se levantó.

Había mentido. Yo lo sabía y él también. Como sabía que le había incomodado la pregunta, lo alcancé antes de que saliera de la habitación. Lo que menos quería era que se fuera con la sensación de haber fallado en algo. Despacio, pasé las manos alrededor de su cintura y lo miré fijamente, hasta que, tras unos eternos segundos de espera, conseguí que me devolviera la mirada.

—Lo siento, Joseph, lo dije sin pensar. No quería hacerte sentir incómodo.

Me miró serio, suspiró profundamente, pero permaneció callado.

—Por favor, Joseph —hablé realmente preocupada—. Por favor, no te enfades. —Mi tono fue bajando hasta acabar en un susurro.

—La culpa no es tuya, Julia —empezó a hablar serio pensando bien sus palabras—. Hiciste una pregunta normal porque eso sería lo normal —recalcó seco sus palabras.

«¡Joder, joder y joder! ¿Por qué no podré pensar las cosas un poco más antes de decirlas», pensé, cabreada conmigo misma.

Me cagué en mayo con sus flores y me mordí el labio, temerosa de haber estropeado el ansiado fin de semana que teníamos por delante; algo que no quería que sucediera bajo ningún concepto. Mi mente buscó una salida a toda velocidad y, arqueando una ceja, comencé a hablar con tono sensual.

—Querido señor Levi. —Me seguía haciendo gracia llamarlo así—: tiene que saber que todo lo que aquí sucede no tiene nada de normal. —Acercándome a su boca, proseguí—. Pero que sepa que to-do, absolutamente to-do me encanta, especialmente us-ted —rematé, recalcando bien estas palabras sobre sus labios.

Entornó los ojos, abrió la boca para recibir mi lengua y nos fundimos en un lento y placentero beso que consiguió apaciguar tanto su mente como su cuerpo.



—¿Qué te apetece comer? —pregunté, una vez sosegado el ambiente.

Pese a ser sábado, María y Emerson desaparecían por completo y, salvo que Joseph los necesitara, nos dejaban a solas todo el fin de semana, algo que era de agradecer.

—¿Después de esto?

Su mirada cambió y se acercó los dedos a la boca para paladearlos con

deleite mientras yo lo miraba hipnotizada.

—Mmmm, ¿qué puede superar esto? —Pensativo, cerró los ojos unos instantes—. ¡Ah! Ya sé, tu riquísima lasaña de verduras.

Ladeó la cabeza y me sonrió.

—Anda, dúchate, pero la hacemos entre los dos. —Y se marchó riendo.

Me metí en la ducha y al secarme me di cuenta de que tenía otra marca en el hombro derecho. La Julia sensata frunció el ceño mientras la de mi subconsciente lo acariciaba con una sonrisa. ¿Lo haría a propósito? La verdad, no me importaba.



Capítulo 27

Estaba en la cocina y me reí sola al colgarme otra vez el paño de las bragas; no quedaba otra si andaba así vestida. Estaba cogiendo los ingredientes que me iban a hacer falta y algo me llevó a mirar hacia fuera. Hacía un día espléndido, pero no creía que Joseph quisiera bajar a la playa. Tal como lo veía, estaba segura de que nunca la había pisado y no pude reprimir un gesto de pena.

—Hola —su voz interrumpió mis pensamientos.

—Hola, ¿listo para trabajar? —le pregunté tendiéndole otro paño.

—Prefiero limpiarme en ese. —Sonriendo de esa manera tan especial, señaló el extremo del paño que sobresalía de mi camiseta.

—Pues cuando quieras, ya sabes... —respondí coqueta.

Le bastó ver la mirada que le lancé al paño de la cocina para saber a qué me refería y me miró maliciosamente.

Nos pusimos a ello y, para mi sorpresa, vi que se desenvolvía con una considerable destreza en la cocina. Picó rápidamente las verduras que le había dado mientras yo hacía salsa de tomate y empezaba a preparar la bechamel.

—¿Cómo es que sabes cocinar? —Lo vi relajado y me atreví a intentar lanzar la pregunta sin aparentar mayor interés.

—¿Por qué no iba a saber hacerlo? —Aunque no lo dijo enfadado, su expresión se volvió cautelosa.

—No sé —Me encogí de hombros y fingí estar más concentrada en la bechamel de lo que en realidad estaba—. Eres un hombre —bromeé—, provienes de una familia en la que, supongo, tendríais gente en casa para hacer todo esto...

Sabedora de que debía ir poco a poco si quería que me contara algo, hice un gran esfuerzo y me callé.

Durante un buen rato nadie dijo nada y, para destensar el ambiente, me unté un dedo en la salsa de tomate y se lo acerque para que la probase. Así lo hizo, la paladeó y le gustó pero permaneció en el más absoluto de los mutismos. Volví a fingir que me concentraba en lo que estaba cocinando, intentando no romper mi promesa, pero el silencio reinante pedía de forma clamorosa una respuesta. Suspiró mientras volcaba con cuidado las verduras en la salsa y para mi sorpresa comenzó a hablar.

—Cuando me quedé solo... —Carraspeó y tragó saliva—. Bueno, no quería seguir viviendo en la misma casa y me fui con ellos a un piso que compartían.

—¿Con ellos? —interrumpí presa de mi curiosidad.

Frunció el ceño y se puso serio. «Ya la he jodido», pensé, «si me callase...».

—Marcos, Ana, César, Manuel, Emerson y María.

Los nombró a todos, a su grupo, a su manada, y se volvió a callar. Me di cuenta de que por su cabeza surcaban en esos momentos un montón de recuerdos, pero no sabía si todos agradables.

—Vamos, el típico piso de estudiantes —murmuré mientras me peleaba con la bechamel.

—Sí, más o menos —respondió ausente—. Yo estudiaba y trabajaba, como hacían ellos para pagarse sus estudios.

—¿Y tú?, ¿hacías la compra, limpiabas... y todas esas cosas? —pregunté incrédula. Me costaba imaginarlo dando vueltas por un supermercado o con una fregona en la mano.

—Pues sí, hacía todo eso y la mar de bien —respondió orgulloso mientras se acercaba a limpiar sus manos a mi paño.

Contuve la respiración ante la fuerza de su mirada; sabía lo que pretendía, pero, pese a que me moría de ganas por un beso, quería que siguiera hablando.

—¿Y qué estudiabas? —pregunté con voz trémula.

Estaba nerviosa y mi voz me delató. Seguía cerca, demasiado cerca, pero, apartándose de nuevo, volvió a sumergirse en su pasado.

—Todo lo que pude y más —prosiguió pensativo—: economía, gestión de empresas, bolsa, mercados internacionales...

—Bufff, eso suena tremendamente duro y aburrido —pensé en voz alta.

—Pues a mí no me lo pareció. —Su voz y su cara se oscurecieron—. Lo cierto es que, en esa época, por primera vez sentí lo más parecido a estar bien.

Estudiar y trabajar... —Su tono se volvió amargo—. El mantenerme ocupado las veinticuatro horas del día me ayudó a poder seguir.

Calló de nuevo. ¿Seguir?, ¿seguir qué? Me mordí el labio para conseguir permanecer callada y volví a intentar «sobornarlo» haciéndole probar la bechamel.

—¿En qué trabajabas?

Los latidos de mi corazón se aceleraron; tenía miedo de que en cualquier momento se cerrara como una ostra o de que se enfadara ante tanta pregunta. Lo que en cualquier pareja sería una conversación normal, entre nosotros era de todo menos eso. Me miró dejando escapar un profundo suspiro, pero, cuando vi tanto dolor en sus ojos supe que era incapaz de seguir, y hasta la Julia curiosa corrió avergonzada a esconderse en un rincón, mientras yo lo besaba con suavidad en el brazo, cerca de su hombro.

—Perdona —balbuceé—, no hace falta que...

Me interrumpió levantando una mano en el aire, la misma mano de largos dedos que tantos milagros obraba en mi cuerpo. La posó sobre mis labios y aproveché para darle un fugaz beso. Volvió a suspirar y se sumergió en su pasado mientras un atronador silencio nos envolvía de nuevo. Pese a que intentaba dar normalidad a esa conversación, me temblaban las manos y era incapaz de mirarlo, esperando que no se diera cuenta de mi nerviosismo.

—La familia de...

Empezó a hablar quebrando el agobiante silencio para volver a callarse de nuevo; no era capaz de seguir de lo nervioso que estaba. A mí me faltaba algo y, adivinando mis pensamientos apareció esa tosecilla y ese carraspeo como una señal de peligro mientras yo aguantaba las ganas de pedirle a gritos que no parase de hablar. Afortunadamente, conseguí permanecer en silencio, mirándolo sin pestañear y con una expresión anhelante. Sacudió la cabeza queriendo apartar algún recuerdo, pero su boca desencajada me indicó que no lo había conseguido y se apoyó en la encimera antes de seguir hablando.

—La familia de mi... de Sara —la nombró rápido.

—¡De tu madre! —solté, sin poder contenerme de lo impaciente que estaba.

—Sí, claro —contestó ausente mirando cómo preparaba la lasaña—. Bueno pues ellos eran dueños de una joyería. —Cogió aire nuevamente para seguir—. Tenía mucha fama y mejor reputación.

No pude evitar sonreír para mis adentros. Me parecía de lo más clásico, como en las películas, siempre que aparecían joyas o bancos ahí estaba algún judío.

—En fin —prosiguió triste—, cuando mi padre se hizo cargo del negocio las cosas dejaron de ir bien.

—¿No lo supo llevar?

Más que una pregunta fue una afirmación que me salió sin pensar y lo miré expectante; tenía la sensación de que cada palabra lo hacía envejecer.

—Digamos que mi padre sabía hacer bien algunas cosas, pero entre ellas no estaba el llevar un negocio —respondió tenso y se notaba que estaba batallando para conseguir que su mente estuviera en el mismo lugar que su cuerpo.

Si un tono de voz pudiera cortar, la cocina en la que estábamos se acababa de partir en dos en medio de otro largo y misterioso silencio, mientras yo volvía a reprimir las ganas de pedirle a gritos que no parase de hablar.

—En fin, resumiendo, cuando él murió, el negocio estaba casi en la ruina y poco a poco lo volví a levantar —habló apurado, queriendo acabar. La rabia le estaba tensando la voz—. Todos ellos me ayudaron en lo que pudieron, y fin del tema —sentenció ya con un tono más calmado.

¡Mierda!, lo sabía. Sabía que, de momento no iba a sacar nada más, pero lo cierto era que tenía un par de cientos de interrogantes más y, pese a no haber contado demasiado, solo con verlo era evidente lo mucho que le había costado. Me puse de puntillas y, acariciándole la cara, le di un dulce beso. Suspiró sobre mis labios, quizá de alivio por poder parar de hablar o de gusto, pero gracias a mis especiales conexiones nerviosas el suspiro en vez de ir a mis oídos fue directamente a mi vientre y lo despertó.

—Por favor, Julia, no me mires con esos ojitos o no salimos ni de la cocina —susurró ronco, con los labios pegados a los míos.

—¿Y quién dice que tengamos que salir? —susurré sobre los suyos.

De repente todo cambió. Fuera por la conversación o porque la luna estaba en alguna fase especial, algo salvaje y furioso despertó en él. Me agarró con fuerza y me besó como si la vida le fuera en ello. Su lengua entró en mi boca, no para besarla sino para apoderarse de ella y, con la misma furia que asomaba a sus ojos, quedé desnuda en dos segundos. Me levantó en el aire y noté en la espalda el frío de la mesa de la cocina tan pronto me tumbó sobre ella. Sin decir nada, alzó mis piernas y las posó sobre sus hombros. No supe ni cómo se bajó los pantalones, pero, de repente, su miembro entró hasta el fondo de mi cuerpo. Fue una embestida brutal, sin previo aviso, pero mi cuerpo ya estaba preparado. Ante su muda pregunta, coloqué mis brazos en cruz, en un claro gesto de que no me iba a mover.

—Mi niña, cómo estás... —repetía con cada embestida suya.

Me besó los pechos con suavidad, y ello contribuyó a que mi grado de excitación aumentara hasta el punto de perder el control.

—Más fuerte, por favor, más fuerte —balbuceé entre jadeo y jadeo.

—¿Seguro? No quiero hacerte daño —preguntó mientras sus ojos parecían arder—. Si te hago daño, avísame —concluyó ante mi leve gesto de asentimiento.

Me los chupó con más fuerza, me los pellizcó ligeramente y aquello hizo que todo mi cuerpo rugiera de placer. Mi espalda se arqueó intentando encontrar el aire que en esos momentos me faltaba mientras sus embestidas fueron aumentando en intensidad y en rapidez hasta que su cuerpo se dobló y estalló, al igual que yo; ninguno podíamos aguantar más. A sus descargas de placer se unieron las mías, a sus gemidos se unieron los míos y un sonido profundo y visceral salió de su garganta mientras se desplomaba sobre mí. Tras unos instantes sobre la mesa de la cocina —lo cual no era muy higiénico, todo hay que decirlo— se incorporó y me ayudó a bajar.

Con mis escaso metro y cincuenta y siete, parecía mucho más pequeña ante un hombre tan alto, fuerte, tremendamente guapo, pero a la vez, tan frágil. Su pelo había crecido algo y estaba despeinado; con la mano, se lo terminé de alborotar.

—Ya ves, no soy la única que tiene los pelos de punta —bromeé.

—Eso es porque te estoy dejando demasiado suelta —protestó burlón—, la próxima vez tendré que tenerte con las manos bien atadas.

Su teléfono nos interrumpió.

—Hola, Manuel... Sí... Bien... Diles que estaré en mi despacho en media hora. Vale, hasta luego. —Colgó, parecía contento y me miró esbozando una gran sonrisa.

—¿Qué pasa? —Su mirada seguía poniéndome nerviosa e, inconscientemente, me coloqué mi melena imaginaria detrás de las orejas.

—Me encanta ese gesto —murmuró mientras me besaba.

Sin previo aviso, con su larga mano, me despeinó totalmente.

—¡Oye! —protesté débilmente mientras me apartaba el flequillo de los ojos con un soplado.

—Tengo que bajar un momento a mi despacho, pero antes tengo que hablar con Mark —me explicó mientras se ponía los pantalones.

Mi sonrisa se esfumó. Siempre pasaba lo mismo, cada vez que hablaba con él volvía con una losa encima de cinco toneladas.

—Ni se te ocurra empezar a comer sin mí —amenazó sonriendo mientras entraba en el ascensor.

Aproveché el momento de soledad para hacer una tarta de queso. Mi tarta de queso, que a todo el mundo —menos a uno— le encantaba. Era fácil y rápida de hacer y lo paradójico era que no llevaba queso. Por culpa de eso había tenido a María buscando el dichoso cuajo por todo Río.

Había pasado casi una hora, la tarta ya estaba hecha, había colocado la mesa y, aunque me había puesto las bragas, seguía en camiseta. Iba a cambiarme cuando me llamó por teléfono. Mientras lo cogía decidí que tenía que poner un tono especial a su llamada.

—Hola, mi niña. —Su voz sonó triste.

«¡Mierda!, ya habló con Mark», pensé frunciendo el ceño.

—Hola, mi niño, ¿te falta mucho? —contesté sonriendo.

—No, pero ¿puedes bajar un momento a mi despacho?

—Joseph, estoy sin vestir... Bueno eso ya lo sabes —razoné mientras notaba su sonrisa al otro lado del teléfono.

—Estoy solo y te prefiero así —remató con un cambio sutil en el tono de su voz.

—Ahora mismo voy —respondí de inmediato.

Me puse mis calcetines japoneses y bajé. Pese a todo, entré de puntillas. Aunque me había dicho que estaba solo temía que, de un momento a otro, alguien abriera una puerta, y ya me veía saltando por una ventana; llamé y entré. De espaldas, mirando por el amplio ventanal que daba a la playa, lo observé o, mejor dicho, lo admiré en silencio. Hasta con un simple chándal y una camiseta era el colmo de la elegancia... ¡Joder!, y yo había bajado en camiseta, bragas y calcetines. Cuando estaba a punto de dar media vuelta y subir a cambiarme, se giró y me vio. Incluso de espaldas había notado su tensión, pero ahora, en sus ojos, solo vi tristeza, cansancio, abatimiento. Sin decir nada abrió los brazos y corrí a refugiarme en ellos —¿o fue al revés?—. Despacio, le rodeé la cintura con los míos y apoyé la cabeza en su pecho. Me necesitaba, no sabía por qué, pero no me importaba. Estaba ahí para espantar sus demonios o para protegerlo de lo que fuera. Exhaló un suspiro de alivio y apoyó su cabeza en la mía.

—Mi niña, mi niña, si no fuera por ti... —repetía para sí mismo una y otra vez.

Sonó tan triste y tan desgarrador que no pude evitar que las lágrimas empezasen a caerme por la cara. Me dolía verlo así, pero aún más me dolía el

no poder ayudarlo.

—¿Qué puedo hacer, Joseph?, ¿cómo te puedo ayudar? De verdad, dime y lo que sea lo haré —balbuceé.

Levantó mi cara con sus manos y, cuando me vio llorar, una expresión de culpa apareció en su rostro.

—¡Oh, no Julia! Mi niña, no te pongas así, no por mí —suplicó secándose las lágrimas.

«¿Cómo que no por él? ¿Por quién cojones si no?» Conseguí que ese taco no saliera de mi cabeza.

—Por Dios, Joseph, dime qué te pasa y seguro que lo solucionamos... —le pedí entre lágrimas.

—¿Crees que no me estás ayudando? —preguntó sosteniéndome la cara entre sus manos—. Tú eres lo único que necesito, te necesito a mi lado... siempre... Lo demás no me importa ya.

¿Qué quería decir con eso? Otros miles de interrogantes se unieron a la interminable lista que ya tenía preparada. A aquel paso, iba a necesitar más de un año para hacer tanta pregunta. Mientras terminaba de secarme la cara, sus ojos estaban fijos en mí; esos inmensos ojos negros que no sabían mentir.

—Siempre estaré a tu lado, Joseph, para lo que te haga falta y más. Tú también eres lo único que yo necesito —conseguí decir sin llorar de nuevo.

Me besó con fuerza; nuestras lenguas se enredaron una y otra vez y un gemido ronco inundó mi boca cuando me apreté contra él.

—¿Qué piensas, Julia? —preguntó sin romper el abrazo.

—Que voy a prohibirte hablar con Mark —lo dije muy en serio, pero noté su sonrisa en mi pelo.

—Bueno, quiero que veas una cosa —habló más relajado—. Ya que me has dicho que no te gustaba la decoración de mi despacho, he decidido hacerle algunas mejoras —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo observé intrigada mientras él dirigía la vista a la pared que, en estos momentos, yo tenía a mi espalda. Giré la cabeza, vi dos grandes fotografías y lo miré sin entender nada.

—Fíjate bien —me giró por completo y se abrazó a mí por detrás.

Las examiné con detenimiento y tardé unos segundos en darme cuenta, pero, cuando lo hice, abrí la boca hasta que mi mandíbula dijo «basta». ¡Por el amor de Dios!, ¡era yo! Me costó reconocermelo, pero... ¡era mi cara!

—¿Te acuerdas de las fotos que te hizo Manuel en casa de Marcos? ¿Te gustan? —Oía su voz detrás de mí; hablaba contento.

Las fotos eran preciosas y, boquiabierta, me quedé sin saber que decir. Eran iguales, solo que una en blanco y negro y la otra en color. En ambas mi cara aparecía difuminada casi por completo y solo destacaban los ojos, la punta de la nariz y la boca, haciendo que pareciera irreal, de ensueño.

Siempre había odiado hacerme fotos, ya que nunca me veía bien, pero tenía que reconocer que aquellas eran sensacionales. En la de color, mis ojos tenían un verde espectacular y, mis labios, con una leve sonrisa, transmitían una luz y una vida increíbles. La de blanco y negro era sencillamente insuperable.

—¿Te gustan? —repitió ante mi silencio.

Lo miré con cara de estupor.

—Son preciosas, hay que reconocer que Manuel es un genio. Lo malo es la modelo —contesté con un mohín de desagrado—. Además, ¿estás seguro de querer verme cada vez que levantes la vista de tu mesa? ¿Qué va a pensar la gente que venga aquí? Aunque, la verdad, dudo que alguien me pueda reconocer en ellas —rematé encogiéndome de hombros.

Me giró y quedamos, de nuevo, frente a frente. Me levantó la barbilla y me miró serio.

—Manuel es un genio y las fotos son preciosas. Pero lo son porque eres tú la que está en ellas. Y sí —continuó mirándome serio—, estaré encantado de poder ver tu cara cada vez que levante la vista de mi mesa. —Me besó la punta de la nariz—. Y como no viene demasiada gente aquí, espero no tener que preocuparme de que queden prendados de ti al ver las fotos —remató poniendo cara de satisfacción.

—Estás un poco loco, ¿lo sabes?

Lo cierto era que no estaba demasiado convencida del tema y me estaba imaginando a la señora Danvers lanzando dardos a mi cara para comprobar su puntería. Me besó, su mirada cambió y, mirando de reojo a su mesa, sonrió. Yo también sonreí; sabía lo que estaba pensando.

—Está la comida —susurré sobre su boca.

Un gemido suave llegó a la mía por respuesta.

—Mi deliciosa lasaña está esperando —continué.

—Oh... No vale —protestó débilmente sin apartar sus labios.

—Hice tarta de queso —proseguí hablando lentamente.

—Dioss..., qué crueldad... —volvió a protestar débilmente.

Nuestras sonrisas se juntaron. Sacudió ligeramente la cabeza, agarró un portafolios, me cogió de la mano y echamos a andar. Mi bajo vientre, tras haber sido despertado, se enroscó enfurruñado, y se dispuso a dormir de

nuevo.



Capítulo 28

Como siempre, le encantó la comida, y con la tarta de queso parecía haberle tocado la lotería.

—Cielo santo, está formidable —comentó mientras iba por el segundo trozo—, cocinas de maravilla. ¿Te gusta hacerlo?, ¿verdad?

—Ahora sí —respondí sin necesidad de pensarlo.

—¿Y antes? —preguntó intrigado.

—Antes no —volví a contestar rápidamente mientras mi tono se endureció.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —repregunté aún a sabiendas de lo que quería saber.

—Porque antes no y ahora sí —explicó de un modo vago.

Me encogí de hombros y una mueca de desagrado cruzó mi cara.

—Porque antes no estabas tú y ahora sí —corté en seco con cierto tono de rabia.

Me miró con una ternura infinita, pero se abstuvo de preguntar más y recogimos en silencio.

—Voy un momento a mi despacho, tengo que revisar y firmar unos papeles —me comentó al acabar de recoger.

—Vale —contesté—, mientras tanto voy a aprovechar para hacer limpieza en mi bolso. —Y me dirigí al salón.

—¿Por qué no vienes conmigo? —Ladeó de esa manera tan particular su cabeza mientras me regalaba una de sus sonrisas deliciosamente escalofriantes.

Yo, mi vientre y el resto de mi cuerpo pensamos en lo mismo y me iba a dirigir al ascensor cuando tiró de mí y me llevó hacia una puerta que estaba cerrada, justo enfrente de su habitación.

—Mi despacho, el de aquí —me recordó—. ¿No has vuelto a entrar? —

preguntó extrañado.

—Pues no, no me dedico a andar abriendo puertas y entrando en habitaciones sin permiso —contesté, haciéndome la ofendida.

—Pues tienes mi permiso para entrar en donde quieras. —Habló solemne pero su pícara mirada quiso decir algo más.

—Te tomo la palabra —respondí desafiante—, pero ahora a trabajar.

Lo miré de reojo y sonreí. Sentado en su mesa, totalmente concentrado, parecía un hombre seguro de sí mismo, lleno de confianza y, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Leía informes con avidez y, de vez en cuando, garabateaba algo en unos folios; ante alguna duda, se tocaba la punta de la nariz con el bolígrafo. Me acordé de mi frase anterior; era verdad, ni siquiera había vuelto a entrar en su habitación. Aunque pudiera resultar paradójico, pese al poco tiempo que hacía que nos conocíamos y la cantidad de preguntas que flotaban en mi cabeza, confiaba totalmente en él. Con Víctor nunca tuve esa sensación y no me equivoqué; suspiré y, enfadada, lo alejé de mi mente, no se merecía estar ahí. Sin muchas ganas agarré mi bolso, volqué todo lo que tenía dentro sobre el sofá y un montón de papeles salieron de su interior. La mayoría no valían para nada.

«¿Por qué guardaré tanta mierda?», pensé con un punto de indignación.

La cartera también estaba atiborrada de resguardos de compras, algunos de hacía más de un año y empecé a romperlo todo. Apareció el billete de mi viaje, pero ese se iba a salvar. Quería guardar constancia física de lo sucedido para combatir la sensación de irrealidad que a veces me invadía. Al final todo quedó reducido a mi cartera, ahora más delgada, mis documentos de identidad, mi barra de labios mágica, el somnífero, antes tan necesitado, el famoso billete, y un pequeño álbum de fotos; el único recuerdo que me quedaba de mi vida anterior.

—¿Puedo verlo?

—¡Joder Joseph, pareces un gato, nunca te siento llegar! —exclamé tras pegar un bote.

Del susto se me había caído el álbum de las manos. Lo cogió y se lo quedo mirando.

—Son solo fotos —dije ausente.

—Ya, hasta ahí llego, pero si no quieres... no importa. —Me lo devolvió e hizo ademán de levantarse.

Lo agarré del brazo.

—No, toma. Solo es que no me gusta verme en fotos, ya lo sabes. Pero no

te rías de mí, ¿vale? —le advertí poniendo el álbum en sus manos.

Sacudió la cabeza y sonriendo me dio un beso.

—Eso jamás.

Abrió el álbum y, aunque fuera en foto, le presenté a mi familia. Fotos con mi abuela, aun siendo yo una niña, con mis padres, ya más mayorcita, alguna de la inacabada época de facultad, la de la orla de técnicos, fotos con los compañeros del laboratorio... Le presenté a la doctora Rayos y Centellas, a Miss Rímel y reconoció al doctor Ihab. En todas ellas yo aparecía luciendo una larga melena.

—Tu jefe siempre pegado a ti. —Fue el único comentario que hizo al respecto.

Era cierto, en las fotos Carlos siempre estaba a mi lado, agarrándome del brazo o con el suyo sobre mi hombro. Yo nunca le había dado mayor importancia; para mí era un amigo, un buen amigo, pero nada más.

—No te cae bien, ¿verdad?

—No, y el sentimiento es mutuo —respondió tenso sin dejar de mirar las fotos.

—Bueno, pues se acabó.

—Espera, aún queda una —objetó mientras yo intentaba quitarle el álbum de las manos.

—Joseph, no...

Su expresión se endureció, al igual que su mirada y me di cuenta lo que estaba pensando. Creía que era una foto de Víctor; la quité del álbum y se la tendí.

—Toma. —Y contuve la respiración.

Sin decir nada, clavó sus ojos en ella y la empezó a acariciar con los dedos. Era la foto de mi última sesión de quimioterapia y en ella aparecía rodeada por toda la gente que durante tantos meses me ayudó a pelear: enfermeras, auxiliares, mi oncólogo y yo. Aún tenía la vía puesta, recibiendo esa última sesión, sonriendo, haciendo el gesto de la victoria, con mi cara que en esos momentos parecía una redonda luna y completamente calva. Intenté aguantar, pero mis labios empezaron a temblar y, por más esfuerzos que hice, no conseguí parar la cascada de lágrimas que en ese momento empezaron a caer por mi cara. Él estaba tan absorto acariciando la foto que, hasta que levantó la vista para mirarme, no vio que estaba llorando. Su mirada terminó de desmoronarme; era dulce, cariñosa y sin ningún atisbo de desagrado. Nada que ver con Víctor...

—Por favor —balbuceé intentando quitarle la foto—. No quiero que me veas así —hablé entrecortadamente.

—Por Dios, mi niña, no...

No pude aguantar más y me desmoroné. Todas las lágrimas que no vertí en esa época empezaron a caer de repente por mi cara y todo el miedo y la angustia que por aquel entonces sentí y reprimí, de súbito, salieron a la luz. Me tapé la cara con las manos y todo mi cuerpo lloró. Lloró por el miedo que tuve a morir, lloró por quedarme sin pelo, por quedarme sin mis pechos, por engordar a causa de los tratamientos, lloró por mi regla ausente, lloró por no ser capaz de reconocermme en el espejo... y lloró porque todo eso lo pasé sola y con el rechazo de quien me tendría que haber apoyado.

Como una pluma tiró de mí, me sentó en su regazo y, rodeándome con los brazos, me dio un reconfortante abrazo. Cerré los ojos y enterré mi cabeza en su pecho. En ese momento tenía la sensación de estar envuelta en una manta cálida y suave que te arropa con su calor cuando tienes frío.

—Shhh... Calma, mi niña, no llores —repetía una y otra vez mientras me mecía con la boca hundida en mi pelo.

En ese momento, muchas sensaciones volvieron a mi cabeza, pero la peor de todas fue la de soledad.

—No sé lo que daría porque no hubieras pasado por todo esto —le oía decir mientras me acunaba—, si yo hubiera estado ahí...

Su voz suave, llena de ternura y, sobre todo de sinceridad, fue un bálsamo que consiguió que todas esas emociones me fueran abandonando y, poco a poco, consiguiera tranquilizarme. Asentí con la cabeza.

—Ojalá. Hubiera sido tan distinto... —sollocé aún con la cara escondida en su pecho.

Con suavidad, me levantó la barbilla y buscó mi mirada; entornó sus hermosos ojos y me besó de un modo tierno, reconfortante y dulce, como él. Pero, pese a lo romántico del momento, no tuve más remedio que sorberme los mocos y, metiéndose la mano en el interior de la camiseta, me limpió la cara con ella y me sonó la nariz.

Lo miré asombrada; fue un gesto instintivo, hecho sin pensar y que, sin duda alguna, venía de su pasado. Su gesto reflejó nostalgia y tristeza a la vez; en algún momento de su infancia supuse que Sara, su madre, se lo había hecho a él. Nuestras miradas se encontraron y eso bastó para saber lo que a él y a mí se nos pasaba por la cabeza. Entonces fui yo la que le eché los brazos

al cuello y lo besé dulcemente.

—Gracias, Joseph, gracias por ser como eres y perdona por ser tan llorona —rematé a punto de llorar de nuevo.

—Ehhh..., no me digas eso y gracias a ti por estar aquí —susurró cariñoso sobre mi boca—. Y llora cuanto quieras y cuando lo necesites. Ojalá yo pudiera... ¿Te he dicho alguna vez que se te ponen los ojos preciosos cuando lloras? —interrumpió lo que en realidad quería decir con esta frase.

—Creo que no —intenté bromear—, pero tú también lo podrás hacer cuando quieras y lo necesites. Yo también estaré a tu lado para consolarte; ya sabes, por ti lo que haga falta y más.

Quería que supiera que, pese a no decirlo, lo había entendido perfectamente. Sonrió con una pizca de tristeza mientras terminaba de limpiarme la cara, pero permaneció en silencio echando un nuevo vistazo al álbum de fotos.

—Pues yo te veo guapísima de todas las maneras, con el pelo largo, con el pelo corto y, especialmente, sin pelo.

Me volvió a besar. Yo, en esos momentos, me sentía como un pantano que había liberado un exceso de caudal y ahora volvía a lucir plácido, sereno y tranquilo. Lo miré esbozando una dulce sonrisa mientras él, pensativo, cerraba el álbum, absteniéndose de hacer ninguna pregunta.

—No —contesté sin necesidad de que la hiciera mientras me terminaba de limpiar los mocos con su camiseta.

Ladeo la cabeza y frunció el ceño.

—No —repetí—, no hay más fotos.

Siguió callado y con el ceño fruncido.

—No, Joseph, de verdad, si las hubiera te lo diría —insistí mirándolo fijamente.

—¿Ninguna de...? —Fue incapaz de pronunciar su nombre.

—No, ninguna más, y de ese menos que de nadie —respondí con desdén—. No es alguien de quien yo quiera tener, ni tan siquiera, un recuerdo. —Hablé completamente serena, pero, sobre todo segura y un gesto de alivio apareció en su cara—. Si no te importa, prefiero no seguir hablando de este tema, por el momento. —Interrumpí su ademán de seguir preguntando—. Pero te prometo que, si lo quieres saber, algún día te contaré todo —apostillé.

—De acuerdo, esperaré —respondió ya más relajado.

Nos volvimos a besar y nuestros labios se acariciaron, intentando borrar los recuerdos que a ambos nos hacían sufrir mientras me miraba con los ojos

entornados, llenos de pasión, hasta que tuvimos que parar para respirar.

—¿Has acabado de trabajar? —pregunté entre sus labios mientras intentábamos recuperar el aliento.

Asintió sin dejar de besarme y, en un gesto de osadía que me seguía sorprendiendo, bajé mi mano y le acaricié la entrepierna. Apretó los dientes y soltó el aire con un leve gemido mientras seguíamos envueltos en un beso sin fin. Cuando paramos, su entrepierna se abría sola y mi vientre había abierto los ojos, la boca y ya estaba haciendo ejercicios de precalentamiento.

—Me vas a volver loco, Julia —susurró anhelante sobre mi boca.

Sonreí de modo sensual y acaricié sus labios con mi lengua aprovechando para introducir, despacio, mi mano en su entrepierna y acariciar su miembro. Volvió a soltar ese gutural gemido que conseguía acelerar todo mi cuerpo e intentó tumbarme en el sofá.

—No, aquí no —solté de inmediato.

Quedó sorprendido por mi reacción, pero no preguntó. En volandas, llegué hasta su mesa y me dejó de pie delante de ella. Decidí que no era momento para la calma y sin más dilación le bajé el pantalón junto a su bóxer. Me hubiera gustado quitarle esa camiseta llena de mocos, pero sabía que no podía ser. Él, con sus ojos fijos en mí, pisoteó la ropa que ahora yacía a sus pies.

—Desnúdate —dijo simplemente.

Obedecí conteniendo el aliento y, en menos de dos segundos, la poca ropa que tenía salió disparada.

—No —fue lo único que dijo cuando empecé a quitarme los calcetines.

Lo miré sin pestañear mientras él ponía su rodilla en tierra y colocaba mi pie derecho sobre la que permanecía doblada. Lentamente me quitó el calcetín y agachó la cabeza para rozarme el empeine con los labios; agradecí tener el apoyo de la mesa para no caerme. Su lengua lo recorría despacio, una y otra vez para después besarme los dedos, provocando un cosquilleo que se dirigía directamente a mi sexo. No podía verle la cara, pero sí como se movían sus largas pestañas y me resultaba excitante verlo de rodillas, delante de mí. Cuando me mordió la punta del dedo gordo, una descarga de placer humedeció aún más mi entrepierna y, al repetir lo mismo con el otro pie mis piernas se convirtieron en dos flanes incapaces de sostenerme el cuerpo. Tuve que apoyarme en la mesa con ambas manos mientras salía de mi boca un largo y profundo gemido que, con un deseo irrefrenable, pedía por él a gritos. Cuando sentí su aliento en mi sexo, cerré los ojos y creí morirme de gusto.

—Tumbate —ordenó con voz jadeante.

Así lo hice. Me colocó las piernas sobre la mesa, dobladas y separadas al máximo, como cuando estás en el ginecólogo, y noté su respiración, tan agitada como la mía, sobre mi vello púbico mientras lo rozaba con la nariz aspirando mi olor. Sabía que aquello conseguía volverme loca.

—Este es el mejor olor del mundo... —murmuraba mientras, con la punta de la lengua, hacía suaves pasadas sobre mi inflamado clítoris.

Toda yo ardía y elevaba las caderas intentando que me penetrara con la lengua, mientras podía notar su sonrisa en mi sexo húmedo y caliente.

—Tranquila, mi niña, ya voy, tranquila... —repetía una y otra vez.

¡Joder!, estaba todo menos tranquila. Cuando metió sus dedos en mi interior arqueé la espalda de tal manera que mi culo se alzó más de una cuarta sobre la mesa y creí correrme en ese instante. Me notaba arder, tenía la boca seca y mi respiración era tan entrecortada que era incapaz de hablar.

Soltando un gruñido, tiró de mí y me vi sentada, de nuevo, en el borde de la mesa. Noté mi sabor en la boca mientras que, de un golpe seco, Joseph introdujo su pene en mi interior. Le miré a los ojos, que eran todo pupilas y, cuando los vi desaparecer bajo sus grandes pestañas, a modo de plegaria silenciosa, el deseo inundó a toda velocidad mi cuerpo. Con cada embestida un gruñido de placer salía del fondo de su garganta y, despacio alcé los brazos, abrazándome a su cuello, a la par que rodeaba su cintura con mis piernas. Nuestros gemidos se entremezclaban en nuestras bocas, y sus embestidas fueron aumentando el ritmo hasta que ninguno pudo más.

Yo fui la primera en estallar en sucesivas oleadas de placer y a ellas se unieron las de él. Sólo se oían sonidos incoherentes mientras mi cuerpo se aferraba al suyo con cada pulsión que el orgasmo nos provocaba. Exhausta, me dejé caer sobre la mesa, pero, aún con la respiración agitada, me levantó y se abrazó a mí. Apoyé mi cara en su camiseta. «¡Ojalá fuera sobre su pecho desnudo!», pensé mientras, pese a todo, suspiraba satisfecha. De momento habría que esperar.

—No sé qué pasa con tus despachos, debe ser la decoración que provoca en mí este efecto... —bromeé, besándole la punta de la nariz.

—Qué decepción, y yo pensando que ese efecto era mi culpa —bromeó también, devolviéndome el beso.

—Bueno, la verdad... Algo de culpa tienes —reconocí mimosa.

—¿Algo? —preguntó acercando su boca a la mía—. ¿Algo? —repitió suave mientras deslizaba los labios por mi cuello.

Cerré los ojos y mi pulso se empezó a acelerar de nuevo, ¿sería normal?

—Bueno..., bastante. —Mi voz empezó a temblar.

—¿Bastante? —insistió con los labios en mi hombro—. ¿Seguro? —preguntó mientras clavaba dulcemente los dientes en él.

Y, debido a las misteriosas conexiones de mi organismo que confluyen todas en un mismo punto, un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo, refugiándose en mi vientre mientras emití un dulce quejido.

—Toda, toda la culpa la tienes tú —hablé atropelladamente.

—Mejor así —me besó sonriendo.

—Tengo tanto miedo de que un día te canses y... —Tosecilla, carraspeo— ... te vayas. —Habló de repente, mientras nos vestíamos en silencio.

Estaba poniéndome el último calcetín y lo miré sorprendida. En su mirada había miedo, un miedo atroz. Sonreí dulcemente, me acerqué y le acaricié la cara.

—Esperaré lo que haga falta, Joseph. —Sabía por qué lo decía—. Ya te lo dije. Te lo prometo.



Capítulo 29

Después de la ducha me sentía francamente bien y me acordé de la piscina. Desde que yo había llegado no había visto a Joseph usarla. ¿Sería por mí?, ¿por el tema de su espalda? No me gustaba la idea de que por mí dejase de hacer cosas. ¡Dios! A veces me agobiaba de una manera tremenda. Teníamos tantas cosas que contarnos que me estaba empezando a preocupar. Él, aunque podía intuir algo, en realidad, no sabía nada de mi vida; lo mismo me pasaba a mí con la suya.

Pero lo malo era que tenía miedo, miedo de que al contarle las cosas por las que había pasado cambiara la imagen que tenía de mí. Miedo de que ya no me viera igual, pero sobre todo tenía un miedo atroz a decepcionarlo.

Peinándome el pelo mojado, me enfrenté al espejo; por primera vez miré de frente a mis cicatrices y, por primera vez, mantuve la mirada sin apartarla, como antes. Las miré con calma y no me parecieron tan horribles. La cirujana había hecho un excelente trabajo que yo no había sabido valorar. Con el paso del tiempo habían perdido su tonalidad rojiza y ahora eran unas líneas finas que rodeaban mis pechos por su parte inferior junto con una perpendicular hasta la areola del pezón; la de mi lado derecho más larga, por causa del vaciamiento ganglionar axilar. ¿Por qué antes no era capaz de mirarlas?, ¿por qué ahora se habían convertido en un simple recuerdo de lo sucedido?, ¿por qué las sentía, de nuevo, como parte de mi cuerpo?, ¿por qué las había dejado de ver como mis tetas de plástico? Pensativa, me pasé los dedos por ellas,

«¿De verdad he cambiado tanto?», me pregunté ante el espejo.

No, lo cierto era que siempre había estado ahí, solo que escondida en un rincón, temerosa y agazapada. Simplemente yo no era más que el reflejo de quien por aquel entonces tenía enfrente; y quien tenía enfrente había conseguido que nunca me viera guapa, porque él me lo decía continuamente.

Como me decía que era demasiado baja..., demasiado delgada..., mis pies demasiado pequeños..., mi pecho —el de antes— demasiado grande... Que no tenía estilo..., que no sabía estar..., que si no fuera por él..., que solo él sabía cómo tratarme...

Una sensación desagradable ascendió desde mi estómago hasta mi boca y fruncí el ceño.

«¡Basta ya, Julia!», me dije a mi misma en voz alta. «Olvídate del pasado si quieres disfrutar el presente y no pierdas ni un minuto de lo que tienes ahora por pensar en ese hijo de puta, cabrón y malnacido», me ordenó la Julia decidida.

Respiré hondo, me vestí rápido, ahogué mis labios en el «cacao maravillao», me perfumé y bajé corriendo para no perder ni un segundo más de estar con él. Cuando bajé estaba hablando por teléfono desde su despacho. Decidí no molestar y salí a la terraza; aunque eran cerca de las siete de la tarde y ya se había hecho de noche, la temperatura era espléndida. Me apoyé en la barandilla y miré y admiré de nuevo la increíble vista que seguía dejándome sin palabras. Desde luego, la playa tenía algo especial. Cerrando los ojos, inspiré profundamente; me sentía bien, francamente bien.

Unas manos se posaron suavemente sobre mis hombros y una boca se hundió en mi pelo mojado. No dije nada, simplemente me recosté sobre su pecho mientras me dejaba envolver por los brazos de Joseph. No podía imaginar un lugar mejor y más seguro en el que poder estar.

—Qué bien hueles —susurró mientras me mantenía abrazada.

—Solo para ti. —Noté su sonrisa en mi cabeza—. Solo para ti —repetí feliz.

—Estaba en el despacho, por eso he tardado —se excusó.

—Lo sé, te oí hablar por teléfono.

—Podías haber entrado.

—Ya, pero no quería molestarte. Además —proseguí, girándome entre sus brazos y mirándolo de frente—, tú y yo somos peligrosos en tus despachos.

Vi como entornaba sus largas pestañas mientras se inclinaba para besarme.



Me despertó, como siempre, el ansiado reguero de besitos en mi nuca, pero con una sonrisa decidí hacerme la dormida. Aunque sabía que acaba de

entrar, quería creer que se acababa de despertar a mi lado. Se acercaba noviembre, había pasado, más o menos, un mes desde que había llegado y, sin embargo, tenía la sensación de llevar en Río de Janeiro toda la vida y que nada de lo anterior había existido.

En la medida de lo posible, disfrutábamos de una agradable rutina; suspirando por la llegada del ansiado fin de semana y poder disfrutar cada momento como si fuese el último. Hasta sus pesadillas parecían ir remitiendo. Me levantaba todas las noches y escuchaba ante su puerta; si todo estaba en silencio volvía de puntillas para mi cama, si, por el contrario, oía su angustia y su miedo, me sentaba en el suelo y le hablaba despacio hasta que conseguía calmarlo. Al día siguiente, un emocionado «gracias» me confirmaba que sabía que yo había estado allí. Con aquello me bastaba, por lo que decidí dejar de hacer preguntas, o al menos lo intentaba, ya que solo me conducían al mismo callejón sin salida, cada vez más lleno de interrogantes. Además, había comprobado que el día que intentaba sonsacarle algo, esa noche volvían sus pesadillas. Por eso seguía sin saber a dónde iba los domingos por la mañana.

—Venga, perezosa, despierta, que después tienes que andar corriendo —me dijo con su dulce voz mientras continuaba besándome.

—Mmm..., un poco más... —fingí bostezar.

—¿Un poco más de qué? —me susurró al oído, haciendo que mis ojos se abrieran como dos resortes.

Su mano ya estaba descendiendo hacia ese lugar tan conocido para ella, y ese lugar ya la estaba esperando.

—¿Siempre te despiertas así? —murmuró tras comprobar mi grado de humedad.

—Desde que estoy contigo, sí. —Me giré y lo miré deseosa.

Por su mirada, fui consciente de que tenía un momento de duda del que intenté sacar provecho poniéndole ojitos. Pero no dio resultado... ¡Joder!

—Venga, levántate, que hay que trabajar.

Tras oler con deleite los dedos que acaba de sacar de mi interior, se fue aún con ellos en la boca. Jamás me acostumbraría aquello y siempre me quedaba con una sonrisa de oreja a oreja. No podía tener mejor despertador; para colmo, era viernes y, feliz, me estiré en la cama.

—¡Hay que joderse! —me lamenté feliz bajo la ducha recordando mi particular despertador.

De repente, una idea descabellada me vino a la cabeza y, con una malévola

sonrisa de satisfacción, decidí llevarla a cabo de inmediato. Me vestí como una loca, cogí mis bragas usadas, las doblé cuidadosamente —al ser muy pequeñas no ocupaban mucho— y bajé de puntillas con el corazón en un puño de lo nerviosa que estaba. Como siempre, su chaqueta estaba colgada en una silla de la sala; a toda prisa las metí en su bolsillo interior y entré tan disparada en la cocina que tanto él como María me miraron sorprendidos.

Lo cierto era que estaba guapísimo; por fin había conseguido que ampliara su gama de colores logrando incluir un traje azul marino en su variado armario y, con la camisa azul claro que lo combinaba, estaba para comérselo. Tenía tanto miedo de que se me notase algo que, tras un rápido «buenos días», hundí la cara en mi taza de café. Como siempre, la pastilla de tamoxifeno esperaba sobre mi servilleta; Joseph tenía auténtico pánico a que me olvidara de tomarla y esa preocupación por mí me seguía pareciendo una maravillosa novedad.

—Hoy te lleva Emerson al trabajo, y probablemente te recogerá también, ¿vale?

Asentí ausente, pensando y disfrutando con lo que acababa de hacer.

—Tengo una reunión con el dueño de la empresa constructora que tengo idea de comprar —prosiguió—. Quiero dejar hoy este tema zanjado y convoqué una reunión con todos los jefes de los departamentos involucrados. Si todos los informes son positivos, ya solo quedará el poner fecha para la firma oficial de la compra.

Joseph hablaba y hablaba explicándome lo importante que era aquella reunión y que para eso llevaba haciendo números un montón de días. Sin embargo, yo era incapaz de escucharlo; mi cerebro se había quedado colgado desde que fui consciente de que iba a ir, con mis bragas usadas, metidas en el bolsillo de su chaqueta a una reunión tan importante y crucial para él.

—¿Julia, estás bien?

Su tono preocupado me hizo volver a realidad y aproveché para cerrar la boca, que se me había abierto sola.

—Sí —respondí mecánicamente—. Esto..., Joseph....

Intenté explicarle la situación, pero Emerson apareció y se plantó a nuestro lado esperando por mí.

—No trabajes demasiado.

Fue lo más inteligente que se me ocurrió decir, mientras contemplaba aterrorizada como cogía su chaqueta y, tras darme un beso, desaparecía en el ascensor, al igual que mi respiración. Camino del trabajo, mi cerebro iba a

cien. ¿Y si metía la mano por algo en el bolsillo? Me lo estaba imaginado sacando mis bragas delante de todo el mundo y veía su cara de vergüenza y la de los demás de risa.

«¿Qué pensaría de él el dueño de esa empresa? Si yo veo eso cojo la puerta y no me ve más el pelo», pensé batallando en mi cabeza cómo poder arreglar la gilipollez que acababa de hacer. Cuando llegué al trabajo entré disparada en el baño y, dado el temblor de mis manos, me costó teclear el mensaje:

MUY PRIVADO Y CONFIDENCIAL. Ve al baño y mete la mano en el bolsillo interior izquierdo de tu chaqueta. Lo siento, solo pretendía gastarte una broma. Un beso.

Lo mandé temerosa. Esperaba que con él «lo siento» y «un beso» fuera suficiente. Me quedé mirando un buen rato la pantalla y pedí a gritos que no se le hubiera ocurrido apagar el móvil.

—¿Julia, estás bien? —Oí a una compañera tras llamar a la puerta del baño, preocupada por mi tardanza.

¡Tuvo cojones la mañana que pasé! En mi vida había mirado tanto el puto móvil y estuve tentada de ir al bolso y tomarme somnífero de lo histérica que estaba, aun a riesgo de quedarme dormida en el trabajo. Tenía el corazón a cien antes de mirarlo, primero por si había alguna respuesta que no me gustara, y después porque no había nada. Tenía tal obsesión que hasta le pasé el teléfono de los huevos a una compañera cuando me pidió una caja de cuchillas para el micrótopo.

Lo único que sí sabía era que a media mañana estaba a punto de infartar, por lo que había decidido coger un taxi y plantarme allí ante la imposibilidad de concentrarme en el trabajo. Si me hubieran sustituido las citologías por un trozo de plástico no me hubiera enterado. Era consciente que tendría que revisar, de nuevo, todo mi trabajo.

—Julia, preguntan por ti fuera, es el señor Marshall.

Hasta Ihab se asustó del bote que pegué en el asiento al oír esas palabras. Logré agarrar mi teléfono, que salió disparado, evitando que no se rompiera de puto milagro.

—Vale, gracias —conseguí decir con el corazón en las orejas.

Cuando me levanté, noté que las piernas me temblaban. La «fabulosa» idea que había tenido me parecía la cosa más estúpida que había hecho en mi vida; me sentía idiota y presa de una inmadurez total. Cuando conseguí llegar al pasillo, estaba allí, esperando increíblemente guapo, con su traje azul, pero serio, y comencé a sudar.

—Joseph, yo... —empecé a decir, pero callé ante su gesto con la mano que me recordó a un agente de tráfico.

—¿Podemos hablar en un sitio más privado que no sea este maldito pasillo? —interrumpió cortante.

Asentí y tragué la poca saliva que en aquellos momentos tenía en la boca. Lo del «maldito pasillo» y el tono empleado para decirlo, no me había gustado lo más mínimo.

—Estás muy guapo —conseguí decir.

Mirándolo de reojo, me lo llevé al vestuario ya que, salvo en los cambios de turno, era raro que hubiera alguien allí. Iba callado, con las manos en los bolsillos y, pese a mi piropo, no dijo nada, es más, pareció que ni lo había oído. Yo iba a su lado, con la cabeza baja, como quien va al patíbulo. ¿Qué decirle?, ¿qué excusa podía darle?, ¿que estaba loca?, ¿que me afectaba el tratamiento? Hasta la saliva había huido despavorida de mi boca, asustada por lo que me esperaba. Entramos y, cabizbaja, cerré la puerta tras dejar la piel de mi labio inferior por el camino. Me miró serio mientras yo apenas conseguía levantar la vista de lo avergonzada que estaba.

—¿Llave? —preguntó seco, mirando la puerta.

Asentí.

—Pues cierra —ordenó tajante.

Me temblaban tanto las manos que me cogió el llavero y él mismo cerró la puerta. Retrocedí unos pasos esperando de un momento a otro un aluvión de reproches, de insultos, de gritos...

—¿Eres consciente de lo que has hecho?

Me puso la piel de gallina el tono de voz tan bajo con el que me habló y tuve claro que aquello no era un buen síntoma. Empezó a andar hacia mí mientras yo retrocedía hasta acabar pegada a la pared. En ese momento estaba tan asustada que, si el vestuario hubiera tenido ventanas, sin dudarlo, me hubiera tirado por una de ellas.

—Joseph, perdona... —Milagrosamente conseguí hablar—. No sabía... Solo era una broma... Tú...

Me jodía entrar en la fase de no poder dar tres palabras seguidas con algo de sentido, pero en esos momentos era incapaz de hacerlo, pese a que él permanecía callado, demasiado callado. Me miraba sin pestañear mientras yo estaba a punto de llorar. Se acercó un poco más y me recordó una pantera a punto de lanzarse sobre su presa.

—¿Tú sabes lo que es estar en una reunión tan importante, rodeado de tanta

gente, después de tanto trabajo y que me llegue «este mensaje»? —pronunció despacio las palabras, mientras agitaba en su mano el ordenador que tiene como móvil.

Cerré los ojos y conseguí tragar algo de saliva. El tono de «este mensaje» me puso los pelos de punta, y cuando los abrí, seguía mirándome sin pestañear.

—Joseph, de verdad, perdona —gimoteé—. Si lo hubiera sabido... Tú siempre estas con lo de mi olor... Y, bueno..., creí... ¡Joder, joder y joder! —exclamé a punto de llorar. Por lo menos pude decir esas tres palabras seguidas, pensé en un vano intento por tranquilizarme.

—¿Sabes cómo me has hecho sentir? —Volvió a hablar, acercándose tanto a mi cara que casi me tocaba con su nariz—. ¿Lo sabes? —repitió, mirándome con sus ojos convertidos en dos bolas de fuego mientras me ponía la punta de su dedo índice en la base del cuello.

Me miraba sin parpadear mientras yo, por el contrario, parecía Miss Rímel, parpadeando como una loca.

—No... —conseguí decir con un hilo de voz.

Nos quedamos mirándonos cara a cara unos segundos que a mí me parecieron horas. Ladeó la cabeza de esa forma extraña y... ¡su sonrisa deliciosamente escalofriante le iluminó la cara!

De repente todo cambió y, en medio de un suspiro de alivio, yo también sonreí. Sin darme tiempo a reaccionar, me agarró y me besó con tal fuerza que solté todo el aire que tenía dentro de su boca, mientras el resto de mi cuerpo se concentraba en lo que estaba pasando. Mi lengua buscó la suya y, sin dejar de besarnos, mi pantalón acabó en el suelo junto a mis bragas —las limpias— al igual que el suyo, que no tardó mucho más en caer. No teníamos tiempo ni para pensar y, sujetándome a su cuello, lo abracé con mis piernas. Sin más preámbulos, con un gruñido de satisfacción, introdujo su pene en mi interior y tuve que morderme el despellejado labio para no gritar. Apoyó los brazos en la pared, cada embestida suya me empotraba literalmente contra ella. Manteníamos nuestras bocas unidas, intentando que nuestros jadeos no se oyeran por todo el hospital y toda la tensión acumulada se tradujo en unos deseos irrefrenables de tener un orgasmo ya.

—Me estás volviendo loco... Lo sabes, ¿verdad? —susurró salvaje sobre mi boca.

Su frase fue el pistoletazo de salida e introduje mi lengua hasta sus entrañas para que no me oyesen chillar en todo el hospital, mientras olas de placer,

grandes como las de un tsunami, recorrían todo mi cuerpo.

—Córrete conmigo... —murmuré entre jadeos.

No tuve que repetirlo. Con cada descarga parecía que sus piernas iban a ceder, pero, a duras penas, conseguimos mantenernos en pie hasta que ambos paramos de convulsionar. Con las mismas prisas nos vestimos y, sonriendo, se sacó las putas bragas del bolsillo, se las acercó de nuevo a la nariz y, cerrando los ojos unos segundos, aspiró su olor.

—Lo dicho, el mejor olor del mundo.

Para mi pasmo y sorpresa, se las volvió a guardar; lo miré atónita sin poder creer lo que acababa de hacer.

—Me tengo que ir; por si no lo sabes, tengo a varias personas esperando sin saber a dónde he ido.

Pese a estar en estado de shock, de repente, una imagen de Alberto comiéndose las uñas se formó en mi cabeza.

—¿Te gusta jugar, eh? —habló mientras nos dirigíamos hacia la puerta—. Pues juguemos —soltó desafiante y, tras un enorme beso, abrió la puerta, me puso las llaves en la mano y se echó a andar.

—Recuerda, Emerson te vendrá a buscar. —Oí su voz mientras se alejaba por el pasillo, agitando la mano en el aire.

Aún de espaldas, podía notar su sonrisa mientras yo me lo quedé mirando con la boca abierta, con las llaves en la mano y sin ser capaz de asimilar lo que hacía escasos minutos acababa de pasar. No sabía con qué cara había entrado en el laboratorio, pero sí que todos me miraron.

—¿Estás bien, Julia? —un preocupado Ihab me preguntó—. Estás tan... congestionada —fue lo único que se le ocurrió decir, mirándome la cara que me notaba arder.

—Tranquilo, Ihab, estoy bien, son estos malditos sofocos —fingí estar molesta.

—Perdona —se disculpó de inmediato. Los temas personales lo incomodaban—. Pensé que tenías algún problema. Como preguntó por ti Bienvenido Mister Marshall pensé que...

—El señor Levi —corregí, irritada.

Sabía que él no tenía la culpa, el mote se lo había puesto yo, pero ya no me hacía ninguna gracia que se refirieran a él así.

—Y no, no hay ningún problema, solo era un tema burocrático.

No sé si quedó muy convencido, pero fue lo primero que se me ocurrió. No era plan decirle que había sido un problema con unas bragas.

El resto de la mañana se me pasó en un vuelo y, con buen criterio, repasé todo mi trabajo anterior.

Estaba deseando verlo, quería saber cómo le había ido todo y, mientras no llegaba, calmé mis nervios con un relajante baño en la piscina. Pasaban algo de las cinco cuando subió; tenía cara de cansado y estaba muerto de hambre, como yo.

—¿Qué tal la reunión? —pregunté mientras devorábamos un riquísimo bacalao al horno.

—Muy satisfactoria, ya está todo resuelto y solo quedamos pendientes de la firma definitiva. En conjunto, la mañana ha resultado más que provechosa —comentó jocosamente mientras se limpiaba la boca con su servilleta tras beber un sorbo de mi Coca-Cola Light, otra costumbre suya que me encantaba—. ¿Y la tuya qué tal? —preguntó con una sonrisa deslumbrante y provocadora.

Lo medité unos instantes frunciendo los labios.

—Desde mi visita al vestuario, muy bien —contesté desafiante.

—¿Y a qué vino esa visita al vestuario? —preguntó fingiendo indiferencia, pese a que sus ojos decían lo contrario.

Miré de reojo a María, que salía de la cocina.

—Ah, nada, un problema con mis bragas, todo resuelto. —Con gesto indiferente, agité la mano en el aire mientras lo miraba con cara de inocente.

El trozo de bacalao que tenía en la boca le salió disparado y yo empecé a reír.



Capítulo 30

Estábamos en la terraza, relajados, empezando a disfrutar del fin de semana. Pero yo no estaba tranquila; había una serie de cosas que me daban vueltas en la cabeza pese a que intentaba no pensar en ello.

—¿Te puedo preguntar algo? —aproveché mientras tomábamos un café.

Me miró y noté cómo se ponía en estado de alerta.

—Poder, puedes, otra cosa es que te conteste —respondió con una voz que a cualquiera podría haberle resultado natural, pero nada más lejos de la realidad.

—Bueno, si te pones así, olvídale. —Callé resignada.

—Venga —accedió de mala gana, tras un incómodo silencio.

—Si no quieres no contestes, pero no te enfades, ¿vale? —quise dejarle claro.

Sacudió la cabeza y cogió aire. Pude adivinar su pensamiento: «cuando dice eso es que no me va a gustar».

—Pregunta —habló con disimulada indiferencia.

—Antes de que yo viniera... —Me revolví, inquieta en la silla, mientras pensaba como preguntarle.

Incómodo, desvió la mirada y la clavó en un punto del suelo en el que debía haber algo muy interesante.

—Bueno, cuando estabas solo...

Callé de nuevo sin saber cómo seguir y me arrepentí de inmediato; cada vez me parecía peor idea continuar con esta conversación.

—¿Qué quieres saber, Julia? —Habló impaciente, elevando la voz de un modo casi imperceptible.

—Si ibas..., si ibas mucho de putas.

Tan pronto lo dije, cerré los ojos y contuve la respiración, maldiciendo la idea que había tenido. Él levantó la vista del suelo y me la clavó con tal dureza que pensé que se iban a abrir dos agujeros en mi cabeza.

—Es una forma de hablar —intenté corregir para suavizar la tensión.

—Pues es una forma de hablar bastante desagradable y ofensiva.

Con estas, se levantó de la silla y, dándome la espalda, se apoyó en la barandilla, mientras yo no sabía qué hacer ni qué decir. Lo que sí tenía muy claro era que, a veces, debería coserme la boca.

—Perdona, Joseph —volví a intentarlo—, es que como tú y yo..., bueno..., lo hacemos...

Otra vez la misma mierda. ¡Joder! Odiaba no ser capaz de hilar más de tres palabras seguidas. Vi cómo se giraba y me miraba con expresión herida.

—¿Estás comparando lo que tenemos tú y yo con... lo de antes? —Habló seco y sonó como una bofetada.

Enfadado, hizo ademán de irse, pero le agarré la mano cuando pasó a mi lado.

—Joseph, por favor, entiéndeme. Tengo tantas preguntas sin respuesta que a veces creo que me voy a volver loca.

Lo miré angustiada y me levanté; él no se movió, pero mantenía apartados sus ojos de mí.

—Perdona, Joseph, se me olvida que no tengo derecho a preguntar.

Le cogí ambas manos con la esperanza de que se le pasara el enfado y surtió efecto. Noté como se tranquilizaba y me miró.

—Claro que tienes derecho a preguntar, Julia. Mejor dicho, eres la única persona que tiene ese derecho. —Levantó mis manos llevándoselas a los labios—. Perdona mi reacción, pero ya sabes que me resulta difícil hablar de ciertos temas.

Asentí y respiré aliviada. Por lo menos no había jodido el fin de semana, y me prometí a mí misma no volver a preguntar ni la hora.

—Y no, a tu pregunta, no iba mucho. —Desvió la mirada, molesto con la situación—. Era un simple desahogo, Julia, nada más, nada que ver con lo de ahora.

—Lo sé, Joseph, lo sé —me apresuré a decirle—. Solo que, como me dijiste que para ti también era la primera vez en muchas cosas y, sin embargo, pareces saber tanto... No entiendo...

No quería que se volviera a enfadar y, expectante, guardé silencio. Frunció el ceño y me di cuenta de que estaba sopesando si seguir hablando o no. Cuando aparecieron la tan significativa tosecilla y el carraspeo supe que lo iba a seguir haciendo.

—También se puede pagar por mirar, digamos que es una manera de

aprender. —Se revolvió tenso y desvió la mirada.

Sin embargo, yo abrí tanto los ojos que casi se me salen de las órbitas. Entonces, si él miraba...

—Estuviste con más de una... —Iba a decir puta, pero logre contenerme— a la vez...

No fue una pregunta, no hacía falta. Expresé en voz alta lo que él había querido decir y guardé silencio mientras en mi cabeza se formaron unas imágenes que me resultaban muy desagradables.

—Julia, por favor, déjalo estar. Fue otra época, yo no quería... —prosiguió, alarmado por mi expresión—, no necesitaba más... —Una oleada de tosecillas y carraspeos le impidieron seguir hablando.

Yo apenas lo oía, mi mente se había quedado colgada de esas imágenes y cerré los ojos, intentando que desaparecieran.

—¡Julia, por favor! ¡Mírame! —gritó, apretándome las manos—. Me prometiste esperar, algún día te lo podré explicar ¡por favor! —suplicó de nuevo ante mi silencio.

Por fin conseguí abrir los ojos, lo miré y me dio una pena infinita. Parecía a punto de llorar de lo aterrorizado que estaba y me di de bofetadas por haberlo puesto así, por haber abierto la caja de los truenos.

—¿Te gustaba? ¿Lo echas de menos? —conseguí preguntar con un hilo de voz.

Sabía que acababa de prometer no hacer ni una pregunta más, pero esas no podían quedar en el aire. Necesitaba tener un punto de seguridad y de tranquilidad al que aferrarme.

—Me sentí más solo que nunca —habló sin pestañear—, y te juro que desde que te conocí, nunca más he vuelto a... —Tosecilla, carraspeo—. Ni deseo volver a nada de lo anterior; por favor, créeme. —Sonó francamente sincero y me besó las manos de nuevo.

Cerré los ojos unos instantes y, soltando todo el aire que tenía dentro, respiré aliviada, al igual que él. Me deje abrazar y sentí de nuevo su calor. Sabía que no mentía y era lo que estaba deseando oír, por lo que no necesitaba saber nada más.

«Ni una puta pregunta más», me volví a prometer a mí misma mientras notaba sus labios en mi pelo.

—Pues has aprendido mucho... —susurré con suavidad, entornando los ojos mientras besaba sus largos dedos.

En ese momento fue él el que se desinfló. Me volvió a abrazar y nos

besamos, afortunadamente todo volvía a estar bien.

—Ya verás todo lo que he aprendido —dijo sobre mis labios.

Y mis ojos volvieron a ser dos platos...



—Joseph, de verdad, esto es ridículo —solté exasperada.

Era sábado, hacía una mañana espléndida, con un calor sofocante y acabamos de darnos un refrescante baño en la piscina. Nos disponíamos a tomar un poco el sol, yo con mi bikini azulón de cintas que tanto le gustaba, él con su bañador negro y su eterna camiseta que, en ese momento, chorreaba agua pegada a su piel; no lo pudo evitar y me miró enfadado.

—Te prometo que no voy a mirar —le dije levantando la mano en el aire a modo de juramento—. Quítatela y tumbate boca arriba. Te juro que no tengo rayos equis en los ojos —insistí, bromeando mientras me los tapaba con las manos y le di la espalda desde mi tumbona, sin moverme.

—Ya —le oí decir al cabo de unos segundos.

Me giré y, por fin, pude verlo tumbado al sol como Dios mandaba, sin la puta camiseta de los cojones. Pese a todo, estaba tan tenso que si me llego a sentar sobre él habría salido rebotada como una pelota y me hubiera estampado contra el techo.

—¿Ves? Mucho mejor, no fue tan difícil —dije mientras le besaba y acariciaba el suave vello del pecho.

Me contuve y no hice ningún gesto más, y no precisamente por falta de ganas. Pero ante su mirada, que parecía la de un animal acorralado, me tumbé a su lado y, en silencio, disfrutamos del sol.

—Mañana me gustaría que vinieras conmigo a un sitio. —Su voz rompió el silencio.

—Vale —respondí medio adormilada.

No pregunté más, me lo había prometido, y suspiré bajo el sol.

Resultan curiosas las cosas a las que, al final, les acabas dando valor. Me sentía y estaba increíblemente bien, como nunca había estado y no recordaba para nada tiempos pasados. Él y yo teníamos una relación maravillosa... en todos los sentidos. Sin embargo, notaba la falta de los detalles cotidianos de una vida en común. ¿Cómo dormiría?, ¿cómo se despertaría? Nunca lo había visto afeitarse, ducharse..., el tropezar el uno con el otro por la habitación,

verlo coger la ropa de su armario... Pero sobre todo ansiaba poder olvidarme de su libro de instrucciones. Podía parecer una tontería, pero para mí era un agujero profundo y grande que cada vez tenía más necesidad de cerrar.



Aunque era domingo, me levanté más temprano que de costumbre para poder acompañarlo a... ni puta idea. Emerson conducía el todoterreno y yo me acurruqué contra él en el asiento trasero. Pese a estar de perfil, podía ver su ceño fruncido; no sabía dónde estaba, pero desde luego en el coche conmigo no y cerré los ojos intentando no pensar. Me agarraba de la mano mientras besaba, distraído, las puntas de mis dedos; para mí, suficiente. Además, estaba agotada tras la noche que habíamos tenido. Tras correrme dos veces, caí en un profundo sueño que, visto lo visto, no había sido suficiente y, feliz, sonreí para mis adentros. En el poco tiempo que llevaba en Río había recuperado toda la sequía física, mental y, sobre todo, la sexual que había tenido en tiempos pasados. Me estaba quedando dormida cuando el coche se detuvo. Me incorporé y miré extrañada el lugar donde nos encontrábamos.

¡Un cementerio! Un inmenso cementerio que, pese a ser domingo y bastante temprano, se encontraba lleno de gente. Emerson se quedó esperando y nosotros bajamos del coche.

—Aquí es donde vengo los domingos, cuando puedo —explicó sin necesidad de que yo preguntara nada—. Seguro que estabas muy intrigada —me comentó con una sonrisa triste.

—Pues sí, es verdad, pero esto es lo que menos me podía imaginar —contesté mirando aún sorprendida el lugar.

Mientras hablábamos, nos dirigimos a un puesto de flores. Sin necesidad de pedir nada una regordeta florista le entregó tres preciosas rosas blancas, por lo que deduje que ya era cliente habitual.

—Muchas gracias, señor Marshall —agradeció sonriente la más que generosa propina.

—Levi, por favor, si no le importa —le corrigió educadamente.

Lo miré sonriendo. Me gustaba que hubiera empezado a hacerse llamar así, como yo le había dicho. Pero, tan pronto me cogió la mano pude darme cuenta de lo nervioso que estaba; la tenía fría, sudorosa y, en silencio, nos adentramos en aquel lugar.

Era enorme, mucho más grande que algunos pueblos que yo conocía, pero él iba con paso firme y seguro entre los laberínticos caminos que había entre la ingente cantidad de tumbas y en los que yo me hubiera perdido nada más llegar. Me pude dar cuenta de que, hasta en la muerte, para gustos colores, ya que había lápidas de todos los tamaños y formas.

Pese a que estábamos rodeados de gente, los cementerios siempre me producían una sensación de soledad. ¿Quién se acordaría de toda aquella gente dentro de veinte o treinta años?, ¿seguiría alguien visitándolos? Mi muda pregunta quedó contestada al ver que la cantidad de tumbas con claros signos de abandono y, en ese momento, agradecí el que todos los miembros de mi familia hubieran sido incinerados. Yo no tenía un lugar físico al que ir, pero tampoco lo había para que quedara en el olvido.

Con cada paso que dábamos mi corazón latía con más fuerza, pues sabía que me estaba haciendo partícipe de un momento íntimo e importante para él y eso significaba un comienzo. Como una piedra que caía dentro de ese agujero oscuro que era su vida para empezar a llenarlo poco a poco. De repente, me apretó la mano con fuerza y nos paramos delante de una sencilla tumba, a ras de suelo, cubierta por una losa de un brillante mármol negro; en relieve y en color plata, unas sencillas letras.

*Clara y Sara Levi.
Con todo mi amor y gratitud.
Joseph.*

Lo miré y al instante se me llenaron los ojos de lágrimas. Conociéndolo, sabía que tras estas breves palabras se escondía un mundo de sentimientos y emociones que yo aún desconocía. En silencio, depositó dos de las rosas. No dijo nada, pero su tosecilla y carraspeo me indicaron lo íntimo y duro que para él era ese momento, y pude notar como apretaba su mandíbula intentando mantener a raya sus emociones. Me pasó un brazo por el hombro y, ausente, me abrazó. El ruido que hice yo al sorberme los mocos lo hizo volver a la realidad y me miró. ¡Joder!, me sentí boba.

«En vez de consolarlo yo a él me va a tener que consolar él a mí», me reproché a mí misma. Me besó con ternura y me secó las lágrimas con las manos mientras yo, con mi puto nudo en la garganta de siempre, era incapaz de hablar. Vi cómo miraba hacia un lado, donde había los restos de una lápida rota y pintarrajeada. Por su cambio de expresión me di cuenta de que aquello no debía estar allí.

—¿Y tu padre?, ¿dónde está enterrado? —pregunté mandando mi promesa de no hacer más preguntas al carajo. Me extrañó que no compartiera tumba con el resto de su familia, y al verlo comprar tres rosas...

—Fue incinerado, ya sabes las circunstancias de su muerte...

—Perdona, déjalo estar —interrumpí al ver que se ponía tremendamente pálido y tenso.

Me maldije a mí misma otra vez por haber hecho ya otra puta pregunta y, despacio, le pasé un brazo alrededor de la cintura. Noté como dio un respingo, pero dejó que le diera lo que pretendía ser un reconfortante abrazo. Me di cuenta de que no rezó, y de que en la tumba no había algún símbolo religioso.

—¿Eres católico, judío...?, ¿profesas alguna religión? —pregunté de nuevo tras abandonar el lugar—. ¿Celebrabais la Navidad o algo así? —insistí, empeñada en mandar al carajo mi promesa de no preguntar, una y otra vez.

Se mantuvo en silencio un buen rato en el que, por fin, me abstuve de insistir y, abrazados, seguimos avanzando en medio de tanta muerte y de tanto dolor.

—Oficialmente, soy católico —contestó de repente.

No se me escapó el calificativo de «oficialmente», ni el tono con el que lo dijo, tras suspirar con fuerza.

—En realidad, ningún dios pasó nunca por mi casa. —Habló tenso tras un largo silencio.

Paramos delante de otra tumba, más elevada y con una labrada cruz de piedra. En ella rezaba junto a las fechas de su nacimiento y muerte:

Andrés Cancela Cancela.

Tu familia, que te quiere y no te olvida.

No me llamaron la atención los dos apellidos iguales y claramente gallegos. En Galicia, sobre todo hacía tiempo, en las zonas rurales era normal que se casasen las mismas familias unas con otras, de ahí que, en algunos casos, sus descendientes acababan teniendo los mismos apellidos.

—El señor Andrés —fue lo único que dijo mientras dejaba su rosa delante de un precioso centro de flores frescas.

Estuvo un buen rato con los ojos fijos en su tumba y, abrazados en silencio, abandonamos el lugar.

—Gracias por estar aquí —murmuró llegando al coche.

—Gracias por dejarme estar —respondí al instante—, y ya sabes, por ti lo

que haga falta y más —conseguí decir antes de no poder volver a hablar de la emoción.

Sentí su boca en mi pelo y suspiré, satisfecha por la sensación de que, poco a poco, me iba abriendo camino en su interior.

Tan pronto entramos en el coche, cogió el teléfono y marcó enfadado.

—Cristina —habló seco.

Fruncí el ceño y miré para otro lado al oírlo hablar con ella; se dio cuenta de mi enojo y me cogió de la mano mientras hablaba con la señora Danvers.

—¿Los operarios que mandaste el domingo pasado pertenecen al grupo de mantenimiento de la empresa? —preguntó enfadado—. ¿Sí? Pues dile a Alberto que mañana quiero sus cartas de despido encima de mi mesa. —Nuevo silencio—. Me da igual que sea domingo —habló de nuevo—, dejaron todo sin recoger y tuvieron toda la semana para hacerlo. Haz lo que te mando y, recuerda, a partir de ahora, señor Levi, ya te lo dije.

Vi la cara de satisfacción de Emerson a través del espejo retrovisor al oírlo y yo seguí mirando hacia otro lado para que él no me viera sonreír. Satisfecha, me la estaba imaginando con cara de uva pasa al otro lado del teléfono. «¡Que se joda!». Aún recordaba su expresión de asco e indiferencia cuando nos presentaron.

—Sé que te estás riendo —le oí decir mientras tiraba de mí hacia él y me abrazaba de nuevo.

—Para nada, para nada —respondí mirándolo con una sonrisa de oreja a oreja.



Capítulo 31

Ya estábamos a primeros de noviembre. Llegaba el tan ansiado fin de semana y yo seguía viviendo en una nube.

—Mañana voy a presentarte a alguien —soltó de repente.

Era viernes y todo discurría con tranquilidad mientras disfrutábamos del sol tras otro refrescante baño en su piscina. Salvo por su libro de instrucciones, éramos una pareja tan compenetrada que hasta respirábamos a la vez.

—¿A quién? —pregunté extrañada—. Creía que no me quedaba nadie de tu entorno por conocer.

—Vas a conocer a la única dama que alegró mi corazón antes de conocerte.

—¿¿Qué?! —exclamé y pregunté, a la vez que me levantaba con brusquedad de la tumbona y me encaraba con él.

Tenía los ojos cerrados y una sonrisa de malévola satisfacción en su cara. Disfrutaba del sol y de hacerme rabiar.

—Pero si me dijiste que... —proseguí atónita.

—Sé lo que te dije y es cierto —interrumpió misterioso, observándome sonriente a través de sus largas pestañas.

—Joseph, no es justo —protesté débilmente.

Puse morritos con la esperanza de que me dijera algo más, pero no lo conseguí. Me guiñó un ojo y tras un enigmático «mañana lo sabrás» zanjó el tema.

«¡Mierda!», exclamé mentalmente volviendo a mi tumbona.

Mi cabeza ya no podía parar de darle vueltas al asunto y sabía que él no iba a soltar nada más. Recordé que cuando veía a Leo le preguntaba por su madre. ¿Se referiría a ella?... La verdad, no me parecía muy probable.

Al día siguiente, pese a mis intentos postcoitales de la noche anterior, seguía sin saber nada. Eran las diez de la mañana del sábado e íbamos camino

de no sabía dónde para conocer a no sabía quién. Yo llevaba un mosqueo tremendo, mientras que él disfrutaba con la situación y, de vez en cuando, con un «ya verás», «es una auténtica belleza» conseguía ponerme, aún más, de los nervios. Me unté con rabia los labios con mi barra mágica.

«Por lo menos que no me conozca con ellos despellejados», pensé, presa de un tremendo cabreo.

Lamenté no haberme arreglado más. Llevaba un pantalón de pinzas por encima de la rodilla y una blusa blanca, sin mangas, con unos detalles metálicos en el cuello que me gustaban mucho. Tenía una chaqueta a juego con el pantalón que había decidido no llevarme y empezaba a arrepentirme. Unas sandalias de cuña completaban un atuendo que cada vez me parecía más insuficiente.

«¡Hay que joderse!», bufé para mis adentros. «Seguro que será una mujer que va a ser el colmo de la elegancia y yo así, con la cara lavada. Claro, como nunca me dice a dónde vamos...», pensé, intentando consolarme a mí misma.

Debería de hacerme mirar lo de mi sentido de la orientación. Viviendo en sitios pequeños no era demasiado problemático, pero, en una gran ciudad como Río de Janeiro, resultaba una auténtica pesadilla.

Tras una hora en coche, llegamos a la entrada de un recinto totalmente cerrado por un alto muro de piedra gruesa en el que lucía un elegante cartel con un escueto mensaje: Solamente socios.

«Estupendo», seguí refunfuñando mentalmente arqueando las cejas. «Un lugar donde gente de pasta se reúne para hablar de su pasta, lo cual quiere decir que ella, evidentemente, también la tiene».

Ya me estaba imaginando una «agradable» charla con una sofisticada mujer de negocios y tentada estuve de bajarme del coche y de volver andando... si hubiera sabido hacia dónde ir. Ajeno a mis pensamientos, se sacó una tarjeta del bolsillo y la pasó por un lector. Una gran y pesada verja metálica comenzó a abrirse; nos dirigimos por un ancho camino, rodeado de un verde y cuidado césped que nos condujo a un enorme edificio de piedra. No había ningún cartel más y Joseph seguía sin soltar prenda. Un diligente y uniformado joven me abrió la puerta del coche y cogió las llaves del Cayenne, que Joseph le tendió; me agarró del brazo y entramos en el impresionante edificio. Así como por fuera era todo de piedra, su interior era todo de madera: suelos, techos y paredes aparecían cubiertos de una madera sólida, fuerte, bellamente labrada y que brillaba como un espejo. Estábamos en el centro de un enorme recibidor rodeado por elegantes escaleras, también

de madera, y me llevó hacia la derecha, hasta un recio mostrador, tras el cual se encontraba una guapa chica elegantemente uniformada. Miré a Joseph desangelada; todo allí era elegante, hasta él, con sus vaqueros y su camisa de cuello mao negra, combinaba a la perfección con el lugar. Yo no.

—¡Buenos días, señor Marshall!, encantados de que esté de nuevo por aquí —lo saludó, enseñando una impecable dentadura que hacía juego con su bonita boca, perfectamente pintada.

—Señor Levi, por favor —le corrigió—. ¿Todo listo?

—Sí, cómo no —se apresuró a disculparse con una profesional sonrisa.

Pese a todo, la expresión de su perfecta cara quedó momentáneamente congelada cuando se dio cuenta de mi presencia y, con gesto de desagrado, me miró de arriba abajo. Evidentemente, para ella —y para mí también— yo no pegaba con semejante entorno ni con cola. Le dio a Joseph un par de llaves y, con él de nuevo del brazo, seguimos andando por un pasillo lateral mientras notaba su mirada en mi cogote; estuve tentada hacerle una peineta. Lo miré sin entender nada cuando se paró y me dio una de las llaves. Fijó la vista en algo a mis espaldas y me giré. En una bonita puerta de madera colgaba un cartel que ponía vestuario femenino.

—Te espero aquí en unos minutos —me besó en la boca entreabierta y se fue.

Entré más perdida que un pulpo en un garaje y respiré aliviada al ver que no había nadie.

«Mejor, así nadie me verá la cara de idiota que debo tener en este momento», pensé en voz alta, sin entender nada.

Abrí la taquilla que tenía el número de mi llave y, para mi sorpresa, en ella me encontré, colgados y totalmente nuevos, una camisa blanca, un ajustado pantalón negro y unas botas planas, altas, de piel fina y reluciente, del mismo color que el pantalón. Lo miré sin creer lo que estaba viendo hasta que caí en la cuenta.

—¡Es un puto traje para montar a caballo! —reconocí mientras la boca se me abría cada vez más, a medida que iba analizando la situación.

«¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse! Me trae a conocer a no sé quién que, por lo que se ve, monta a caballo», pensé en voz alta mientras, con rabia, descolgaba la ropa de sus perchas.

Mi imaginación ya se había disparado y en mi cabeza se estaba formando la imagen de una impresionante mujer a lomos de un espléndido corcel y maldita la gracia que me estaba haciendo esa idea. Yo, que en mi vida había

visto un caballo ni de lejos.

De mala gana me puse la ropa, pero lo cierto era que me quedaba como un guante. En el interior de la taquilla había un espejo y cuando me atreví, me miré en él. De frente, de perfil y no pude evitar sonreír, parecía una auténtica amazona. Cuando salí ya me estaba esperando.

—Veo que no me equivoqué con tu talla, estás preciosa. —Sonrió al decírmelo y me besó.

Lo miré seria. Parecía aún más alto con aquella vestimenta, que, por cierto, era igual que la mía. Él, como siempre espectacular, se veía cómodo con ella mientras yo me sentía ridícula.

—Me quieres explicar qué hacemos aquí y qué hago así vestida — refunfuñé.

—Estar conmigo y estar preciosa.

Fue su única respuesta y, tras otro sonoro beso, me agarró de la mano, me condujo hasta el final del pasillo y salimos por una puerta que daba a la parte de atrás. Delante teníamos un inmenso terreno, todo cercado y en el que, salvo por la presencia a lo lejos de algunos árboles, todo era de tierra. No había que ser un premio Nobel para saber que ahí se montaba a caballo, pero él nunca me había dicho que lo hiciera. Además, ¿dónde estaba esa enigmática mujer a la que ya estaba deseando quitarle los ojos? Joseph me miraba y sonreía. Se daba cuenta de que no entendía nada y ya me conocía lo suficiente para saber que estaba montando una auténtica película.

—Señor Levi. —Una voz masculina sonó a mis espaldas.

Ambos nos dimos cuenta de que habían tomado buena nota de cómo llamarlo, y un Joseph agradecido lo miró sonriente. Cuando me giré, mis ojos se abrieron como platos.

—Julia, te presento a la dama que ocupó mi corazón hasta que llegaste tú. Dama, esta es Julia.

Un orgulloso Joseph acariciaba la cabeza de una preciosa yegua. Totalmente blanca, elegante, esbelta, con una piel brillante y una larga crin. Pese a no entender nada de caballos me di cuenta de que era un magnífico ejemplar. Mansa y tranquila, se dejaba acariciar por Joseph, que le pasaba la mano por la cara mientras le hablaba cariñosamente. Ella, a modo de respuesta, acercó la cabeza hacia él mientras pafaba levemente el suelo con sus patas. Yo los miraba totalmente embobada mientras en mi cara se dibujaba una permanente sonrisa.

¡Con la de cosas que llegué a pensar! Me dieron ganas de pegarle por

haberme tenido con esta intriga.

—Ven, acércate, no tengas miedo. —La voz de Joseph me trajo de vuelta a la realidad y, cogiéndome de la mano la puso donde antes estaba la suya.

No pude evitar sentir temor. Al lado de Joseph no parecía tan grande, pero a mí ni se me veía. Me miró con sus ojos grandes y oscuros mientras yo mantuve la mano quieta, conteniendo la respiración. Ella resopló con suavidad y bajo la cabeza.

—Le gustas —sentenció sonriente.

Más tranquilas las dos, la acaricié y me acerqué un poco más.

—¿Montas a caballo? Nunca me has dicho nada. —Hablé sorprendida.

—Me gusta darte sorpresas. —Ladeó la cabeza de esa manera tan especial, mientras esbozaba una gran sonrisa—. ¿Qué es lo que te estabas imaginando? Conociéndote... —bromeó mientras él también la acariciaba.

—Pues venía dispuesta a sacarle los ojos a alguien —intenté que sonara a broma, pero lo cierto es que lo había pensado muy en serio.

—Así que celosa, ¿eh? Me gusta.

Iba a responder cuando el mismo chico de antes apareció con otro caballo. Algo más pequeño, negro, de piel brillante y precioso también.

—Te presento a Golfo. —Joseph hizo las presentaciones mientras repetía la operación de ponerme la mano en su cara—. Si te gusta, a partir de ahora, será tu caballo.

—Un nombre muy original —comenté socarronamente mientras lo acariciaba.

—En realidad, aquí sería al revés. Tú la dama y yo el golfo. —Y me dio un rápido beso.

—Tengo yo tanto de dama, como tú de golfo —conseguí decir, pese a seguir perpleja por lo inesperado de la situación.

—Venga, te voy a enseñar a montar a caballo y vamos a dar un paseo.

Y, sin darme tiempo ni a mentalizarme, me levantó en el aire y me sentó sobre el pobre Golfo que, por encima, tuvo que oír un grito.

—¡Joder Joseph! —Ya salió la dama que llevo dentro—. Me voy a matar.

Veía el suelo a cien metros de distancia e intenté no volver a gritar, pero lo cierto era que estaba asustada. Además, me preocupaba contagiar mi histerismo al animal y que este empezara a dar saltos conmigo encima.

—Relájate —comentó mientras montaba con toda facilidad en su yegua—, es muy tranquilo. Déjate llevar, nada más.

Y me dejé llevar... por su imagen. ¡Qué pena de foto! Montado a caballo

estaba impresionante y por un momento pensé que mi mandíbula se iba a desencajar pese a que, mientras él se veía completamente relajado, yo estaba más tiesa que una vara.

—Joseph, no sé si esto será una buena idea —hablé dubitativa.

Por toda respuesta agarró las riendas de su caballo y las del mío que, para mi susto, empezó a moverse. Solté un pequeño grito, me agarré a la silla de montar y apreté las piernas con tal fuerza que temí cortarle la respiración al pobre animal.

—Relájate, Julia, solo déjate llevar —insistió tranquilo—. Vamos a dar un paseo y, poco a poco, si te gusta, te irás acostumbrando —dijo tendiéndome las riendas de mi caballo.

Las cogí sin mucha convicción, pero, para mi sorpresa, al cabo de poco tiempo me encontré dando un agradable y lento —todo había que decirlo— paseo a lomos de aquel espléndido animal. Pero si alguien lo estaba disfrutando era Joseph que, cabalgando a mi lado, me iba contando las normas de equitación. Por qué lado montar, cómo hacerlo, cómo guiar al animal... Yo, de momento, me conformaba con acabar de una pieza el agradable paseo y, poco a poco, me fui relajando y conseguí que mis piernas dejaran de ser dos tenazas.

—¿Te importa si yo sigo un poco más? A Dama le gusta correr —se excusó cuando, tras más de una hora a caballo, mi culo dijo basta.

En un segundo había desmontado y me ayudó a bajar a mí de las alturas.

—¿Te ha gustado Golfo? —preguntó aún conmigo entre sus brazos.

—Pues, la verdad, sí —respondí orgullosa de mí misma—. Me gustaría volverlo a ver. —Y lo acaricié mientras me despedía de él.

—Estupendo —respondió satisfecho mientras, con la misma rapidez, volvió a montar.

—Me voy cambiando, ¿dónde te espero? —pregunté, mirándolo embobada.

—En la primera planta hay una cafetería y tiene una magnífica terraza desde donde me puedes ver. —Se dobló hasta conseguir llegarme a la cara y darme un suave beso—. Tenía ganas de traerte aquí y me alegra que te haya gustado.

Vi cómo se alejaba y me fui a cambiar disparada para poder verlo. La elegante y perfecta chica de recepción debió de pensar que estaba loca cuando me vio pasar corriendo y subir las escaleras de dos en dos, como si me persiguiera el mismísimo diablo.

Llegué sin aliento, pero, arriba se estaba de maravilla y me senté en la mesa

más cercana al borde exterior de la terraza, con una panorámica del campo inmejorable y bajo una elegante sombrilla que me protegía del sol de justicia que pegaba en esos momentos. Lo miraba extasiada y asustada a la vez. Dama corría a toda velocidad con Joseph tumbado sobre ella, eran uno solo y ambos parecían volar y, por momentos, contuve la respiración pues temía que el caballo tropezara o frenara y que Joseph saliera disparado. Para mi tranquilidad, tras dar varias vueltas, decidió que ya era suficiente y lo vi desmontar. Me saludó desde abajo, me relajé por completo con mi Coca Light y, esperando su llegada, cerré los ojos y me dejé llevar por el reconfortante silencio del lugar.

—Hombre, Marshall, tú por aquí.

Abrí los ojos al oír su nombre. ¿Quién le hablaba? Me giré y, en la terraza, vi a tres personas sentadas en otra mesa que quedaba bastante alejada. Menos la mujer, que estaba de frente, los dos hombres que estaban con ella me daban la espalda. No sabía cuál era el que había hablado, pero, desde luego, no era brasileño. Mi oído se había desarrollado y distinguía a los que, como yo, hablaban el idioma del país, pero éramos de otro y nos seguía delatando nuestro acento. Joseph ya se había cambiado y estaba a su altura, pero, por la expresión de su cara, me di cuenta de que esa gente no le agradaba lo más mínimo.

—Hola, Esteban —saludó de mala gana mientras seguía andando.

—Espera, Marshall —insistió el tal Esteban—. Me he enterado de que estás interesado en adquirir una empresa constructora.

Joseph se paró en seco y pude ver como desviaba su mirada hacia el otro hombre que seguía de espaldas.

—¿Y? —El tono fue de todo menos cordial.

—Pues que para eso tienes que poner mucho dinero.

El Esteban de los cojones calló unos instantes y agitó una regordeta y pequeña mano en el aire, en la que un gran anillo casi ocultaba todo su dedo meñique.

—Ya sabes, si lo necesitas, puedo entrar...

Joseph también levantó la mano y con un brusco gesto lo hizo callar.

—No necesito ni quiero tu dinero para nada. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? —Y su mirada se volvió a desviar hacia dicho acompañante.

La tensión era más que evidente y los otros dos permanecían en silencio mientras la mujer no le quitaba el ojo a Joseph; sin embargo, él no la miró ni una sola vez. Solo el tal Esteban y su voz ligeramente engolada era el que

hablaba. No pude contenerme, me levanté y fui hacia él. Aunque ni los miré, ellos a mí sí.

—¡Hombre, pero si tenemos a la rubia por aquí!

Esa voz y ese tono tan desagradable me resultaron conocidos, como también el asco que sentí al oírlo de nuevo. La cara de Joseph mudó por completo, se puso tremendamente pálido y hasta parecía que se le afiló la nariz.

—Tú cállate, te lo aconsejo —soltó en una clara amenaza mientras lo apuntaba con el dedo.

Los miré. El aspecto de Óscar no había variado y me siguió desagradando tanto o más que cuando lo vi por primera vez. A su lado, la mujer, a la que le costaba respirar; es lo que tenía ir embutida en un traje cuatro tallas menos que la tuya. Prodigaba aires de grandeza al igual que mal gusto. Con una cuidada melena color castaño oscuro, parecía el muestrario de una joyería de la cantidad de joyas que llevaba encima: grandes pendientes que hacían juego con un gran collar y más anillos que dedos, en los que unas largas uñas le daban a sus manos aspecto de garras. Unas grandes y seguro que carísimas gafas de sol no conseguían tapar unos labios que parecían los de un pato y en los que brillaba, como mínimo, un kilo de pintura. Las bajó hasta la punta de su pequeña nariz, me miró por encima de ellas y la cara de asco que puso fue la misma que si hubiera visto un montón de mierda; la miré de la misma forma. A su otro lado, el famoso Esteban. Supuse que tenían que ser pareja porque era igual de hortera que ella. Su puntiaguda barriga parecía a punto de hacer saltar los botones de la camisa; en sus regordetas manos algún anillo más y una cara redonda y sudorosa con poco pelo y un fino bigote completaban una imagen poco agraciada.

—Venga, Marshall —terció Esteban ignorando a Óscar y su comentario, al igual que a mí—. No creo que te puedas permitir el lujo de poner tanto dinero.

Joseph se giró con rabia para mirarlo.

—En primer lugar, ya te he dicho que no necesito ni quiero tu dinero para nada. —Aunque estaba enfadado, hablaba tremendamente despacio—. En segundo lugar, mi empresa es mía, solo mía y tengo la intención de que siga así. Y, en tercer lugar —continuó tras una breve pausa—, si algún día necesito a alguien, desde luego no será a ti.

El tal Esteban iba a decir algo, pero Joseph prosiguió sin darle tiempo.

—En cuarto lugar, no soy Marshall, soy Levi. Para ti, señor Levi.

En ese momento me inflé como un globo de lo orgullosa que me sentía de él. Sin embargo, a los tres se les abrió la boca de puro asombro, pero ninguno fue capaz de hablar.

—¿Nos vamos? —me preguntó tendiéndome la mano.

Empezamos a andar cuando la voz de la tercera en discordia se oyó.

—No sabía que ahora te enorgullecieras de tus raíces judías.

Joseph se paró en seco y, en un reflejo espontáneo, apretó mi mano con fuerza. Esas palabras fueron dichas con muy mala baba y en un tono deliberadamente ofensivo e hiriente. Sin pensarlo, me soltó la mano, se apoyó en su mesa con tal ímpetu que los tres se echaron ligeramente hacia atrás y se encaró directamente con ella.

—Mis raíces judías son lo único de lo que puedo sentirme orgulloso, y tú más que nadie deberías saberlo.

Escupió sus palabras una a una, con calma, sin dejar de mirarla y me di cuenta de que ella se encogió al oírlo. Con fuerza, me volvió a coger de la mano y nos fuimos de allí. Iba tan enfadado que decidí permanecer en silencio hasta que se relajara un poco, al igual que yo. Odiaba esas escenas y odiaba verlo así.



Capítulo 32

—Óscar ya sé quién es. —Decidí hablar cuando me agarró la mano en el coche—. Pero ¿esos dos quiénes son?

—Nadie de quien tengas que preocuparte —murmuró distraído mientras conducía.

—Las tres Marías —solté de repente.

—¿Las tres Marías? ¿Qué es eso? —preguntó extrañado, mirándome de reojo.

—La caca, la mierda y la porquería —contesté seria.

Pese a ir conduciendo, me miró sorprendido y... ¡empezó a reír!, con esas carcajadas que tanto me gustaban y tan poco oía; lo miré sonriendo y me encogí de hombros.

—No me dirás que no les pega.

—Totalmente. Como siempre, tienes razón —me contestó cuando pudo parar de reír. Y, tras un relajante silencio preguntó—: ¿Dónde te apetece comer?

—¿Podemos volver a aquel sitio tan bonito, el de la cascada, a donde fuimos...

—Tu primer domingo aquí —terminó un sonriente Joseph ante mi incontinencia verbal.

Allí fuimos. El lugar me siguió pareciendo espectacular, nos sentamos en la misma mesa y pedimos lo de la vez anterior. Ambos queríamos revivir al máximo aquel momento y fue una comida deliciosa y relajada, hasta que me contó que en diciembre se tendría que ir unos días a Brasilia para formalizar definitivamente la compra de la empresa constructora.

—Intentaré estar el menor tiempo posible —me animó ante la expresión de mi cara—. O también puedes venir conmigo —sugirió deseoso.

—Pues, salvo que sea un fin de semana, ya me dirás cómo —protesté camino del coche.

De repente, el cielo se llenó de nubarrones que ocultaron el sol, al igual que mi ánimo.

—Seguramente iré hacia finales de diciembre y, te recuerdo que, por Navidad, tenéis unos días de vacaciones —razonó mientras entrábamos en el coche.

«¡Navidad! ¡Joder!, ni se me había pasado por la cabeza», pensé sorprendida.

—No sé, Joseph, no sé —contesté dubitativa.

Su cara cambió de expresión y me miró angustiado.

—¿No estarás pensando en irte? —Su voz fue casi un susurro y perdió el poco color de su cara.

Estábamos sentados y unas gotas de agua, grandes como puños, empezaron a caer, golpeando con fuerza el cristal del parabrisas.

—Lo cierto es que, si en algo no pensé, fue en la Navidad —reconocí melancólica, seguramente por el efecto de la lluvia.

Me agarró las manos y me miró asustado.

—Prométeme que no te vas a ir Julia, prométemelo por favor. Van a ser las primeras Navidades que...—Su típica tosecilla y carraspeo hicieron su aparición—. Las primeras que no estoy solo y quiero disfrutarlas.

Sacudía con fuerza mis manos mientras hablaba y me miraba fijamente. Su cara de angustia consiguió que mi nudo de los cojones reapareciera en su lugar habitual y, acercando sus manos a mis labios, se las besé.

—Te prometo que no me voy a ir a ningún lado, Joseph. Yo también quiero disfrutarlas por primera vez en mucho tiempo, y va a ser aquí, contigo.

Aunque hubiera querido decir algo más no pude. Me agarró la cara con las manos y me besó con toda su fuerza; su boca sabía a café.

—Por favor, no vuelvas a darme semejante susto. —Habló con su cabeza apoyada en mi frente cuando paramos para respirar—. Pensé que me iba a dar algo.

—Lo siento, Joseph, no lo pretendía, pero desde que estoy aquí he perdido hasta la noción del tiempo y la culpa la tienes tú —rematé sonriendo.

Y, tras otro beso, arrancamos mientras empezaba a llover a cántaros. Desde mi llegada no recordaba semejante tromba de agua. A lo lejos pudimos ver el Cristo del Corcovado y las favelas, a sus pies, que, bajo la lluvia, habían perdido el poco aspecto romántico que a veces se ve en las fotos, cuando

semejaban velas encendidas a los pies del Cristo. Lo que ahora se veía desde la carretera era un lugar lleno de miseria, deprimente, y aislado. Parecía imposible que esa realidad estuviera tan cerca de la de Copacabana o de la del resto de la ciudad; eran dos mundos totalmente opuestos conviviendo el uno al lado del otro.

—Tiene que ser duro el vivir ahí —volví a comentar, mirando por la ventanilla hacia ese lugar.

—Pues sí, duro y complicado —apostilló sin apartar la vista de la carretera. Lo miré y, sin poder evitarlo, torcí el gesto. Él era el vivo reflejo de que, efectivamente, había dos mundos opuestos.

—Sabrás tú algo de eso... —dejé caer la frase mientras dejábamos ese otro mundo atrás.

Por unos segundos, me miró ceñudo.

—Pues seguramente más que tú —respondió hosco.

—Venga, Joseph —bufé—, sabrás lo que puedas ver en la tele o leer en los periódicos, como yo.

Vi como su cara se transformaba. Su mandíbula se cuadró y los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza con que agarró el volante.

—Perdona, Joseph —me apresuré a arreglarlo—. No lo digo por mal, yo entiendo...

—Viví ahí durante un tiempo, Julia —me interrumpió bruscamente—. Fue donde tuve el accidente del que te hablé y, por lo tanto, algo de eso sé —remató irritado.

Paré de hablar, de respirar y creo que hasta de pensar; instintivamente volví la vista atrás, buscando ese lugar, esperando encontrar al borde de la carretera al niño que Joseph tuvo que ser algún día. Mi mandíbula no se desencajó de puro milagro y mi mente se negaba a procesar lo que mis oídos acababan de oír; lo miré esperando verlo reír de un momento a otro por la broma gastada. Pero no, cerró los ojos un segundo y, arrepentido de haber hablado, sacudió la cabeza.

—¿Qué acabas de decir, Joseph? Que tú... ¿He entendido bien? —conseguí decir tras varios minutos de estupor.

—Por favor, Julia, lo siento —respondió sin mirarme—. Olvídalo, no debí decirte nada. —Apesadumbrado, volvió a sacudir la cabeza—. Te lo ruego, es un tema del que de momento no quiero hablar.

Seguía tenso y el color aún no había vuelto a su cara.

«¿Olvidarlo?, ¡olvidarlo!». Estuve a punto de gritarle.

¿Cómo me podía pedir eso? Era como si te pedían olvidar que acabas de ver a un extraterrestre. Incapaz de cerrar la boca, no podía apartar los ojos de él, intentando convencerme de que todo eso no podía haber pasado, pero su tensión era tan evidente que hasta los rasgos de su cara parecían distintos. Inquieto y preocupado me lanzaba furtivas miradas.

«¿Qué hago ahora? ¿Hago como que no he oído nada? ¿Hablamos de la lluvia que está cayendo?, ¿o lo estrangulo hasta que me lo cuente?». En mi interior barajaba aquellas opciones como si alguna fuera medianamente válida.

—Déjalo, Julia, por favor —suplicó entendiendo mi estado de ánimo—. Algún día lo entenderás todo.

Me tendió la mano a la espera de mi reacción, que fue dársela sin dudarlo. Se la acercó a la boca, me la besó y suspiró tranquilo.

Después de una silenciosa cena, decidimos irnos a dormir.

—Buenas noches, mi niña, hasta mañana.

—Buenas noches, mi niño, hasta mañana —respondí fingiendo estar casi dormida.

Esperé unos instantes hasta que oí cerrarse la puerta de «mi/su» habitación. Me senté en la cama y permanecí un buen rato sin reaccionar hasta que mi mente se empezó a permitir el lujo de pensar. Con ese comentario, algo se había roto en el muro que lo rodeaba y aunque tenía claro que no fue su intención hacerlo, lo importante era que poco a poco se iba confiando e iba desgranando episodios de su vida que me iban acercando un poco más a él y a su pasado. Pero ahora tenía serias dudas de si eso sería positivo o no.

Desde que lo había dicho, un aire de ausencia flotaba a su alrededor y tuve la sensación de que, de alguna manera, se había quedado atrapado en ese tiempo y en ese lugar, rodeado de nuevo, por un montón de recuerdos para nada deseables.

Apenas habíamos cenado y pocas palabras más salieron de su boca. Por mi parte, todo eso solo hizo aumentar en varios cientos de miles las preguntas que estaba deseando hacerle. ¿Cómo pudo llegar ahí?, ¿cuándo?, ¿cuánto tiempo?, ¿por qué? Encendí el ordenador y releí la escasa información sobre su vida con la esperanza de que se me hubiera escapado algo. Pero no, no salía nada que remotamente pudiera tener relación con ese suceso, ni de un accidente siquiera. Estaba tan nerviosa que empecé a pasearme de un lado a otro de la habitación como un animal enjaulado, pero lo cierto era que me ayudaba a pensar; cuando estudiaba lo hacía así y paraba cuando notaba que

me empezaba a marear. Entonces hice lo mismo y empecé a andar de un lado a otro retorciéndome las manos en un intento de aclarar algo, de entender algo.

«Vamos a ver, Julia. Piensa, ¡joder!», me reñí a mí misma.

Recordé lo que me dijo cuando «me dio» su libro de instrucciones y comencé a razonar: «de pequeño tuve un accidente», por lo tanto, debía de ser un niño, pero lo suficientemente grande como para acordarse de lo sucedido, razoné mientras seguía dando vueltas en círculo. Pero ¿cómo acaba un niño de una familia adinerada en ese lugar? Mientras seguía dando vueltas como una peonza, unas conversaciones mantenidas en mi trabajo y a las que no les había dado más importancia, incluso escasa credibilidad, se abrieron paso en mi mente y consiguieron salir a flote. No recordaba el porqué de las mismas, pero sí sabía que varios compañeros tenían gente conocida a las que les habían sucedido casos muy similares entre sí. Uno relató que a unos conocidos le habían secuestrado al hijo y estuvo retenido veinticuatro horas, hasta que pagaron lo que les habían pedido; con el tiempo, descubrieron que habían sido unos vecinos. Otro había relatado cómo a un matrimonio amigo les habían entrado en casa y, mientras uno se quedó en la vivienda con la mujer, el otro llevó al marido al banco y le obligó a retirar una cantidad importante de dinero. Una médica contó cómo mantuvieron secuestrada a la mujer de un compañero durante tres días, que fue el tiempo que le dieron de plazo para juntar el dinero del rescate. Todos tenían en común que no habían acudido a la policía y, lo cierto era que no las había escuchado con mucho interés. Me parecían las típicas leyendas urbanas, en las que siempre hay alguien que conoce a alguien que...

Paré tan en seco de andar que casi me caigo, mientras una terrible idea apareció de repente en mi cabeza. ¡Joder!, ¡joder! Tenía que ser eso... ¡Un secuestro!, ¡un jodido y puto secuestro! Me hundí las manos en el pelo y me empecé a frotar nerviosa el cuero cabelludo de lo que me picaba. ¡No me lo podía creer!, ¡había sido secuestrado!

—¡Joseph fue secuestrado de niño!

Sin darme cuenta, estaba hablando en voz alta, intentando razonar conmigo misma. Verbalizando el miedo que me producía el pensar en ello, volví a dar vueltas en círculos. ¡Pues claro!, por fin me cuadraba todo. Esa claustrofobia, ese temor continuo, esa tensión siempre subyacente y, de repente, su libro de instrucciones cobró sentido al igual que el porqué de las cicatrices de su espalda. Volví a parar en seco, un escalofrío sacudió mi cuerpo y tuve que

llevarme las manos a la boca para reprimir un grito y los ojos se me llenaron de lágrimas ante las ideas tan horribles que se me estaban ocurriendo.

¿Habría tardado mucho en pagar su familia? Y, mientras tanto, ¿dónde habría estado?, ¿cómo le habrían tratado?, ¿le habrían pegado? O algo peor..., ¿lo habrían torturado? El estómago me dio la vuelta y llegué al váter con el tiempo justo de devolver hasta la última partícula de lo poco que había cenado. Hundí allí mi cabeza mientras, entre náuseas, se abrían paso las imágenes que asaltaban mi mente. Cerraba los ojos intentando no ver a un niño pequeño asustado, llorando, solo y dolorido por los golpes recibidos e intentaba borrar todo eso de mi cabeza, pero era incapaz. Ese niño era Joseph. ¡Cómo no me di cuenta!, ¡tenía que haberme imaginado algo parecido!

—¡Idiota, idiota y mil veces idiota! —me llamé a mi misma mientras me lavaba los dientes tras quedar mi estómago completamente vacío.

Me metí en la cama, pero no me sentía bien y era incapaz de dormir.

—¿Ahora qué puedo hacer? —Hundí la cabeza entre mis manos intentando pensar—. ¿Le digo que ya sé lo que le pasó?, ¿no le digo nada?, ¿me muerdo la lengua?

De repente lo oí y no me extrañó. Sabía lo que iba a pasar porque siempre ocurría lo mismo; cuando algo lo alteraba durante el día, la noche le pasaba factura y, bajando las escaleras de dos en dos, me planté en su puerta en cero segundos. Corrí tanto que el aire de mis pulmones se quedó atrás y cuando llegué tuve que sentarme rápidamente en el suelo porque los oídos empezaron a pitarme y temí desmayarme de un momento a otro. Cuando conseguí recuperarme, pegué el oído a su puerta: gemidos, que se entrelazaban con quejidos, sollozos, frases inacabadas, palabras inconexas... Y mi corazón se encogió de pena.

—Joseph, soy yo, Julia —susurré al borde del llanto mientras llamaba a su puerta con suavidad.

Aguardé conteniendo el aliento, pero seguí escuchando más de lo mismo.

—Joseph, por favor, despierta. —Hablé de modo entrecortado mientras intentaba, en vano, abrir su puerta—. Por favor, hálame, soy Julia.

Otra vez lo mismo: más quejidos, sollozos y varios angustiados «no...».

—Mi niño... —susurré con la cabeza apoyada en su puerta, intentando mantener las lágrimas a raya —, es solo un sueño. Despierta, mi niño. Despierta, mi niño...—repetí hasta que las palabras parecieron disolverse en mi boca y fui incapaz de seguir hablando.

De repente, se hizo el silencio y contuve la respiración mientras golpeaba

despacio su puerta.

—Julia, vete, por favor. Estoy bien.

Pese a estar deseando oír su voz no pude evitar sobresaltarme; sonó muy alterado, pero, por lo menos, había conseguido sacarlo de su pesadilla.

—Joseph, por favor...

Intenté seguir hablando, pero no pude y empecé a llorar desconsoladamente. Me sentía sola y mal, harta de hablar a través de una puerta. Mal por no ser capaz de ayudarlo y mal por estar llorando como una idiota, sentada en el suelo en vez de estar abrazada a él.

Su puerta se abrió de golpe y me asusté, ya que no contaba con ello. Tenía la ropa tan empapada que parecía que acababa de ducharse con ella puesta, al igual que su pelo y su cara todo estaba igual de mojado. Pero lo que más me impactó fue su aspecto, parecía haber envejecido de repente.

—Julia, mi niña... Por favor, no quiero verte así —susurró bajito, mientras se sentaba en el suelo y me rodeaba con los brazos.

—Perdona, Joseph, lo siento... No debo... No quiero ponerme así, pero...

—Hundí la cara en su pecho, incapaz de hablar y avergonzada por mi reacción. ¡Vaya mierda de ayuda que estaba siendo!

—Shhh... Tranquila, mi niña; ya está, ya pasó... —siguió susurrando mientras me mecía entre sus brazos—. La culpa es mía, no debería haberte dicho nada —se reprochó a sí mismo, mirándome con cara de culpable.

«¡Estupendo, Julia! Lo estás haciendo de maravilla. Para algo que te cuenta, vas y le montas el numerito para que se sienta mal y no vuelva a decirte nada». La Julia curiosa me reprendía a gritos con los brazos cruzados, claramente enfadada.

—No digas eso, por favor —hablé mientras él me limpiaba los mocos en su empapada camiseta—. Soy yo que...

«Soy gilipollas» era lo que tenía que haber dicho. Como siempre, él acababa consolándome y yo sintiéndome mal por ello.

—Joseph, mírame —pedí cuando me pude tranquilizar y paré de llorar.

Aún en la penumbra, sus ojos brillaban como dos faros. Parpadeó nervioso y me dio un beso fugaz.

—Mira, Joseph, no sé qué te pasó. —Cogí aire mientras decidía lo que decir—. Solo quiero que sepas que, fuera lo que fuese, aquí estaré. Y si no quieres volver a contarme nada, Joseph, de verdad, me da igual. —Mi voz se volvió a quebrar—. Yo lo único que quiero es verte feliz... —conseguí decir antes de romper a llorar de nuevo.

Me abrazó con fuerza, noté como todos los músculos de su cuerpo se relajaban y suspiré tranquila. ¡Por fin había conseguido hacer algo medianamente bien! Me besó y lo besé hasta ambos volvimos a sentirnos bien.

—Agárrate a mi cuello —pidió con voz dulce.

Así lo hice. Sin apenas esfuerzo, se levantó conmigo en brazos y, en silencio, me llevó a «mi/su» habitación.

—Por favor, sé que suena egoísta, pero quédate conmigo hasta que me duerma —le pedí.

—Puedes ser todo lo egoísta que quieras —me susurró a al oído, abrazado a mi espalda—. Y gracias por lo que me has dicho, no sabes lo que me tranquiliza saberlo —volvió a murmurar besándome la nuca.

Cerré los ojos y sonreí. Por fin había entendido el origen de su temor. Necesitaba tener la seguridad de que, aún en el caso de no poder explicarme nada, permanecería a su lado. Algo que yo tenía claro desde hacía mucho tiempo; él ahora también. Suspiré satisfecha y, arropada por su calor, noté cómo el sueño me empezaba a vencer.

—De nada... Por ti lo que haga falta y más, ya lo sabes.

—Buenas noches, mi niña, hasta mañana. —Su dulce voz se derramó sobre mi cuerpo, envolviéndolo en un cálido abrazo.

—Buenas noches, mi niño, hasta mañana. Aquí te espero —conseguí decir ya medio dormida.



Capítulo 33

—¿Sabes qué hora es?

Noté su sonrisa cuando me besó el pelo. El dulce murmullo de su voz llegó a mis oídos y me acurruqué aún más contra él. Pese a estar adormilada, podía notar el calor de su abrazo. Y, para mí, el mejor lugar del mundo era estar entre sus brazos.

—Temprano, seguro —balbuceé, más dormida que despierta, mientras lo miraba soñolienta.

—Casi —susurró de nuevo mientras me besaba—. Ya pasa de la una del mediodía.

—¡¿Quéeee?! —exclamé abriendo los ojos de inmediato.

Me miró sonriente.

—Te has quedado ligeramente dormida —bromeó mientras intentaba, inútilmente, recolocar mi alborotado pelo.

—Y de quién será la culpa... —rezongué mimosa, entornando los ojos al recordar como habíamos hecho el amor nada más despertarnos.

—No me mires así, que ya sabes lo que pasa —musitó sobre mis labios.

Un ruido inoportuno procedente de mis tripas interrumpió ese momento tan romántico.

—Venga, dúchate, nos vamos a comer fuera. —Se levantó rápido y se puso el pantalón.

Aquella escena tenía un matiz tragicómico, pero, afortunadamente, me iba acostumbrando. Y ya entendía el porqué de mudar su ropa de cama todos los días.

En la ducha recordé lo ocurrido por la mañana y, pensando en ello, una sonrisa iluminó mi cara. Por si tenía dudas de lo sucedido, una leve marca daba testimonio del roce de sus dientes sobre mi hombro, pero estaba

contenta. Tras la hecatombe emocional vivida la noche anterior, se había quedado más tranquilo. Mi promesa de no exigir ninguna explicación había liberado un miedo latente en él, que yo me fuera si no era capaz de explicarme todos sus problemas. Incluso, hasta ese momento, ni yo misma había sido consciente de que era una elección que había hecho hacía tiempo. Era su pasado, era su decisión y yo había optado por asumirla con todas las consecuencias.

Cosa rara en mí, tenía ganas de arreglarme y canturreé feliz mientras me vestía. Había comprado, en su centro comercial, un bonito traje de su línea de ropa color rosa palo que acentuaba el color dorado de mi piel. Entallado, de tirantes anchos, escote redondo y espalda casi al aire —ventaja de no necesitar sujetador—, me quedaba como un guante y, por primera vez en mucho tiempo, conseguí mirarme al espejo sin cuestionarme. Mi pelo y mi piel brillaban por el sol, pero lo que más resplandecía era mi mirada. Mis pestañas no eran para nada tan largas y espesas como las suyas, pero al ser rubias parecían mucho más cortas de lo que en realidad eran y decidí mejorarlas con algo de rímel. Completaban el conjunto unas bonitas y cómodas sandalias que, no hacía mucho, jamás me las habría puesto; ahora incluso me gustaban mis pies.

«Algún día tendré que pintarme las uñas», pensé en un arrebató de coquetería.

Mi barra de labios milagrosa con un leve tono rosa, «mi/su» perfume y lista para comerme el mundo, a él y a un buen plato de comida. Como siempre, cuando bajé, ya estaba listo. Lo miré y, también como siempre, me quedé sin palabras. Un elegante pantalón negro y una camiseta de fino algodón con cuello de pico tenían la culpa. Sus zapatos negros y brillantes como espejos completaban un cuadro que jamás me cansaría de mirar.

—Estás preciosa y hueles de maravilla —le oí decir mientras me besaba a la par que me deslizaba la nariz el mi cuello.

—Tú también —mentí, ya alterada por la situación.

No mentí en lo de guapo, eso estaba fuera de dudas, pero sí en lo de su olor. No usaba colonia y su gel de ducha —o jabón, otra cosa que tampoco sabía— debía tener cero aromas. Olía a él, simplemente a él y, aunque me gustaba, no dejaba de desconcertarme porque era de las que opinaba que cada persona tiene asociada una fragancia, un olor. Yo había encontrado el mío y me había propuesto encontrar el suyo.

—¿Dónde vamos? —pregunté al ver que salíamos andando por la puerta

principal.

—Al Alcázar, ¿te apetece?

—¿Andando? —especifiqué incrédula.

—Pues claro que sí —afirmó rotundo.

Ese «sí» parecía querer decir algo más, dar un paso más. De todas maneras, no podía echar las campanas al vuelo. Noté como se envaraba tan pronto empezamos a andar y se metió las manos en los bolsillos, pero esperó a que lo cogiera del brazo. Para mí, suficiente.

José María estaba en la puerta y, como siempre, nos recibió con los brazos abiertos. Debía de parecerse mucho a su padre, porque me parecía una bellísima persona, y el gran cariño que Joseph le profesaba, para mí, era un valor añadido.

Previsor, había reservado su mesa de siempre y, fiel a su costumbre, se puso de frente al local y yo de espaldas.

Debió notar que teníamos hambre, pues la comida no tardó en llegar. De primero, unos deliciosos camarones que me volvieron a sorprender por su tamaño; en mi tierra eran pequeños y los comíamos con las manos. Un caldoso arroz mar y tierra llegó después, estaba delicioso y lo devoramos enseguida. Entre que no habíamos desayunado y la actividad de la mañana, no quedó nada en nuestros platos.

—Toma, prueba del mío —hablé maliciosamente, tendiéndole la cuchara en la que había una porción de helado de mango que previamente me había metido en la boca.

Pensé que el helado se iba a evaporar por el camino con la mirada que me lanzó, logrando que todo mi cuerpo empezara a arder. Por algún motivo, me vino mi abuela a la cabeza y el sonido que yo oía cuando se humedecía el dedo para saber si la plancha estaba caliente. Sería el mismo si, en esos momentos, acercara la cuchara a cierto lugar...

—Tendrás que probar del mío —habló ronco.

—Buenas tardes, señor Marshall, señorita Torres.

Una voz conocida sonó a mi espalda y, de un solo golpe, me tragué la porción de helado de chocolate que él me estaba ofreciendo. Era Leo, elegante y guapísimo, como siempre.

—Hola, Leo —saludó Joseph, molesto por la interrupción—. Y señor Levi, si no te importa —corrigió educado mientras le estrechaba la mano.

No pude evitarlo y sacudí la cabeza.

«¡Tanta ceremonia!», bufé para mis adentros ante la evidencia de que se

apreciaban un montón.

—A mí puedes llamarme Julia, lo prefiero así —dije estampándole un par de besos.

Miré de reojo a Joseph. Sabía que ni una cosa ni otra le habían hecho mucha gracia, pero lo cierto era que disfrutaba la facilidad con que lo podía picar.

—¿Un café? —Ignorando la mirada fulminante de Joseph, proseguí el juego con la mejor de mis sonrisas.

Aceptó y al cabo de poco tiempo los tres manteníamos una agradable conversación.

—Tu madre bien, espero —se interesó Joseph después de conseguir que me sentara a su lado.

—Pues sí, francamente bien —respondió Leo mientras sus increíbles ojos azules brillaban emocionados—. Y, como siempre, gracias por todo. Solamente se queja de que hace tiempo que no lo ve.

—Pues que venga contigo el próximo domingo y comemos los cuatro, ¿te parece bien? —Un desconocido y sonriente Joseph me miró divertido.

—Se lo diré, y si puede, vendrá encantada —respondió sin dudar.

Lo miré nerviosa y temerosa, intentando que Leo no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Su mano se había posado en mi pierna y subía lentamente por mis muslos hacia un lugar que se estaba poniendo peligrosamente húmedo y caliente.

—Por mí, encantada —conseguí balbucear.

Me miró con esa sonrisa suya deliciosamente escalofriante y pensé que me iba a quedar pegada a la silla. La inocente imagen de mi abuela planchando fue sustituida por las de unas palomitas de maíz saltando como locas en un microondas.

—Disculpad, voy al baño un momento. —Me levanté dirigiéndole a Joseph una mirada también muy especial.

Podía notar su sonrisa mientras me dirigía al servicio y apreté un poco el paso, pues me estaba haciendo pis. Dentro no había nadie y entré disparada en la primera de las cuatro puertas que había. Suspiré aliviada al sentarme y, mientras me quedaba a gusto, oí que alguien entraba. Cuando salí, una chica mulata se encontraba en uno de los dos grandes lavamanos que están enfrente, tenía el grifo abierto y se estaba lavando las manos.

—Buenas tardes —saludó educadamente.

—Buenas tardes —respondí de la misma manera, mientras me disponía a

hacer lo mismo.

—No es de aquí, ¿verdad?

—¿Tanto se nota? —le contesté con una sonrisa.

—Un poco, la verdad.

La miré con más detenimiento. Era muy guapa, con esa belleza especial que da la mezcla de razas: ojos oscuros, grandes y almendrados, pelo largo y rizado, labios carnosos cuyo color destacaba en una piel café con leche y poseedora de un cuerpo espectacular; fácilmente podría ser una modelo. Yo, tras perfumarme un poco, me unté los labios y me dispuse a salir.

Paré en seco y me la quedé mirando totalmente descolocada. Se había puesto delante de la puerta con la clara intención de no dejarme salir.

—Me gustaría verte —soltó sin moverse un ápice.

—¿Cómo? —pregunté creyendo no haber entendido bien.

—Dime dónde vives e iré a verte —volvió a decir sin el más mínimo atisbo de duda.

La miré y abrí la boca sin conseguir aclararme con la situación. Creía tener dominado bastante bien el idioma, pero ya lo estaba poniendo en duda.

—Mira no sé si te estoy entendiendo bien, pero... —intenté razonar algo nerviosa.

—Me has entendido perfectamente, quiero volver a verte —insistió tajante.

Durante unos segundos debí ser la viva imagen de un pez, porque mi boca se abría y cerraba pese a no decir nada.

—Mira... Lo siento..., tengo pareja... —fue lo más acertado que se me ocurrió decir.

Sin creer lo que estaba oyendo, me dirigí hacia la puerta en un claro ademán de intentar salir.

—Quiero volver a verte —insistió tozuda y extendió los brazos, cortándome la salida.

Si en algún momento la situación podría resultar hasta graciosa, en ese instante había dejado de serlo.

—Oye, haz el favor y déjame salir. Como broma ya está bien —pedí enfadada.

—No es ninguna broma, quiero volver a verte —insistió, más terca que una mula.

—¡Pues yo, no, joder! —Harta ya de la estúpida situación, alcé la voz—. Haz el puto favor...

Iba a decir «de dejarme salir», pero ya no tuve tiempo. La puerta se abrió

de golpe y un furibundo Joseph entró disparado y le metió tal empujón que, si no me aparto a tiempo, yo, como ella, hubiera acabado estampada contra la pared del fondo.

—Julia, ¿estás bien? ¿Te ha hecho algo? —Pálido y asustado, me agarró del brazo.

—No, no pasó nada —conseguí decir cuando vencí el estupor por lo insólito de la situación.

Un serio Leo apareció también y agarró con fuerza el brazo de la chica, que había perdido parte de su color y parecía francamente asustada.

—¿Estás bien? ¿Seguro que no ha pasado nada? ¿Te ha intentado robar? —Hacía una pregunta tras otra, mientras la zarandeaba energicamente.

—No, no pasó nada, deja que se vaya —respondí arqueando la cejas. Tenía tal expresión de pavor que me dio pena.

Leo la soltó y, tras un enérgico «lárgate de aquí», la atemorizada chica salió disparada. Ambos se quedaron mirándome, expectantes, a la espera de una explicación ya que, lógicamente, sabían que algo había pasado. Miré a Joseph, que, pálido, me seguía recorriendo con la mirada, asegurándose de que estaba bien. Yo los miraba a ambos sin parpadear; no me atrevía a contar lo sucedido porque aún no me lo creía ni yo.

—¿Qué? —preguntó un exasperado Joseph.

—Creo que... —Lo miré dubitativa—. Si no la entendí mal, creo que... quería ligar conmigo.

Me mordisqueé el labio a la espera de su reacción, que fue imitarme abriendo y cerrando la boca varias veces sin decir nada, y solo las tremendas carcajadas de Leo consiguieron romper el silencio que nos había envuelto. Apareció un preocupado José María, que también se unió al grupo para intentar saber qué había pasado y pedir unas disculpas totalmente innecesarias. Cuando me di cuenta, los cuatro estábamos apretujados a la entrada del servicio y me recordó a la escena del camarote de los hermanos Marx en la película Una noche en la ópera.

—Tenga cuidado, señor Levi, esta mujer está hecha una rompecorazones, méritos le sobran —sentenció un bromista Leo mientras se despedía de nosotros con un caballeroso beso en mi mano.

No pude evitar reírme y más ante la cara de Joseph. Camino de su casa, más de lo mismo; no sabía por qué, pero había caído en un mutismo total.

—Oye, no estarás enfadado por lo que pasó... —tuve que decir ante su cara de niño enfurruñado.

—Como para no enfadarse... —bufó volviendo a su silencio.

—¿Tú enfadarte?, ¿por? En tal caso, la que me tendría que enfadar sería yo.
—Ante su más que evidente cabreo, decidí divertirme a su costa.

Por su mirada, me di cuenta de que no había entendido absolutamente nada.

—¡Joder, Joseph! Un lugar lleno de hombres guapísimos. —Señalé con la mano todo lo que nos rodeaba—. Morenazos impresionantes, de musculaturas increíbles... Hasta Leo, con esos ojos azules... ¡E intenta ligar conmigo una tía! ¡Vaya por Dios!, ¡qué pena! —rematé con voz lastimera.

A medida que hablaba podía ver cómo, de un momento a otro, le iba a empezar a salir el humo por las orejas. Su ceño no estaba fruncido, se hizo un nudo directamente, y su mandíbula parecía estar a punto de saltar de un momento a otro.

—¿No crees que tengo razón? —le pregunté con toda la suavidad del mundo y con la mejor de mis malévolas sonrisas.

A modo de respuesta, me dirigió una mirada fulminante mientras, ofuscado, intentaba hablar.

—Pues si tú lo crees así... Pues tú verás... Pues ya sabes...

Como con cada frase apuraba más el paso, decidí soltarme y me lo quedé mirando hasta que, tras dar unos pasos más, se giró.

—¿Qué, te lo pasas bien?! —gritó enfadado en medio de la acera, con los brazos en jarras.

Intenté no reírme, pero me fue imposible y, de repente, mis carcajadas se debieron oír de una punta a otra de Copacabana. Acabé sin aire, agarrada a mi cintura y llorando de la risa. Al final, no le quedó más remedio que acercarse y, aunque intentaba estar serio, no lo consiguió.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó mientras yo terminaba de secarme las lágrimas e intentaba poder volver a hablar.

—Tú —contesté, estampándole un sonoro beso en medio de la calle.

Miró avergonzado hacia los lados; la gente nos miraba y se estaban riendo por la situación.

—¿Te parezco gracioso? —Su tono cambió de modo sutil y, abrazándome por la cintura, me apretó contra él.

—Me pareces tremendamente gracioso, guapo, elegante, celoso... y maravilloso —rematé, dándole un beso con cada calificativo.

Satisfecho, cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió y me miró, el aire escapó de mis pulmones y se refugió en otra zona.

—Si crees que con unos cuantos piropos ya está todo olvidado, estás muy

equivocada. Entre tantas cualidades olvidaste decir que también soy tremendamente vengativo —habló ronco sobre mis labios, pero sin tocarlos—, y mi venganza será terrible —amenazó mientras me besaba la punta de la nariz.

Estaba convencida de que conmigo se podría hacer un nuevo tratado de anatomía, ya que parecía tener un sistema especial de conexiones nerviosas que confluían todas en un único punto que, en aquel momento, batía palmas.

—Pues habrá que arriesgarse —respondí desafiante, entornando los ojos.

—Solo te digo que voy a necesitar las cuatro cintas... —me susurró al oído.

Sus palabras pusieron en estado de alerta hasta a la última célula de mi cuerpo, y la saliva huyó despavorida de mi boca, siguiendo el rastro que dejó el aire de mis pulmones, aunque ambos sabían que era muy improbable la necesidad de su presencia en determinado lugar...



Habíamos cenado y rápidamente subimos a «mi/su» habitación. Yo estaba completamente desnuda; él, en deferencia a la situación, se había puesto una camisa que estaba desabrochada. Al menos podía verle y acariciarle el pecho.

Sin mediar palabra, cogió las cuatro cintas y con ellas me ató de pies y manos al dosel metálico que rodeaba la cama; ya solo esa situación había conseguido que mi respiración y mi pulso se aceleraran. En el más absoluto de los silencios, se puso sobre mí y comenzó a besarme, pero lo hacía con tal sutileza que sus labios apenas rozaban mi cuerpo, consiguiendo que mi grado de excitación aumentase por momentos. Los deslizó por cada centímetro de mi piel, dejando solamente el ardiente roce de su aliento. Mientras tanto, solo se oía el ruido de nuestra agitada respiración y algún sonido indescifrable que salía de nuestras gargantas.

—Joseph, por favor —comencé a suplicar.

Quería que intensificara el contacto; necesitaba sentir sus labios, sus manos, sus dedos sobre mi cuerpo y la levedad de sus caricias me estaba volviendo loca.

—Dime, mi niña —habló mientras podía notar su aliento sobre mi sexo.

—Por favor... —repetí, intentando acercarlo a su boca sin conseguirlo—. Necesito más —conseguí resumir.

Se deslizó sobre mi cuerpo hasta quedar a la altura de mis ojos. Como

siempre, los suyos eran dos inmensos pozos negros por los que estaba deseando caer.

—Yo también necesito más —susurró sobre mi boca.

Cerré los ojos relajada. ¡Por fin llegaba lo que tanto estaba deseando!

—Necesito mi venganza —prosiguió, interrumpiendo mi ensoñación.

Los abrí y me quedé mirándolo sin parpadear varios segundos. Nerviosa, intenté tragar saliva, pero fue inútil, la muy puta debía de estar en mi entrepierna haciéndose unos largos.

—¿Qué venganza? —Intenté hablar tranquila pero el temblor de mi voz me delató.

Ladeo la cabeza de esa forma tan peculiar, a la vez que esbozaba su sonrisa deliciosamente escalofriante.

—Aprovechas que vas al baño para intentar ligar... —Me besó—. Como no lo consigues, te lamentas de lo que te pierdes mirando al resto de los hombres... —Me volvió a besar con rapidez—. Coqueteas con Leo y no sé qué dices de sus ojos... —Repitió su fugaz beso—. Créeme, todo eso clama una justa venganza. —Y me volvió a besar, esa vez con tal intensidad que paramos a punto de la asfixia.

Él reclamaba su venganza mientras mi cuerpo suplicaba por el suyo, por tenerlo dentro, que me hiciera sentir como solo él lo hacía y poderme correr hasta tener la sensación de estallar, pero, sin dejar de mirarme, me liberó la mano derecha y, para mi asombro, cuando intenté tocarlo, se apartó.

—Tú misma —fue lo único que dijo.

Lo miré sin entender nada. Se dio cuenta de que estaba totalmente desconcertada y, con suavidad, me agarró la mano libre y la depositó con delicadeza sobre mi sexo. Tardé unos segundos en reaccionar, los mismos que en ponerme más colorada que un tomate. Cuando vio mi reacción, sus labios se curvaron, regalándome otra de sus especiales sonrisas.

—Joseph, por Dios... —supliqué intentando, quitar la mano sin conseguirlo, ya que él la mantenía agarrada con la suya—. No puedo... Me da vergüenza —acabé confesando.

—Pues haberlo pensado antes. —Habló rápido mientras, apretando mi mano con la suya, introdujo mis propios dedos en el interior de mi sexo.

No pude evitarlo y se me escapó un gemido. Él notó la humedad en sus dedos y se los llevó a la boca.

«¡Dios!», exclamó en mi interior la Julia desvergonzada, mientras se abanicaba con fuerza para rebajar su calentura.

—Pues tienes una curiosa forma de mostrar vergüenza —dijo mientras paladeaba el sabor que mis jugos acababan de dejar en su boca.

Una nueva oleada de calor llegó a mi cara. Me notaba arder y, cuando a ello se sumó un inoportuno sofoco, tuve la sensación de que mis cejas iban a empezar a echar humo de un momento a otro.

—Joseph, por favor... —protesté débilmente—. Yo nunca...

—Hazlo porque yo te lo pido —musitó sobre mis labios.

Hablaba con voz gutural, cargada de deseo y, a la par que seguía moviéndome la mano para que acariciara mi sexo, empezó a acariciarme los pechos con la punta de su lengua. Me sentía como una marioneta en sus manos hasta que, al volver a introducir sus dedos en el interior de mi cuerpo, una corriente de deseo lo recorrió. Mi mano cobró vida propia, me olvidé de todo, incluso de la vergüenza, y comencé a masajearme el clítoris con los dedos mojados en mis propios jugos. La verdad era que lo había hecho alguna vez, pero en circunstancias más bien penosas, nada que ver con lo que estaba viviendo en aquellos momentos.

Al ver mis maniobras, se apartó ligeramente y me dejó hacer, mirándome sin pestañear. Las aletas de su nariz se movían y su respiración se aceleró visiblemente al ver cómo mi mano se movía con más intensidad, acariciando con cada vez más fuerza un inflamado clítoris. Acerqué mis dedos a su boca y cerró los ojos, saboreándolos con evidente placer; solo con verle hacer eso, pensé que me iba a correr. Miré descaradamente a su pene que, preso de una tremenda erección, se movía solo. Lo agarré con la mano lubricada con la humedad de mi propio sexo, comencé a masajearse y todo el aire salió de su boca en un ronco gemido.

—Julia, no aguanto más. —Jadeó.

Fue apartar el brazo y literalmente saltó sobre mí. Él estaba igual o más excitado que yo y, entre jadeos, introdujo de un golpe su miembro en mi interior, con una embestida tan brutal que toda la estructura metálica se movió. Eché la cabeza hacia atrás, dejando que un largo y profundo gemido acompañara su movimiento mientras mi mano libre agarraba con fuerza las sabanas. Lo cierto era que tenía miedo de que, mi estado de agitación, me llevara a hacer algún gesto que rompiera ese increíble momento.

—Me vuelves loco, lo sabes... —afirmaba con cada embestida.

—Y tú a mí... —contestaba cuando conseguía coger aire.

—Mi niña..., mi niña..., córrete conmigo —susurró jadeante sobre mi boca, mientras sus embestidas eran cada vez más rápidas y más intensas.

Mis entrañas se abrieron de repente en un orgasmo brutal y algo parecido a un estertor salió de mi garganta para refugiarse en la suya. A él le pasó lo mismo y su cuerpo se rompió sobre el mío, corriéndonos el uno en el otro. Cuando paramos, noté el sabor de la sangre en mi boca; era de su labio y lo limpié con los míos. Con rapidez, se incorporó y me liberó por completo, pero frunció el ceño cuando vio como movía el brazo derecho. Lo tenía agarrotado de haberme agarrado a las sábanas con tanta fuerza.

—¿Te duele? —preguntó preocupado, cogiéndome la mano.

—¿El qué? —pregunté.

—Tu brazo —concretó, mirándome serio.

—Créeme, en estos momentos mi brazo está más que satisfecho, al igual que el resto de mi cuerpo. —Despacio, le rodeé el cuello con ellos y lo abracé.

Un dulce gemido salió de su boca y se tumbó a mi lado. Sin romper ese abrazo, apoyé la cabeza sobre su pecho caliente y suave. Me relajaba sentir el rítmico latir de su corazón.

—Late por ti —fue su comentario cuando se lo dije.

Gracias a mi puto nudo de los cojones no pude ni contestar.

—Buenas noches, mi niña, hasta mañana —le oí decir entre sueños mientras sentía sus labios sobre los míos.

—Buenas noches, mi niño. Hasta mañana —respondí sobre su boca.

Cuando abandonó la habitación, no pude evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas.



Capítulo 34

—¿Pero qué problema tienes tú con los regalos?

Sacudí la cabeza sin hacerle caso. Debía ser la vez número cien que teníamos la misma discusión. Estábamos en diciembre, era viernes por la tarde y salíamos de su centro comercial, que ya estaba a rebosar de gente que empezaba a hacer acopio de regalos para las cada vez más cercanas Navidades. Habíamos comido en el elegante restaurante que allí tenían y volvíamos al coche cargados de bolsas. A Joseph le gustaba, de vez en cuando, darse una vuelta por el lugar, y su gusto sería pasearse como un turista o un comprador más sin que nadie lo reconociera, pero lo cierto era que raras veces lo conseguía. En el poco tiempo en que nadie reparaba en él, miraba y observaba todo con ojos escrutadores y a nadie se presentaba. Pero su dicha duraba más bien poco y a los escasos minutos siempre tenía a su alrededor a «algún jefe de lo que fuera»; automáticamente sabía que la visita había terminado. Solamente, muy de tarde en tarde, algún empleado recién llegado no lo reconocía hasta que sacaba su tarjeta, igual a la que me había regalado. Entonces comenzaban a balbucear nerviosos al darse cuenta de que tenían delante a su JEFE, con mayúsculas. Y después salía a relucir el mismo tema; yo me seguía negando a usar la mía y no permitía que me pagara nada, por lo que ya había perdido la cuenta de las veces que había oído esa puñetera frase mientras colocaba las bolsas en el maletero del Cayenne. Me limite a callar, sabía que tenía que esperar a que se le pasara la rabieta, como a un niño.

—Si hasta a mí me gustan —soltó de repente al ver que la conversación había quedado en un punto muerto.

—Pues yo no te he hecho ninguno todavía —objeté tranquila.

—Pues ya estás tardando —protestó mientras golpeaba rítmicamente el

volante con los dedos.

Me eché a reír, me gustaba cuando se enfadaba. Parecía un niño pequeño y, además, así conseguía que se le pasara el cabreo al instante.

—Julia, por favor, estoy hablando en serio.

—Yo también— fue mi respuesta mientras lo miraba sonriendo.

Sacudió la cabeza y calló resignado mientras volvíamos a su casa.

—Los regalos no significan nada, Joseph. —Hablé de nuevo con la esperanza de que me entendiera de una puñetera vez.

—Pues para ti deben de significar algo malo, porque huyes de ellos como de la peste —bufó ya saliendo del coche, una vez llegados al garaje.

—Pues yo tenía pensado regalarte algo por Navidad —dije mimosa mientras subíamos en el ascensor.

Me acerqué y le di un beso. Lo aceptó, pero no se movió.

—Pues no quiero ninguno mientras no aceptes uno mío —protestó enfurruñado, saliendo.

Enfadado, dejó mis bolsas en la sala y se llevó las suyas a su habitación. Ya en la mía, suspiré pensativa, mientras colocaba las últimas adquisiciones en mi renovado armario, y la verdad es que no estaba siendo justa. Sabía que él no me iba a preguntar nada, lo había hecho en contadas ocasiones y lo poco que le había contado había sido por iniciativa propia. Conociéndolo, sabía que no se creía con derecho a preguntar nada solo por el mero hecho de que yo respetaba su deseo de no hacer referencia alguna a su pasado. Y, por increíble que pareciera, aún a costa de morderme la lengua, lo estaba logrando. Tentada estuve, en más de una ocasión, de preguntarle algo a César cuando venía a entrenar con él..., a María..., a Emerson, o incluso a alguno de los demás cuando nos juntábamos toda la manada para comer. Pero no, al final era incapaz de intentar averiguar algo a sus espaldas, y mucho menos poner a sus amigos en una situación violenta. Tenía plena confianza en que, cuando llegara el momento, él mismo me lo diría. Y yo creía que el mío había llegado.

Cuando bajé, estaba hablando con Mark por teléfono en su despacho y, para variar, estaba enfadado.

—Pues hazlo, al fin y al cabo, es de la empresa —le oí decir.

Decidí no entrar, fui derecha a la cocina y preparé dos cafés con leche. El día estaba algo nublado, como yo, en este momento, y decidí que el hielo podía esperar.

—¿Molesto? —pregunté desde la puerta con ambas tazas en la mano.

Estaba pensativo, pero cuando me miró, como de costumbre su gesto cambió, y de inmediato volvió a sonreír.

—No, claro que no, pasa —respondió de inmediato abriendo los brazos.

Sentada en su regazo me dejé abrazar. Noté como aspiraba mi olor y me sentí tan feliz que ya no me parecía tan buena idea lo de mi conversación.

—Joseph, me gustaría... Bueno..., creo que... te debo contar algo. —Callé y di un sorbo al café.

Cuando entraba en la fase de «no-puedo-decir-más-de-tres-palabras-seguidas», de buenas ganas me daría de bofetadas. Me levanté de su regazo y, con la taza en la mano, me dirigí hacia el sofá. Él hizo ademán de seguirme.

—No, por favor. —Con un gesto, lo paré en seco—. Si te acercas y me tocas no seré capaz de hablar.

Muy serio, se sentó de nuevo en su sillón, lo giró y, en silencio, me miró expectante. Yo, nerviosa, tragué saliva con la ayuda de otro sorbo de café. Tenía miedo de que su concepto de mí cambiara tras lo que le iba a contar, pero también sabía que tenía que hacerlo, más por mí que por él. Quería cerrar definitivamente esa puerta, pero, para ello, antes tenía que abrirla. Cogí aire con fuerza y no lo pensé más.

—Conocí a Víctor cuando hacía las prácticas de técnico en un hospital de A Coruña.

Vi como su mirada se endureció al oír ese nombre.

—Era el director general en España de una compañía alemana que suministraba toda la maquinaria necesaria en un hospital: desde un simple estetoscopio o un tensiómetro, hasta la necesaria para hacer resonancias magnéticas, las de rayos equis... Bueno —resumí cogiendo aire—, de todo. Incluso las que usábamos en nuestro laboratorio.

Asintió con la cabeza y, en silencio, tomó un sorbo de café sin apartar los ojos de mí.

—Bueno —proseguí cogiendo aire de nuevo—, pues resulta que el hermano de una compañera trabajaba de comercial para su empresa y había conseguido que el hospital le hiciera una gran compra de maquinaria. La madre de Víctor vivía en A Coruña y, aprovechando que la venía a ver, se dejó caer con él por el hospital. Decía que le gustaba tener una relación personal con los directores de los hospitales. Lo entiendes, ¿no?

Cerró los ojos en clara señal de asentimiento, ya que sabía a lo que me refería; algún regalo..., alguna comida o cena en buenos restaurantes... Todo lo que ayudara a los intereses de la empresa.

Pensativa, quedé unos segundos en silencio con la vista clavada en la taza de café que tenía entre mis manos. Acababa de empezar y ya estaba deseando acabar.

—Pues nada —arranqué de nuevo—, el hermano bajó para hacerle una visita a mi compañera y Víctor bajó con él. Así nos conocimos. —Callé a la espera de alguna pregunta, pero se mantuvo en silencio con la mirada fija en mí, serena y sin pestañear—. No recuerdo que día fue, pero sí que, a la semana siguiente, empezó a mandar al laboratorio todos los días un gran ramo de flores para mí. Te puedes imaginar el revuelo que se montó, estaban todos más emocionados que yo.

Intrigado, arqueó las cejas a modo de pregunta, pero permaneció callado.

—No, no me causó buena impresión cuando lo conocí —contesté a su pregunta pese a no haberla realizado—. Aparentemente lo tenía todo —proseguí desviando la mirada—, era agradable, simpático, guapo, rico... Bueno, en teoría el hombre ideal, pero había algo en él que no me acababa de gustar.

Lo miré de reojo y vi cómo se revolvía inquieto en su sillón; se notaba que la conversación le estaba haciendo tan poca gracia como a mí. Dejé la taza en la mesita, miré al suelo y crucé los brazos, abrazándome por la cintura. Tenía que darme ánimos para seguir hablando.

—En el laboratorio todo el mundo alucinaba. «¡Qué suerte tienes!», «¡no lo dejes escapar!», «¡quién me lo diera a mí!»... Oía esas frases no sé cuántas veces, todos los días de la semana, con cada ramo de flores que llegaba y yo no entendía porque era incapaz de sentir lo que todo el mundo creía que debía sentir. «Estarás contenta», «yo pegaré saltos de alegría»... Todo el mundo me lo decía y empecé a creer que la culpa era mía, que tenía que ser yo la que estaba equivocada.

Volví al silencio y a mi café. Él había apoyado el codo en la mesa y su cara descansaba sobre la palma de su mano. Podía parecer tranquilo, pero nada más lejos de la realidad, nervioso, movía continuamente su pierna derecha.

«¡Dios! ¿Quién me mandaría a sacar este jodido tema? ¡Esto te pasa por bocazas!», me grité a mí misma. «Pudiendo estar en la piscina, estamos aquí, en su despacho, a dos metros el uno del otro y con un monólogo para nada apetecible». Hasta la Julia sensata se estaba tirando de los pelos.

—Resumiendo —proseguí algo agobiada—, apareció de nuevo por el laboratorio el fin de semana siguiente y quedamos para tomar algo.

Rehuí su mirada; me dejaba sin fuerzas para seguir.

—Hablamos mucho, me preguntó por mi vida, si tenía novio, si lo había tenido, por mi trabajo, por mi familia... Él me habló de su trabajo, de su madre, en fin, lo habitual. Al final me dio su teléfono, me pidió el mío y me dijo que volvería la siguiente semana y que le gustaría volver a verme. —Levanté la vista y la clavé en él—. Tenía que haberle dicho que no, porque eso era lo que yo quería, pero le dije que sí. Tenía todas esas frases en mi cabeza y creí que todo el mundo no podía estar equivocado, que la equivocada tenía que ser yo. —Volví a bajar la cabeza, avergonzada de mi propia estupidez—. No es excusa, Joseph, yo elegí y elegí mal. No hice caso a mi instinto. Nunca había tenido pareja y esta parecía llegar envuelta en papel de regalo con un enorme lazo.

Tomé otro sorbo de café, estaba frío, como yo en esos momentos. Me moría de ganas por correr a refugiarme entre sus brazos, pero sabía que si lo hacía sería incapaz de contarle nada más.

—Todo siguió como empezó —fruncí el ceño recordando todo aquello—. Me trataba bien, íbamos a buenos restaurantes a comer o a cenar y me empezó a llenar de regalos, todos buenos y caros.

Arqueé las cejas y lo miré; por su expresión, deduje que se empezaba a dar cuenta a donde quería llegar. Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo y permaneció en silencio.

—Me empezó a llamar al trabajo —proseguí con desgana—. Un día coincidió que estaba en la cafetería y, sin saber bien por qué, le tuve que explicar a un enfadado Víctor que era mi momento de descanso. No pude evitarlo, pero una desagradable sensación de desasosiego se empezó a apoderar de mí, pero la ignoré. Al día siguiente, cuando llegué a trabajar, varias compañeras me llevaron a rastras a una salita donde algunos dejaban sus cosas. Una enorme cafetera con un montón de accesorios estaba allí instalada. «La trajeron ayer por la tarde. Cómo te cuida, no te quejarás», me decía todo el mundo. Teníamos café y leche creo que para un año y cada día llegaba una gran bandeja llena de croissants, bollos, tostadas, galletas... En fin, de todo. —Lo miré y suspiré agotada—. En teoría, una maravilla, en la realidad... no volví a pisar la cafetería —expliqué tensa.

Un silencio incómodo nos envolvió de repente. Prefería que me hiciera alguna pregunta, algún reproche, pero seguía mirándome, en silencio, respetando la distancia que yo misma había impuesto.

—Creo que ese momento marcó un punto de inflexión en nuestra relación. A mí no me gustaba lo que había hecho, pero nadie parecía verlo como yo.

Ninguna de mis compañeras entendía el que yo no valorase todo lo que él hacía por mí —hablé con desdén—. Tantas llamadas, tanto control, a mí me incomodaban, pero siempre oía los mismos razonamientos: «Ojalá mi marido tuviera la mitad de interés», «eso es que te quiere», «cómo puedes dudar con los regalos que te hace»... Esas frases las decían mis compañeros, mi madre y todo el puto mundo —rematé cabreada.

—¿Y tu amiga Isabel? —preguntó de repente.

Lo miré sorprendida. Le había hablado de ella, pero no pensaba que se fuera a acordar.

—Ella había conocido a John y ya se había ido para Las Palmas de Gran Canaria con él. Al principio lo pasó mal, le costó adaptarse y decidí que lo que menos falta le hacía era oír a una pesada que se quejaba por algo que todo el mundo veía como una bendición. ¡Ojalá le hubiera dicho algo! Creo que, con oír solo a una persona dándome la razón, no hubiera seguido adelante —confesé apesadumbrada.

Volví a tomar otro sorbo de café, hice un gesto de asco, el mismo que me daba seguir hablando de él, y me encogí literalmente en el sofá. Estaba deseando acabar con el puto tema de una vez.

—En fin, todo siguió igual y yo llegué a la conclusión de que la equivocada tenía que ser yo. Que, si todo el mundo veía en él a un príncipe azul menos yo, pues era yo la que veía mal. —Suspiré de nuevo y lo miré angustiada—. Joseph, si quieres dejamos este tema —le dije agobiada.

Tenía la esperanza de que me dijera que sí, pero negó con la cabeza y, resignada, tragué saliva, decidida a continuar.

—Así estuvimos unos cuantos meses hasta que, un día cenando, me dijo que quería formalizar nuestra relación, que quería formar una familia y que pensaba que yo era la persona indicada. —Incómoda, volví a tragar saliva—. Había reservado habitación en un hotel y me dijo que allí me estaba esperando su regalo de compromiso.

Conseguí mirarlo y su cara expresaba todo lo que sentía en aquel momento. Nervios, tensión, e incomodidad, mientras su pierna parecía que iba a taladrar el suelo de un momento a otro.

—Y fui —proseguí desviando la mirada—, fui simplemente porque creí que era lo que tenía que hacer.

El puto nudo de los cojones apareció sin previo aviso y dos lagrimones rodaron por mi cara. Hizo ademán de levantarse, pero lo volví a parar con un gesto; sentía que me merecía pasar el mal trago sola, por imbécil, y se volvió

a sentar. Nervioso, empezó a frotarse la frente, con la punta de los dedos. Entonces fui yo la que carraspeó antes de seguir, mientras me limpiaba la cara con la mano.

—Cuando... acabó todo... solo recuerdo que lloré —hablé entrecortadamente—. Me dijo que era normal..., la primera vez..., los nervios... Y me puso una enorme pulsera en la muñeca.

Lo volví a mirar entre lágrimas.

—Te juro Joseph que, salvo dolor, no sentí nada y mi interior se llenó de vacío, soledad, tristeza... y no como pensé que me tendría que sentir en mi primera vez. Simplemente había pasado y ya está. —Volví a secarme la cara y decidí hacerlo como hacía él, cogí el cogí el borde de mi camiseta y la usé a modo de pañuelo—. En el trabajo, más de lo mismo, cuando vieron la pulsera alucinaron y se alegraron tanto que no tuve el valor de decirles cómo realmente me sentía. Mi madre encantada, todo el mundo encantado... ¿De qué me iba a quejar?

Guardé silencio y enfrenté su mirada, estaba pálido.

«Creo que va a tener agujetas en esa pierna un año entero», pensé mientras veía cómo, a la vez, seguía frotándose la frente sin parar.

—Lo malo es que nada cambió —continué con gran esfuerzo—, y siempre era por mi culpa. «No sabes la presión que tengo en el trabajo», «si pusieras un poco más de tu parte», «esto es la vida real», «tenías que haber dado con otro». Siempre ese mismo repertorio cada vez que le decía cómo me sentía. No era nada cariñoso y solamente el primer día que quedamos se interesó por mí y por mi vida, pero nunca más lo volvió a hacer. Lo único importante era él y su trabajo.

Volví a callar. Estaba agotada, física y mentalmente, pero había llegado a un punto sin retorno.

—Un día Isabel me llamó —proseguí, deseosa de acabar—, y me comentó si me interesaba preparar unas oposiciones que había para técnicos en el mismo hospital en el que ella trabajaba y le dije inmediatamente que sí. Tenía un buen contrato en A Coruña, pero si lo lograba, aparte de conseguir tener seguridad económica, se me presentaba como un medio de escape. Pese a sus protestas, las preparé con todas mis fuerzas, tenía todo lo estudiado aún muy reciente y como según él, no podía viajar sola, me acompañó a regañadientes. Pero me dio igual, me presenté y cuando Isabel me llamó para decirme que había aprobado y tenía plaza, vi el cielo abierto.

—Él vivía de hotel en hotel en Madrid, su madre vivía en A Coruña, así

que esto era una buena excusa para romper algo que, en realidad, no existía —proseguí tras un profundo suspiro—. Pero mi sorpresa fue mayúscula porque, cuando se lo dije, estuvo encantado. Yo ya le había dicho que entre nosotros las cosas no iban bien, pero él me prometió que al vivir juntos y estar solos todo iba a ser distinto. La empresa le pagaba lo que él quisiera y empezó a mirar casas para poder irnos cuanto antes y, francamente, lo vi tan ilusionado que pensé que yo volvía a estar equivocada. —Me encogí de hombros—. Todo el mundo volvía a estar encantado, ¿por qué no yo?

Me estaba quedando helada y, nerviosa me froté las manos. Para colmo el café ya estaba congelado y el sorbo que tomé consiguió que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Joseph seguía en un tenso silencio y, durante unos instantes, mi mente se fue lejos, lejos en la distancia y en el tiempo, sin poder evitar que nuevas lágrimas de dolor aparecieran una vez más.



Capítulo 35

—Pero lo cierto es que todo fue a peor —continué—. Creo que el verse solo no hizo sino potenciar su auténtica forma de ser y, de repente, todo lo que hacía estaba mal. No vestía bien, unos días no me arreglaba lo suficiente, otros días me arreglaba demasiado. No debía ponerme faldas, «tienes las piernas demasiado delgadas», lógicamente, adiós también a los pantalones cortos, «tienes demasiado pecho para estar tan delgada», pues adiós a la ropa algo ceñida y hola a blusas flojas y pañuelos grandes al cuello, «tienes los pies demasiado pequeños»...

Los latidos de mi corazón se dispararon con solo pensar en lo que le iba a contar y, tras tragar inútilmente la saliva para hacer desaparecer el puto nudo de los cojones, me mantuve en silencio unos segundos.

—Esa fue la primera vez que... —lo miré angustiada mientras él, desde su mesa, se inclinaba hacia delante en un vano intento por acercarse a mí— me pegó —conseguí decir.

Fue decirlo y, escondiendo la cara entre mis manos volví a llorar. Me sentía avergonzada por lo que había vivido y, luego, por tener que contarlo. De repente lo sentí a mi lado y, sin decir nada, me envolvió en un cálido abrazo mientras tenía la sensación de que mi llanto se podía oír por toda la casa. Toda la rabia y toda la vergüenza volvieron a mí y pugnaban por salir entre gritos y sollozos. Estaba tan fuera de control que no fui consciente que me había sentado en su regazo y me mecía con suavidad.

—Mi niña, mi niña... —me susurraba con dulzura.

Cerré los ojos y respiré aliviada. Lo único que necesitaba oír era que seguía siendo su niña.

—Fue por unos zapatos —conseguí decir cuando me tranquilicé—, por

unos putos zapatos. A él le gustaban de tacón alto y de punta muy fina y a mí ya sabes cómo me gustan. Teníamos una cena —continué después de que Joseph me limpiara la cara con su camisa—, y se empeñó en que llevara unos que me había comprado. Le dije que no, que me apretaban los dedos, que me molestaban y me dio una bofetada tan grande que no pude ir a la cena. Cuando volvió —proseguí tras coger aire— me pidió perdón, me dijo que estaba nervioso por todo lo del cambio, pero que la culpa era mía por haberle contestado así.

Sentía la boca de Joseph en mi pelo y, pese a no verle la cara, podía notar su tensión. Paradójicamente, la mía había desaparecido casi por completo, una vez que había empezado a hablar, me era más fácil seguir.

—Hubo varias como esa —continué con la cabeza hundida en su cuello—. Por los motivos más absurdos o por cualquier estúpida excusa, y después siempre lo mismo: un regalo caro y unas disculpas envueltas en que yo era la causante de la situación. «Si no me contestaras así», «si hicieras lo que te pido», «tú no me entiendes», «si no fuera por mí»... Todo eso tenía que oírlo una y otra vez —rematé dolida.

—¿No se lo dijiste a nadie? ¿Nunca nadie vio nada? —preguntó mientras me acariciaba.

—¡No! ¡Me moría de vergüenza solo de pensarlo! —exclamé—. Además, ¿quién lo iba a creer? Fuera era encantador, generoso, amable y... ¿los golpes de Julia? Es que andaba por casa sin gafas..., es que es soy muy despistada..., no vi que estaba la ventana abierta..., tropecé con el sofá y caí... ¿Sabes?, llegó un momento, que empecé a creer mis propias mentiras.

Volví al silencio, solo que esa vez arropada por su calor y por su cariño.

—Siempre era lo mismo. —Cogí aire y continué—. Pasaba una temporada más tranquilo, regalos, comidas en buenos restaurantes..., hasta la siguiente vez. —Cerré los ojos cansada—. Un psicólogo del hospital debió de sospechar algo, porque un día que yo había «vuelto a tropezar», lo vio cuando me venía a buscar y le dijo lo que pensaba. Por supuesto, lo negó y yo no me atreví a decir la verdad y mentí. A los pocos días fue cesado. —Agotada, volví a suspirar antes de continuar—. Hacía tiempo que había tomado la decisión de dejarlo, pero siempre pasaba algo que me hacía flaquear: volvía a pedirme perdón, volvía a encontrar alguna excusa, volvía a hacerme creer que la equivocada era yo... y un día decidió que un hijo arreglaría todos nuestros problemas. Francamente —continué con tono resignado—, ni se me había pasado por la cabeza ser madre, pero pensé que por lo menos tendría alguien

que me quisiera y me necesitara. —Carraspeé para poder seguir hablando, ya me estaba pareciendo a él—. Lo contradictorio era que nuestra vida sexual prácticamente no existía. Afortunadamente, se acordaba muy de tarde en tarde y nunca sentí nada al hacerlo con él.

—¿Nunca...? —fue su inacabada pregunta.

—Nunca, Joseph, te juro que hasta que llegué aquí nunca había sabido lo que era tener un orgasmo. Con él era incapaz de sentir nada —proseguí rápido para no perder el valor—. Al principio se lo decía hasta que me cansé de hacerlo. Total, la culpa siempre era mía —razoné encogiéndome de hombros—. Tuve que llegar aquí, contigo... —se me quebró la voz cuando me besó el pelo— para darme cuenta de que la culpable no era yo. ¿Cómo iba a sentir algo con una persona que no me hacía caso, ni cinco minutos antes ni cinco después? Sin un beso, sin una caricia... Nunca nada, hasta que tú apareciste. —Callé otra vez a punto de llorar.

Me levantó la cara y me besó con ternura; se dio cuenta de que era lo único que necesitaba.

—Un día —continué tras el reconfortante beso— tenía una cena de empresa a la que quería que fuera, pero llevaba todo el día encontrándome mal y le dije que no me apetecía ir. —Fruñí el ceño al recordar ese momento—. La casa era de dos plantas y estábamos hablando en lo alto de la escalera; me dio una bofetada y caí rodando por ellas. No recuerdo más hasta que, al día siguiente, desperté en una clínica de un amigo de él. Había tenido un aborto. La versión oficial —dije con amargura— fue que él había llegado a casa y me había encontrado tirada en medio de un charco de sangre y me habían tenido que hacer un legrado de urgencia. Fin de la explicación —rematé cansada.

—Lo siento Julia, siento que hayas tenido que pasar por todo eso —susurró cariñoso mientras me acariciaba.

—Vino mi madre a cuidarme unos días —continué deseando acabar con la puta historia y también con la sensación de llevar hablando dos días seguidos—. Se acercaban las Navidades y le pedí que las pasara conmigo. Sabía que así él se iría a casa de la suya.

—¿Le contaste algo? —preguntó con premura.

—No, le dije lo mismo que se había dicho en la clínica. Además, no la vi bien, no tenía buen aspecto y como ya me encontraba mejor, opté por llevarla al hospital donde yo trabajaba y hacerle un buen chequeo.

—Desde el primer momento todo pintó mal y, cuando hablé con el médico,

me dijo que no quedaba mucho tiempo. Un cáncer de ovario muy avanzado y con demasiadas metástasis.

Pensativa, guardé silencio unos segundos. Él esperó paciente mientras besaba mis manos, intentando consolarme.

—Dadas las circunstancias, pasamos las Navidades como mejor pudimos. Todas mis fuerzas destinadas a dejar a Víctor desaparecieron para dedicárselas a mi madre y, por primera vez, estuvimos realmente unidas. —Suspiré triste antes de seguir hablando—. Cuando Víctor volvió, no le agradó que yo hubiera decidido que mi madre se quedase con nosotros, pero, dadas las circunstancias, y quizás porque se sentía culpable por lo que había pasado, no le quedó más remedio que ceder. Eso sí, me trajo de regalo un tremendo reloj de oro. —Torcí el gesto—. Era horrible, de marca y carísimo, pero francamente horroroso. —Hundí de nuevo la cabeza en su hombro y me abrazó con fuerza. Respiré tranquila; estaba en el lugar más seguro del mundo.

—En febrero murió —proseguí con lenta agonía— y tuve que ir a A Coruña a resolver todo el papeleo. Vendí el piso y me volví completamente decidida a mandar a Víctor a la mierda. Cuando llegué tenía a mi jefe, Carlos, de los nervios. Hacía algún tiempo que sabía que tenía un pequeño un nódulo en la mama y, quizás por lo ocurrido con mi madre, quería que me lo quitara antes de marcharme, pero le dije que no, que lo haría a la vuelta. La verdad es que estaba tranquila ya que me habían hecho varias mamografías y ecografías con un claro diagnóstico de benignidad. —Lo miré y conseguí sonreír por primera vez desde que empecé la maldita conversación—. Al final, por no oírlo, me lo quité y... bueno, ya sabes el resto. Pasó lo que ya te expliqué. —No tenía ganas de volver a hablar del tema y suspiré cansada.

»Tuve que centrarme en salir adelante, por lo que el tema de Víctor volvió a quedar aparcado. Cuando se enteró, fue muy considerado —hablé con amargura— y se cambió a otra habitación. «Para no molestar», fue lo que me dijo. La verdad, no me importó —continué arrebujándome entre sus brazos—, al contrario, agradecía el verlo lo menos posible para no ver así su cara de rechazo y ver como continuamente volvía la cabeza para mirar hacia otro lado. Gracias a Isabel, que no me dejó sola ni un momento, fue todo más llevadero. —Suspiré de nuevo—. Y, cuando me di cuenta había acabado todo, ya me habían operado, la quimio había quedado atrás, el pelo volvía a crecer y empecé a trabajar de nuevo. Necesitaba que mi vida volviera a su ritmo normal, necesitaba sentirme feliz... y eso implicaba el retomar la idea

de dejarlo.

Tenía la boca seca de tanto hablar. Lo cierto era que no recordaba haberlo hecho tanto en toda mi vida.

—Era domingo y coincidimos en la cocina tomando un café. Mi idea era aprovechar ese momento para hablar con él, pero antes de que pudiera hacerlo me dijo que llevara sus cosas, de nuevo, a nuestra habitación. Recuerdo haberlo mirado unos instantes y, tras dejar la taza de café sobre la mesa, un rotundo no, grande como el mundo, salió de mi boca. Me miró estupefacto, sin creer lo que acababa de oír y su reacción fue darme una bofetada.

Noté cómo Joseph contuvo el aliento, pero se mantuvo a la espera, sin preguntar nada.

—Y yo, con todas mis fuerzas, se la devolví. —Hablé con firmeza, a la espera de su reacción.

Guardó un prudente silencio; me conocía lo suficiente para saber que tenía que estar al límite para reaccionar así y, simplemente, me abrazó con más fuerza.

—Creo que, en ese momento, descargué toda la rabia que había acumulado durante tanto tiempo y, lo cogí tan de sorpresa, que tiré con él. Créeme Joseph, no sé si hice bien o mal, y a veces pienso que me rebajé a su nivel —continué tras un largo suspiro—. Lo que sí te digo es que, en ese momento, lo vi como realmente era, un cobarde y un hijo de la gran puta. —Volví a respirar hondo antes de seguir—. Y le dije que, tan pronto encontrara dónde vivir, me iba y lo amenacé, diciéndole que, si me volvía a tocar, lo mataba.

—¿Y él qué hizo? —se atrevió a preguntar.

—Pues, curiosamente, fue la época que mejor me trató y cambió tanto que no parecía el mismo. —Me quedé pensativa durante unos instantes—. Me pidió perdón e intentó arreglarlo, pero ya era demasiado tarde. Ya había encontrado un apartamento y estaba a punto de irme cuando tuvo el accidente y... —Volví a guardar silencio recordando cómo me había sentido—. Tuve la sensación de que el destino me había arrebatado mi justa venganza, que hubiera sido que él viera como yo salía adelante y conseguía ser feliz sin él —pensé en voz alta.

—Y ese accidente, ¿cómo fue?, ¿ibas con él? —me preguntó, tras unos momentos de forzado silencio.

—No —respondí de inmediato—, habíamos quedado para comer con mi amiga Isabel y su marido. Ellos aún no sabían nada y yo quería decírselo en

persona. Él siempre venía de mala gana y me extrañó que esa vez quisiera ir; supuse que tendría miedo de lo que les pudiera contar. Lo cierto es que ya me daba igual lo que él hiciera. —Indiferente, me volví a encoger de hombros—. El caso es que llamó para decirme que se había encontrado a su secretaria y que la iba a llevar a casa, pero que no iba a tardar. ¿Sabes? —Lo miré triste—. Era la primera vez que me daba explicaciones de algo, pero llegaban demasiado tarde. —Apoyé la cabeza de nuevo en su hombro, agotada y deseando acabar—. Cuando estábamos comiendo me llamaron del hospital y, al llegar, vi a mi jefe, que me estaba esperando. Un camión no había hecho un stop y se los llevó por delante. El impacto fue del lado de Víctor y creo que ni se enteró. Ella tuvo más suerte, un brazo roto y alguna herida sin más importancia.

Noté sus labios en mi pelo y cerré los ojos reconfortada por aquel cariñoso gesto.

«Ya falta menos», pensé dándome ánimos.

—Me encargué de todo sin sentir nada. Solo quería que el tiempo pasara lo más rápido posible y enterrar mis recuerdos con él. Vino su madre a buscarlo. —Volví a suspirar—. Y pese a que nunca nos llevamos demasiado bien, me dio pena. Por suerte, nunca sabrá como de verdad era su hijo. Más o menos, a los quince días de su muerte, me llamaron de su oficina para ir a recoger sus pertenencias. Tenía un traje y una camisa por si se tenía que cambiar y poco más. Pero en el traje encontré un pen, lo abrí en mi ordenador y... —Tragué saliva para poder seguir hablando—. Me sentí la persona más estúpida del mundo. Estaba lleno de fotos..., de correos... y todo era una mierda —exclamé enfadada—. Algunas hasta eran conocidas, mujeres de amigos, ya me entiendes. —No tenía ganas ni de explicárselo—. Las últimas fotos eran con su secretaria, con la que había tenido el accidente. Y me hundí, Joseph, me hundí en la más absoluta miseria. —No pude evitar el empezar a llorar de nuevo—. Me hizo sentir estúpida, imbécil, humillada y que no valía absolutamente para nada. El resto, más o menos, ya lo sabes. Hasta que llegué aquí, me limité a sobrevivir —conseguí decir entre sollozos.

—Tranquila, mi niña, tranquila. Todo eso ya quedó atrás, yo conseguiré que lo olvides... —susurró cariñoso mientras me abrazaba.

Temerosa de oír algún reproche, respiré aliviada al ver que, en vez de cuestionar mi comportamiento o mis reacciones, se limitó a consolarme; justo lo que yo necesitaba.

—¿Ahora me entiendes? —le pregunté cuando conseguí parar de llorar—.

¿Ahora entiendes por qué no necesito regalos?

Me miró sin entender y, cogiendo su cara entre mis manos, lo miré emocionada.

—Esto para mí tiene más valor que la joya más cara, Joseph. Cada vez que me miras así, cada vez que te preocupas por mí, eso para mí es el mejor de los regalos. Soy completamente feliz desde que estoy aquí y es por ti. —Lo besé con ternura—. ¿No te das cuenta de que eres lo único que necesito?

No necesité seguir hablando. Me besó con fuerza y con él mi dolor desapareció. Todo volvía a estar bien y yo volvía a ser feliz.

—¿Puedo abrazarte? ¿De verdad...? —pedí llorosa.

Noté como se ponía tenso, pero no lo dudo y asintió. Lo abracé con todas mis fuerzas y él me correspondió. Su respiración se agitó, pero no lo rompió. Podía notar los latidos acelerados de su corazón, pero seguimos así hasta que se relajó y, entre lágrimas, lo miré sonriendo mientras me limpiaba los mocos con su camisa.

—¿Ves? Esto para mí es el mejor de los regalos —le expliqué.

—De todas formas, prométeme que me dejarás hacerte algún regalo esta Navidad. Y yo quiero alguno —pidió cariñoso, mirándome como solo él me mira.

—De acuerdo, pero no te pases —accedí sonriendo.

Estaba feliz tras haber soltado todo el lastre que tenía. Me había costado abrir esa puerta, pero por fin había logrado cerrarla.



—¿No te quedaste con ningún regalo? —preguntó más tarde, cuando nos disponíamos a cenar.

—No, con nada. Cuando vino su madre le di todo. No quería nada de él, ni sus regalos, ni su dinero ni nada —asegué enfadada.

—Creo que hiciste bien —habló satisfecho mientras ponía la mesa.

—Bueno, lo cierto es que lo único que conservé es este reloj —rectifiqué enseñándole mi muñeca.

Lo miró y, molesto, frunció el ceño.

—Lo olvidé por completo, Joseph, te lo aseguro. Además, este lo elegí yo; no sabes lo que me costó convencerlo para poder cambiarlo por el que me había regalado él.

—¿Puedo verlo? —preguntó tendiendo la mano.

—Pues claro, pero no tiene nada especial —expliqué mientras me lo desabrochaba y se lo daba.

Lo cogió entre sus manos y lo miró con calma.

—Es bueno —sentenció.

—Será —respondí indiferente, poniendo los platos en la mesa.

—¿Te gusta mucho? —me preguntó ladeando la cabeza de esa manera especial.

—Joseph, es un reloj...

No pude seguir hablando. Me quedé muda al ver mi reloj en el suelo hecho añicos tras dejarlo caer y darle un rápido y fuerte pisotón.

—¡Joseph! —intenté mantenerme seria, pero me fue imposible y no pude evitar sonreír.

Me miró con sus ojos grandes, abiertos como platos y sin pestañear. Frunció los labios y puso cara de pena. Parecía un niño al que se le caza haciendo alguna trastada.

—Se ha roto —explicó lo evidente, mirándome con ojos de cordero degollado.

—No, no se ha roto, lo has roto tú —puntalicé con los brazos cruzados, procurando parecer enfadada.

—Fue sin querer —musitó mientras se acercaba a mí con la cabeza gacha.

No aguanté más y empecé a reír. Con las manos agarradas y mirándome de esa manera no me quedó más remedio. Él esbozó una gran sonrisa y, tras apresurarse a tirar los restos de mi reloj, me besó.

—Mañana compramos uno —comentó al empezar a cenar.

No se me escapó el plural; seguía pensando que le iba a decir que no si me lo intentaba comprar él.

—No, de eso nada, quiero que me regales uno —objeté tras engullir un buen trozo del solomillo.

Su tenedor se quedó a medio camino hacia su boca.

—¿Estás segura? —preguntó incrédulo después de semejante disertación.

Asentí mientras masticaba.

—Estupendo —empezó a hablar eufórico—, tenemos relojes de todas las marcas y...

—Quiero el tuyo —interrumpí—, quiero tu reloj.

Su tenedor volvió a quedar en el aire.

—¿Mi reloj? —repitió, creyendo no haber entendido bien.

Lo mire sonriendo.

—Sí, el mismo que tienes puesto en la muñeca. Vamos, lo que comúnmente se dice «tu reloj» —me burlé.

Lo miró como si se acabara de dar cuenta de que lo llevaba puesto.

—Pero este es un reloj de mi firma, básico, los hay mucho mejores...

—Quiero tu reloj —insistí entornando los ojos—. ¿No querías hacerme un regalo?, pues ya sabes —ratifiqué apuntándolo con mi cuchillo.

—Pero es de hombre y te quedará grande, en tal caso tenemos los de mujer...

—¿Qué parte de la frase «quiero tu reloj» no has entendido? —le expliqué mientras me metía en la boca él último trozo de solomillo, a modo de recompensa—. Que yo sepa, las correas se pueden adaptar, aunque supongo que ya lo sabes. —Ladeé la cabeza mientras esbozaba la mayor de mis sonrisas.

—Está usado, Julia —desanimado, lo intentó otra vez.

—Por eso me gusta, es tuyo y por eso es el reloj que quiero, fin de la discusión. —Me levanté y zanjé la disputa con un fuerte beso.

Ambas cosas eran totalmente ciertas. Me gustaba ponerme sus cosas, hacía que me sintiera mejor y su reloj me encantaba. Simple, sencillo: una esfera negra con una más pequeña en su interior, la del segundero, y una sencilla correa de piel con cierre plegable, igual de elegante que él. Las iniciales de su empresa JLM eran el único adorno tanto en el interior de la esfera como en la correa.

—Está bien, me rindo, mañana vamos a que te lo adapten. ¡Pues vaya regalo! —cedió al fin mientras me mantenía abrazada.

—No, el regalo me lo vas a dar ahora. —Coqueta, levanté la mirada hacia él mientras besaba su pecho a través de su camisa llena de mocos.

Su mirada cambió y se volvió líquida, como mi interior. Nos besamos larga y apasionadamente hasta tener que parar para respirar, pero su lengua ya había despertado hasta el último rincón de mi cuerpo y mis bragas estaban notando sus efectos.

—Ese regalo ya es tuyo, y para siempre —habló ronco a mi oído.

Todo mi cuerpo se estremeció de gusto, cerré los ojos y me dejé llevar en sus brazos a «mi/su» habitación.



Capítulo 36

No sé por qué, pero aquel día me hormigueaba mucho el brazo derecho, y lo moví intentando hacer desaparecer esa desagradable sensación. Bajábamos en el ascensor y se percató de mi gesto.

—¿Te duele? —preguntó preocupado.

—No, es más bien un hormiguelo —le expliqué.

—No será por...

—No, tranquilo, ya me pasaba antes —dije cambiando el bolso de hombro.

No le dejé acabar, sabía a lo que se refería; las cintas aún permanecían colgadas en la cama.

—Anda, trae, que eso pesa una tonelada.

Y, agarrando con mucho salero mi bolso, se lo puso al hombro.

Sonreí.

—¿Ves? Me acabas de hacer un regalo. —Y le di un beso a cambio.

Estábamos en su joyería y la verdad era, que tenían unas joyas preciosas en todos los sentidos. Hasta a mí, que no soy de collares, ni pendientes ni nada de eso, me dejaron impresionada. Eran unos diseños que deslumbraban por su sencillez, y yo las contemplaba mientras un atónito empleado no acababa de entender lo que Joseph le estaba pidiendo:

—Quiere este reloj —fue su única explicación mientras tomaba la medida a mi muñeca.

La tengo tan pequeña que casi sobra media correa. No dijo nada, pero vi como desviaba su mirada hacia una elegante vitrina en la que lucían unos relojes preciosos que ni miré. Yo estaba feliz con mi «nuevo» reloj.

—Voy a echar un vistazo por ahí —le dije a Joseph mientras esperábamos a que lo adaptaran.

Fui directamente a la tienda de perfumes. En mi memoria había quedado grabado un olor desde que una vez acompañé a Víctor a comprarse uno. Lógicamente, a él no le gustó, no era lo suficientemente caro. De momento, solo quería ver si lo tenían y casi doy saltos de alegría al comprobar que sí. Mojé una tira de prueba para confirmar mi recuerdo olfativo y, acercándomela a la nariz, cerré los ojos percibiendo ese sutil aroma. Respiré satisfecha; había encontrado su olor.

Cuando volví, ya tenían todo listo. Joseph con un reloj nuevo puesto, igual al anterior y el mío envuelto como si también fuese de estreno. Camino del coche iba sacudiendo la cabeza como un perro.

—Es el regalo más extraño que he hecho en mi vida —decía mientras me miraba sonriendo—. Al final, yo salgo con un reloj nuevo y tú...

—Y yo salgo con lo que yo quiero, aunque de momento sigo sin reloj —bromeé, pues aún estaba dentro de la caja.

Tan pronto entramos en el coche me miró serio con «su/mi» reloj de regalo en la mano.

—He grabado algo en la parte de atrás —empezó a decir mientras lo desenvolvía.

Lo miré ansiosa por saber lo que había puesto.

—Viniendo de ti, seguro que algo precioso. —Extendí la mano para poder leerlo.

—Quiero que me prometas una cosa —pidió serio, con el reloj entre sus manos.

—Tú dirás —respondí presa de la intriga.

—Que no lo vas a leer hasta que yo te lo diga —pidió manteniendo firme su mirada, y sin soltar el reloj.

—¡Venga, Joseph, no me hagas esto! —protesté—. Además, si es para mí, creo tener derecho a saber que pone.

—Lo sabrás, te lo prometo, pero ahora no, Julia. Te lo estoy diciendo en serio —advirtió ante mi cara de «tan pronto me lo des lo voy a leer»—. Prométemelo —insistió.

Lo noté preocupado y mi risa se esfumó. No sabía lo que había puesto, pero, por lo visto, para él debía ser importante que yo le hiciera esa promesa.

—Está bien, Joseph —lo tranquilicé—, te prometo que no lo leeré hasta que tú lo digas.

Extendí el brazo para que fuese él el que me lo pusiera, así lo hizo y acerqué mi mano a la suya. Eran idénticos, solo que en la mía parecía un reloj

mucho más grande, y lo miró dubitativo.

—Me encanta, no podría tener un regalo mejor —dije extendiendo mi brazo, orgullosa.

Su cara se iluminó; me cogió la mano y con dulzura me besó las puntas de los dedos.

—Gracias —habló sobre ellos sin apartar sus ojos de mí.

—De nada, por ti lo que haga falta y más —respondí de igual forma.

Y mis pulmones se llenaron de felicidad.



¡Cómo pasaba el tiempo! Sin darme cuenta, estábamos casi en Navidad y, por primera vez en mucho tiempo, tenía ganas de celebrarla, y eso que aún no habíamos vuelto a hablar nada del tema. Estábamos a jueves dieciocho de diciembre; el día siguiente era el último día de trabajo antes de que empezaran nuestras ansiadas vacaciones, pero yo no sabía lo que él quería hacer y aún estaba pendiente ese dichoso viaje que tenía que hacer a Brasilia.

«¡Hay que joderse!», mascullé para mis adentros presa de la más completa ignorancia.

Como era la única de los extranjeros que se quedaba, me ofrecí para ir zanjando algunos temas que quedaban pendientes referentes al traslado del material a nuestro nuevo laboratorio que, a la vuelta, ya iba a estar listo para su uso. Los demás estaban todos afanados en hacer las maletas y habían entrado en la típica fase de compras compulsivas. Hasta el comedido Ihab se había lanzado a comprar los clásicos regalos que después nadie sabe dónde poner, y me alegraba verlo tan contento. Era normal, hacía un montón de tiempo que no veía a su familia y, para colmo, siempre estaba en un sinvivir y pendiente de las noticias, consecuencias de tener a tu familia viviendo en Palestina.

Por ello había decidido quedarme a comer en el hospital, así podría hacer dicho traslado en cajas para, posteriormente y aprovechando la ausencia de Joseph, irlo colocando todo en su nuevo lugar. Así, cuando regresara, todo estaría preparado para empezar a trabajar en nuestro propio laboratorio.

Sabía que al día siguiente, mis compañeros solo estarían pensando en irse y, cuando, a la hora del café llame a Joseph y le comenté lo que tenía pensado hacer, me dijo que lo esperara; vendría a comer conmigo. Colgué con una

sonrisa tan grande que no me cabía en la cara.

Cuando llegamos a la cafetería del personal pasaban las cuatro de la tarde y apenas quedaba gente. Estaba contenta y fuimos directos a sentarnos en la última mesa; él, como siempre, de espaldas a la pared. Me gustaba verlo en mi ambiente, donde yo me movía más segura y más cómoda, pero no había más que mirarlo para percibir que él no se sentía igual. Cuando teníamos delante nuestros platos combinados no pude más.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunté intentando hablar bajo.

—Nada —contestó ausente revolviendo la comida que tenía en el plato—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Será porque no has abierto la boca desde que llegamos?, ¿será porque estas mirando el plato de comida como si fuera un agujero negro? —paré de hablar un instante y lo miré fijamente—. ¿Sigo?

Suspiró y me miró triste y serio.

—¡Por el amor de Dios, Joseph! ¿Me quieres decir qué puñetas te pasa? —insistí intentando contener mi tono de voz.

Su tosecilla y carraspeo me indicaron que iba a decir algo que le resultaba complicado.

—Te resulto patético, ¿verdad?

Pesé a que lo soltó de repente, me di cuenta de que lo había pensado bien y sus ojos se clavaron en los míos intentando taladrar mis pensamientos con su mirada. Su cara denotaba tensión y un tremendo cansancio, lo cual no me extrañó, la noche había sido especialmente dura.

—¿Qué estás diciendo?! ¿Se puede saber de qué hablas?! —exclamé y pregunté a la vez, intentando contener el volumen—. Además, ¿a qué viene todo esto?, ¿ahora?, ¿y aquí? —Hacía pregunta tras pregunta mientras mi cabeza andaba a cien.

—Tú no puedes ser feliz así, Julia —habló tenso, pero no pudo evitar que le temblara la voz al decirlo.

De repente, mi mundo se paró y lo miré incapaz de articular palabra. Tenía las manos apoyadas en la mesa y la espalda pegada al respaldo de su silla; parecía querer poner distancia entre los dos. Solo sé que las mías empezaron a temblar y noté ese nudo en el estómago que hacía tiempo que no sentía. Miré nerviosa a mí alrededor, no quería que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero mis ojos se llenaron de lágrimas y el aire escapó de mis pulmones.

—¿Quieres... —no era capaz ni de decirlo— ... dejarme? —Mi voz fue un

hilillo bajo y tembloroso, pero tuve la sensación de que el mundo se congelaba esperando su respuesta.

—¿Qué?! —exclamó y, horrorizado, se echó hacia delante agarrándome de las manos. —¿Qué dices?! No, Julia. ¡Por Dios! ¿Cómo puedes pensar eso? No lo pienses ni por un segundo —insistió ante mi más que evidente cara de angustia.

Aún temblando, me solté y apoyé la cabeza entre mis manos. Mi respiración estaba totalmente descontrolada y dos gruesos lagrimones resbalaron por mi cara. Ni yo misma esperaba sentir el terror que había sentido ante la perspectiva de que lo nuestro acabara. Seguía sin poder articular palabra y mi corazón había decidido entrar en taquicardia; en un segundo todo mi mundo había desaparecido y ahora necesitaba alguno más para conseguir tranquilizarme. Sin importarle darle la espalda a la gente, se levantó, se sentó a mi lado y, pasándome el brazo por el hombro, me atrajo suavemente hacia él.

—Lo siento, Julia, lo siento, mi niña... —me susurraba una y otra vez—. Ni lo pienses un instante... Yo sin ti...

Su voz empezó a temblar y no pudo acabar la frase; me di cuenta de que él sentía el mismo terror que yo ante esa perspectiva.

—No, Julia, por Dios. Perdóname, no me supe explicar.... Si ese es, precisamente, mi miedo.

Guardó silencio y, manteniendo el abrazo, me besó el pelo con suavidad, intentando tranquilizarme.

—Entonces, ¿se puede saber qué te pasa? ¿A qué viene esto ahora y aquí? —El enfado había sustituido al tremendo susto que me había llevado.

Volvió a besarme el pelo antes de volver a su sitio. Me agarró las manos y me miró fijamente.

—Julia, dime la verdad, ¿eres feliz? —Se paró pensando la palabra adecuada—. ¿Te hago feliz?

En sus ojos había un tremendo miedo a mi respuesta, pero aun así tenía necesidad de saberlo. Yo ya estaba más tranquila, tanto que tenía ganas de mandarlo a la mierda por el susto tan grande que me había dado; pero lo miré y sentí tristeza al verlo así.

—Joseph —empecé a hablar con calma, pensando bien lo que iba a decir —, sé que tenemos una relación digamos especial. Hay muchas cosas que me gustaría saber de ti y algún día espero saber. —Volví a meditar mis palabras mientras él me miraba sin pestañear—. Sé que tienes un pasado que

condiciona tu presente y confío que algún día se solucione. —Le tiré de las manos y se las besé—. Pero también has sido sincero desde el primer momento y eso para mí ha sido fundamental. —Lo miré unos segundos sin parpadear, igual que él a mí, y ambos contuvimos la respiración—. Créeme, Joseph, cuando te digo que soy muy feliz, como nunca lo fui en mi vida.

Noté como todo él se relajaba; cerró los ojos unos segundos y cuando me volvió a mirar todo su miedo había desaparecido. Me besó las puntas de los dedos con suavidad, a sabiendas del efecto que producía en mí.

—De eso nada —protesté vivamente, apartando las manos—. Ahora mismo me vas a explicar a qué ha venido todo esto. —Me callé a la espera de su respuesta.

Guardó silencio, pero lo miré obstinada; necesitaba una explicación.

—¡Por el amor de dios, Julia! —soltó de repente—. ¿Cómo crees que me siento cada día cuando subo a tu habitación?

No dije nada; le tocaba hablar a él y, tras coger aire, prosiguió.

—¿Tú sabes lo que siento cada vez que subo esas escaleras? —escupió las palabras como si le quemaran la boca.

—Joseph..., no...—intenté decir algo, pero no me dio tiempo.

—Una tremenda angustia y un miedo enorme. —Bajó tanto el tono de voz, que casi ni se oyó, y hasta a él le dolió el decir eso.

—¿De qué? —pude preguntar.

—¿De qué? —repitió alterado—. ¿De qué va a ser, Julia? —La tosecilla y el carraspeo encendieron mis alarmas—. Pues de que un día abra esa puerta y ya no estés, de que te hayas ido. —Siguió de tirón—. De que te canses de esta ridícula situación. —Calló unos segundos y bajó los ojos avergonzado—. Tengo cuarenta años, por favor, y me es más fácil tomar la decisión de comprar una empresa que la de dormir contigo. —Me miró, enfadado consigo mismo—. Si ya no soy capaz ni de comer en casa si tú no estás. —Soltó con fuerza el tenedor sobre la mesa—. Esto es patético, Julia, soy patético, patético...—remató murmurando estas palabras para sí mismo hasta quedarse en el más completo silencio.

Me quedé mirándolo unos instantes; por mí lo hubiera abrazado y besado hasta cansarme, pero él había tenido la brillante idea de tener esta catarsis en la cafetería del hospital.

—Joseph, mírame, por favor —pude decir tras un largo silencio—. Por favor —insistí apretando sus manos suavemente y mirándolo con ternura.

Cuando levantó sus preciosos ojos y me miró, volví a quedarme sin

respiración. En ellos vi mucho miedo y vergüenza, parecía un niño perdido y asustado que no sabe ni hacia dónde va. Se me puso un nudo en la garganta y también tuve que carraspear para poder hablar.

—Joseph, te prometo que eso jamás, «jamás» —recalqué con todas mis fuerzas esa palabra—, va a pasar. Siempre me tendrás ahí esperando a que abras todas tus puertas. —Tuve que parar de hablar pues mi labio superior empezaba a temblar—. El día que lo consigamos será el día más feliz de mi vida, pero, mientras tanto, seguiré esperando y esperaré el tiempo que haga falta. —Suspiré y besé sus manos de nuevo—. En la vida me cansaré de decirte que nunca, nunca, fui tan feliz como lo soy ahora, y lo soy gracias a ti.

Su mirada seguía clavada en mí, pero noté como su nerviosismo se apaciguaba.

—Mira —proseguí ante su silencio—, estoy desando que llegue el día en que me despierte a tu lado. Pero también sé que si no lo haces es porque, sea por lo que sea, crees que de momento no puedes o no debes. Pero también sé que lo estás deseando..., ¿o no?

Esperé su respuesta, que fue inmediata.

—No sabes cuánto —susurró con el ceño fruncido.

—Pues, entonces, ese día llegará y, mientras tanto, esta Julia no se va a ir a ningún lado. Ni ahora ni nunca —afirmé rotunda.

—¿Me lo prometes? —insistió de nuevo, mirándome con tal cara de angustia y preocupación que hasta le tembló la voz al decirlo.

—Claro que te lo prometo. —Sonreí abiertamente—. ¿Y tú a mí? —pensé en voz alta tras un largo suspiro.

Se quedó en silencio, mirándome extrañado.

—Ese también es mi miedo, Joseph, que algún día...

No pude acabar la frase, ya que ese era también mi temor; no me creía lo suficientemente buena, guapa y maravillosa para él. Me soltó una mano y acarició mis labios con sus dedos.

—Yo ya hice esa promesa el día que te vi por primera vez —susurró mientras me miraba con esos ojazos como solo él sabía hacerlo.

No pude más y tantos esfuerzos por intentar no llorar fueron en vano. Seguía sin acostumbrarme a que alguien me hablara así y oír esas palabras me seguía desarmando por completo. Entre lágrimas, me levanté y, ante el estupor de los pocos que afortunadamente estaban en la cafetería en ese momento, me senté a su lado y, despacio, lo abracé. No me importó que nos vieran y, para variar, a él tampoco, pues correspondió a mi abrazo y me besó

suave y brevemente en los labios. Tras secarme la cara, volví a mi sitio y ya más tranquilos, empezamos a comer. Sin embargo, mi cabeza no paraba de preguntar el porqué de todo aquello.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado para que te pongas así? —pregunté mientras sudaba intentando cortar un filete que parecía estar rebozado con cemento armado.

No contestó, pero me miró visiblemente avergonzado.

—¿Sabes el mal rato que me has hecho pasar?

Insistí en el tema mientras ponía en peligro mi dentadura intentando masticar la carne de mala gana. Aún tenía el nudo en el estómago y semejante delicatesen no ayudaba para nada.

—Lo siento, Julia, de verdad —murmuró, claramente arrepentido.

—Oye, ¿no será por lo de mañana?! —exclamé al recordar el acto del día siguiente en el hospital—. ¿Me equivoco? —pregunté mirándolo fijamente.

Tras la jornada laboral del día siguiente, por la tarde tendríamos un breve acto en el que se haría un repaso al trabajo realizado por los distintos departamentos e iban a estar presentes todos los jefes de los mismos, incluido el director del hospital a quien, por cierto, aún no habíamos visto. Después, tras un protocolario cóctel, nos podríamos ir a disfrutar de nuestras ansiadas vacaciones. Lo bueno del tema era que Joseph, al igual que otros empresarios que apoyaban económicamente otros proyectos de investigación, iba a participar. El problema estaba en que me había enterado de que Carlos iba a acudir; y no era que no quisiera verlo, al contrario, pero sabía de la gran corriente de simpatía mutua que fluía entre los dos.

Lo cierto es que la pregunta sobraba, porque la expresión de su cara y la de sus ojos me lo dijo todo.

—¡Hay que joderse y agarrarse bien para no caerse! —Hablé más conmigo misma que con él, mientras daba por perdida la batalla con mi milanesa de cemento armado—. Joseph, es para matarte —bufé.

Por toda respuesta me agarró la mano y me besó los dedos en su gesto habitual.

—Lo siento, de verdad —repitió una vez más mientras intentaba evaluar con su mirada mi grado de enfado.

—Joseph, por Dios, esto sí que es patético —seguí refunfuñando—. Pero ¿qué crees que va a pasar porque mañana vea a Carlos? ¿Tan poco confías en mí? —rematé apuntándolo con el tenedor.

—Claro que confío en ti —respondió tras un breve silencio—, pero no en

Carlos.

Abrí la boca para protestar, pero, para mi sorpresa, siguió hablando.

—Sabes tan bien como yo lo que siente por ti —volvió a fruncir el ceño y su tosecilla y carraspeo habituales hicieron acto de presencia—. Él es..., bueno, él puede darte una vida... —Se movió en su silla incómodo—. Él no tiene problemas...—se atrevió a decir al fin.

—¿Él es normal? ¿Él puede darme una vida normal? ¿Él no tiene problemas y tú sí? —Me dediqué a terminar las frases que él había dejado inconclusas.

—Pues sí, básicamente, así es —fue su irónica respuesta tras un suspiro de agradecimiento por mi ayuda prestada.

—Pues, básicamente, te equivocas en todo —contesté de inmediato—. Te quiero así, con lo poco o mucho que tienes de normal, estoy feliz con la vida que tengo, con lo poco o mucho que tenga de normal y, me importa un huevo si Carlos tiene o no problemas. Lo que sí me importa es poder formar parte de la solución de los tuyos.

Me sorprendí a mí misma de haber conseguido decir todas aquellas palabras sin llorar a moco tendido. Le agarré la mano y fui yo la que le besó los dedos, él cerró los ojos unos instantes mientras todo su cuerpo se relajaba.

—Joseph, mírame —proseguí con su mano entre las mías—, mañana voy a ver a mi jefe y también a un amigo que me ayudó en momentos difíciles, y cuando lo vea, le voy a decir lo feliz que estoy de haber tomado esta decisión.

Permanecí en silencio esperando una reacción que me permitiera comprobar que ese absurdo temor suyo había quedado superado.

—Vamos a ver. —No me quedó más remedio que seguir ante su obstinado silencio—. Si hubiera querido que pasara algo entre los dos... —Paré de hablar un instante, ante la palidez que esta frase le había provocado—. Repito —continué—, si lo hubiera querido, hubiera pasado. Pero si entonces no lo quise, créeme que ahora ni se me pasaría por la cabeza. —Lo miré expectante, pero él mantuvo en su terca posición. Suspiré profundamente y me empecé a sentir cansada—. ¡Joder, Joseph! —exclamé enfadada—. Ahora sí que te estás portando como un completo idiota, por no llamarte gilipollas. Te recuerdo que no me voy de vacaciones porque lo único que quiero es estar contigo.

Nada. «¡Joder con su puto silencio de los cojones!», grité mentalmente al ver sus ojos llenos de dudas. Me apoyé en el respaldo de mi silla realmente agotada. Después de la angustia que había sentido al comienzo de la absurda

conversación, notaba como mi cuerpo estaba cayendo en picado y lo único que me apetecía era tumbarme a descansar, pero me había comprometido a dejar todo adelantado para el día siguiente y, por si fuera poco, tenía ensayo con el coro. «¡Mierda, mierda y más mierda!», volví a gritar para mis adentros.

—No me fio de él —soltó de repente con voz seca y dura—. Sé que va a intentar algo, lo sé —insistió tozudo.

—Pues será su puto problema, Joseph. —Hablé cansada y harta ya del tema—. Y tú, con tu actitud, lo único que estás consiguiendo es hacerlo nuestro. Por favor, déjalo ya —le rogué.

Volví a besarle los dedos en un intento desesperado por conseguir que se olvidara del asunto. Sabía que ese gesto le gustaba tanto como a mí y también sabía que le provocaba el mismo efecto que a mí. Mientras lo hice, no aparté mis ojos de él y noté como, poco a poco, su mirada se volvía más profunda y oscura, como el pozo al que me arrastraba una y otra vez. Aleteó suavemente su nariz y todo él, por fin, se relajó. Me agarró la otra mano y me devolvió el gesto. Esa vez fui yo la que cerró los ojos unos segundos y suspiré brevemente. Mi vientre había vuelto de no sé dónde y empezó a despertar.

—¿Bajamos a tu vestuario? —preguntó sonriendo maliciosamente—. Aún recuerdo la última vez que estuve ahí... Excitante... —comenzó a susurrar ronco—, maravilloso.

No sabía si era por sus palabras, por el recuerdo que me traían, o por su tono de voz, pero mi bajo vientre ya estaba totalmente despierto y batiendo palmas.

—¿Después del susto que me has dado? —respondí todavía algo enfadada—. Aún lo tengo en el cuerpo, ni lo sueñes. Estás castigado, como mínimo... —fruncí los labios, haciéndome la digna unos segundos—, hasta la noche.

—Umm, no sé si podré esperar tanto —susurró de nuevo mientras me mordía ligeramente la punta del dedo índice. Mordisco que, debido a mis extrañas conexiones, fue a parar a mi sexo, que empezó a latir descaradamente.

—¡Dios santo! —exclamé asustada mirando «mi/su» reloj—. ¿Sabes qué hora es? Dentro de nada tengo que estar en el ensayo del coro.

Me miró a la espera de mi decisión. Mi cabeza entró en funcionamiento y mi capacidad de organización también.

—¡Vamos! —solté de repente, poniéndome en pie de un salto.

Intentó pagar, pero me adelanté pasando mi acreditación por el terminal.

—Estás en mi terreno y no discutas más, que por ahora ya hemos tenido bastante —lo amenacé ante su cara de disgusto.

—¿Tienes el coche lejos? —pregunté. Mientras bajábamos en el ascensor mi cabeza no paraba dar vueltas.

—Te recuerdo que aquí hay un parking —respondió burlón.

—Menos guasas, que aún me dura el cabreo y de castigo me vas a ayudar a llevar unas cajas que tengo que llevar a nuestro laboratorio. —Corrimos por el pasillo mientras le explicaba cómo lo íbamos a hacer—. Cuando acabemos, me voy a cambiar mientras tú me sales con el coche a la entrada principal —rematé hablando entre jadeos.

Se empeñó en cargar con el material más pesado mientras yo llevaba el resto en un carrito que teníamos para ello y en dos viajes conseguimos llevarlo todo, pero lo hice sudar. Cuando salí a la calle hacía un calor de mil demonios y agradecí que ya estuviera esperándome con el coche fresquito.



Capítulo 37

El ensayo resultó bien. El director nos avisó de que había que hacer una selección de canciones para una actuación que íbamos a tener a finales de enero del año siguiente. Quería saber nuestra opinión, pues le gustaba que la elección fuera hecha entre todos y nos pidió que, durante la semana, pensáramos posibles temas que nos gustara cantar. La selección tendría que quedar hecha en el próximo ensayo para empezar a preparar las canciones que resultaran seleccionadas.

Cuando salí, me estaba esperando en la terraza del bar de siempre con el ordenador abierto y mirando unas tablas llenas de números. No pude evitarlo y me sentí mal. Me daba coraje tenerlo de un lado para otro.

—Joseph, si te va mal puedo coger un taxi o pillar un bus. Me da mucha rabia que tú o Emerson tengáis que andar de un lado para otro por mi culpa —le expliqué en el coche, camino de su casa.

—De eso nada. Para Emerson es parte de su trabajo y yo lo hago encantado —respondió tajante.



—Siento mucho el mal rato que te hice pasar antes. —Había estado bastante silencioso durante la cena y, al final, se había atrevido a decirlo.

—No, Joseph, no lo sientas, no es eso —intenté explicarle—. Es mejor que nos digamos todo lo que sentimos, sea bueno o malo, pero la verdad —resoplé fuerte—, es que el sitio y el momento para decirlo creo que no fueron los más adecuados.

Asintió con la cabeza, sabía que tenía razón.

—Es cierto, lo admito —habló verbalizando su gesto—, pero es que ese sitio me pareció un terreno un poco más... neutral, por decirlo de alguna manera —remató.

Lo miré unos instantes y volví a ver en él esa mirada inquieta.

—Venga, déjalo ya.

Decidí no insistir más. Estábamos en la terraza contemplando la espléndida noche, apoyé la cabeza en su hombro y le besé suavemente el cuello. Emitió un quedo y ronco suspiro y todo volvió a su lugar.



La mañana siguiente pasó en un vuelo y, con la ayuda de Ihab, terminé de llevar lo poco que quedaba empaquetado a nuestro nuevo destino. Cada vez que pensaba en que él había tenido a los obreros perdiendo el tiempo no podía dejar de sonreír.

La verdad, estaba feliz..., feliz por todo. Por haber tomado la decisión de venir a ese país, por mi trabajo, por ver de nuevo a Carlos..., pero sobre todo por Joseph. Él había conseguido que todo mi mundo se moviera de nuevo y se llenara, pese a tantos misterios, de colores y de hermosas sensaciones. Para colmo de mi felicidad, tenía unas pequeñas vacaciones por delante que suponían las primeras Navidades de mi nueva vida.

—Se te ve contenta —la voz del doctor Ihab me devolvió al presente con un breve susto.

—Pues sí —afirme rotunda mientras llevábamos las últimas cajas por el pasillo—. ¿Y tú? —pregunté a mi vez.

Noté su extrañeza, él era de poco hablar y yo de poco preguntar.

—Vas a ver a tu familia, ¿no? —le aclaré.

—Ah, sí, claro. De aquí voy a Madrid, donde está estudiando mi hermano pequeño, y de allí nos vamos a Palestina —habló con la mayor normalidad.

Yo, sin embargo, lo miré extrañada. Era una de las frases más largas que le había oído en mucho tiempo y me acababa de enterar que tenía un hermano pequeño estudiando en Madrid. En fin, así era Ihab.

—Me imagino que tienes ganas de ver a los tuyos —proseguí, intentando que esta «extrañamente larga» conversación prosiguiera pese a mi tono de tristeza; quizás porque yo no tenía «míos» a quien ir a ver.

—Pues sí —respondió taciturno—. Hace tiempo que no voy y la vida allí es

complicada. Mi padre resultó herido no hace mucho y tengo miedo por mi familia. Es duro vivir sintiendo siempre la angustia de que les pase algo y no poder hacer nada. —Apesadumbrado, sacudió la cabeza.

«Triste y lamentable que en pleno siglo veintiuno aún creamos que los problemas se pueden solucionar a tiros», pensé desanimada.

—También tengo ganas de ver a Carlos —apostilló, evaluando mi reacción.

—Y yo —respondí sincera.

Me enteré de que venía de un congreso en Argentina y, como las fechas coincidían, decidió hacer escala en Río para seguir viaje con Ihab.

—Quedó muy decepcionado cuando supo que te quedabas aquí. —Clavó su mirada de nuevo en mi cara mientras dejábamos las cajas en el nuevo laboratorio.

—Ya —suspiré—, pero es lo que quiero hacer. Además —continué, mirándolo con serena determinación—, yo no tengo «míos» a los que visitar.

La mañana pasó volando y, cuando me di cuenta, iba hacia casa de Joseph con Emerson al volante. No teníamos mucho tiempo, pues el acto del hospital comenzaba a las cinco y media de la tarde para que a la gente que se iba le diera tiempo a participar antes de coger sus respectivos aviones. Pero, cuando llegué, Joseph aún no había subido. La compra de esa nueva empresa le estaba costando horas y horas de trabajo y de cálculos, pero había buenas expectativas de futuro ya que, con las próximas olimpiadas, iban incluidos varios buenos proyectos. Así que aproveché para subir a «mi/su» habitación y dejar lista mi ropa. Iba a llevar el vestido que había comprado para la cena en casa de Marcos; tenía la sensación de que, desde aquel día, había pasado una eternidad.

—Qué bien que ya estés aquí —oí su voz a mis espaldas y me giré.

Estaba en la puerta de mi habitación, mirándome de esa manera tan especial y que me hizo sonreír de oreja a oreja.

—¿Has comido? —preguntó.

—No, te estaba esperando, como siempre —recalqué.

Por algún motivo tuve la sensación de que tenía que decírselo. Tenía cara de cansado y era porque no había descansado bien. Sabía que al estar nervioso sus pesadillas aumentaban; como era de prever, la noche anterior había sido especialmente dura, y las ojeras que estaba viendo en sus ojos no dejaban lugar a dudas.

En dos zancadas lo tenía abrazándome. Despacio, le rodeé la cintura con mis brazos y también lo abracé. Dejó escapar un profundo suspiro mientras

hundía la cara en mi pelo. Aun sin verlo, sabía que tenía los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada al notar su tensión.

—Sí, ahora sí —me susurró al oído con un tono ronco y lleno de necesidad.

Nos miramos y no hubo más que decir, su lengua entró en mi boca y esa fue la llave que abrió las demás puertas. Nuestra ropa desapareció en unos segundos, los mismos que le llevó el tumbarme en la cama, con él sobre mí. Puse los brazos en cruz para que se sintiera tranquilo y lo dejé hacer. Cuando introdujo su miembro en mi interior ya estaba a punto de estallar. Me besó y pude notar en mi boca mi propio sabor mientras sus embestidas lograron rompernos a los dos, hasta que se dejó caer, exhausto, sobre mí. Era un momento que me resultaba delicioso; los dos en silencio y él contemplándome con esos hermosos ojos llenos de calma.

Malditas las ganas que tenía yo de ir a ese puñetero acto. Comimos poco, rápido y en silencio, ambos estábamos deseando que pasara ese momento. Él odiaba hablar en público y no se sentía cómodo rodeado de gente, y más cuando entre todos iba a estar Carlos. Cuando bajé, tras ducharme y arreglarme, estaba esperando y me miró escrutadoramente.

—¿Qué pasa, no voy bien? —pregunté incómoda ante su mirada.

Él, como siempre, guapísimo. Se había puesto el traje azul marino con una camisa en un azul claro muy favorecedor. La corbata, en el mismo tono del traje, con unos diminutos lunares blancos, se la había escogido yo.

—Demasiado bien —respondió seco.

—¡Eh! —exclamé acercándome y apoyando las manos en su chaqueta—. Que sepas que me arreglé pensando en gustarte a ti. —Lo rubriqué con un beso en su barbilla.

—¿Solo a mí? —preguntó mientras me devolvía el beso.

—Solo a ti —repetí, cerrando brevemente los ojos.

Ya en el ascensor me acordé.

—Oye, esto tienes que hacértelo mirar. —Mientras decía aquello, aparté la tira del hombro derecho de mi vestido para que viera la marca—. ¿Te parece bonito? —pregunté entornando los ojos.

—Pues sí —contestó mientras la besaba—, y, si pudiera, te haría una bien grande aquí —continuó diciendo mientras apoyaba su dedo índice en el centro de mi frente.

—¿Para qué? —pregunté divertida.

Acercando su boca a la mía, susurró sobre mis labios:

—Para que todo el mundo sepa que eres mía y solamente mía.

Cada una de sus palabras fue encendiendo señales luminosas por todo mi cuerpo y, cuando por falta de aliento, paramos de besarnos, tenía la sensación de estar iluminada como un árbol de Navidad.

—No quiero ir... —protestó camino del coche.

—Joseph, no eres ningún crío para portarte como tal —le reñí—. Y relájate. Si te vale de consuelo, yo también estoy deseando que se acabe ese puto acto. —No pude evitar sentirme mal al ver la expresión de su cara.

En el ascensor del hospital subimos en silencio y con cada piso que ascendíamos podía notar como su tensión iba en aumento, pues ya conocía esos síntomas. Cuello hacía delante, mandíbula apretada, vista al frente... Decidí callar porque ya me estaba volviendo a enfadar; había creído que todo estaba más que explicado y solucionado.

Cuando entramos ya estaba lleno de gente y, antes de que pudiera darme cuenta, empezó su transformación. Tan pronto cruzamos la puerta desapareció de mi lado y, de repente, me encontré más sola que la una buscando una cara conocida entre todo el mundo. El acto se celebraba en la sexta planta del hospital; la gran mesa de la sala de juntas había desaparecido y, en su lugar, se colocaron varias filas de sillas, así como un atril en la zona central. En un lateral había varias mesas llenas de canapés y reconocí a varios empleados de la cafetería esperando ante una mesa llena de bebidas. Mi cara debía ser un poema, pues, en un momento en que nuestras miradas se cruzaron, apartó la vista rápidamente. Estaba hablando, como supe después, con el director del hospital, el doctor Rafael Montes, que más bien parecía un hombre de negocios —aunque, a veces, sea lo mismo—. Alto, delgado, con un bronceado extremo, un pelo entrecano, ondulado y peinado hacia atrás lleno de gomina, lo cual lo eliminaba por completo de la lista de personas que me podrían llegar a caer bien, y elegantemente vestido. Mientras hablaban, dos fotógrafos les hicieron varias fotos; uno de ellos trabajaba para la revista interna del hospital y el otro, supuse, para algún periódico.

—¡Julia, cuánto tiempo sin verte! —A la vez que oí esa voz, un abrazo de oso me envolvió.

—¡Carlos! —exclamé casi a gritos—. No sabes cómo me alegro de verte.

Un nuevo abrazo y dos efusivos besos así lo confirmaron. Cuando me soltó me miró sonriente.

—¡Estás guapísima! Tengo que reconocer que este cambio te ha sentado fenomenal.

—Gracias —respondí con una gran sonrisa—. Tú también estás estupendo

—añadí.

—Sí, estupendamente gordo —bromeó tocándose la barriga que, efectivamente, había aumentado.

Ambos nos empezamos a reír y, tras unirse a nosotros el doctor Ihab, fuimos a sentarnos. Notaba los ojos de Joseph clavados en mí desde el otro extremo de la sala; lo miré y, si las miradas mataran, ambos hubiéramos caído fulminados. Con un gesto de desagrado me propuse hacer lo mismo que él, ignorarlo, y me centré en una agradable conversación a tres bandas.

Todos esos actos eran iguales; rollo de uno, rollo de otro, cuando lo que en realidad quiere la gente es tomar algo y largarse. Joseph iba a cerrar el acto al ser uno de los que más tiempo llevaba contribuyendo con becas para la investigación —cosa de la que me enteré en ese momento—, pero cuando subió al atril supe que no estaba bien. Se le notaba incómodo, sin ganas de hablar y deseando acabar. Habló en un tono seco, monótono y ausente y soltó el típico rollo de lo que se había hecho, de lo mucho que quedaba por hacer y de lo bien que se estaba trabajando.

—Este tío es imbécil —masculló Carlos por lo bajo—. Si no quería hablar, no haber venido.

—Carlos, cállate —solté de inmediato. No me gustaba que hablara así de él, pese a tenérselo merecido.

—Claro —volvió a mascullar y acercándose a mi oído, susurró—. Ya he visto esas miraditas...

Iba a sonreír, pero, cuando vi la expresión de su cara, mirándonos desde el atril, se me congeló en la cara. Si en ese momento pudieran habérselo llevado a cualquiera de los polos, se hubiera solucionado el problema del deshielo provocado por el calentamiento global. Iba a haber hielo hasta dar por culo.

El acto, ¡por fin!, terminó y, tras varios apretones de manos y múltiples fotos, nos dirigimos hacia la zona donde estaban las bebidas, mientras yo seguía sin entender nada.

«¡Qué cojones le pasaba a Joseph!». No paraba de hacerme aquella pregunta una y otra vez.

Ni se había acercado un momento y ya no solo eso, intenté acercarme yo un par de veces para saber qué le pasaba y escapó de mí como de la peste. Hizo ver que no me conocía y pasó todo el tiempo intentando evitarme. Como todos los del laboratorio estaban en un grupo, decidí que yo también iba a pasar de él y sus chorradas. Deliberadamente, le di la espalda y me dediqué a charlar con cualquiera que me prestara atención y a intentar pasarlo bien.

—Pero si es Carlos, ¡cuánto tiempo sin verte! —Un hombre se le había acercado y lo estaba saludando efusivamente—. ¿Pero qué haces por aquí? ¿Cómo no me has avisado? —le recriminó sonriendo.

Cortésmente, Carlos me lo presentó. Era el doctor Pablo Costa, médico forense y físicamente, lo opuesto a Carlos. Delgado como un hilo, cercano a los sesenta años, con poco pelo y unas gafas que continuamente tenía en la punta de la nariz y tras las cuales lucían unos ojos pequeños y brillantes, pero de mirada inteligente. Me cayó bien al instante y empezamos una animada charla.

—¿Sabes? Aquí donde la ves —habló un animado Carlos refiriéndose a mí—, es una excelente ayudante. En Canarias ayudó al doctor Suárez del Departamento de Medicina Legal en algunas autopsias.

—No le haga caso, doctor Costa —le interrumpí sonriendo—, no es para tanto. Me limité, como técnico, a ayudarle en su trabajo, nada más.

—Pues no veas lo que sintió tu marcha. Me comentó que no iba a encontrar una persona que pusiera tanto interés y tanto corazón en el trabajo como tú. A mí también me pasó lo mismo —soltó Carlos dejando caer esto último con una clara intención.

—Bah, olvídelo, son los efectos del jet lag —bromeé, intentando hacer ver que no había oído eso último.

Bebí un sorbo de mi Coca-Cola Light para intentar aliviar a mi estómago revuelto, ya que tanta tensión me estaba pasando factura. Me encontraba de espaldas a él, pero seguía notando su mirada clavada en mi nuca y cogí aire para seguir la conversación. Tenía muy claro que no le iba a dar el gusto de andar correteando detrás de él.

—Pues en ese caso —la voz suave del doctor Costa me trajo de nuevo al presente—, ¿tendría inconveniente en ayudarme a mí también si se presenta la ocasión?

Esperó mi respuesta mirándome por encima de sus gafas y lo miré agradablemente sorprendida; no me lo esperaba y tardé en reaccionar.

—Como se habrá dado cuenta —prosiguió ante mi silencio a modo de explicación—, esta ciudad es muy grande y, a veces, pasan muchas cosas... y todas a la vez. —Su gesto se volvió serio—. Hay días en que nos vemos desbordados por el trabajo y sería de agradecer contar con la ayuda de alguien que ya tenga experiencia.

—Ya... —balbuceé aún sorprendida—, pero yo vine aquí por medio de una beca y no sé si...

—Por eso no se preocupe —me interrumpió, agitando una peluda mano en el aire—, solo me ayudaría a mí y yo solo me encargo de determinados casos. Nada de aburridos tiroteos o sosos navajazos —explicó intentando hacerlo a modo de broma macabra, sin conseguirlo—. ¿Dónde trabaja? —preguntó finalmente.

—En el edificio perteneciente a la fundación Levi Marshall —respondí intentando que mi tono no revelara ninguna emoción—. A la vuelta de las vacaciones nos instalaremos ahí —concluí.

—Bueno, pues no se preocupe. Si se presenta la ocasión me pondré en contacto con usted y, si le interesa, solucionaremos el tema de los permisos.

Siguieron todos en una animada charla y yo aproveché para sentarme un momento; tenía el estómago del revés, como todo lo que estaba sucediendo.

—¿Nos vamos? —la cortante voz de Joseph me devolvió a la realidad.

Ni lo había visto llegar pese a tenerlo delante, serio y distante, y lo miré intentando entender algo de lo que estaba pasando.

—¿Nos vamos? —repitió impaciente y en tono seco.

Lo volví a mirar, irritada. No me gustó su tono, no me gustó la expresión de su cara y no me gustó su actitud. En realidad no me había gustado nada de él desde que habíamos llegado.

—No —respondí con la misma sequedad—, yo me voy a quedar un rato más.

Nos contemplamos en medio de un silencio hostil mientras él transpiraba incomodidad.

—Yo me voy y tú te vienes conmigo —insistió de modo tajante.

De mi garganta salió un ¿qué? más largo que un día sin pan y en un tono ligeramente alto. Por el rabillo del ojo, pude ver como Carlos estaba pendiente de nosotros, así como el resto del grupo.

—Tú haz lo que te dé la gana —proseguí bajando el tono e intenté disimular, con una media sonrisa, que no pasaba nada—. Pero yo me quedo a charlar un rato más con mis amigos; por lo menos ellos no huyen de mí cuando hay gente delante. —Hablé rápido para que no me interrumpiera.

Mientras estábamos hablando se nos acercó un fotógrafo y, ante su cara de espanto, ya no pude más. La mala baba que tenía acumulada salió por todos los poros de mi piel cuando seguí hablando.

—No te preocupes. Joseph, no te van a hacer una foto conmigo. No sea que tu reputación salga perjudicada. —A medida que hablaba, la rabia fue tensando el tono de mi voz.

Furiosa, di media vuelta y me fui hacia el grupo donde estaban todos mis compañeros, incluido Carlos. Mientras tanto, mi mente le mandaba continuos mensajes para que cambiara de opinión y dejara de portarse como un puto imbécil.



Capítulo 38

Por lo visto, mis mensajes no llegaron a su destino porque, cuando me uní al grupo y me giré, no quedaba ni rastro de él. Con mi cabeza hecha un lío, intenté unirme a la conversación del resto, pero mis intentos tuvieron el mismo resultado que el pretender mezclar aceite y agua. Mi mente se iba una y otra vez recordando la conversación del día anterior y habría jurado que todo había quedado meridianamente claro. Nada de lo hablado me encajaba ahora con lo sucedido. Si tanto miedo tenía por la visita de Carlos, ¿por qué reaccionar así? Yo, en su caso, hubiera hecho todo lo contrario y me hubiera esforzado por hacerle ver la relación que nos unía. Oía voces a mí alrededor a las que contestaba mecánicamente mientras recordaba lo sucedido en su casa, cuando llegó, antes de comer. Nada de aquello tenía el más mínimo sentido, a no ser que...

«¡Joder!, hay que ser estúpida para no darse cuenta, ¡se avergüenza de mí!», pensé asustada de mis propios pensamientos.

¡Pues claro!, por fin entendía esas diferencias de comportamiento. Esa tensión..., ese mirar continuamente a su alrededor. Achacaba a su timidez e inexperiencia el que le costara mostrarse cariñoso en público pese a serlo tanto en privado, pero acaba de darme cuenta de que hacía todo esto simplemente porque no quería que nadie se percatase de lo nuestro.

A medida que la idea se iba abriendo paso en mi cabeza, el suelo pareció abrirse también bajo mis pies. Mi estómago empezó a dar vueltas como una lavadora y las lágrimas acudieron a mis ojos. Cogí aire, parpadeé con la vista clavada en el techo y, intentando que nadie se diera cuenta de lo mal que me sentía en esos momentos, fingí cansancio y fui a sentarme de nuevo, lo más lejos que pude, deseando estar a solas para poder tranquilizarme, algo imposible estando Carlos delante.

—¿Todo bien? —preguntó con cara de preocupación mientras se sentaba a mi lado.

—Sí, Carlos, bien, todo bien —repetí intentando que hasta a mí me sonase un poco más creíble.

—Julia —cogiéndome de la mano, empezó a hablar.

Instintivamente, miré hacia la puerta, esperando verlo, cosa que no sucedió; me di cuenta de que no le había gustado el gesto que había tenido, pero intentó hacer ver que no se había percatado.

—Julia —repetió muy serio—, ya sabes porque estoy aquí. Vuelve conmigo, sabes lo que siento por ti. Te conozco, Julia.—Su tono se volvió suplicante—. Sé lo que te conviene y no es esto... No es él. Me reafirmo en lo de antes, Julia... —prosiguió hablando tras unos segundos de pausa—, es un completo imbécil porque...

No sé lo que iba a decir, pero no me importó, retiré la mano tan rápido que hasta lo asusté.

—Ya basta, Carlos —empecé a hablar, intentando controlar mi tono de voz pues me notaba, otra vez, fuera de punto—. En primer lugar, si has venido ha sido porque te ha dado la gana, yo no te lo he pedido. —Tuve que parar para poder coger aire, era incapaz de hablar y respirar de lo nerviosa que estaba—. En segundo lugar, deja de decir que sabes lo que me conviene, no tienes ni idea de lo harta que estoy de oír esa puñetera frase. Te aseguro que a estas alturas de mi vida nadie sabe lo que me conviene salvo yo, y ahora lo que me conviene es estar aquí —sentencié volviendo a callar, de nuevo, por falta de aire.

Me mordí el labio, en todos los sentidos, evitando decir nada más, básicamente porque en aquellos momentos ni yo misma sabría qué decirle después del comportamiento de Joseph.

—Con él, claro. —Su voz interrumpió bruscamente mis pensamientos en un tono bastante desagradable.

—Con quién me dé la gana —respondí de la misma forma—. Y, por cierto, gracias por intentar dejarme quedar como una loca para conseguir que no viniera aquí.

Mi acusación lo pilló por sorpresa.

—Te lo contó él, ¿no? Puto cabrón de mierda...—farfulló encolerizado.

¡Eso no! Hasta ahí podíamos llegar. «Si alguien lo tiene que insultar, esa soy yo. Pero no voy a consentir que nadie más lo haga», pensé completamente ofuscada.

Resoplé, me coloqué la melena imaginaria detrás de las orejas y, para que nadie se enterara, le toqué discretamente la rodilla:

—Puto cabrón de mierda tú, que intentaste joderme pensando solo en lo que tú querías, pese a saber la falta que me hacía el volver a ser feliz.

—¿Y eres feliz?

Lo dijo con tal desdén que demostraba claramente que no lo creía en absoluto. Cosa que, por otro lado, visto lo visto esta tarde, no me extrañaba.

—Pues sí, como nunca —respondí intentando convencerme a mí misma, pese a que en esos momentos estaba muy lejos de sentirme así.

—Pero Julia, si es un imbécil —rugió—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te ha tratado esta tarde? Si te ha estado evitando todo el tiempo. ¡Por el amor de Dios! —terminó intentando volver a agarrarme la mano.

—Ese no es tu problema —respondí retirándola de nuevo—. Y no es ningún imbécil, simplemente es... —Tuve que pensarlo unos instantes, pues ni yo sabía bien qué decir—. Distinto..., especial.

—Y con dinero —remató mi frase lanzándome una dura mirada.

Aquello fue la gota que colmó el vaso y, por un momento, pensé que mi cabeza iba a girar por completo, como la de la niña de El exorcista. Vi que Ihab se acercaba y, con la mano, le pedí que esperara; el pobre se paró en seco y, aturdido, pegó media vuelta.

—¿Con dinero? ¿Crees que todo en mi vida gira en torno al puto dinero? —Prácticamente le escupí a la cara—. ¿Y tú eres el que dices que me conoce? —Tuve que tomar aire para intentar tranquilizarme, algo que resultó completamente inútil en aquel instante—. No sé el dinero que tiene ni me importa, pero por lo que veo, tú sabes de este tema más que yo. Pero te voy a decir una cosa. —Volví a coger aire mientras lo señalaba descaradamente con el dedo—. Jamás me ha importado el tema del dinero y si no me crees, habla con el hijo de puta de tu amigo, el abogado. —Mi pulso se empezó a acelerar y mi voz tembló ligeramente al recordar a ese asqueroso—. Y de paso, pregúntale como le quedó la cara por los arañazos...

Me fue imposible seguir hablando porque estaba entrando en taquicardia con tan solo recordarlo, y me llevé la mano al pecho en un intento de tranquilizar a mí corazón, para que no me saliera por la boca.

—Julia —consiguió balbucear, tras unos segundos de estupor—, no entiendo nada. ¿Qué quieres decir? —preguntó con la cara completamente blanca.

Levanté la mano en un claro intento de no querer seguir con la

conversación.

—Carlos, por favor, dejemos este tema y olvida lo que he dicho, creo que este no es el mejor momento para hablar de ciertos temas. Mira —seguí hablando ya más calmada, y también algo triste ante la expresión de su cara—, me ha alegrado mucho el volver a ver a un buen «amigo». —Recalcando la palabra amigo, fui yo la que le cogió la mano—. Y quiero quedarme con eso; sabes que te deseo lo mejor. —A modo de despedida, le di un beso en la mejilla, pero estaba tan aturdido que ni se enteró.

Al final al pobre Ihab no le quedó más remedio que interrumpirnos. Tenían que irse si no querían perder el avión y, tras despedirme con un par de besos de un perplejo Carlos y de un sorprendido Ihab, junto con los típicos deseos de un feliz viaje y unas felices fiestas, ambos se fueron.

Permanecí sentada un rato más, intentando tranquilizarme mientras me bebía una cola light ya que me había quedado hasta sin saliva. Afortunadamente, la agradable conversación del doctor Costa, consiguió relajarme; seguía decidido a que fuera su ayudante en un campo en el que podía aprender mucho de él y que, debía reconocer, me resultaba fascinante. Cuando me di cuenta, ya habían pasado más de dos horas y bajé decidida a coger un taxi. Para mi sorpresa, Emerson me estaba esperando.

—Emerson, lo siento, no sabía que ibas a venir a buscarme —me disculpé entrando rápidamente en el coche—. ¿Llevas aquí mucho tiempo?

—El señor. M... El señor Levi —corrigió— me mandó venir a esperarla tan pronto llegó a casa. —Su tono sonó algo cortante, cosa inusual en él.

—Lo siento, de verdad, créeme, no sabía nada de esto —insistí—. Yo me quedé con la idea de irme en un taxi.

Me sentía fatal y, en realidad, no sabía por qué. Todo este lío era culpa suya, por su comportamiento, que había sido de todo menos normal.

—Por favor, señorita Julia, no se preocupe. ¿Se encuentra bien? —preguntó ya con su tono habitual mientras me miraba preocupado por el espejo retrovisor.

—Sí... Bueno, no, no demasiado —tuve que reconocer—. Tengo el estómago un poco revuelto.

Notaba cómo desde hace tiempo algo en mí había cambiado. Antes, cuando tenía ansiedad por algún problema, me daba por comer; como cuando tenía exámenes y me pegaba unos atracones tremendos. Sin embargo, desde que Víctor entró en mi vida, hasta esa costumbre salió de ella y ahora me sucedía todo lo contrario: ante cualquier situación que me pusiera nerviosa, tenía la

sensación de tener un puño que apretaba todos mis órganos, pero sobre todo el estómago. Me volvió a mirar, pero no dijo nada más. Algo se imaginaría al verlo marchar solo, y seguro que muy enfadado. Cerré los ojos y suspiré cansada; vaya mierda de noche... y la que me esperaba. Miré el teléfono por si tenía alguna llamada suya, algún mensaje pidiendo perdón por haberse comportado como un imbécil. Nada.

Pero yo estaba decidida. Si algo tenía claro es que no lo iba a dejar pasar. No quería cometer los mismos errores de siempre, el callar y mirar para otro lado como si no hubiera pasado nada. Iba a tener que hablar, teníamos que hacerlo, solucionarlo todo, y fruncí el ceño mientras, nerviosa, me mordí el labio hasta hacerme sangre.

Mi temor era que un día pasara algo que no se pudiera solucionar; esa situación podía ser una de ellas.

Entré disparada en su casa y, furiosa, tiré el bolso y el teléfono en el sofá de la sala. El silencio era total y me dispuse a subir a «mi/su» habitación. Justo en ese momento me di cuenta de que la puerta de la suya estaba abierta y había luz. Me había jodido la tarde —aunque Carlos también puso de su parte— y toda la mala hostia que había tenido que disimular salió toda junta a flote. Sin pensarlo, cambié de rumbo y entré disparada. Se había cambiado y estaba tumbado en la cama, de espaldas; y a su lado, varios papeles esparcidos. Todo aquel cuadro no hizo sino aumentar mi cabreo.

«¿Hace el gilipollas y ahora se pone a leer sus putos papeles como sin nada?», me pregunté a mí misma mientras el humo me empezaba a salir por las orejas.

No me lo pensé dos veces. Me acerqué a su cama y, cruzándome de brazos, le hablé intentando mantener la calma.

—Joseph, mírame. ¿Se puede saber qué cojones te pasa? —Me mantuve a la espera de una respuesta que no llegó—. Pero bueno, ¿me estás tomando el pelo? —pensé en voz alta mientras mi cabreo ya estaba llegando a un límite peligroso—. ¡Joseph! —grité ya sin miramientos—. ¡Basta ya de...!

Mientras tanto, había apoyado mi rodilla sobre su cama y, agarrándolo por el hombro, tiré de él para obligarlo a que me mirara. No pude acabar la frase.

Nunca creí que pudieran pasar tantas cosas a la vez. Se incorporó y, sin girarse, me estrelló el codo contra el ojo. Se levantó como un rayo mientras yo salía disparada hacia atrás y, pese a mis intentos por mantenerme en pie, caí al suelo como un saco. Sentí como mi culo parecía romperse, y me quedé sin respiración debido al dolor mientras sentía como algo húmedo y caliente

me resbalaba por la cara.

Permanecí en el suelo, sentada, sin poder levantarme y, escondiendo la cabeza entre los brazos, empecé a llorar. Algo tiró de mí y me levantó, poniéndome en pie; fue cuando lo vi. Joseph tenía los ojos abiertos, pero me daba cuenta de que no veía lo que tenía delante. Por su mirada diría que parecía estar en un auténtico infierno e intenté hablar, pero el pánico me hizo enmudecer y lo único que fui capaz de hacer fue retroceder hasta que mi espalda tocó la pared. Lo miré aterrorizada; ese no era él. Tenía el ceño tan fruncido que sus cejas eran una raya continua mientras apretaba los dientes y resoplaba con la cara llena de sudor. Pero lo peor eran sus ojos. No, esos tampoco eran sus ojos; ellos nunca me habrían mirado así. Con una mano me agarró por el cuello y me empotró contra la pared sin ni siquiera parpadear. Intenté decir algo, pero solo conseguí abrir y cerrar la boca sin articular palabra alguna mientras gruesos lagrimones corrían por mi cara. Asustada, veía su otra mano, en forma de puño, acercándose a mi cara. Vi su enloquecida mirada y tuve la certeza de que iba a morir.

Todo mi cuerpo empezó a descontrolarse, mi pulso iba a cien, su mano en el cuello casi no me dejaba respirar, las lágrimas solo conseguían empeorar la situación y me limitaba a coger aire, entrecortadamente, entre balbuceo y balbuceo. Instintivamente, cerré los ojos cuando vi su puño a punto de estrellarse contra mi cara. Dejar de ver esa mirada llena de terror y de locura hizo que lograra soltar un leve chillido y balbucear un angustioso «no, Joseph, no» mientras permanecía con los ojos cerrados a la espera del golpe. En ese momento noté a alguien a mi lado y, cuando conseguí abrirlos de nuevo, vi a un mortalmente pálido Emerson agarrándole el puño, Le hablaba en voz baja, intentando aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Señor Marshall, señor Levi, Joseph... —Lo llamó de todas las formas posibles con voz tranquila—. Es la señorita Torres, es Julia, por favor. —Su voz empezó a sonar tensa, pues, aunque le había detenido el puño, aún me tenía agarrada por el cuello—. Es la señorita Julia, es Julia —repitió deletreando mi nombre.

Todos nos quedamos congelados en el aire. Él estaba empapado en sudor y su respiración era casi tan entrecortada como la mía. Yo seguía mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y muda de nuevo. De repente, parpadeó varias veces y miró a Emerson completamente desorientado. Su mirada se posó en mí y volvió a Emerson sin comprender absolutamente nada.

—Es la señorita Julia, es Julia —insistió Emerson en el mismo tono suave,

aunque le tembló la voz.

Me di cuenta de que, salvo por haberle agarrado el puño, en ningún momento hizo ademán de tocarlo. Su respiración seguía alterada y su mirada vagaba de uno a otro sin control.

—Joseph, soy yo Julia. No me hagas daño, por favor —conseguí balbucear mientras lloraba desconsoladamente.

Mi voz lo hizo reaccionar y abrió la boca para decir algo, pero solo consiguió emitir un leve gemido. Volvió a parpadear varias veces y, de repente, su mirada cambió y salió del infierno en el que estaba. Lo malo fue que, en ese instante, se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. En estado de shock, apartó su mano de mi cuello; intenté mantenerme en pie, pero mis piernas no me sostenían y, pese al dolor en mi culo, me dejé resbalar lentamente hasta el suelo, donde volví a sepultar la cabeza entre los brazos.

—Ya está, señor Levi, ya está. —Oía a Emerson intentando tranquilizarlo mientras se lo llevaba como un autómatas hacia la cama para sentarlo en ella.

De repente lo sentí a mi lado.

—Señorita Julia, ¿está bien? Por favor, míreme —me pedía nervioso al no poder verme la cara.

Yo no podía parar de llorar y temblaba como un flan.

—Por favor, señorita Julia, déjeme ver su cara. —Muy despacio me levantó el rostro—. Espere un momento —pidió tras un rápido examen.

Antes de darme cuenta estaba de nuevo a mi lado con una toalla humedecida que posó sobre mi ojo. Cuando la quitó, había sangre en ella.

—No se preocupe, sangra por un golpe en la ceja —intentó tranquilizarme.

Me estaba empezando a doler todo. Mi cuerpo se iba liberando de la tensión anterior y ahora empezaba a notar el codazo y la culada. Moví el cuello y también hice un gesto de dolor.

—No se preocupe, creo que no tiene nada... —calló bajando la cabeza, avergonzado por la situación.

—¡Dios santo!, ¡¿qué he hecho?! —De repente oímos su voz—. Julia, ¿qué te he hecho? A ti, precisamente a ti... —volvió a hablar preso del terror.

Solo oía su voz, pero, no sabía si por miedo o por vergüenza, no era capaz de mirarlo. Me dolía todo, notaba los latidos de mi corazón en el ojo y en el culo e intenté levantarme, pero no pude conseguirlo sin la ayuda de Emerson. Me quedé de pie, apoyada en la pared sin saber qué hacer. Él se levantó y, extendiendo sus brazos, hizo el ademán de acercarse a mí.

—Ni te acerques —fue mi respuesta fulminante.

Se quedó plantado, de pie, con los brazos extendidos, completamente desorientado.

—Julia, mi niña, te he hecho daño... —empezó a repetir una y otra vez mientras me miraba asustado—. Perdón, perdón... —suplicaba una y otra vez—. Me lo merezco, me lo merezco. —Se repetía continuamente esas frases, una y otra vez, hasta que su voz se fue apagando, quedándose mudo, en su espantoso silencio.

En este momento algo en mí se rompió e intenté acercarme a él, pero, para mi sorpresa, ahora fue él el que retrocedió.

—No Julia, no, esto es lo que me merezco. Te he hecho daño. —Su voz salió estrangulada al decirlo—. A ti, que eres lo único bueno que tengo, lo único que me importa. —Volvió a callar con los ojos llenos de lágrimas—. Lo único que quiero. —Parpadeó de nuevo y me miró desde su mundo de soledad—. Vete Julia, vete de aquí.

Su voz fue apenas un murmullo, pero sus palabras me golpearon en el estómago con más fuerza que un puñetazo y consiguieron que todo el aire de mis pulmones desapareciera. Me tapé la boca con la mano, pero no conseguí apagar el gemido que se me escapó.

—Joseph, por favor, tenemos que hablar —conseguí decir, llorando de nuevo—. Tú me avisaste... Yo no pensé... —Había entrado en la fase de no ser capaz de decir tres palabras seguidas—. Tu libro de instrucciones...

Fue la manera que tuve de intentar resumir lo que le quería decir; él me lo había advertido y yo lo había olvidado.

—Vete Julia, tengo que estar solo, es lo que me merezco. Vete, por favor. —Sentado en la cama, hablé decidido, con la vista clavada en el suelo.

Emerson se había ido al cuarto de baño para traerme otra toalla limpia y estábamos solos. Sin más, con la poca dignidad que me quedaba, di media vuelta y me dirigí al salón a buscar mi bolso. María salió de la cocina intentando tranquilizarme.

—Julia, por favor, no lo hagas, tranquilízate y espera —suplicó con cara de angustia.

—¿Esperar? ¡¿Esperar a qué?! —grité desesperada— Me ha dicho que me vaya, me ha echado... —Hablaba y lloraba mientras corría a ciegas hacia el ascensor tras conseguir soltar el brazo del que me había agarrado.

—Julia, no. No te puedes ir así. No creo que lo dijera de verdad...—insistió entre lágrimas, intentando agarrarme de nuevo.

Pero yo ya no escuchaba. Me metí en el ascensor y la oí gritar mientras la

puerta se cerraba.

—¡Julia se va!

Y Julia se fue...



Agradecimientos

A mi marido y a mis hijos. Me lo habéis puesto muy fácil; en vosotros está la esencia de la fortaleza y bondad de mis personajes.

A Mercedes, sin conocerme de nada te pedí ayuda y consejo. Me los has dado haciendo que mi sueño empezara a hacerse realidad, espero seguir contando contigo para siempre.

Paloma, tú has sido la primera en formar parte de mi pequeña “manada”; a mi lado, día a día y desde el primer momento. Te sigo necesitando.

A Ana y Pury, las restantes miembros; por favor, nunca dejéis de serlo.

También a mi Ana Gurdiel, pese a ser la última incorporación, has sido de vital importancia. Nada de esto hubiera sucedido sin ti.

A Teresa, Maloy, Loly, Luz, Ángel, Montse, Chari... y a todas las personas que, con vuestros ánimos y consejos, me ayudasteis a seguir adelante.

Mención especial a Ángela Gutiérrez García, editora de Ediciones Besos de Papel, por creer en mi historia y apostar por mí. Espero seguir contando contigo en los proyectos que nos esperan.

A mis personajes, tanto los reales como los ficticios: Isabel, John, Alberto, Leo, Asun, señor Andrés...

Pero, sobre todo, a Joseph y Julia, sois maravillosos y me habéis permitido conocer a mucha gente buena. Sois los únicos artífices de esta historia y jamás me olvidaré de ambos.

Tampoco me puedo olvidar de vosotros, los lectores, por dejar entrar en vuestras vidas la historia que os ofrezco. Ojalá que la disfrutéis leyendo, tanto como yo disfruté escribiéndola.

No puedo decir más que gracias a todos.

Biografía



Lucía Blanco Vázquez nació en Santiago de Compostela un 8 de agosto de 1961. Está casada y tiene dos hijos. En la actualidad es técnica en anatomía patológica y citología.

Como la mayoría de la gente, ha pasado por períodos buenos, regulares, malos y peores, pero en todos ellos ha tenido un denominador común. Sobre todo en los malos momentos, leer le ha ayudado a sobrellevarlos y escribir le ha ayudado a superarlos. Con cada libro que leía se sumergía en una realidad completamente diferente a la que en ese momento le estaba tocando vivir, y con cada palabra que escribía conseguía volcar en un papel los sentimientos y emociones que estaba sintiendo y que no conseguía expresar de mejor manera.

Quizá porque la vida le ha regalado una segunda oportunidad, se ha decidido a intentarlo. Para ella, sería una gran satisfacción conseguir que alguien entre en el mundo que le ofrece, que sienta como suyas propias las emociones que intenta mostrar y que, en cierta manera, su historia pase a formar parte de su vida.